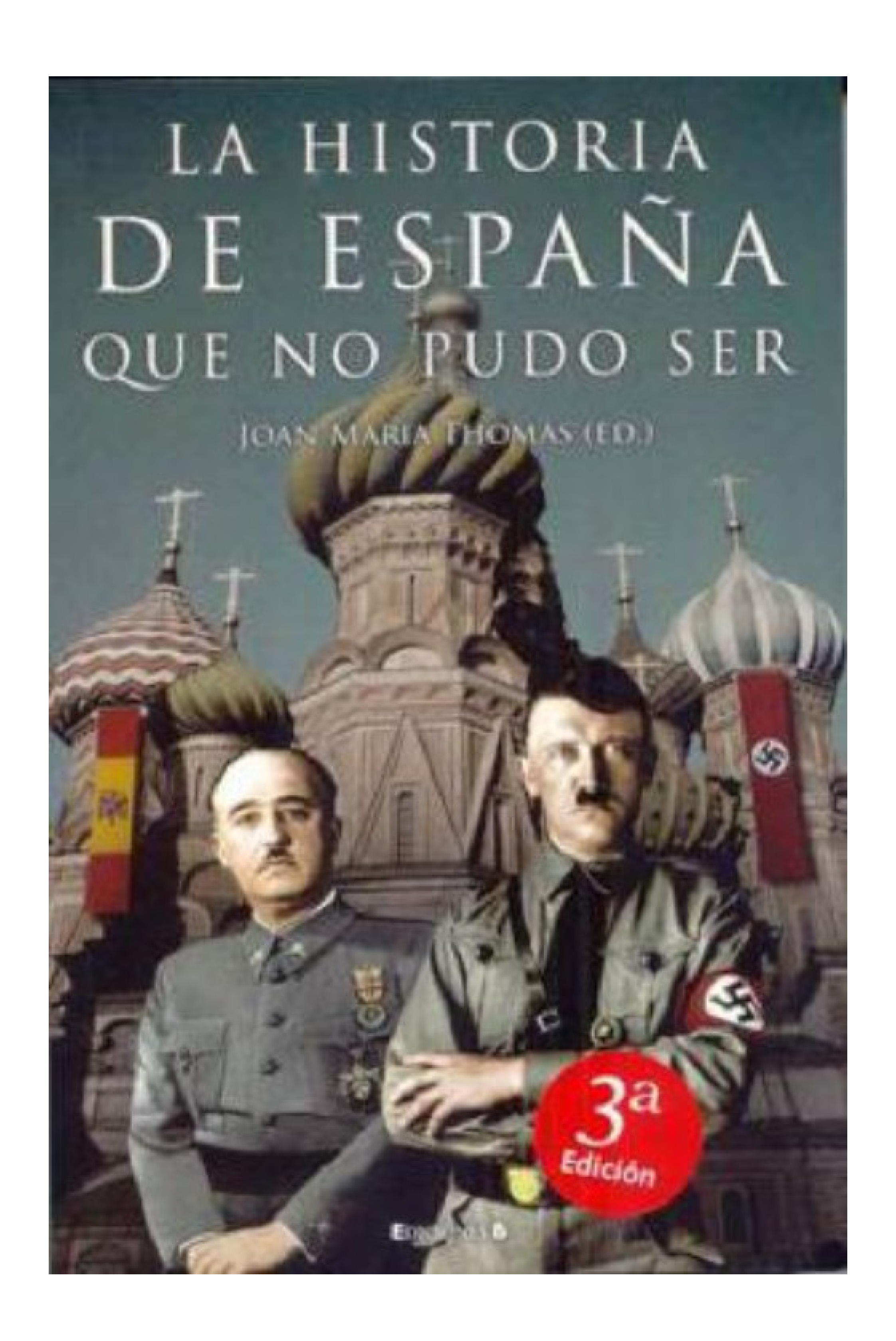
LA HISTORIA DE ESPAÑA QUE NO PUDO SER

JOAN MARIA THOMAS (ED.)

3ª Edición


LA HISTORIA
DE ESPAÑA
QUE NO PUDO SER
JOAN MARIA THOMAS (ED.)
3ª
Edición

Varios Autores

La Historia de España que no pudo ser

Joan María Thomas, Coordinador

1.ª edición: abril 2007.

Bailén, 84 —08009 Barcelona (España) www.edicionesb.com

«El triunfo de la División Azul».

—De españoles a alemanes: Himmler, la Falange y el ideal visigótico» © Wayne H. Bowen, 2007. Traducción del inglés por Daniel Laks.
•¿Qué habría sido del Régimen si Franco hubiera muerto como consecuencia del accidente de caza que sufrió realmente en 1961?.

«Mucho más probable de lo que se ha creído: Alfonso de Barbón Dampierre y María del Carmen Martínez-Bordiú Franco, Reyes de España.

«¿Cuánto hubiera durado el franquismo tras la muerte de Franco si el almirante Carrero Blanco no hubiera sido asesinado por ETA en 1973?.

«España después del triunfo de Tejero y los golpistas el 23-F• © Ferrán Gallego, 2007
Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-3194-5
Depósito legal: B. 6.907-2007
Impreso por LIMPERGRAF, S.L. Mogoda, 29-31 Polígono Can Salvatella 0821 O —Barbera del Valles (Barcelona)

Nota introductoria

A pesar de su título, éste es un libro de historia. Como es bien sabido, el quehacer del historiador se basa fundamentalmente en reconstruir y explicar los hechos del pasado. Del pasado que realmente existió. De un pasado que fue el producto de circunstancias y decisiones cruzadas de individuos, organizaciones, instituciones, partidos y Estados. A la hora de tomar esas decisiones se produjeron procesos de selección —o de reacción, o de previsión condicionados por la ideología, circunstancias y opciones de aquellos que debían tomarlas. Al final, se optó y se reaccionó de determinada manera, o se dio una actitud pasiva. Y el cruce de las decisiones y no-decisiones de los diversos agentes dio como resultado un determinado hecho histórico.

Existe pues todo un mundo de opciones que fueron posibles pero no se convirtieron en históricas, así como un conjunto de consecuencias posibles derivadas de ellas, que los historiadores estamos obligados a tener en cuenta al realizar nuestro trabajo de explicación de lo que realmente sucedió. El estudio *de lo que pasó* incluye con frecuencia también la consideración de las otras opciones, *de lo que pudo haber sucedido.* Unas opciones, estas últimas, que fueron el resultado de opiniones diversas, de las discusiones que se produjeron o de los análisis que estuvieron sobre la mesa o en las mentes de aquellos protagonistas que debían decidir. No siempre, sin embargo, el trabajo histórico incluye el resultado histórico posible y probable que hubieran podido tener esas otras opciones. Un resultado que queda oculto porque, simplemente, no se dio y que los historiadores, tras

considerarlo, no reflejan habitualmente en sus trabajos, aunque ha formado parte de su reflexión.

Éste es el objetivo de *La historia de España que no pudo ser:* presentar a todos aquellos amantes de la ficción de base histórica, al lector interesado en Historia, al estudiante y al estudioso de la Historia, el resultado de la reflexión de doce historiadores profesionales sobre lo que hubiera sucedido o hubiera podido suceder si determinados hechos históricos no se hubieran producido en razón de haber triunfado otras opciones que también fueron posibles.

Los temas estudiados corresponden a dos períodos fundamentales de nuestro siglo xx: la Guerra Civil y el franquismo. E incluyen la interrogación sobre qué hubiera pasado acerca de hechos que fueron cruciales y determinantes de la historia de estos dos períodos, tales como, para la Guerra Civil,

—¿Qué habría sucedido si el alzamiento del 18 de julio de 1936 hubiera fracasado?

—¿Qué habría sucedido si la República hubiera ganado la Guerra Civil?

—¿Qué habría sido de la República sin las armas de la Unión Soviética?

Y, para el franquismo,

—¿Qué habría sucedido si España hubiera entrado en la Segunda Guerra Mundial junto al Eje en 1940? —¿Qué habría sido del Régimen si Franco hubiera muerto como consecuencia del accidente de caza que sufrió realmente en 1961?

—¿Cuánto habría durado el franquismo tras la muerte de Franco si el almirante Carrero Blanco no hubiera sido asesinado por ETA en 1973?

—¿Qué hubiera sucedido si el 23-F hubiera triunfado?

Junto a estos temas, se analizan otros, no tan decisivos, pero que creemos de indudable interés para el lector. Alguno responde a una interrogación que se han hecho miles de españoles alguna vez, fueran o no falangistas:

—¿Qué habría sucedido si José Antonio Primo de Rivera no hubiera sido fusilado en Alicante y hubiera conseguido llegar a Salamanca en 1937?

Otros estudian cuestiones que hubieran podido influir decisivamente, como que la Batalla del Ebro no se hubiera producido y sí en cambio un conjunto de operaciones militares republicanas que hubieran podido cambiar el curso de la Guerra Civil.

O que finalmente los Reyes de España no hubieran sido Juan Carlos I y Sofía sino Alfonso XIV (Alfonso de Borbón Dampierre) y Carmen Martínez-Bordiú Franco.

O las condiciones en las que la División Azul pudiera haber triunfado y participado en la derrota de la Unión Soviética formando parte de la *Wehrmacht*.

O, y aquí no existe ficción alguna, cómo algunos líderes e intelectuales falangistas adoptaron los planteamientos racistas de los nazis y promocionaron la (supuesta) adscripción aria de los españoles y su derecho —también racial— a formar parte del Nuevo Orden.

Estamos pues ante un conjunto de temas importantes y sugerentes, que sin duda no dejarán indiferente al lector y suscitarán la reflexión histórica y el debate. Y que contribuirán a difundir la Historia y hacer de ella una disciplina aún más atrayente y, por qué no, más divertida.

Se propone así un viejo juego, ahora utilizando la historia como protagonista (la que efectivamente se dio y la que hubiera podido ser); un juego bien conocido y que con frecuencia aplicamos a nuestras propias historias personales. A la historia de nuestras vidas, marcadas no ya por el quehacer cotidiano, sino por determinados momentos, cruciales, en los que hemos tomado decisiones, un puñado de ellas, o hemos permanecido pasivos. Momentos en los que hemos optado y que explican nuestra trayectoria vital.

Que pasen un buen rato.

JOAN MARÍA THOMAS, coordinador

1 ¿Qué habría sucedido si el alzamiento del 18 de julio hubiera fracasado?

STANLEY G. PAYNE (University of Wisconsin)

La larga duración y el carácter destructivo de la Guerra Civil española, sumados a sus importantes implicaciones internacionales y a la larguísima dictadura franquista que la siguió, han contribuido a oscurecer el hecho de que la rebelión militar del 18 de julio de 1936 estuvo a punto de fracasar nada más producirse. El general Emilio Mola, que la organizó, topó con grandes dificultades a la hora de conseguir un compromiso generalizado con la insurrección, que en un primer momento sólo obtuvo el apoyo de aproximadamente el cincuenta y cinco por ciento de los militares. Casi la mitad de las fuerzas de seguridad permanecieron fieles a la República, al igual que lo hicieron las dos terceras partes de la fuerza aérea y de la Armada.

La única ventaja significativa de que disfrutaron los rebeldes fueron las unidades militares de élite del protectorado marroquí. En un primer momento, su traslado a la Península se vio bloqueado por las fuerzas navales de la República. Podría, por tanto, plantearse la hipótesis de que, si el gobierno y los partidos de izquierda hubieran gozado de un liderazgo más coherente, habrían mantenido un bloqueo efectivo del Estrecho, reorganizado a las facciones leales del ejército y las fuerzas de seguridad y,

con la ayuda de las milicias sindicales, arrollado a las comparativamente débiles fuerzas rebeldes en la Península, las cuales —sin ayuda extranjera— corrían el riesgo de quedarse sin municiones. En esta situación hipotética, la rebelión no se habría alargado más de unos treinta días sin que sus últimos partidarios se hubieran visto obligados a rendirse, triunfando la izquierda.

Un análisis de lo que hubiera podido suceder a partir de ahí depende, en primer lugar, de si la especulación se basa en el resultado hipotético que acabamos de describir o, por el contrario, si partimos de la suposición de que el gobierno republicano de izquierdas hubiera conseguido evitar que se diera cualquier conato de rebelión militar, cosa que no estaba fuera del ámbito de lo posible. Es preciso entender que, a mediados de julio de 1936, todas las fuerzas de izquierda, tanto moderadas como revolucionarias, habían empezado a dar por sentado que era inevitable algún tipo de rebelión militar. El gobierno apostaba por que sería una rebelión débil, fácil de sofocar, y cuya derrota fortalecería a renglón seguido a un gobierno de izquierdas relativamente moderado, no revolucionario. En cambio, la facción caballerista (de los seguidores de Francisco Largo Caballero) del PSOE preveía una situación algo distinta, en la que una revuelta militar debilitaría de tal modo al gobierno republicano que la rebelión sólo podría ser aplastada mediante una huelga general y la entrega de armas a los sindicatos de izquierda. Sindicatos que pondrían el poder político en manos de los revolucionarios —lo que, mutatis mutandis, se acercaba más a lo que finalmente sucedió.

Si no hubiera existido rebelión en absoluto, o si ésta hubiera sido derrotada rápidamente, la fuerza de las izquierdas se habría visto muy incrementada. Sin embargo, y puesto que éstas estaban muy divididas, debemos sopesar cuidadosamente varios desenlaces alternativos. Al menos tres posibilidades diferentes merecen ser consideradas: 1) el predominio continuado de un Frente Popular republicano de izquierdas; 2) una ruptura rápida del Frente Popular que diera paso a una coalición más moderada, con el apoyo de demócratas y militares leales de centro (la «opción Martínez Barrio», la que se intentó sin éxito entre el 18 y el 19 de julio); 3) la reestructuración o incluso la sustitución del Frente Popular original por alguna combinación de la izquierda revolucionaria (el plan caballerista).

1) La primera posibilidad habría materializado la utopía republicana de Manuel Azaña. Ello hubiera exigido que el presidente del Gobierno Casares Quiroga hubiera sido capaz de manejar con habilidad extrema la revuelta militar, o cualquier otra revuelta menor, de manera que no hubiera sido necesario realizar concesión alguna a los rebeldes. Un gobierno victorioso que hubiera conjurado la amenaza de la derecha sin necesidad de imitar a Kerenski y confiar en los revolucionarios (cuyo apoyo, de hecho, fue menos determinante en las zonas en que se sofocó la rebelión de lo que a menudo se ha afirmado) habría disfrutado de una autoridad renovada. Ello habría permitido a los republicanos de izquierda promover sobre bases más coherentes las políticas que ya estaban —no siempre con éxito— intentando llevar a la práctica. Se habrían producido reformas sociales y económicas, y el proceso de descentralización y de autonomías regionales probablemente se habría generalizado.

Al mismo tiempo, las divisiones entre los principales movimientos revolucionarios podrían haber hecho imposible que cualquier opción revolucionaria adquiriera suficiente fuerza por sí misma para imponerse en el régimen republicano. La estrategia de los partidarios de Largo Caballero se basaba en capitalizar la reacción a una insurrección de derechas, que adoptaría la forma de una insurrección de la izquierda revolucionaria. Si el éxito del gobierno no daba opción a tal cosa, los caballeristas se habrían quedado momentáneamente desprovistos de estrategia. El cisma en el seno del movimiento socialista se habría prolongado. El PCE habría continuado creciendo, pero de momento habría continuado su política de apoyo al gobierno republicano, sin dejar de presionarle en pro de una legislación más drástica de represión de la derecha. Los anarquistas no habrían renunciado a la «vía insurreccional» para tomar el poder (vía que habían respaldado en el mes de mayo anterior en su congreso de Zaragoza), pero no habrían encontrado de inmediato las condiciones propicias para dar ese paso. El gobierno habría confiado en un ejército purgado y políticamente leal para mantener a raya a la extrema izquierda revolucionaria.

Este desenlace habría desembocado en un régimen exclusivista, de tipo latinoamericano o mejicano. Se habrían promulgado más leyes para excluir a la derecha, y todos los partidos y facciones monárquicas y de extrema

derecha, así como sus diversos afiliados, habrían sido abolidos. No se habría ilegalizado a la CEDA ya que era demasiado importante y relativamente demasiado moderada para merecer semejante trato. Se le habría permitido continuar como un partido de oposición domesticado y estrictamente marginal, un poco como lo fue el PAN (Partido de Acción Nacional) en Méjico durante muchos años.

Habrían continuado celebrándose elecciones, con libertad para los partidos de izquierdas pero restricciones de diversos grados para los partidos de centro y derecha.

Habida cuenta de que un gobierno renovado de los republicanos de izquierda probablemente se habría sentido obligado a profundizar en el proceso de descentralización autonómica regional, es muy posible que esto hubiese abierto un segundo frente de conflicto, a añadir a las ya existentes confrontaciones de clase e ideología. No obstante, no hay que dar por hecho que un gobierno de los republicanos de izquierda hubiese estado dispuesto en aquellas condiciones a conceder autonomía a un País Vasco donde el partido dominante podría haber sido el PNV, cuya ideología en algunos aspectos era más cercana al autoritarismo de derechas que a la izquierda. Además, si el proceso de concesión de autonomías regionales se hubiera extendido, algunas regiones podrían haber caído bajo el control de la CEDA añadiendo el nuevo frente de conflicto citado. Esto bien habría podido acarrear mayor represión por parte del gobierno. Conforme a este desarrollo de los acontecimientos, la superación parcial de la polarización entre izquierda y derecha habría dado paso a una nueva fragmentación horizontal, un problema endémico de la España de los siglos XX y XXI. Como el desafío de los movimientos revolucionarios seguiría sin haberse resuelto, el gobierno republicano de izquierda se hubiera visto enfrentado a conflictos en dos frentes, y puede que finalmente el país le hubiera resultado ingobernable. Si uno de los efectos de tales conflictos hubiera sido resucitar al centro, el sistema político se habría beneficiado, pero si por el contrario se hubiera puesto el énfasis en el «mal menor» y el «voto útil», el resultado habría sido una nueva polarización.

Con el progresivo incremento de la tensión internacional, la necesidad de arropar al gobierno para evitar la guerra en Europa o la invasión

extranjera habría fortalecido al presidente en ejercicio y reducido la presión revolucionaria, siempre que se hubiera mantenido la estabilidad política. El estallido de la guerra en Europa habría potenciado en un principio este aspecto de la situación, ya que el gobierno republicano de izquierda seguía una política de estricta neutralidad (distinta de la *no beligerancia* favorable al Eje que seguiría Franco).

Sin embargo, si las presiones propias de tiempos de guerra hubieran debilitado seriamente al gobierno, los movimientos revolucionarios habrían sacado partido de la coyuntura. Además, el PNV y Esquerra Republicana de Catalunya habrían aprovechado probablemente la oportunidad de negociar con potencias extranjeras para recabar apoyos para un desmembramiento de España, como de hecho hizo el PNV durante la Segunda Guerra Mundial. En qué medida hubieran podido existir presiones internacionales sobre un gobierno republicano exclusivamente de izquierdas para que moderara su política interna e incorporara elementos centristas a un «frente nacional» más amplio es algo sobre lo que sólo cabe especular. Un cambio de esa índole habría fomentado una vuelta a la democracia progresivamente abandonada después de febrero de 1936. Más adelante, suponiendo que hubiera sobrevivido durante la Segunda Guerra Mundial, la situación de la izquierda en la República se habría visto fortalecida por el clima político europeo posterior a 1945.

El problema de la posibilidad hipotética 1 es que habría dejado a España con un gobierno minoritario, si bien momentáneamente reforzado en poder y prestigio. Así, el régimen republicano de izquierda se habría visto obligado a afrontar sus problemas y puntos débiles fundamentales y no existe ningún motivo para creer que hubiese generado el liderazgo, la firmeza y la política clara y coherente necesarios para lidiar con ellos. Azaña había optado por una vía que era demasiado estrecha, difícil y compleja para ser seguida sistemáticamente o ser implementada con éxito.

2) La segunda posibilidad se habría basado en la formación de una coalición de gobierno más amplia y moderada. A Azaña se le instó repetidamente a actuar en este sentido entre mayo y julio de 1936, y siempre se negó tajantemente, insistiendo en que era necesaria la unión de la izquierda para derrotar a la derecha, argumentando que el centro era, en

el mejor de los casos, un obstáculo en ese camino. De modo que la única posibilidad inmediata de que se materializara la posibilidad 2 habría dependido de que Martínez Barrio hubiera tenido más éxito en la noche del 18 al 19 de julio, dado que Azaña sólo se mostró dispuesto a desviarse de su estrategia cuando se vio amenazado con una insurrección a gran escala.

¿Qué condiciones hubieran tenido que darse para que a Martínez Barrio le sonriera el éxito? Habría resultado necesaria la concurrencia de tres factores: *a)* que un mayor número de militares rebeldes cedieran y cooperaran; *b)* el respaldo continuado de Azaña y los republicanos de izquierda; y *e)* un mínimo de cooperación, o cuando menos la ausencia de resistencia, por parte de los socialistas. El factor *e)* puede descartarse de plano, puesto que los movimientos revolucionarios se mostraban inflexibles en que el único cambio sustancial aceptable para ellos era la formación de un gobierno revolucionario, o como mínimo la continuidad de la fórmula de un gobierno republicano exclusivamente de izquierdas, como el que podría haber encabezado Giral. El factor *a)* pudo no resultar totalmente imposible, puesto que Martínez Barrio consiguió, según parece, disuadir a los mandos del Ejército en Málaga y Valencia de participar en la insurrección. Si hubiera sido capaz, por ejemplo, de hacer valer la solidaridad masónica del general Miguel Cabanellas, al mando de la V División Orgánica, en Zaragoza, el resultado general podría haber sido distinto.[1] En bastantes regiones, la situación era muy incierta al principio.

La posibilidad de éxito en el factor *b)* no era mayor que la del factor *a).* A lo largo de la Guerra Civil, Azaña demostró ser un líder débil y pasivo, y cuesta imaginárselo dando muestras tanto de la moral como del coraje político necesarios para perseverar en su respaldo personal decidido a una coalición moderada. Tardó aproximadamente una semana más de la cuenta en autorizar esta alternativa y, por lo que sabemos, no comprometió ningún esfuerzo por su parte para que saliera adelante. Tal y corno fueron las cosas, la idea topó con la terca oposición de los jóvenes radicales de su propio partido, encabezados por el editor de *Política,* el periódico del partido. La solución moderada, en aspectos clave, chocaba frontalmente con los valores e instintos políticos de Azaña, que no era un hombre capaz de asumir la responsabilidad de desafiar a los radicales en aquella situación crítica.

¿Podría, no obstante, haber derivado la situación hipotética 1 hasta transformarse en la situación hipotética 2? Esto es presumiblemente lo que el sector más moderado de Izquierda Republicana, el partido del propio Azaña, hubiera preferido. Tal transformación plantea la cuestión de las perspectivas a largo plazo de la contradictoria alianza del Frente Popular. En Francia, el Frente Popular empezó a resquebrajarse ya en 1937, y a mediados de 1938 había desaparecido, desplazando bruscamente el equilibrio del poder hacia la derecha sin que ni siquiera se celebraran elecciones. ¿Podría haber ocurrido en España algo semejante? Es menos probable, porque la polarización entre izquierda y derecha era más aguda que en Francia, donde el desplazamiento del poder político fue llevado a cabo por los radicales franceses, mucho más moderados y democráticos que los seguidores de Azaña.

Un cambio de esa índole pudo haberse producido en Madrid si, a finales de 1936 o en 1937, Azaña y el resto de dirigentes republicanos de izquierda hubieran llegado a la conclusión de que no había alternativa en el seno del Frente Popular al plan de los revolucionarios, según el cual la única función de los republicanos de izquierda era servir, al modo de Kerenski, de allanadores o cómplices de la prerrevolución, tras la cual estarían condenados a desaparecer por completo. El argumento principal de Azaña para mantener la alianza prorrevolucionaria del Frente Popular fue que era un mal menor necesario, indispensable para la derrota total de la derecha, en comparación con la cual los revolucionarios resultaban unos socios aceptables, si bien incómodos. Si, no obstante, la derecha hubiera sido decisivamente debilitada por el éxito del gobierno en la superación de la crisis de mediados de 1936, esa necesidad habría resultado menos acuciante, y es posible que Azaña se hubiera sentido más cómodo inclinándose hacia el centro izquierda que hacia la izquierda.

Si el congreso anticipado del PSOE hubiera tenido lugar en octubre (y no podemos, evidentemente, estar seguros de que eso hubiera ocurrido), un resultado podría haber sido la escisión del partido en prietistas y caballeristas, al igual que se escindió finalmente el Partido Socialista Italiano diez años más tarde al separarse los socialdemócratas minoritarios de Giuseppe Saragat y la mayoría procomunista de la *unidad de la*

izquierda de Pietro Nenni. En España, sin embargo, los prietistas habrían conservado probablemente más fuerza de la que conservaron sus homólogos italianos más adelante. Hacia finales de 1936, esto habría posibilitado la formación de un gobierno republicano más amplio, compuesto por republicanos de izquierda, prietistas y posiblemente incluso algunos elementos centristas. Dada la situación internacional, los comunistas podrían haber apoyado también un gobierno semejante en cierta medida, aunque no habrían tenido representación en él. En caso de que los caballeristas y/o la CNT, o ambos, hubiesen respondido con un estallido revolucionario, el nuevo gobierno no habría tenido ninguna dificultad a corto plazo para dominar la situación.

El problema de las autonomías habría subsistido básicamente igual en la situación 2 que en la situación 1, salvo que la situación 2 habría producido probablemente un gobierno más fuerte y en una posición más firme para abordarlo. Así y todo, habría seguido constituyendo un desafío importante.

Las presiones internacionales hubieran producido sustancialmente el mismo efecto que en la situación 1, moderando aún más las políticas nacionales y propiciando probablemente una mayor unidad interna. Como en la situación 1, España habría permanecido neutral, al menos hasta la última y victoriosa fase de la guerra, dominada por los Aliados. La derrota de la Alemania nazi y el clima político de la Europa de posguerra habrían fortalecido más aún un régimen republicano como ése.

La posibilidad 2 es la única de las tres que habría permitido una salida democrática a la crisis española. La triste ironía de la situación fue que semejante desarrollo de los acontecimientos no era una fantasía utópica, sino una oportunidad factible que estuvo al alcance de la mano en cualquier momento entre el 17 de febrero y el 17 de julio con sólo que Azaña y los republicanos de izquierda hubieran estado dispuestos a abrazarla.

3) La tercera posibilidad presupone que los términos en que se superara la crisis de mediados de 1936 no fortalecieran al gobierno de los republicanos de izquierda, y en cambio dieran alas a los revolucionarios. O bien no habría habido rebelión militar, o bien una débil que hubiera colmado los planteamientos de los revolucionarios, conforme a los cuales el gobierno de los republicanos de izquierda habría sido incapaz de imponerse

solo, y habría tenido que confiar en una huelga general revolucionaria y, en alguna medida, en una milicia obrera. En otras palabras, la situación 3 presupondría una rápida transición hacia algo parecido al gobierno revolucionario de Largo Caballero que se formó en la zona republicana el 5 de septiembre, sólo que habría tomado posesión antes, sin la complicación decisiva de una guerra civil en permanente expansión. El gobierno de Giral que tomó posesión el 19 de julio fue una especie de prolongación del de Casares Quiroga, concebido para afrontar la nueva emergencia y que fracasó rotundamente en ese empeño. En la situación 3, cualquier emergencia de *ese* tipo *se* habría superado rápidamente, y el gobierno de Casares Quiroga habría dado paso a continuación a un gobierno revolucionario dirigido por Largo Caballero. Para entonces, los militares se habrían visto aún más debilitados por una purga de amplio alcance, hasta el punto de que el ejército ya no habría servido de salvaguarda a un gobierno de los republicanos de izquierda. El resultado habría sido, como los caballeristas y la mayor parte del resto de revolucionarios presuponían, una ofensiva renovada de la izquierda revolucionaria, tan fuerte que los republicanos de izquierda se habrían visto obligados a entregar el poder a una coalición revolucionaria liderada por el propio Largo Caballero. Sin los lastres de una guerra civil o la necesidad de camuflar la revolución ante las potencias extranjeras, el gobierno caballerista habría podido llevar a cabo su revolución sin tantos ambages, aunque idealmente de una forma más ordenada y menos violenta y destructiva que como se produjo realmente en la zona republicana. Las ejecuciones políticas habrían sido mucho menores y el proceso revolucionario en su conjunto habría sido algo menos caótico.

Habría resultado muy difícil, a pesar de todo, dar forma final al proceso revolucionario. Había cuatro movimientos revolucionarios distintos, aunque dispares en fuerza. En semejante situación, los comunistas habrían disfrutado de mucho menos poder del que alcanzaron bajo las condiciones de una guerra civil generalizada, y habrían ejercido una influencia política mucho menor. No obstante, el conflicto básico entre la extrema izquierda revolucionaria y las fuerzas de izquierda más disciplinadas (que cobró una forma violenta en Barcelona en mayo de 1937) habría seguido siendo fundamental, provocando conflictos enconados. Lo que podría haber

derivado en una pequeña y encarnizada guerra civil en el seno de la izquierda, y en la situación 3 los anarquistas podrían haberse hallado en mejor posición para librar ese conflicto de lo que estuvieron en los *Hechos de Mayo* de Barcelona.

La paradoja de la Guerra Civil para la CNT-FAI fue que la política de armar al pueblo, con el suicidio voluntario y asistido del Estado republicano, supuso para los anarquistas la resolución súbita de al menos una parte inicial de su perpetuo problema de cómo hacerse con el poder. La *vía insurreccional* siempre había fallado, y sin duda habría vuelto a fallar en el futuro, pero en correspondencia a la ayuda de la CNT para sofocar la sublevación de Barcelona, a los anarquistas se les permitió en un primer momento asumir el papel dominante en una relación de poder dual, algo que nunca habrían podido conseguir por sí solos.

La otra mitad de la paradoja fue, no obstante, que únicamente las condiciones de una guerra civil extremadamente desesperada hicieron esto posible. Caballeristas, prietistas, comunistas y POUM tenían todos, aunque en distintas formas, sus teorías acerca de la Guerra Civil, según las cuales utilizarían el poder del Estado central para alcanzar la victoria. Los anarquistas no tenían ninguna teoría semejante, ya que habría entrado en contradicción con sus principios fundamentales. Sólo podían lidiar con esta paradoja empezando a comprometer sus principios, primero al colaborar con la Generalitat catalana, y posteriormente con el gobierno republicano y el Ejército Popular. La historia de la CNT-FAI durante la Guerra Civil pudo escribirse, pues, bajo dos encabezamientos distintos y contradictorios. El primero fue el del progreso temporal de una revolución anarcosindicalista en un grado mucho mayor que el alcanzado nunca en ningún otro país. El segundo encabezamiento, sin embargo, sería el de la renuncia progresiva a los principios anarquistas al objeto de ganar la guerra y salvaguardar la revolución en la medida de lo posible. Los mismos términos que hicieron posible la revolución en un principio sembraron también la semilla de la necesidad de comprometerla.

Si la izquierda marxista hubiera alcanzado el poder en 1936 sin guerra civil, la revolución anarcosindicalista ni mucho menos podría haberse impuesto con la extensión con que de hecho lo hizo, pero por eso mismo la

CNTFAI se habría negado presumiblemente a cooperar con un gobierno marxista. Habría podido concentrar sus energías en las luchas intestinas, algo que la Guerra Civil limitó radicalmente. Los comunistas, en cambio, habrían gozado de mucha menos fuerza, al menos en un principio. Bajo la situación hipotética 3, los dirigentes de la CNT-FAI habrían podido sentirse más libres para insistir en las reglas estrictas del comunismo libertario. Dadas las limitaciones organizativas de la CNT probablemente tampoco habrían ganado, pero los conflictos intestinos podrían haber alcanzado mayor extensión.

Semejante gobierno republicano revolucionario probablemente también habría intentado por todos los medios mantener la neutralidad en la guerra europea, pese a su antifascismo intrínseco. Un régimen de ese tipo habría sido también una fuente de al menos cierta preocupación para las democracias occidentales, aunque es como mínimo cuestionable que ello hubiera influido en su política exterior. Que Hitler hubiera considerado un régimen español de ese cariz como un problema estratégico lo suficientemente importante como para exigir la invasión de España por Alemania tras la caída de Francia es cuando menos discutible. De haber mantenido la República una neutralidad estricta, no necesariamente hubiera tenido que ser éste el caso. Hitler nunca estuvo muy interesado en invertir mucho esfuerzo en una *estrategia meridional* expansiva, y la invasión de España habría constituido una empresa de gran calado, si no desde el punto de vista militar sí al menos desde el logístico. Antes que Hitler, habría sido más bien Mussolini quien hubiera hecho del derrocamiento de un régimen revolucionario español una prioridad. Puede que Hitler hubiera preferido evitar involucrarse, dejando que Italia se encargara de neutralizar a España como partícipe de la situación internacional, forzando a esa España de izquierdas a subordinar su política exterior a la del Eje.

De haber considerado Hitler intolerable una España de izquierdas e independiente, habría tenido que proceder a su destrucción antes de atacar la Unión Soviética. Esto le habría comprometido con la *estrategia meridional* por la que abogaron sus mandos navales en otoño de 1940, con el resultado de una mayor dedicación al desarrollo de la situación estratégica de Alemania en el sur. Probablemente se habría retrasado

cualquier ataque a la Unión Soviética, pero de haber completado sus objetivos, con la conquista alemana del norte de África y el Oriente Medio, ello habría proporcionado a Alemania una base estratégica muy poderosa, con consecuencias incalculables para el futuro inmediato.

Aún podríamos considerar otra situación hipotética, en que una España republicana, ya fuera revolucionaria o democrática, pudiera haber sobrevivido a la guerra europea permaneciendo neutral, con una orientación muy distinta de la del Régimen de Franco. Un régimen republicano, del cariz que fuese, tal vez hubiera debido adoptar una política *sueca* de complacencia temporal con una Alemania hegemónica, al igual que lo hizo el gobierno socialdemócrata de Estocolmo. Esto habría sido razonable desde el punto de vista geopolítico a corto plazo, puesto que es difícil concebir una situación en que hubiera resultado conveniente para España la participación en la guerra más amplia, salvo que se hubiera visto invadida directamente.

Un régimen revolucionario como el de la situación 3 se habría encontrado, por supuesto, con problemas económicos más graves que en las dos situaciones precedentes, aunque en un principio no hubieran sido peores que los creados por la Guerra Civil. La situación habría dependido en gran medida de la flexibilidad de los dirigentes revolucionarios y de su disposición a aprender de los desastres económicos que una revolución colectivista habría producido inevitablemente. Un régimen semejante, tras destruir la democracia, en última instancia habría tenido que cambiar radicalmente su política económica —mucho más de lo que lo hizo Franco en 1945, 1951 o 1959— si no quería enfrentarse a su colapso.

La situación 2 habría podido brindar una rápida vuelta a la democracia, mientras que la situación 1 podría haber desembocado en algún momento en una reforma democrática. Incluso una situación 3 violenta y destructiva hubiera sido semipluralista, no de un socialismo totalitario, y habría estado por tanto más abierta a su reforma y transformación que un régimen comunista. Podría, o no, haber evolucionado como lo hizo el régimen sandinista de Nicaragua medio siglo más tarde.

Una de las cuestiones hipotéticas más importantes de todas es si la sociedad española estuvo alguna vez verdaderamente preparada para la

democracia con anterioridad a la decisiva transformación que se produjo durante los años cincuenta y sesenta. Sin educación generalizada ni desarrollo económico, puede que los conflictos políticos fueran sencillamente de imposible resolución, aunque habrían sido más fáciles de abordar en la década, más tranquila, de 1950 que en los turbulentos años treinta.

Para saber más

STANLEY G. PAYNE:

40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.—: *El colapso de la República: los orígenes de la Guerra Civil,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

—: *La Primera Democracia en España: la Segunda República, 1931-1936,* Paidós, Barcelona, 1995.

2 ¿Qué habría sido de la República sin las armas de la Unión Soviética?

DANIEL KOWALSKY (Queen 's University Belfast)

«En este mundo no puede tenerse nada por seguro, excepto la muerte y los impuestos», escribió Benjamin Franklin en 1789. Este adagio brinda una sucinta justificación para la práctica de la historia especulativa, puesto que el consumado renacentista americano del siglo XVIII abunda en argumentos en contra de la inexorabilidad de la mayoría de los empeños humanos. Si los sucesos del pasado no fueron nunca inevitables es porque siempre fueron posibles caminos alternativos. Y esos caminos merecen por tanto la atención del historiador. Podemos razonablemente concluir que al igual que algunos acontecimientos que de hecho se produjeron eran más inevitables que aquellos que nunca sucedieron, un número menor de hechos históricos eran menos probables que otros que se evitaron. Entre los últimos podríamos contar la incursión, repentina, dramática y absolutamente falta de precedentes, de la Rusia de Stalin en la Guerra Civil española. La intervención soviética en la guerra de España alteró de inmediato la naturaleza del enredo ibérico, y arrojó una larga sombra sobre el equilibrio de la historia europea moderna. Lejos de ser inevitable, la entrada de Stalin

en la guerra era un suceso improbable, e incita al historiador a preguntarse qué consecuencias habría acarreado el que los soviéticos no hubieran entrado en la conflagración. De no haber surgido Moscú como único proveedor de armamento y asesores del bando leal a la República, ¿cuál habría sido el desarrollo histórico alternativo, en España y fuera de ella?

La cuestión es especialmente sugerente si tenemos en cuenta que Stalin se mostraba remiso en un principio a intervenir militarmente en la guerra española y limitó de entrada la respuesta soviética a terrenos muy alejados de las armas y los asesores. La intervención surgió básicamente de la nada; no era ni la culminación lógica de los vínculos hispano-rusos previos ni un resultado predecible de la situación geoestratégica —en constante cambio de la Europa de entreguerras. Ciertamente, cualquier implicación soviética en los asuntos de España hubiera resultado improbable a lo largo de todo el primer tercio del siglo xx y hasta las mismas vísperas del alzamiento. Recordemos que con anterioridad a la Guerra Civil, España nunca había estado muy presente en la imaginación rusa. Si durante la época de los Romanov los zares rusos habían mantenido relaciones diplomáticas con la corona española, éstas rara vez estuvieron acompañadas por intercambios económicos o culturales normales. Tras la Revolución rusa, España retiró de San Petersburgo a su embajador y rechazó todas las tentativas de acercamiento del nuevo régimen. De hecho, hasta 1933 España no reconoció formalmente la legalidad de la Unión Soviética.[1] En respuesta a su pobre acogida en la península Ibérica, los soviéticos retrasaron el establecimiento de una mínima presencia del Komintern en España, y, en general, mostraron el mismo desinterés por España que sus predecesores zaristas. En julio de 1936, las relaciones diplomáticas o comerciales entre ambos países eran inexistentes, y sus contactos culturales muy limitados; no se enseñaba castellano en los institutos de idiomas soviéticos, y apenas se estudiaban la historia y la literatura españolas. Desde cualquier punto de vista, España seguía siendo un lugar desconocido tanto para el pueblo ruso como para los dirigentes del Kremlin.

En consecuencia, el régimen soviético fue lento a la hora de reaccionar ante el estallido de la guerra española, y no calibró de inmediato la magnitud y duración probable del conflicto. Ciertamente, la rebelión militar

en España pilló desprevenida a la dirección soviética, y durante dos semanas el Kremlin no emprendió ninguna acción concreta. Del 18 de julio al 2 de agosto de 1936, Moscú reunió apresuradamente tanta información como le fue posible mediante consultas con los agentes del Komintern presentes en España y sus representantes diplomáticos en Europa occidental. No fue hasta el tercer día de agosto que el régimen estalinista empezó a implementar una política en respuesta a los acontecimientos que estaban teniendo lugar a 3.500 kilómetros de distancia. La primera etapa de la implicación de la URSS en la guerra española no estuvo enfocada en la península Ibérica, sino en el público cautivo en la propia Unión Soviética, y a poco que los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera, ésta habría podido ser la línea de acción durante toda la duración del conflicto. Stalin no aprobó la ayuda militar a la República hasta mediados de septiembre de 1936, casi dos meses después del comienzo de la guerra, y el material soviético no empezó a llegar a España hasta primeros de octubre. Antes de dar inicio a su intervención militar, no obstante, el gobierno soviético había aprovechado el alzamiento militar español como una oportunidad para conseguir apoyos internos para el régimen estalinista. Es sorprendente lo rápido que actuó Moscú para convertir los sucesos de la lejana península —una región sin sitio aparente en la conciencia popular soviética de mediados de los años treinta— en una causa que arrastrara a las masas populares a manifestar ruidosamente su apoyo y hacer considerables contribuciones individuales de ayuda humanitaria. En un esfuerzo iniciado y coordinado por el Politburó a partir del 3 de agosto, se celebraron manifestaciones públicas de hasta 120.000 personas en docenas de ciudades y pueblos de la Unión Soviética.[2].

El firme propósito inicial del Kremlin de explotar los infortunios de España en clave interna se manifestó en varias decisiones tomadas durante las dos semanas de la campaña de solidaridad. El 6 de agosto de 1936, el gobierno envió al corresponsal de *Pravda* Mijaíl Koltsov para que empezara a dar cobertura a la guerra desde la zona republicana. Dos periodistas soviéticos más le seguirían:

Ilya Ehrenburg y Ovadi Sávich.[3]. Entretanto, el 15 de agosto, el Politburó autorizó el envío inmediato a España de dos cineastas soviéticos,

Roman Karmen y su ayudante Borís Makaseev.[4] Tres semanas más tarde, filmaciones informativas sobre la acción en el frente del Norte se proyectaban ya en las salas moscovitas. A mediados de septiembre, los ciudadanos soviéticos leían a diario en primera plana las crónicas de la guerra española, y veían reportajes cinematográficos cuando acudían al cine. De este modo, mediante una serie de decretos del Politburó, una campaña minuciosamente coordinada entre los agentes que trabajaban en las ciudades soviéticas y la manipulación incesante de los medios informativos del Estado, para el otoño de 1936 la guerra española se había convertido en una causa de enorme importancia ideológica y emocional para los trabajadores de la URSS.

Simultáneamente, la campaña interna soviética de apoyo a la República fue duplicada en idéntica forma entre los partidos comunistas del extranjero, bajo la dirección del Komintern. Estableciendo una conexión nada ambigua entre los rebeldes españoles y el fascismo internacional, la estrategia del Komintern consistió en presentar los acontecimientos de España como una amenaza directa al comunismo internacional. A tal fin, los representantes del Komintern organizaron manifestaciones en numerosas ciudades de Europa y América del Norte, y pidieron donaciones a los trabajadores para ayuda humanitaria. Merece subrayarse que, pese a que las autoridades soviéticas y del Komintern veían a España como una oportunidad para la movilización, Moscú tenía mucho que ganar si seguía una política estrictamente no militar en relación con la guerra española, y transcurridos casi dos meses desde el alzamiento, los soviéticos aún no habían efectuado ningún envío de armas.

De hecho, incluso durante la siguiente fase, la de la creciente implicación de Rusia en los asuntos de España —las seis semanas que mediaron entre el 21 de agosto y el 1 de octubre—, se limitó a acelerar el acercamiento diplomático con la República Española, situándola en una posición excepcionalmente privilegiada de amigo y aliado. El 21 de agosto, el gobierno soviético nombró a Marcel Rosenberg embajador en Madrid. Rosenberg y el numeroso personal que le acompañaba llegaron a España antes del final de ese mes. A últimos de septiembre, la embajada fue ampliada aún más con la designación de Vladímir Antónov Ovseyenko

como cónsul general en Barcelona.[5]. Al mismo tiempo, el establecimiento de una nueva representación diplomática de España en Moscú, dirigida por un médico de treinta y ocho años, el doctor Marcelino Pascua, se desarrolló sin incidentes.

Entretanto, en Londres, en el Comité de No Intervención (CI), formado bajo la dirección de Gran Bretaña y Francia para evitar la venta de armamento a cualquiera de los bandos en conflicto, correspondía al representante soviético Iván Maiski abogar sin descanso en favor de la República española.[6]

Es evidente que el régimen estalinista tenía mucho que ganar, y ganó mucho, explotando los componentes no militares de su política con respecto a España. Sólo tardíamente, el 14 de septiembre de 1936, aprobó Stalin por fin la Operación X —el nombre en clave de Comisariado de Defensa para la intervención en España— y puso en marcha lo que acabaría siendo un período de diez meses de intenso apoyo militar soviético. Entre octubre de 1936 y julio de 1937, buques soviéticos llevaron a la España republicana sesenta y cuatro cargamentos, transportados desde 3.500 kilómetros de distancia, hasta completar unas 600.000 toneladas de material bélico. Material que incluía 648 aviones, 347 tanques, 60 vehículos acorazados, 1.186 ametralladoras y 340 morteros; así como más de mil pilotos y tanquistas, además de 600 asesores.[7] Esta complicada y peligrosa logística de entrega se efectuó enteramente por mar y exigió a los soviéticos atravesar aguas patrulladas y a veces minadas, enfrentándose en varias ocasiones con las marinas de guerra alemana, italiana, británica y francesa.[8]. Al mismo tiempo, a partir de mediados de septiembre, el Komintern comenzó a reunir un ejército de voluntarios internacionales para combatir del lado del bando republicano. Es lo que se convertiría en las Brigadas Internacionales, la respuesta de Moscú a la intervención directa, mayor en número, de tropas voluntarias nazis y fascistas junto al bando nacional.[9].

La aventura militar de la Operación X fue el mayor desafío logístico acometido por las fuerzas armadas soviéticas hasta entonces, aparte de la penetración más profunda en Europa occidental de cualquier fuerza militar rusa a lo largo de la historia. Fue también un fracaso sonado, prácticamente abandonado hacia mediados del verano de 1937. La logística de la

Operación X se hizo más difícil con el tiempo, y varios factores se conjuraron para hacer que el transporte marítimo desde la URSS resultara caro, arriesgado y prácticamente imposible por algunas rutas. A medida que se prolongaba la contienda, aumentaba la preocupación del Comisariado de Defensa por 'que los futuros envíos de armamento soviético pudieran ser interceptados y no llegasen nunca a la zona republicana. Además, y aun haciendo abstracción de la cuestión de la entrega efectiva, la ventaja tecnológica soviética en la guerra se perdió rápidamente. A finales de la primavera de 1937, los tanques y aviones rusos más avanzados ya no podían competir con el armamento suministrado a los rebeldes.

La llegada de los Heinkel-111 y Messerschmidt-109 de fabricación alemana hizo que la totalidad de la flota de bombarderos, cazas y aviones de reconocimiento de las Fuerzas Aéreas republicanas quedase obsoleta.[10].Si bien los nacionales no consiguieron llegar en ningún momento a equipararse con los rusos en unidades blindadas, el envío de grandes cantidades de cañones antitanque alemanes de 37 mm, de una eficacia aplastante, relativizó en gran medida tal desventaja.[11]. Después de julio de 1937, y pese a que se había abierto una ruta de tránsito segura y eficaz desde Rusia, la industria militar rusa no produjo ningún material que pudiese socavar la creciente superioridad tecnológica de los rebeldes. En general, tanto la distancia física entre el Kremlin y España como el deficiente nivel de las comunicaciones existentes entre los dos países se traducían en que el problema del suministro de recambios, la supervisión y el control resultara prácticamente imposible de resolver.

Debería ser evidente que la ayuda militar soviética a la República no fue ni la primera ni la más lógica —ni mucho menos, inevitable— consecuencia de la evolución de la reacción de Stalin a los acontecimientos en España. Y, una vez sobre el terreno, se reveló como un embrollo logístico, del que el dictador soviético no tardaría en desentenderse. Pero de no haberse producido esta improbable alianza militar, la historia habría sido muy otra. La guerra de España habría sido más corta, su resolución posiblemente distinta y, más allá de la península Ibérica, todo el devenir histórico europeo se habría visto alterado. Ciertamente, como veremos más

adelante, de no haber enviado Stalin armas a la República española, Europa bien podría haber evitado la Segunda Guerra Mundial.

Para empezar, de no haber intervenido Stalin en la Guerra Civil, el conflicto se habría prolongado sin duda mucho menos; su duración podría muy bien haberse abreviado en dos años y medio, y haberse acabado no en la primavera de 1939, sino hacia finales de otoño de 1936. Para examinar la viabilidad de este panorama hipotético, vale la pena considerar con más atención los acontecimientos de un crítico período de cinco días, el que transcurrió del lunes 14 al viernes 18 de septiembre de 1936. Hasta aquel momento, la suerte de la República venía menguando a gran velocidad: Alemania e Italia habían entrado en la guerra del lado de Franco en los primeros diez días del conflicto; los franceses habían ofrecido su ayuda en un principio, para luego se habían echado atrás por presiones de Gran Bretaña; y a finales de agosto todos los Estados europeos —salvo España y Suiza— habían firmado el Tratado de No Intervención. Y aunque su propósito declarado era prevenir la escalada bélica, el comité radicado en Londres se mostró impotente a la hora de impedir a Hitler y Mussolini que prosiguieran suministrando su decidida ayuda a los rebeldes. Ya fuera deliberadamente o por accidente, el Tratado de No Intervención sólo fue efectivo a la hora de impedir el suministro de armamento a la República. Es decir, que hacia mediados de septiembre las perspectivas de la República eran sombrías: las potencias fascistas estaban apuntalando a los rebeldes, que avanzaban hacia Madrid rápidamente, y Occidente había dado la espalda a la República. De no haber sido por los hechos que tuvieron lugar en esa única semana de media dos de septiembre, la España republicana habría dejado de existir casi con total seguridad en pocos meses.

El lunes 14 de septiembre, Stalin tomó la decisión de participar en la guerra, y aprobó la complicada, secreta y costosa Operación X. Al día siguiente, martes 15, los metales preciosos depositados en el Banco de España fueron evacuados al amparo de la oscuridad al puerto de Cartagena, desde donde serían enviados por barco a Odesa antes de seguir camino hacia Moscú. Ningún documento ha vinculado jamás estos dos acontecimientos, pero no cabe ninguna duda de que la República movilizó el oro en respuesta a la decisión de Stalin. De hecho, todas las

probabilidades apuntan a que Stalin había ido dando evasivas hasta que se le comunicó desde Madrid que el gobierno había acordado enviar un pago adelantado a cambio de la ayuda militar. Así, la fecha escogida para una decisión tomada dos días antes, el 13 de septiembre, resulta decisiva. Es entonces cuando Largo Caballero autorizó al ministro de Hacienda Juan Negrín a trasladar la totalidad de los recursos en posesión del Banco de España a un emplazamiento más seguro. [12]. Lo que resolvía las cuestiones de la financiación y el armamento. Quedaba no obstante pendiente el asunto de los efectivos humanos, que se había de resolver en Moscú a finales de la misma semana. El viernes 18 de septiembre, el Komintern aprobó la creación de las Brigadas Internacionales, cuyos miembros sumarían finalmente más de 35.000 hombres y mujeres de 54 países. [13].

De no haberse producido estos decisivos acontecimientos, podemos estar relativamente seguros de que Madrid no habría resistido el ataque de Franco de octubre a diciembre. Si eliminamos los beneficios combinados de los asesores soviéticos, la aviación, los blindados y la llegada de los primeros batallones de las Brigadas Internacionales, la capital habría caído antes de acabar el año. Y es que resulta difícil exagerar los resultados positivos de la ayuda soviética desde el mismo momento de su llegada. Los primeros envíos importantes de aviones y tanques llegaron a Cartagena a mediados de octubre. Este equipamiento, comandado por pilotos y tanquistas soviéticos, fue desplegado inmediatamente en el frente central (Madrid y sus alrededores). La acción más decisiva en la que intervinieron los pilotos soviéticos acaeció en los últimos días de octubre de 1936. Previamente a la aparición de estos aviones la fuerza aérea rebelde dominaba el aire y podía bombardear Madrid volando a poca altura con total impunidad. Sin embargo, en la segunda semana de noviembre dominaban el cielo los pilotos soviéticos, y la ofensiva rebelde fue detenida a las afueras de Madrid. Mientras que los pilotos nacionales habían volado rutinariamente sobre el centro de Madrid a altitudes de entre 500 y 700 metros —la altitud ideal para bombardeos selectivos—, tras el control del espacio aéreo por los soviéticos los aviones rebeldes se vieron obligados a operar a altitudes mucho menos efectivas, de entre 800 y 2.000 metros. [14]. Pero la destreza aérea rusa aportó a la República algo más que beneficios

tácticos; fue igualmente determinante la consiguiente inyección de moral para la población civil, un hecho subrayado por numerosos observadores contemporáneos.

Entre finales de otoño de 1936 y principios de 1937, la relación de fuerzas en lo relativo a potencia aérea se decantaba enormemente del lado de la República. La llegada de cientos de experimentados aviadores soviéticos y las voluminosas entregas de cazas, bombarderos y aviones de ataque más modernos llevó a la formación de una formidable fuerza aérea republicana, que en aquel estadio de la guerra no tenía debilidad demostrable alguna. La flota dirigida por los soviéticos no tardó en eclipsar a las fuerzas italianas y alemanas que volaban con los nacionales. La actuación más destacable de los pilotos del Ejército Rojo durante este período se produjo en la campaña de Guadalajara de marzo de 1937, cuando 125 aviones pilotados por soviéticos derrotaron a todo un cuerpo italiano de unos 50.000 hombres. Esta aplastante derrota, que costó a los italianos varios miles de muertos, heridos y prisioneros, y la destrucción —fundamentalmente desde el aire— de hasta 10.000 vehículos y 25 piezas de artillería, despunta como una de las demostraciones de potencia aérea más impresionantes previas a la Segunda Guerra Mundial. [15].

El bautismo de los vehículos acorazados soviéticos en la península Ibérica fue igual de decisivo. El 26 de octubre, se formó la primera compañía con quince tanques y un grupo de especialistas e instructores, con el apoyo de aprendices republicanos. Los tanques debían apoyar a las tropas de tierra de Enrique Líster, el comandante republicano encargado de iniciar el contraataque gubernamental al suroeste de la capital. A las seis y media de la mañana del 29 de octubre, un día después de las primeras incursiones de bombarderos rusos sobre la capital, la columna de tanques soviéticos entró en el pueblo de Seseña, a unos 15 kilómetros de los accesos a Madrid. La compañía dio rápida cuenta de los ocupantes del pueblo, y avanzó sin tardanza en dirección oeste hacia la siguiente población, Esquivias. Fue aquí donde los tanques soviéticos e italianos midieron sus fuerzas directamente por primera vez en toda la guerra, y bajo cualquier punto de vista objetivo fue el bando republicano el que cantó victoria ese día. La presencia de los T-26, muy superiores, provocó verdadera consternación

entre los rebeldes, que después de aquello debieron improvisar el desarrollo de nuevas tácticas para enfrentarse a los blindados soviéticos. Un telegrama muy detallado enviado desde el frente central a Voroshílov indicaba que los tanquistas soviéticos se habían anotado una victoria importante. Según el informe, la fuerza acorazada republicana había destruido dos tanques rebeldes, trece cañones, dos baterías artilleras, dos vehículos de abastecimiento que transportaban infantería y seis vehículos legionarios que transportaban oficiales. [16]. Después de Seseña, los blindados soviéticos continuaron desbaratando obstinadamente el avance de los rebeldes sobre la capital, y no tardaron en ser generalmente considerados como la defensa provisional más efectiva de la República.

Un tercer beneficio derivado de la intervención soviética, sin el cual es difícil imaginar que la República hubiera podido durar más allá del final de 1936, fueron los muchos cientos de asesores rusos que trabajaron con las diversas ramas de los servicios militares republicanos**.** Las fuerzas armadas republicanas, escasas de personal y faltas de entrenamiento, buscaban activamente y a veces seguían el consejo de los soviéticos, muy señaladamente en la organización del Ejército Popular en octubre de 1936, que se llevó a cabo por iniciativa soviética y replicando la estructura del Ejército Rojo. [17]. Más significativo aún: la defensa de Madrid estuvo dirigida en gran medida por el agregado militar soviético, Vladímir Górev. [18]. En aguas republicanas, los soviéticos hicieron igualmente contribuciones decisivas: el comandante *de facto* de la Armada republicana en combate fue el agregado ruso Nikolái Kuznetsov. [19].

El valor militar del voluntariado internacional auspiciado por la Unión Soviética es algo más difícil de cuantificar. El Ejército Popular formó con los batallones internacionales cinco brigadas, numeradas de la XI a la XV, y una más, la XX, constituida fugazmente para la fallida defensa de Málaga en marzo de 1937. Hubo algunas otras brigadas mixtas en las que sirvieron también los batallones de brigadistas, pero las cinco brigadas principales supusieron el grueso de la experiencia de los voluntarios. Sirvieron como tropas de choque en todas las batallas clave que se dieron en torno a Madrid entre 1936 y 1937, y participaron posteriormente en los encarnizados combates de 1938. El Ebro fue testigo de sus últimas acciones, y se les

licenció con un desfile de despedida en Barcelona el 29 de octubre de 1938. En una guerra de desgaste que duró tres años y en la que cada bando contaba durante el segundo año con más de medio millón de combatientes, la participación de unos 35.000 voluntarios, que acaso no pasaron de 20.000 a un mismo tiempo en ningún momento, podría considerarse una mera anécdota en un acontecimiento tan masivo y de tales proporciones. Sin embargo, el espíritu de las Brigadas Internacionales excedía con mucho su número, y el ejemplo de su sacrificio y dedicación a la causa de la República —empañado ocasionalmente por problemas de disciplina y hasta por motines— resultó una contribución clave al esfuerzo bélico. Ciertamente, las Brigadas marcaron una diferencia en casi todas las batallas principales de la guerra. De no haber sido organizadas y enviadas a España por Moscú, los éxitos republicanos se habrían visto considerable (si no fatalmente) disminuidos.

Las Brigadas Internacionales, sumadas a los asesores, pilotos y tanquistas soviéticos, no sólo evitaron la caída de Madrid a principios de noviembre, sino que reforzaron la moral republicana en toda la zona gubernamental. Teniendo en cuenta el apoyo continuo y siempre creciente de Alemania e Italia a la ofensiva rebelde por tierra y aire, debemos concluir que, sin la intervención soviética, la precaria posición de Madrid en octubre se habría tornado desesperada en poco tiempo, provocando una crisis de refugiados mayor, debilitando la moral republicana y empujando al gobierno a abandonar la capital mucho antes de lo que lo hizo (en la primera semana de noviembre de 1936). Sobre si la causa republicana hubiera podido sostenerse mucho tiempo una vez perdido Madrid sólo cabe hacer conjeturas, pero otras guerras civiles del pasado nos dicen que la defensa de una capital es casi siempre un elemento decisivo para la victoria final, y su pérdida casi siempre un golpe fatal.

El desarrollo alternativo arriba planteado nos permite llevar el ejercicio un poco más lejos y considerar las consecuencias de lo que acabamos de describir en términos hipotéticos; es decir, una victoria temprana de los rebeldes en la Guerra Civil española. Tales consecuencias habrían incluido sin duda situaciones radicalmente distintas tanto en España como en Europa. En primer lugar, la victoria de Franco y la paz subsiguiente habrían

sido de una naturaleza muy distinta, y con toda probabilidad menos draconiana. Aunque el alzamiento rebelde comenzó como una cruzada contra un supuesto avance bolchevique en España, nada justificó tanto la posición de los nacionales como la evidencia directa de la intervención soviética en la guerra. Si eliminamos hipotéticamente la presencia militar soviética en el bando republicano, mucha de la propaganda nacional habría perdido necesariamente su cariz anticomunista, y la misma «Cruzada nacional» habría resultado sin duda mucho más quijotesca, si no delirante. Por añadidura, una rápida victoria de los nacionales a finales de 1936 habría permitido que se normalizase más rápidamente la sociedad civil española, y habría incidido en contra de la división irreconciliable de España en vencedores y vencidos. No hay que olvidar, además la posibilidad fascinante de que, caso de haber vencido los nacionales mucho antes, Franco nunca se hubiese alzado como el dictador omnipotente en que se convertiría en la primavera de 1939. Hasta la prematura muerte de Emilio Mola en un accidente aéreo en junio de 1937, Franco seguía teniendo enfrente un rival con posibilidades en sus aspiraciones al poder absoluto. Así, una guerra más breve habría complicado sin duda la estructura jerárquica final de la España nacional.

Llegados a este punto, merece la pena hacer una pausa en los planteamientos hipotéticos que hemos venido haciendo y considerar otro desarrollo alternativo verosímil. Lo arriba expuesto argumenta que así como la intervención soviética permitió a la República evitar la derrota y enzarzarse en una larga guerra defensiva con los nacionales, una República que combatiera sin las armas de Moscú habría sido rápidamente derrotada. Supongamos por un momento que hubiera ocurrido lo primero sin que se siguiera lo último. Es posible, si bien no probable, que la República hubiera superado el decisivo asalto a Madrid en el otoño de 1936 aun sin la ayuda de Moscú. De haber ocurrido así, de habérselas compuesto la República para organizar su propia defensa, una guerra librada con éxito por los republicanos sin el apoyo soviético se habría desarrollado de una forma sustancialmente diferente. Para empezar, la República habría conservado sus formidables reservas de oro y se habría encontrado por tanto en posición de reorientar potencialmente ese tesoro hacia proveedores de

armamento no comunistas. En el mercado libre, con el tiempo, es difícil suponer que la República fuera incapaz de encontrar otro Estado dispuesto a aceptar el oro de los incas y los aztecas a cambio de armas modernas. Estas reservas en lingotes, las cuartas del mundo en importancia, tenían un valor de casi 700 millones de dólares (en precios de 1936) al comienzo de la guerra; cuatro quintas partes de esa cantidad, unas 7.800 cajas que pesaban 510 toneladas y estaban valoradas en 518 millones de dólares, fueron entregadas a los rusos.[20]. Dejando a un lado la cuestión de la financiación, sin el estigma que inevitablemente cayó sobre la República al tratar con Moscú y el Komintern, no es descabellado pensar que Madrid habría conseguido ganarse poco a poco a la opinión pública internacional, socavado la hostilidad del Comité de No Intervención y persuadido a uno o más de los países firmantes para que renunciaran a su posición de neutralidad y participasen en la lucha contra los fascistas. Recordemos que la ayuda soviética, por más que permitiera a la República prolongar la lucha, brindó un pretexto, no ya a Franco, sino a todo Occidente, para revestir al bando gubernamental de tintes revolucionarios, para presentarlos como la «zona roja». A este respecto, es interesante observar los resultados de la conferencia Mussolini-Goering sobre la guerra de España, que se celebró en Roma el 14 de enero de 1937.

Fue con tal ocasión que las potencias fascistas hicieron sonar las alarmas sobre la posibilidad de que Gran Bretaña y Francia abandonaran la neutralidad y entraran en la refriega. Franco, decidieron, tenía que ganar a lo sumo en cuestión de unos pocos meses, si no antes, y era necesario, por tanto, aumentar y agilizar la ayuda alemana e italiana. El representante de Hitler le dijo al Duce que los nazis no creían que Occidente fuera a permanecer eternamente ocioso si los acontecimientos en España continuaban empantanados y sin un rápido desenlace.[21]. Por supuesto, Occidente nunca acudió al rescate de la República. Hoy es evidente que el factor más importante de cuantos frenaron la eventual intervención occidental fue la percepción de que la República se estaba sovietizando, y que la venenosa cultura del estalinismo había socavado la democracia española. De haber rechazado la ayuda militar soviética, con todas las connotaciones que ello implicaba —acertada o equivocadamente—, la

República se habría encontrado en una posición de mucha más fuerza para recabar apoyos a su causa entre la comunidad internacional.

Volviendo a nuestro planteamiento hipotético original, pero llevándolo más allá, una victoria temprana de los nacionales sobre una República que no hubiera recibido la ayuda de Moscú habría desencadenado una serie de repercusiones radicalmente distintas tras la Guerra Civil de un extremo a otro de Europa. Para las potencias fascistas, Alemania sobre todo, una guerra corta habría eliminado la oportunidad de probar sobre el terreno el armamento nuevo, que no empezó a fabricarse en cadena hasta la primavera de 1937. De haber finalizado antes las operaciones bélicas en España, Hitler no habría tenido un escenario en el que estrenar el bombardero HE-111 o el caza ME-109. Por otra parte, de haber caído Madrid en noviembre o diciembre de 1936, Franco no habría tenido motivo para trasladar el frente al norte, lo que significa que la destrucción por la Luftwaffe de la ciudad de Guernica en día de mercado nunca se habría producido, y un elemento clave de la *Blitzkrieg* —la propagación del terror mediante el bombardeo aéreo de una ciudad indefensa no se habría desarrollado en aquel tiempo. En la misma línea el decidido fortalecimiento de la alianza fascista mediante la experiencia colectiva y prolongada de España se habría visto menoscabado, al igual que el consiguiente envalentonamiento tanto de Hitler como de Mussolini a la hora de subir sus apuestas en el resto del continente. Sin duda, fue en buena medida la larga duración de la guerra española, y la capacidad de que dispuso Hitler durante un período de treinta y dos meses para actuar con impunidad, sin ser castigado ni por el Comité de Londres, ni por la Sociedad de Naciones, ni por las acciones unilaterales de Francia o Gran Bretaña, lo que convenció al dictador nazi de que era libre de embarcarse en aventuras aún más ambiciosas y violentas en Europa central y oriental.

Para la Unión Soviética, entretanto, el devenir real y el resultado de la guerra de España fueron un factor clave que hirió de muerte la estrategia del Frente Popular, que desde 1935 había puesto en suspenso el enfrentamiento directo con el Occidente capitalista y dado preferencia a la cooperación con los Estados y partidos democráticos para oponerse colectivamente a la amenaza fascista. La incapacidad de Moscú para arrastrar a las potencias

occidentales a apoyar al bando republicano en la guerra española en 1936 y 1937, sumada a las decisiones que se tomaron en Múnich en 1938, convencieron al Kremlin de que nunca consolidaría una alianza estable con Gran Bretaña o Francia. España se convirtió en piedra de toque de la unidad de las grandes potencias frente al avance del fascismo, y puso de manifiesto el meridiano fracaso de las estrategias de seguridad colectiva y Frente Popular.

No fue por tanto ninguna coincidencia que menos de cinco meses separaran la caída final de la República española y la firma del pacto nazi-soviético de agosto de 1939. En resumidas cuentas, resulta imposible concebir que una guerra española drásticamente abreviada en que el Frente Popular no llegara a tener ocasión de ser repudiado y en que Hitler no hubiera hecho avances hacia la planificación de ataques rápidos, hacia el este primero y luego hacia el oeste, pudiera haber propiciado el acuerdo Molotov-Ribbentrop. La consecuencia lógica es que de no haber sido empujados los soviéticos a una alianza con la Alemania nazi, Hitler no habría tenido la seguridad de evitar una guerra con dos frentes al invadir Polonia en septiembre de ese mismo año. Así pues, la paradoja de la ayuda soviética a la República fue la siguiente: la entrada de Stalin en el avispero español era totalmente impredecible y aún más improbable, y sin embargo ese giro decisivo de los acontecimientos modificó inmediatamente la correlación de fuerzas de la guerra, permitiendo al bando republicano sobrevivir dos años y medio más. Si Stalin hubiera dado largas y permanecido al margen, todo el curso de la historia española habría sido distinto. Y lo mismo podría decirse de la Segunda Guerra Mundial en Europa, y eso suponiendo que hubiera llegado a estallar.

Para saber más

ANTONIO ELORZA y MARTA BIZCARRONDO: *Queridos camaradas: La Internacional Comunista y España, 1919-1939,* Planeta, Barcelona, 1999.

DANIEL KOWALSKY: *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica,* Crítica, Barcelona, 2003.

—: «Los rusos en España», en Ricardo Miralles (ed.):Juan *Negrín, Médico, Socialista y jefe de Gobierno: 1892— 1956,* Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006.

3 ¿Y si la República hubiera desechado el cruce del Ebro para poner en marcha el «Plan P» del general Vicente Rojo?

JORGE MARTÍNEZ REVERTE (autor de La batalla del Ebro)

La noche del 25 de julio ha comenzado para el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor del ejército republicano, en medio de una gran tensión. A las 12 en punto está previsto que comiencen las operaciones en Motril que permitirán desencadenar su «Plan P», la gran operación que ha intentado poner en marcha en dos ocasiones desde marzo de 1937 para quebrantar al ejército enemigo. La «P» que identifica el complejo volumen de instrucciones que ordenan los movimientos de tropas y las dotaciones de material bélico y de intendencia, significa ni más ni menos que «Principal», y así fue designado desde que Rojo lo concibiera con el apoyo del coronel Álvarez Coque a principios de 1937.

A Rojo le faltan muchas horas de inquietud hasta que pueda conocer si sus instrucciones han producido el resultado que ansía. Las comunicaciones con el Grupo de Ejércitos de la Región Central (GERC) no son fáciles, porque es preciso preservar el secreto y eso elimina algunos medios, corno

la radio, para sostener un intercambio eficaz de información. Rojo no confía en el general José Miaja, pero su mejor amigo, el también general Manuel Matallana es el jefe del Estado Mayor del GERC, y sobre sus capacidades y su lealtad no guarda el menor atisbo de recelo. Matallana ha sido, junto con otro general de confianza, Menéndez, el artífice principal del conseguir agotar la capacidad ofensiva de Franco sobre Valencia. Las tropas de Rafael García Valiño han sido contenidas en su pretendidamente triunfal ataque sobre Sagunto y Valencia. El GERC, por fin, ha dado unas muestras de combatividad muy serias. Los combates continúan, pero ya se conoce en el bando republicano que el impulso enemigo ha recibido un severo desgaste. Es cuestión de días que la artillería deje de sonar en torno a la capital levantina.

Con el parón, Matallana ha logrado no sólo salvar todo el Levante republicano y, por ende, Madrid. Hay algo casi tan importante: ha quebrado la iniciativa victoriosa de los rebeldes, ha interrumpido su racha de victorias, que parecía imparable, desde la reconquista de Teruel y la posterior llegada al mar, que supuso la rotura en dos de la zona controlada por la República. Pero Franco no ha sufrido una derrota. Simplemente, sus fuerzas se han visto obligadas a detenerse, agotadas por el esfuerzo, desprovistas momentáneamente de la enorme ventaja material de que gozaban.

Ahora se impone la pausa que era preciso aprovechar para arrebatar a los facciosos la iniciativa bélica. Hacer el esfuerzo definitivo para que la guerra vuelva a una situación de empate técnico que fuerce a Franco a aceptar una negociación amparada por las potencias internacionales.

Es lo que el presidente del Consejo de Ministros, Juan Negrín, le ha pedido a Rojo: restablecer el equilibrio militar antes de que los alemanes y los italianos se decidan a echar sobre España el definitivo esfuerzo en hombres y material que dé a Franco la victoria.

Rojo ha vuelto a poner sobre la mesa su viejo plan, aunque ha debido actualizarlo, por supuesto. Para ello, ha tenido que vencer resistencias muy serias, que tienen que ver, sobre todo, con la política. La primera, la de los comunistas, que son el más sólido apoyo de Negrín y manejan, con su influencia, la ayuda soviética. De manera paradójica, la pugna se ha

concretado entre dos ideas de Rojo: el «Plan P» que hoy se pone en marcha y el plan del paso del Ebro, una difícil operación que está pensada para atraer las tropas franquistas hacia el frente de Cataluña para descongestionar otras zonas de combate y, en caso de éxito, incluso cortar el contacto entre el ejército franquista, que ha atacado Valencia, y el del Norte, que amenaza Cataluña desde sus confines occidentales y que manda el general Fidel Dávila.

Los comunistas tienen ahora en Cataluña lo mejor de sus unidades de choque. Las tropas de Juan Modesto, que han constituido el Ejército del Ebro. Son dos cuerpos de ejército, mandados por Enrique Líster y Manuel Tagüeña que tuvieron que venir a Cataluña en una maniobra táctica del Ejército Popular tras el enorme desastre de la Batalla de Aragón. Para Vicente Rojo, constituyen la flor y la nata de su ejército, pero sus enormes virtudes no compensan el riesgo y el carácter decisivo de la acción que hay que emprender. Rojo es un gran intelectual militar y sabe que cualquier movimiento que sea sólo táctico conduce indefectiblemente a la derrota. Es preciso que las acciones tengan un carácter estratégico, lo que les da un carácter complejo para el que su ejército aún no está muy cualificado. Pero hay que hacerlo, por mucho que la decisión comporte riesgos de envergadura. Los comunistas han acabado por aceptar a regañadientes que el material soviético que ha llegado en las últimas semanas se traslade por barco a Valencia.

Pero también los defensores de la línea de Levante han tenido que tragarse que ese material se desvíe no a las unidades que han contenido la ofensiva, sino hacia otro frente que para ellos es desconocido. Se trata del de Extremadura, donde las unidades no participan en combates de importancia desde hace meses, y cuentan con medios tan precarios como para que en algunas divisiones la proporción de fusiles y soldados sea de uno a dos.

Rojo ha tenido que ceder, en todo caso, a las presiones del Ejército del Ebro, y se ha visto obligado a destinar un alto porcentaje de ese material a las tropas que defienden la Cataluña republicana. El coronel Perea, que manda el Ejército del Este, no le ha planteado problemas, porque no ha sufrido desgaste, pero Modesto tiene sus buenas razones. Sus tropas no

podrían resistir una embestida seria si no se les dotaba de ametralladoras y lo que pudiera destinárseles de artillería de campaña.

Tampoco ha sido fácil negociar con Miaja, el inestable hombre con el que compartió la mítica defensa de Madrid. Miaja es valeroso desde el punto de vista personal, pero muy poco arrojado desde una perspectiva de mando. No tiene grandes cualidades militares, su importancia reside en el carisma que sabe transmitir a las tropas. Rojo ha contado con una ayuda inesperada, sin embargo, en la figura del coronel Segismundo Casado, que tiene a su cargo las unidades que defienden Madrid. Casado siempre ha sido su enemigo, intentó quitarle la iniciativa en Madrid, con el apoyo de los anarquistas de Cipriano Mera, cuando la defensa de la ciudad estaba en sus momentos más difíciles, pero ahora se muestra como el más ardiente defensor de las ideas contenidas en el «Plan P». En realidad, ya lo hizo saber en marzo de 1937, cuando se abortó su puesta en marcha por culpa de la presión soviética, y el mando político decidió una ofensiva más limitada en Brunete. Casado no tiene militancia política, pero sus relaciones con los socialistas del Centro y de Levante y con los anarquistas de Mera son muy buenas. Y hoy, por desgracia, no se puede tomar fácilmente una decisión militar en el seno de la República si no se convence a las distintas facciones políticas.

Los únicos que no han molestado a los planes de Rojo han sido los nacionalistas catalanes y vascos. Por una razón muy sencilla: Negrín no se molesta en consultarles. Les escucha algunas veces, y finge algún interés en sus preocupaciones, pero no les tiene en cuenta para nada, porque ha dejado de fiarse de ellos desde que le llegaran informaciones muy precisas de que en Londres y París los enviados de Companys y Aguirre, los presidentes de Cataluña y Euskadi, han intentado convencer a las potencias democráticas para que amparen un ilusorio proyecto de paz por separado que acabaría lisa y llanamente con la existencia de la República Española.

Quien también ha manifestado algunas reticencias a la operación ha sido el jefe de la flota, el almirante Luis González Ubieta, el hombre que hundió el crucero *Baleares,* orgullo de la flota franquista. Sus barcos están en inferioridad frente a los franquistas, que reciben el apoyo descarado de los submarinos italianos y los barcos y aviones alemanes. Los argumentos

del almirante se han centrado en exagerar el peligro de los ataques de la aviación y en el desconocimiento del estado del puerto de Motril, donde tiene que comenzar la operación. Pero Negrín los ha desbaratado con una enérgica orden: la flota va a moverse esta noche y va a cumplir con su deber.

El plan ha podido ponerse ya en marcha. En esencia es un conjunto de ofensivas que tiene como fin desarbolar el sistema franquista y aislar su ejército del norte de Andalucía, con lo que ello supondrá de dejar sin suministros a la masa de ejércitos empeñada en los combates de Valencia y la vigilancia del frente catalán.

El día D es hoy, 25 de julio. Una brigada denominada «Y» va a desembarcar en el puerto de Motril. La unidad se ha improvisado con cuatro batallones escogidos de los ejércitos de Andalucía, Extremadura, Levante y Centro. Está mandada por el mayor de Carabineros Miguel Arriaga y ha sido entrenada en el cabo de Palos en técnicas de desembarco y de lucha guerrillera. Sus tres mil hombres tienen una misión muy concreta: atraer fuerzas de la reserva enemiga para desguarnecer otros frentes. Sus objetivos son indefinidos, irán fijándose sobre el terreno en función de los resultados de la lucha. Un ataque simultáneo por la sierra de Lújar, a cargo de la 23.ª División tenderá a crear en la zona la impresión de que se trata de una ofensiva en toda regla que amenaza Málaga. Efectivos de la brigada «Y» y de la 23.ª División tomarán contacto en Vélez de Benaudalla. Esa orden es terminante, porque Rojo considera que se puede arriesgar la pérdida de los tres mil hombres de la «Y», pero sabe que hay que hacer todo lo posible para que eso no suceda. Por los hombres y por la moral general del ejército republicano.

Dentro de cinco días, una poderosa fuerza compuesta por dos cuerpos de ejército y una agrupación móvil dotada de camiones y tanques, atacará desde la zona de Azuaga-Los Bázquez-Hinojosa del Duque, en la dirección a Peñarroya con el objetivo final de llegar hasta Córdoba. Otra dirección del ataque, una vez tomado el pueblo de Valsequillo y derrumbadas las defensas franquistas en Cabeza de Buey, es la de Zafra-Badajoz. Si el ataque sale

bien, quedará cortada la comunicación entre el norte y el sur franquistas, dejando a los rebeldes en una posición realmente angustiosa.

Rojo prevé en su plan la rápida movilización de las tropas de Franco en auxilio de sus contingentes andaluces. Por ello, la gran operación se completará con dos maniobras más: una en la zona de Brunete, para impedir el envío de tropas desde el centro, y otra en la zona de Zaragoza, para entretener a las que pudieran desplazarse desde Lérida o Valencia. Estas ofensivas complementarias se habrán de poner en marcha con espacios de dos días entre unas y otras, de modo que el Estado Mayor franquista podrá enfrentarse a una situación de casi imposible resolución.

No hay luna. La pequeña flota de transporte, escoltada por los cruceros *Libertad, Méndez Núñez* y *Cervantes,* además de una agrupación de destructores, se ha podido acercar, en su corto viaje desde el puerto de Almería, hasta las inmediaciones del puerto de Motril. Unas barcas dotadas de motor se han adelantado para dejar en las playas de Poniente y Las Azucenas a unas decenas de hombres experimentados en acciones guerrilleras. Ellos darán la señal para que los pequeños transportes dejen en el puerto, con seguridad, a los tres mil hombres de la brigada «Y», constituida especialmente para esta acción.

La vanguardia de las tropas de desembarco la componen unos hombres que ya conocen el terreno y tienen una experiencia impagable. Se trata de los mismos que dieron el golpe de mano de Carchuna, una operación llena de audacia en la que una treintena de hombres consiguió liberar a trescientos oficiales asturianos que estaban recluidos en el fuerte de Carchuna desde que cayera el frente del Norte en 1937. La operación de comandos tuvo lugar hace dos meses, el 23 de mayo. Eso podría haber supuesto una desventaja, porque la lección la tienen que haber aprendido los franquistas, pero los servicios de información no han registrado una significativa mejora de los sistemas de vigilancia costera de los franquistas, cuyos análisis descartan la posibilidad de que los republicanos tengan capacidad para emprender una operación tan compleja y arriesgada como un desembarco anfibio.

Al mando de los guerrilleros que desembarcan en Las Azucenas hay tres voluntarios internacionales que ya estuvieron en Carchuna. Son los americanos Irving Goff y William Aalto, y el finlandés Valo Vattulainen. Tres hombres que resumen bien en sus atormentadas biografías de emigración y lucha obrera las características de los voluntarios extranjeros que luchan por la República. Los tres forman parte de unidades guerrilleras desde hace meses. Les acompañan, divididos en tres grupos, tres decenas de voluntarios de la 55.ª Brigada, que también sobrevivieron a la operación de Carchuna. Todos ellos son buenos nadadores y están bien entrenados en la lucha cuerpo a cuerpo y el manejo de armas como subfusiles, pistolas, cuchillos y granadas de mano.

La operación se desarrolla casi como un calco de la precedente. En poco más de media hora, los hombres, que se han echado al agua para recorrer los últimos metros antes de llegar a tierra firme, reducen a la pequeña guarnición del puerto, y hacen las señales a los barcos de transporte. La entrada al puerto está expedita. Los hombres se parapetan para defender la tierra conquistada del asalto de la pequeña guarnición de guardias civiles que se ha alarmado cuando se han escuchado las explosiones de las granadas y el tableteo de los subfusiles. No es muy difícil aguantar el empuje de los guardias, porque la oscuridad hace que éstos desconozcan la importancia de la fuerza desembarcada. Irving Goff ha dado la orden de no escatimar municiones para dar la impresión de que son más, y que el fuego se haga desde muchos puntos distintos.

En realidad, el único peligro serio para el desembarco lo representaba un nido de ametralladoras montado en la bocana del puerto, pero su acción ha sido fácil de eliminar por los guerrilleros, que han tomado el puesto de revés. Ahora las ametralladoras se vuelven contra los defensores de la costa.

En apenas cuatro horas, con tiempo sobrado para seguir aprovechando la oscuridad, se termina el desembarco de la brigada al completo. El mar en calma permite contar con todos en plena forma. No hay nadie que haya sufrido mareos que le dejen fuera de combate. Lo más urgente ahora es dirigirse hacia Motril y Salobreña, para cortar las carreteras que los franquistas pueden usar para recuperar el puerto y descabezar la acción.

En el puesto de mando franquista de la zona se han recibido las señales de alarma. Y se han transmitido de inmediato al Estado Mayor en Sevilla. Al principio, se habla de un ataque de corta entidad. Pero muy pronto, a pesar de la escasa visibilidad que no permite valorar en su importancia la presencia de buques de guerra, ya se habla de un desembarco. El comandante de la fuerza de Motril, un capitán habilitado al mando de un batallón y muy poco fogueado, cae en la trampa prevista por Rojo, y le da al desembarco una importancia desmesurada. Un reflejo propio de alguien que tiene poca experiencia en la guerra.

A Sevilla llegan las informaciones. Buques de guerra republicanos atacan Motril. Hay que despertar al general Gonzalo Queipo de Llano, a riesgo de toparse con su mal humor de bebedor empedernido. Entre juramentos, sus subordinados le dan las primeras informaciones, que no afectan sólo al desembarco, sino que se funden con otras casi tan alarmantes: hay un ataque nocturno con artillería desde las posiciones republicanas en la sierra de Lújar. Y los observadores hablan de movimientos de tropas pertenecientes a la 23.ª División republicana, que se han detectado en los días anteriores. A buenas horas lo comunican. Son las deficiencias propias de un sistema que forma parte de un frente dormido.

Gonzalo Queipo de Llano, a quien se conoce como el virrey de Andalucía desde que sofocara la resistencia republicana en julio y agosto de 1936, no es un estratega ni un hombre acostumbrado a guerras grandes. También se alarma en exceso, como el jefe del destacamento de Motril, y envía unos telegramas de aire entre chulesco y asustado al Cuartel General de Franco: «Los rojos han desembarcado una importante fuerza en Motril. Cumpliremos con nuestro deber.»

Mientras el Estado Mayor de Queipo se agita, la flota republicana toma rumbo de vuelta a sus bases. Cuando las luces vuelvan, los barcos serán un blanco fácil para la aviación franquista. Es preciso ir mar adentro para no ofrecerles una pista fácil, y después virar, sin costear, para acercarse a Cartagena, una base bien defendida por los antiaéreos y más alejada de los aviones enemigos.

Cuando amanece, los cazas Fíat hacen su primera incursión sobre la zona para localizar las fuerzas enemigas y valorar la gravedad del asalto.

No hay en el aeródromo de Sevilla aviones de reconocimiento dotados de cámaras fotográficas y se fía a los rápidos aviones de caza, que tienen la ventaja de poder hacer vuelos rasantes, el reconocimiento del terreno. No hay barcos enemigos a la vista, aunque se puede ver desde el aire que varias columnas republicanas se mueven por las distintas carreteras en tres direcciones: Motril, Salobreña y Adra. Es casi imposible valorar su potencia real. Pero son miles de hombres. Los pilotos, de vuelta a Sevilla, afirman que puede tratarse de una brigada o de una división.

Queipo de Llano toma el mando. Es urgente enviar tropas suficientes a la zona para evitar un colapso en las guarniciones de la costa, poco fogueadas en combate y muy poco numerosas, sin artillería de campaña. Y cavila poco hasta tomar la decisión: las divisiones 60 y 112 que están acantonadas en la zona de Peñarroya han de desplazarse al sur para cortar el ataque enemigo, para desbaratarlo cuanto antes. El frente, que sigue tranquilo al norte de la ciudad minera, está defendido por las 22.ª y 24.ª divisiones y un regimiento de la 122. Los dos regimientos restantes de esta última se quedan como única reserva en el sector.

Rojo, en su cuartel general en Barcelona, no recibe informaciones directas de los combates locales en las poblaciones y las carreteras de la costa al sur de Granada. Pero sí sabe que el desembarco se ha producido con éxito. Eso le basta. No necesita que la misión anfibia obtenga resultados espectaculares, sino que provoque desplazamientos de las reservas enemigas. Al amanecer, se acerca al domicilio de Juan Negrín y le da la buena nueva. El jefe del Gobierno la recibe con alivio y se dispone a tener la primera cita de la mañana. A las 9 en punto tiene concertada una entrevista con el coronel Louis Henri Morel, el agregado militar de la embajada francesa en España. Morel es un hombre de profundas convicciones derechistas, que le harían simpatizar con los franquistas en otras condiciones, pero es, sobre todo, un nacionalista. Esa circunstancia le hace simpatizar, a su pesar, con la causa republicana, porque teme que una victoria de Franco provoque un segundo frente en el sur cuando se produzca la próxima guerra, que da por segura, entre Francia y Alemania. El ejército

nazi está dando su apoyo a Franco, y Franco no podrá negarse a entrar en guerra al lado de Hitler cuando se desencadene el conflicto.

Negrín explora a Morel sin guardarse muchas cartas en la mano. Su petición es muy clara: las fuerzas republicanas van a conseguir en los próximos días una resonante victoria en el sur que va a romper en dos el territorio rebelde. Eso provocará una grave crisis en la retaguardia franquista que sólo podrá ser solventada por la negociación sobre el fin de la guerra o por la entrada, vía Portugal, de los suministros que el Ejército del Norte necesita para proseguir la campaña. ¿Estaría Francia dispuesta a forzar el despliegue rápido de observadores internacionales en la frontera para evitar que se produzca una violación flagrante de los acuerdos internacionales plasmados en la política de No Intervención?

Morel jura discreción a Negrín, lo cual es entrar en complicidad con la República, pero le garantiza que hará llegar de inmediato al Quai D'Orsay, sede el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, la información con la advertencia de que es reservada.

Negrín corre un riesgo al adelantar la información sobre la ofensiva en la zona extremeña, ya que en el ejército francés predominan las simpatías a los rebeldes, pero es más lo que tiene que ganar si el francés cumple su compromiso, porque el despliegue de un contingente de observadores militares en la frontera portuguesa privará a Franco del apoyo logístico del régimen dictatorial portugués. Cien militares neutrales serán más eficaces a la hora de impermeabilizar la frontera que cuatro divisiones de infantería propias.

A las cinco de la mañana del 30 de julio, doscientos cañones republicanos comienzan a hacer fuego sobre las posiciones que defienden las divisiones de la línea franquista. No hacen más que una hora de preparación, pero el trabajo es suficiente para que se lancen contra las posiciones enemigas las divisiones que manda el general Antonio Escobar. Las fuerzas atacantes consiguen en sólo 24 horas abrir una brecha de siete kilómetros de ancho y una profundidad variable. En las siguientes 24, se va a ampliar la bolsa hasta doscientos kilómetros cuadrados.

Pero, como sucede casi siempre desde que la guerra comenzara, las fuerzas republicanas se topan con focos de resistencia encarnecida, que esta

vez van a dejar atrás. El vértice de Cabeza de Buey, defendido por efectivos de la 22.ª División resiste todos los ataques, por muy potentes que sean. La llamada columna «F», dotada de tanques rusos T-26 y de otros medios blindados, con camiones suficientes para transportar miles de hombres, se cuela para ampliar el terreno conquistado y abrir camino a las demás fuerzas hacia Llerena y Córdoba. Las sierras van cayendo una tras otra, aunque queden puntos de resistencia importantes en algunas cotas, que son simplemente aisladas.

Las fuerzas que manda el general Escobar están eufóricas. Y el general Matallana, que manda el Estado Mayor del GERC tiene por primera vez la satisfacción de poder enviar a su jefe, el general Rojo, la noticia de que una operación ofensiva de su ejército está siendo un éxito.

Mientras, Queipo de Llano ha perdido toda la serenidad. Sus telegramas a Franco están cada vez más teñidos de desesperación. No puede mover sus tropas con la agilidad que necesita. Carece de las reservas necesarias para taponar cada hueco. Tiene sólo catorce aviones para bombardear a las vanguardias enemigas. Y la prometida llegada del general Bertomeu con su probada 11.ª División no se ha producido.

Franco se ve obligado a enviar varias escuadrillas de caza y bombardeo desde el frente de Levante, y tiene que tomar una decisión que le resulta dolorosa: mover tres divisiones desde el frente de Madrid. Sabe que es muy arriesgado, pero no se engaña con lo que está sucediendo en Andalucía: el corte de sus frágiles líneas del sur no es ninguna quimera de su enemigo el general Rojo, sino una posibilidad que se muestra cada vez más probable.

Mientras su eficiente aparato logístico prepara el traslado, tiene que dar la orden definitiva de mover su ejército levantino hacia el norte para reconducirlo a una situación que le permita mover las unidades con eficacia. Quién sabe si el Jarama o cualquier otro punto de Madrid cercano al Tajo puede ser el siguiente movimiento de Rojo. Si el Tajo queda desguarnecido, se tendría que enfrentar a un doble corte. Y ésa es una situación en exceso difícil de resolver. ¿Qué puede hacer? ¿Responder con otra ofensiva en un teatro de operaciones distinto? No cuenta con las fuerzas ni los estudios necesarios. Las tropas enemigas en el Centro no pueden atacar sus líneas hacia Guadalajara, por ejemplo, pero sí son

capaces de defenderse bien. Y Cataluña ha reforzado sus defensas al norte, por lo que ya no es sencillo recuperar la idea de Juan Yagüe de proseguir desde Lérida su avance hacia Barcelona, que descartó en primavera por razones diplomáticas más que militares.

Franco no tiene otra opción que responder al reto que le han planteado en Andalucía. Allí va a volcar sus recursos. Quizá tenga que hacerlo incluso con el coste de reemplazar al pusilánime Queipo por otro general más bregado y sereno, que sea capaz de resistir y contraatacar incluso sin exigir un apoyo desmesurado.

El 2 de agosto, Franco ve confirmados sus peores temores: el coronel Casado ha iniciado una ofensiva sobre Brunete y, desde allí, amenaza con cortar las comunicaciones por la carretera de Extremadura. La situación se ha vuelto infernal para sus intereses. Las noticias de los otros frentes no son mejores: en las cercanías de Motril y hasta la sierra de Lújar, el enemigo está contenido, pero su penetración exige mantener las dos divisiones que han provocado la necesidad de dejar sin reservas a Queipo durante unos días.

Lo peor está en Sevilla. Los republicanos están acercándose a marchas forzadas a la ciudad. Franco piensa que podrá detenerlos y evitar la catástrofe psicológica de su caída, pero sabe que sus líneas de comunicación están peor que en precario, están en una situación catastrófica. Y el duque de Alba le ha enviado un mensaje que le estremece: los ingleses han disuadido a los portugueses de su intención de abrir la frontera a los suministros alemanes.

En diez días, la triunfal marcha franquista a la victoria se ha torcido.

Rojo y Negrín se reúnen con Manuel Azaña, presidente de la República. El «Plan P» sólo ha funcionado parcialmente. La ofensiva se agota mientras las tropas van quedando exhaustas. Pero ha cumplido con su objetivo fundamental: alterar el curso de la guerra.

¿Será posible ahora conseguir una paz negociada?

Para saber más

JORGE M. REVERTE: *La Batalla del Ebro,* Crítica, Barcelona, 2003.

—: *La caída de Cataluña,* Crítica, Barcelona, 2006. VICENTE ROJO: *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española,* Ariel, Barcelona, 1974.

4 ¿Qué habría sucedido si José Antonio Primo de Rivera no hubiera sido fusilado en Alicante y hubiera conseguido llegar a Salamanca en 1937?

JOAN MARÍA THOMAS (Universidad Rovira i Virgili)

La interrogación sobre lo que hubiera sucedido si José Antonio Primo de Rivera —*José Antonio,* como le llamaron primero los falangistas (que utilizaban un tuteo pretendidamente revolucionario) y después adoptó el Régimen de Franco— no hubiese sido fusilado en Alicante el 20 de noviembre de 1936 y hubiese conseguido llegar a Salamanca en 1937 a tiempo para asistir a la promulgación del Decreto de Unificación, u otras posibles preguntas —como la de si podría haber sido liberado de la prisión de Alicante donde se encontraba al iniciarse la guerra y donde fue fusilado el famoso 20-N... —son especulaciones específicas derivadas de otra más general, a saber: cuál habría sido el destino de la Falange (Falange Española de las JONS-FE de las JONS) en el Régimen de Franco en el caso de que su

jefe nacional, José Antonio, hubiera podido liderarla durante la Guerra Civil.

Esta pregunta general tiene en sí misma historia. Al menos una parte de los españoles y españolas educados bajo el franquismo pudieron habérsela planteado o escuchado en boca de algún falangista. Especialmente todos aquellos que estuvieron en contacto con la Falange del Régimen (Falange Española Tradicionalista y de las JONS-FET y de las JONS) y el Movimiento, fuera a través del mismo partido o de sus órganos: Sindicato Español Universitario (SEU), Frente de Juventudes, Sección Femenina, Organizaciones Juveniles o mecanismos de encuadramiento o educación, como la Organización Sindical, el Servicio Social de la Mujer o las clases de Formación del Espíritu Nacional impartidas en escuelas, colegios e institutos. Pero, por encima de todo, fue una pregunta clave que se plantearon los falangistas, tanto los viejos (es decir, los que ya lo eran antes de la Guerra Civil y de la Unificación con los carlistas de abril de 1937) como los nuevos (ingresados posteriormente y durante cuarenta años), en algún momento de su vida política. Fue además la interrogación de aquellos de los jóvenes falangistas que podían criticar el tinglado franquista por haber traicionado al espíritu de José Antonio y no haber sido nunca suficientemente auténtico; jóvenes que podían criticar a Franco e incluso a sus propios jefes por haber perdido el ímpetu, por haberse acomodado a la situación y a las prebendas, y por no haber seguido la senda marcada por el fundador. Jóvenes que solían acabar ellos mismos «creciendo», «entendiendo» y acomodándose a las complejidades de la vida y de la vida política franquista o —los menos— apartándose (relativamente, porque los cargos de funcionario que habían obtenido en el entramado de organizaciones del Movimiento no los solían abandonar) asqueados (en expresión muy falangista) del tinglado.

Pero la importancia del interrogante sobre el destino de la Falange en el Régimen de Franco caso de que José Antonio hubiera podido liderarla durante la Guerra Civil no reside solamente en quiénes se la formularon o la escucharon —aunque fueran muchos— o en que sea en sí misma en cierta manera histórica en razón de haber sido recurrente a lo largo de los 40 años de franquismo... y aun posteriormente y de manera importante durante los

años de la Transición y primeros de la Democracia española. O en razón que se derive del hecho histórico del fusilamiento de José Antonio en la zona republicana seis meses antes de que Franco unificara la Falange de José Antonio con la Comunión Tradicionalista de los carlistas mediante el decreto del 19 de abril de 1937 y se colocase él mismo al frente del nuevo partido único del Régimen (un cambio de líderes por cierto bien insólito dadas las diferentes ideologías de Primo de Rivera y de Franco, e incluso la profunda animadversión que habían sentido el uno por el otro). Que se colocase al frente de un partido denominado de manera casi mimética a la Falange de José Antonio (Falange Española Tradicionalista y de las JONS) y que copiaba también casi miméticamente su programa.

Bien al contrario, la importancia de la pregunta se encuentra en que detrás de ella se esconden un paradigma y un mito: el paradigma de que el Régimen de Franco no realizó el programa falangista sino que se aprovechó de la Falange de José Antonio, desvirtuándola. Y el mito, la idealización que hicieron los falangistas, viejos y nuevos —y que se confunde en buena parte con la que hizo el Régimen—, de los máximos dirigentes de la vieja Falange como el propio José Antonio, Onésimo (Redondo) y Ramiro (Ledesma, en este caso más problemáticamente dado su abandono de la organización antes de la guerra) en tanto que héroes y mártires cuya ausencia habría posibilitado la absorción de la Falange por el Régimen. Héroes y mártires de los que también formaría parte Manuel Hedilla, el último jefe nacional de FE de las JONS, en razón de su presunta resistencia a la Unificación.

Digamos en este último sentido que la mitificación interna falangista de José Antonio Primo de Rivera se había iniciado ya antes de la guerra —a partir del acceso de éste a la jefatura única de la organización en 1934 y tras la supresión del mando triunviro—; continuado durante aquélla con el mito del Ausente —la ocultación de su fusilamiento por parte del partido—; y que, tras la Unificación, fue adoptada por el Régimen; siendo el primer hito de ésta el anuncio público realizado el 16 de noviembre de 1938 de la muerte del fundador, su proclamación como héroe nacional y la instauración del 20-N como día de luto nacional. Esta mitificación de la figura de José Antonio, generaría un auténtico *corpus* publicístico y

hagiográfico y mantendría (y mantiene) en sectores falangistas su especificidad. Y, a través del influjo del Movimiento, el mito se expandió entre la población española y continuó (y continúa) aún vivo.

Por su parte, el paradigma de que el Régimen de Franco no realizó el programa falangista sino que se aprovechó de la Falange, desvirtuándola, contiene parte de verdad, ya que, apariencias aparte, el Régimen de Franco no fue uno en el que el partido único hegemonizase todo el poder y orientase toda la acción del Estado, o tuviera como principal objetivo cumplir los puntos de su programa. Otra cosa es quién se aprovechó de quién, y de si lo que sucedió no fue sino que se creó una asociación feliz para la mayoría de falangistas viejos y nuevos —aunque también se generase descontento entre los menos.

Ambos, mito —la idealización de dirigentes muertos trágicamente (José Antonio, Onésimo, Ramiro) o condenados a muerte y después a prisión (Hedilla)—y paradigma, necesitan su contraste, más aún cuando los mitos siguen bien vivos, y la fascinación ejercida por José Antonio, sobre todo, como decimos, trasciende las filas falangistas aún en la actualidad. A todo ello trataré de referirme a continuación, al mismo tiempo que vaya formulando hipótesis de respuesta a la pregunta que da título al capítulo, lo que habría sucedido si José Antonio Primo de Rivera no hubiese sido fusilado en Alicante el 20 de noviembre de 1936 y hubiese conseguido llegar a Salamanca en 1937 viviendo la Unificación. Un supuesto que debe forzosamente contemplar hipótesis subordinadas, tales como: ¿cuáles podrían haber sido las circunstancias de su llegada a la zona nacional?; ¿cómo habría reaccionado ante la situación política y la de FE de las JONS en los nueve meses que mediaron entre el 18 de julio de 1936 y ese mes de abril de 1937?; y, por último, ¿cuál habría sido su reacción ante la Unificación?

I. ¿CUÁLES PODRÍAN HABER SIDO LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA LLEGADA DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA A LA ZONA NACIONAL EN ABRIL DE 1937?

La pregunta presupone que el líder de Falange no hubiera sido fusilado en Alicante, lo que abre un conjunto de posibilidades. En primer lugar la de que, de haber triunfado el alzamiento en Alicante, José Antonio hubiera sido

inmediatamente liberado, tal y como tenían ya preparado los falangistas locales junto con algunos oficiales del ejército comprometidos en el golpe. Sin embargo, al quedar Alicante formando parte de la zona republicana, las posibilidades de liberación del jefe falangista pasaron ya por tres posibles opciones:

1. La aceptación por las autoridades republicanas de la oferta del propio José Antonio de desplazarse a Burgos para actuar como mediador y tratar de acabar con la guerra.
2. La puesta en práctica por falangistas llegados secretamente desde la zona nacional de operaciones de asalto a la cárcel o de soborno de guardianes —o de ambas a la vez— para liberarle.
3. El canje, es decir, el intercambio de José Antonio por algún prisionero de importancia equivalente en manos de los nacionales.

No obstante, la oferta de mediación fue rechazada y los intentos de liberación por la fuerza, o combinados con sobornos, fracasaron. Ello fue debido más a la improvisación con la que se prepararon, a la mala planificación y a los problemas internos con los alemanes que colaboraron en ellas que a supuestas artimañas de Franco para obstaculizarlas; aunque eso sí, el Caudillo interfirió en alguna operación y, sobre todo, estaba preocupado por el control de José Antonio una vez que hubiera sido liberado. En concreto, estaba Franco convencido —tal vez después de leer la versión de las declaraciones del jefe falangista al periodista estadounidense J ay Allen, publicadas en el *Chicago Daily Tribune* el 9 de octubre— de que el líder falangista había enloquecido, y ordenó que, caso de que se le consiguiera liberar, fuese aislado primero y después informado de la situación de la España Nacional a través de un enviado suyo. Lo que lleva a pensar que el Caudillo veía la llegada de José Antonio como un posible problema político, dada la importancia que había cobrado su movimiento Falange Española de las JONS en la zona rebelde desde los primeros meses de la guerra.

Por su parte, la posibilidad del canje no tuvo éxito, aunque el ministro de Marina y Aire, el socialista Indalecio Prieto, haría efectivo uno de ellos un año después, en la persona de otro de los dirigentes falangistas que estaban en manos de la República, Raimundo Fernández-Cuesta. Pretendió

Prieto con el canje avivar las presuntas tensiones internas existentes en la zona nacional entre reaccionarios y falangistas para que, una vez que Fernández-Cuesta se hubiera impuesto al frente del partido y accedido al poder, pudiera negociar un final pactado de la guerra. Fue una iniciativa descabellada, basada en una evaluación errónea de lo que sucedía en la zona rebelde —la resistencia de Hedilla y de una mínima parte de los falangistas al tipo de Unificación decretado por Franco hacía ya meses que había sido cortado de raíz por el Caudillo—, y, por supuesto, el personaje —*Raimundo* — ni daba la talla ni llegó a Salamanca dispuesto a realizar heroicidades. Más bien todo lo contrario, como se vio pronto.

Al final, y si bien algunas circunstancias de la confirmación de la pena de muerte a la que había sido sentenciado José Antonio no están del todo claras, el hecho es que fue fusilado el 20 de noviembre de 1936. El fusilamiento fue un error político, ya que contribuyó a incrementar la imagen sanguinaria de la República que una parte de la opinión mundial estaba recibiendo. Tal vez si Prieto hubiese imaginado entonces la maniobra del canje y logrado implementarla, José Antonio hubiera resultado mucho más conflictivo de lo que el atemorizado *Raimundo* resultó un año después. Pero la virtualidad de un Prieto consiguiendo el canje choca con la realidad de una zona republicana atomizada regional y políticamente, y resulta poco factible pensar que el gobierno republicano en pleno y, aún más importante dada la debilidad gubernamental republicana de finales de 1936, muchos dirigentes de izquierdas hubiesen aceptado que un personaje tan odiado por ellos como era el líder fascista Primo de Rivera fuera canjeado-liberado.

II. ¿CÓMO HUBIERA REACCIONADO JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA ANTE LA SITUACIÓN POLÍTICA DE LA ZONA NACIONAL Y LA DE FE DE LAS JONS DE LOS NUEVE MESES QUE MEDIARON ENTRE EL 18 JULIO DE 1936 Y EL 19 DE ABRIL DE 1937 DE LA UNIFICACIÓN?

De haber conseguido José Antonio salir de su encierro —por cualquiera de las vías apuntadas— y llegar a la zona nacional, las hipótesis sobre lo que hubiera podido suceder dependen precisamente de la manera en la que hubiera llegado. De haberlo hecho con la oferta de mediación que propuso al gobierno republicano (dejando además como prenda a algunos de sus

familiares en Alicante) y con la intención de retornar a la ciudad levantina, se hubiera encontrado en una situación altamente comprometida, dada la tajante negativa de los militares sublevados a aceptar ningún pacto y, peor que eso, su tendencia a actuar contra aquellos que los proponían, considerándolos como débiles y afectos al enemigo simplemente por tratar de mediar y presuponerse con ello que no confiaban en la victoria nacional. Podría haber sido como mínimo encarcelado y no resulta factible pensar que se le hubiese permitido retornar a Alicante en cumplimiento de la palabra de honor dada, con las consecuencias negativas que hubieran ello podido tener sobre sus familiares.

De haber sido liberado por la fuerza, soborno o mediante canje antes del 20-N de su fusilamiento, se habría puesto al frente de la Falange inmediatamente, teniendo que aceptar el hecho, ya consolidado, de la guerra. Guerra que había querido evitar —no así el propio golpe, por supuesto— y que consideraba un fracaso colectivo, e incluso, en expresión muy típica del personaje, una ordinariez. Habría recuperado la jefatura nacional de una Falange que se estaba convirtiendo, insólitamente —dada su insignificancia numérica antes de la guerra—, en un verdadero movimiento de masas, disuelta la Junta de Mando provisional creada en septiembre y relevando a su jefe, Manuel Hedilla. Un Hedilla que no tenía en el otoño de 1936 más que un poder simbólico ya que éste se encontraba en las poderosas organizaciones territoriales del partido. Organizaciones que funcionaban con extremada autonomía —así como lo venían haciendo los generales antes del 1.º de octubre, y aún después—. La Falange se estaba convirtiendo en un partido o movimiento de aluvión en el que habían ingresado miles de antiguos afiliados a la CEDA y, aún más, sus juventudes —las JAP— y miles de personas sin partido pero deseosas de colaborar en el alzamiento, tanto en los frentes como en las retaguardias; y también muchos que buscaban en la camisa azul un seguro con el que esconder un pasado izquierdista y la usaban como una especie de salvoconducto que les librase de la represión. Estos miles de nuevos camaradas en su inmensa mayoría desconocían el ideario falangista. El número pues de atolondrados —a los que se había referido José Antonio desde la cárcel— había crecido enormemente, y la calidad política de sus mandos en la zona nacional era

baja. Disciplinar, adoctrinar esta masa en el ideario falangista hubiera sido tarea ardua. Como también lo habría sido afrontar la cuestión de la brutal represión nacional, en la que muchos camisas azules y jefes falangistas estaban implicados. O que dirigían directamente. ¿Cuál hubiera sido pues la actitud de José Antonio ante la represión? Ante una represión de clase y política a la vez, salvaje, indiscriminada. Una represión en la que como mínimo su ilegalidad —ya que los *paseos* y *sacas* eran moneda corriente— (y dejando de lado aquella legal o con apariencia de legalidad de los consejos de guerra masivos y sin garantías) hubiera repugnado la condición de jurista de José Antonio. O que políticamente, dada su voluntad integradora —de líder fascista— de aquellos elementos recuperables de las masas izquierdistas, hubiera considerado un error. Por el contrario, es de suponer que hubiera aceptado como necesaria e imprescindible una represión también *quirúrgica* pero más selectiva. En la que no hubiera incluido sin duda a su admirado Federico García Lorca, entre otros muchos.

Políticamente José Antonio se hubiera esforzado por recuperar la autonomía de su movimiento, autonomía que había comprometido voluntariamente al aceptar la subordinación de sus *muchachos* a los militares golpistas poco antes del golpe. Pero por encima de todo Primo de Rivera hubiera aspirado al poder. Al poder total. Y es que, aparentemente, había ya llegado el movimiento salvador de España con el que creía que podía comenzar una regeneración frustrada repetidamente en la experiencia republicana. Sus aspiraciones al poder eran tan sólidas como ingenuas, como se vio cuando, en la cárcel, imaginaba que le iban a nombrar para formar parte de un gobierno. Pero también preveía un nuevo ingreso en prisión —y otro fusilamiento, pensamos nosotros— caso de comprobar que el alzamiento era tan sólo un movimiento defensivo de las clases propietarias.

Otra posibilidad es que se adaptase a la situación, pero trabajando al mismo tiempo para conseguir convertir la guerra o la posguerra en los puntos de partida de la revolución nacional-sindicalista.

De haber llegado José Antonio a la España Nacional tras el 1.º de octubre de 1936 de la designación (en parte también autodesignación) de Franco como Generalísimo y máxima autoridad política en tanto que jefe

del Estado, la situación hubiera sido más complicada. Habría llegado a una España en manos de un Franco que sentía prevención hacia él, no sólo personal sino política, y de ahí las instrucciones de que se le aislase. De haberle permitido el Caudillo entrar en la Zona y recuperar la jefatura de FE, además de reforzar la autonomía de su movimiento, hubiera José Antonio continuado aspirando al poder, lo que se hubiera convertido en un problema para el general, y seguramente hubiera sufrido las consecuencias de ello. Si atendemos a lo que le ocurrió al jefe-delegado de la Comunión Tradicionalista Manuel Fal Conde podemos imaginar lo que también le hubiera podido suceder. Y es que, si a aquél se le puso en la tesitura de o salir de España o someterse a un consejo de guerra por haber creado una academia militar para oficiales de las unidades de requetés, ¿qué le hubiera sucedido a José Antonio al reforzar la autonomía de su movimiento? ¿Hubiera ingresado en la cárcel o habría acompañado a Fal Conde en su exilio forzado en Lisboa? Una Lisboa, por cierto, en la que se irían concentrando (por diferentes motivos, desde luego) líderes derechistas non gratos a sectores de la España Nacional o al Caudillo, como fueron los casos del fundador de Acción Popular y de la CEDA, José María Gil Robles y, más tarde, el alfonsino y ex ministro de Franco Pedro Sáinz Rodríguez.

Caso que hubiera optado por la subordinación, el escenario que se nos plantea es el de su reacción ante la Unificación del 19 de abril de 1937 por la que Franco se hizo con FE de las JONS y con la Comunión Tradicionalista.

III. ¿CUAL HABRÍA SIDO LA REACCIÓN DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA ANTE LA UNIFICACIÓN?

La Unificación fue (si dejamos de lado la creación de la Junta Técnica del Estado) el primer acto propiamente político de Franco. Al realizarlo, mostró no sólo su voluntad de concentrar la totalidad de poderes existentes en la España Nacional —subordinando a su jefatura a las dos fuerzas políticas más importantes—, sino también su opción por un modelo de régimen político inspirado en los de sus dos principales aliados, es decir, la Alemania nazi y la Italia fascista. Es bien conocido el papel que jugó en el proceso de diseño de la unificación su entorno familiar, destacadamente su

concuñado Ramón Serrano Suñer a raíz de su llegada a la Zona Nacional en febrero de 1937. Que el nuevo partido creado se inspirase —o copiase literalmente— en el ideario y las características del de José Antonio resulta fundamental para nuestras hipótesis. La de un José Antonio aceptando la figura de Franco como Generalísimo y jefe del Estado a su llegada a la Zona Nacional no implica que se dejase arrebatar fácilmente su propia organización. Resulta factible imaginarle negociando con los carlistas una unión voluntaria, o, mejor dicho, una absorción de la Comunión por FE para después presentársela a Franco como un hecho consumado —como, en parte, ocurrió realmente en los meses que antecedieron a la promulgación del decreto en cuestión.

Pero también resulta imaginable que, a través de esta unificación anticipada, o por otras vías, tratase de erigirse en líder del partido único del Régimen dejando a Franco como jefe del Estado ejerciendo un papel similar al que ejercía el rey Víctor Manuel III en Italia. Intentando pues convertirse él mismo en un nuevo Duce o Führer. Corno también es imaginable que el correctivo que el Caudillo le hubiese impuesto a él y, tal vez, a su movimiento si hubieran tratado de forzar la situación política o instigado un golpe de mano hubiera sido brutal. De la misma manera como el mariscal Antonescu se deshizo de la Guardia de Hierro rumana en enero de 1941. No obstante, también se hace factible pensar en un José Antonio más dúctil y contemporizador en 1937, aunque el choque con Franco fuese inevitable más tarde y sin lugar a dudas a partir del final de la guerra en 1939.

En medio de estos escenarios cabe preguntarse igualmente por la actitud que habría mantenido Serrano Suñer, a la vez concuñado de Franco y amigo personal de José Antonio. ¿Por quién de los dos hubiera optado el hombre enfermo y traumatizado por el asesinato de sus dos hermanos en Madrid (cuando hacían gestiones para liberarle) a su llegada a Salamanca? Cabe imaginar que por Franco, con lo que puede suponérsele una carrera política en el Régimen, diferente, eso sí, de la que realmente tuvo —al menos en lo referente a su utilización de FET y de las JONS corno base de poder propia, lo que no es precisamente poco—. O tal vez no. Tal vez una vez neutralizado un José Antonio demasiado radical se hubiera reservado Serrano el puesto de lugarteniente del nuevo jefe nacional falangista

Francisco Franco. Y¿qué neutralización le hubiera esperado a Primo de Rivera? Ya lo hemos dicho, pero por supuesto hubiera dependido de su nivel de resistencia. Caso de haberla emprendido por las armas, a él y a muchos de sus viejos camaradas les hubiera esperado un pelotón de fusilamiento. O la muerte en combate. Más heroica, más falangista. Pero muerte al fin y al cabo.

Para saber más

JULIO GIL PECHARROMÁN*: José Antonio Primo de Rivera, Retrato de un visionario,* Planeta DeAgostini, Barcelona, 2005.

JOAN MARÍA THOMAS: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio. Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Española de las JONS,* Plaza y Janés, Barcelona, 1999.

—: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945),* Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

5 La victoria de la República en la Guerra Civil y la Europa de 1939

ISMAEL SAZ (Universidad de Valencia)

Nada parecía más impensable a finales de 1938 que una eventual victoria republicana. Agotada tras el derroche de hombres, material y energía de la Batalla del Ebro y con una moral de las tropas que, podía suponerse, estaba literalmente por los suelos. Con una población, en fin, cada vez peor alimentada y entre la que ganaba terreno la aspiración de ver el fin de la guerra, fuere cual fuera el vencedor, y éste sólo podía ser el franquista. Peor, si cabe, era el escenario internacional, en el que puede decirse que la farsa de la No Intervención entraba, como la guerra misma, en su recta final. Apenas concluida la Batalla del Ebro, Alemania proseguía su ayuda a Franco con un envío de material decisivo, aunque, eso sí, cobrado a precio de hipoteca de los minerales españoles. La Italia fascista hacía el paripé de la retirada de unos diez mil soldados, buena parte de ellos de larga permanencia en España y sin que ello afectase, más bien al contrario, la eficacia de sus tropas. A cambio, parecía ir reforzando su luna de miel con los conservadores británicos, con el gobierno de Chamberlain, obteniendo el reconocimiento de su Imperio etiópico, algo por lo que venía pugnando desde 1936. El gobierno francés, por su parte, parecía oscilar entre la impotencia y el deseo de que se pusiera fin cuanto antes al embrollo español, aunque, eso sí, intentando evitar que ello se tradujese en un reforzamiento de la presencia italiana en España. Y la URSS había ido

multiplicando los síntomas de desentendimiento tras Múnich, perdida ya toda confianza tanto en la victoria republicana como en la política de seguridad colectiva en clave antifascista.

De modo que todo parecería apuntar a que la inminente ofensiva franquista sobre Cataluña se traduciría en una fácil victoria, sin encontrar gran resistencia, y que esto constituiría el definitivo final de la República. Así fue y, podría decirse, no podía ser de otra manera. Tras el desgaste de ambos bandos en el Ebro y el inmediato reforzamiento en armas por parte de Alemania, Franco pudo concentrar un ejército frente al que poca resistencia pudieron ofrecer las alicaídas y mal armadas tropas republicanas. Iniciada la ofensiva el 23 de diciembre de 1938, el avance franquista, en el que una vez más desempeñaron un papel esencial las tropas italianas, fue ininterrumpido; y a partir del 6 de enero, incontenible. El 15 de dicho mes caía Tarragona, paradójicamente el mismo día que Francia accedía a abrir la frontera para que pasasen las armas soviéticas.

Pero era ya demasiado tarde. El frente republicano se desplomó en apenas unos días. El 26 de enero caía Barcelona y se iniciaba la penosa marcha de unos 440.000 republicanos hacia la frontera francesa. Era el principio del fin también desde el punto de vista diplomático e institucional. Las divisiones en el gobierno republicano alcanzaron su punto máximo cuando el presidente de la República, Manuel Azaña, se negó a volver a España, al tiempo que el presidente del Gobierno, Juan Negrín, intentaba organizar una resistencia poco menos que numantina en el tercio del territorio español todavía en manos republicanas. A estas alturas, sin embargo, las diferencias ya no eran tan grandes entre unos y otros: resistir para negociar una paz sin represalias políticas o negociar, casi capitular, a cambio también de garantías frente a las represalias. Ni siquiera entonces el Reino Unido y la impotente Francia fueron capaces de exigir a Franco un compromiso humanitario con los derrotados. Lejos de ello y a pesar de que la Ley de Responsabilidades Políticas de 13 de febrero de 1939 dejaba bien claro el afán revanchista del nuevo régimen, procedieron al reconocimiento diplomático del mismo el 27 de febrero. Ese mismo día, Manuel Azaña dimitía como presidente de la República. Poco después, las desavenencias entre los republicanos culminarían con el golpe de Estado del coronel

Casado que se impuso tras una especie de miniguerra civil. Era un intento desesperado de detener la sangría mediante una capitulación que comportara unas mínimas garantías para los derrotados. Tampoco esto se obtuvo. Y sin que nadie, ni las potencias extranjeras ni ninguna fuerza interior lo impidieran, el derrumbe de la República se produjo sin que el más mínimo freno se opusiera al afán represivo de los vencedores. Así, España se adentraba en el infierno de la posguerra de la mano de una cruel dictadura que se prolongaría por casi cuatro décadas.

Es difícil para el historiador buscar algún entresijo entre esta abigarrada serie de procesos y acontecimientos que permita concebir siquiera la posibilidad de una victoria republicana. Ni siquiera la vieja hipótesis tantas veces recordada de una eventual prolongación de la resistencia hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial parece demasiado creíble. Lo habría sido con anterioridad a la Conferencia de Múnich de septiembre de 1938, cuando en plena Batalla del Ebro las exigencias alemanas sobre Checoslovaquia parecían a punto de precipitar la guerra europea. En tal caso, y ésta era la pesadilla de Franco, la República no habría tenido más que alinearse con las democracias frente al Eje, contra el que de hecho estaba luchando en solitario. Pero las democracias capitularon en Múnich entregando a Hitler lo que quería —la región de los Sudetes— y en las condiciones que exigía. No hubo guerra por Checoslovaquia y ésta fue una señal que entendió todo el mundo, el gran apoyo de la República, la URSS, incluido. La hipótesis de una resistencia a ultranza ya en los primeros meses de 1939, para enlazar con la previsible guerra mundial, debería confrontarse en cualquier caso con el hecho de que nadie sabía por aquellas fechas cuándo estallaría la contienda general o si llegaría a hacerlo. De hecho, por las mismas fechas en que se desmoronaba el ejército republicano en Cataluña, el primer ministro británico Neville Chamberlain y su ministro de Exteriores celebraban en Roma, con Ciano y Mussolini, la mejora de unas relaciones que se habían traducido en el ya aludido reconocimiento *de jure* del Imperio italiano. Cuando se produjo la ocupación alemana de Praga y Hitler anunció sus nuevas reivindicaciones sobre Polonia, la suerte en España estaba echada. En cualquier caso y al objeto de la hipótesis de partida de este texto, fa prolongación de la guerra de España como parte de

una guerra general no habría supuesto la victoria de la República en 1939. Sólo la prolongación de la guerra como parte ya de la guerra europea. Y no es en modo alguno concebible que esta última se resolviese a lo largo del último trimestre de 1939.

UN ESCENARIO MÁS ABIERTO

Hay otro tipo de eventualidades más verosímiles que pueden formularse dentro de la inverosimilitud ya apuntada de la victoria republicana. La primera de ellas es la que concierne al desarrollo mismo de la Batalla del Ebro. Es cierto, como se ha apuntado, que el ejército republicano se desangró allí, pero no lo es menos que el franquista sufrió un desgaste no mucho menor, como supo apreciar el embajador en España de la Alemania nazi. Por otra parte y cualquiera que sea la opinión que nos merezca la ofensiva republicana que dio lugar a la batalla, parece claro que el ejército de la República demostró cuando menos, y esto sabían apreciarlo los observadores extranjeros, que su capacidad de combate había mejorado ostensiblemente desde 1937. En efecto, Franco, no obstante su superioridad en armas, tardaría nada menos que cuatro meses en recuperar el terreno rápidamente conquistado por los republicanos en su ataque inicial. Lo que es más importante, a lo largo de la batalla se multiplicaron de nuevo las críticas al modo en que Franco conducía la guerra. Generales del propio Estado Mayor franquista, aliados italianos y alemanes se desesperaron por la lentitud de Franco a la hora de tomar decisiones, por no utilizar los abundantes recursos de una forma más eficiente o por renunciar a aprovechar la concentración de fuerzas republicanas en la zona para lanzar una ofensiva determinante sobre la casi desguarnecida Barcelona. De hecho, Mussolini llegó a afirmar en agosto que Franco era incapaz de ganar la guerra y que a la postre sería derrotado. Y dudas no muy distintas abrigaba el embajador alemán unos meses más tarde.

Claro que al final los nacionalistas consiguieron recuperar el terreno perdido, y los panegiristas de Franco pudieron afirmar que era él quien había acertado. Pero el Generalísimo había jugado una vez más con la confianza en su superioridad militar y, lo que no es menos importante, con

la confianza en que ésta se mantendría ilimitadamente merced a los suministros de sus aliados y protectores italianos y alemanes. Como se verá, esta circunstancia constituirá una pieza esencial de la hipótesis contrafactual que desarrollaremos.

Por otra parte, no debería exagerarse en lo referente a la baja moral de las tropas republicanas, así como de la población en general. Mucho pudo tener que ver en ella el resultado mismo de la Batalla de Cataluña. Pero no era la primera vez que la República se había visto al borde del colapso. Lo había estado en Madrid en noviembre de 1936 cuando la victoria franquista parecía estar a punto de culminar con la toma de la capital. Tras su agotamiento en la Batalla de Teruel, pareció también que toda resistencia sería rápidamente vencida, pero, aunque las tropas de Franco conseguirían llegar al Mediterráneo y partir en dos la zona republicana, lo hicieron de una forma mucho más lenta y costosa de lo que habían imaginado. Tras la toma de Castellón, el imaginado paseo franquista hacia Valencia fue frenado un poco más al sur por la férrea resistencia republicana. Más aún, y contra toda expectativa, el ejército republicano aun fue capaz de lanzar la ofensiva del Ebro, con el consiguiente desbaratamiento de la estrategia franquista. La cual generó de paso las ya vistas contradicciones e incertidumbres entre los mismos generales de Franco y sus aliados del Eje.

No se puede dar por absolutamente descontado, en consecuencia, que la caída en picado de la moral republicana que se produjo tras la Batalla de Cataluña sea retrospectivamente aplicable a la situación que le precedía, la existente tras la Batalla del Ebro. Entre otras cosas, porque la retirada del Ejército Popular en este frente hacia sus posiciones iniciales se hizo de forma ordenada, sin mayor quebranto para las unidades que el propio de la lucha —apuntaría el general Rojo— y con la moral de las tropas a salvo. Y esto se podría aplicar también a lo que podía haber de voluntad de lucha y resistencia entre la militancia de las distintas organizaciones políticas y sindicales. Desde luego, los comunistas estaban a la vanguardia en este terreno, y no debería olvidarse que buena parte de su fuerza venía precisamente de ahí. Pero sería exagerado suponer que todas las bases del partido socialista, de la CNT u otras formaciones habían abandonado toda voluntad de luchar hasta el fin.

También en el escenario internacional había alguna luz entre las sombras. O si se prefiere, la situación era más compleja y estaba más abierta a la contingencia de lo que nuestro conocimiento a posteriori podría certificar. Paradójicamente, la causa republicana era más popular que nunca. Y cada vez eran más los sectores de la población mundial, incluso no pocos conservadores, que veían con creciente prevención la victoria franquista. De hecho, las encuestas revelaban que hasta en el Reino Unido las simpatías por Franco habían disminuido extraordinariamente. Mucho tuvo que ver con ello, desde luego, el conocimiento de los bombardeos indiscriminados contra la población civil, de Gernika y Durango a Barcelona, Alicante, Madrid, Valencia y tantas otras ciudades. Y no fue menor el impacto de la piratería en el Mediterráneo llevada a cabo por submarinos italianos y los bombardeos contra buques mercantes ingleses en el marco de las estrategias franquistas de bloqueo de las costas republicanas. Nadie ignoraba ya, en fin, la voluntad vengativa de Franco. Lo propagaba abiertamente el mismo Generalísimo cuando hablaba de castigar a dos millones de españoles. Lo pudo comprobar horrorizado el mariscal británico que presidió una comisión encargada del canje de prisioneros en noviembre de 1938 al observar cómo se producía la ejecución de prisioneros, incluso pasando por encima de cualquier palabra dada. Nada de esto era, desde luego, nuevo, pero el rechazo a las prácticas franquistas estaba alcanzando a capas cada vez más amplias de la población mundial, incluida de forma muy significativa la del Reino Unido.

Éste era precisamente uno de los factores que estaba incidiendo en la propia clase política británica hasta afectar al gobierno mismo. Ya en febrero de 1938 el ministro de Exteriores, Eden, había dimitido en protesta por las concesiones que el premier, Chamberlain, estaba dispuesto a hacer a Mussolini en relación con la arena española. Unos meses más tarde, el hundimiento de un buque británico generó tal reacción que alemanes, italianos y franquistas llegaron a temer la caída de Chamberlain en beneficio del cada vez más popular Eden. No menos duro con su gobierno se mostraba Churchill. Y la Conferencia de Múnich no hizo mejorar la situación desde este punto de vista. Como anotó el dirigente conservador, Múnich supuso para Inglaterra «una derrota sin guerra». La situación era,

por tanto, ambivalente: Múnich parecía sentenciar a la República Española, ya que era casi impensable que lo que las potencias occidentales no habían hecho por Checoslovaquia lo fueran a hacer por España. Pero funcionaba también su reverso. Aunque Chamberlain fue recibido como un héroe y salvador de la paz a su vuelta a Londres, pronto empezó a ganar terreno la sensación de que se estaba cediendo demasiado ante los dictadores a cambio de nada.

Mucho ponían éstos de su parte para que así fuese. La misma España franquista no se privaba de mostrar su hostilidad hacia el presidente de Estados U nidos y todas las democracias en general. Poco después de Múnich los alemanes reactivaron su decisiva ayuda militar a Franco, pero a cambio de las ya aludidas concesiones mineras, lo que podría haber constituido otra señal de alerta para los británicos. Es verdad, por otra parte, que Mussolini anunció inmediatamente después de Múnich la repatriación de 10.000 «voluntarios» y que ello favoreció el reconocimiento británico del Imperio italiano en Etiopía. Pero lo primero no mermó la capacidad de combate del contingente italiano; en lo segundo, volvía a haber una concesión británica; y, en fin, la Italia fascista se negó a aceptar compromiso alguno sobre ulteriores envíos de material. Peor era la situación en lo referente a Francia. En un intento de mejorar sus relaciones con Italia, París procedió a reconocer el Imperio italiano. Pero aquí la arrogancia del Duce respecto del vecino galo alcanzó límites insospechados. Lejos de aceptar la más mínima observación francesa sobre la presencia italiana en España, adoptó la posición de exigir a los franceses una posición más benévola respecto de Franco. El 30 de noviembre, cuando se preparaba ya la campaña de Cataluña —zona especialmente sensible para Francia—, se oyeron en la Cámara italiana atronadores gritos reivindicando Túnez, Córcega, Niza y Saboya. No era, desde luego, el mejor modo de tranquilizar a Francia. Y de hecho, durante la Batalla de Cataluña circularon rumores de una eventual intervención militar francesa en apoyo de la República. Aunque ésta no se produjo, los franceses decidieron abrir la frontera para dejar pasar las armas soviéticas... pero cuando ya era demasiado tarde.

El mismo Stalin, no obstante sus anteriores muestras de relativo desentendimiento de España, aceptó a finales de diciembre proceder a un nuevo e importante envío de material a la República. Era de nuevo demasiado tarde, si a ello se le sumaban los ya mencionados retrasos e incertidumbres franceses.

LA REPÚBLICA GANA LA GUERRA

Teniendo en cuenta todos los aspectos considerados, ¿cómo podría la República haber invertido la situación y ganar la guerra? Dos circunstancias combinadas y no del todo inverosímiles podían haber propiciado ese cambio. La primera se refiere a los propios errores y vacilaciones de Franco. La segunda, a una más rápida llegada a España de las armas soviéticas, toda vez que éstas se remitieron efectivamente y que, finalmente, pudieron atravesar la frontera.

En el complejo y más abierto escenario español e internacional que terminamos de diseñar, podría situarse el punto de inflexión en el período que transcurre entre la Batalla del Ebro —finalizada a mediados de noviembre de 1938— y el inicio de la Batalla de Cataluña, el 23 de diciembre.

Fue en este interregno cuando Franco dio una vez más muestras de vacilación. A pesar de disponer de un formidable ejército, perfectamente pertrechado merced a los nuevos envíos alemanes, el Generalísimo volvió a abrigar ese tipo de dudas y dilaciones que tanto exasperaban a sus subordinados y aliados. Incluso llegó a concebir la idea de desistir de lanzar la ofensiva allí donde el ejército republicano era más débil, en Cataluña, para dirigirse hacia donde éste era más fuerte, en la zona Centro, en Madrid. Por una vez, y entre crecientes muestras de impaciencia de sus subordinados el Generalísimo cambió de opinión y aceptó la idea de la ofensiva sobre Cataluña. Algo tuvieron que ver los informes de los servicios italianos en los que se constataba el reforzamiento del ejército republicano en la zona Centro. De ese modo, si fijó el inicio de la ofensiva para el 10 de diciembre. Pero de nuevo aparecieron las dilaciones, esta vez por problemas climáticos, primero hasta el 15 y luego hasta el 23. Cuando la formidable

máquina bélica formada por el ejército nacional entró en acción acompañado por las cuatro divisiones italianas, se reprodujeron algunos incidentes que recordaban aspectos de la Batalla de Guadalajara: las fuerzas italianas penetraron con suma rapidez en las líneas republicanas avanzando treinta kilómetros mientras los cuerpos de ejército españoles que debían acompañarles procedían más lentamente. Esto volvía a situar en una posición expuesta a los italianos, quienes en la forma habitual y con intervención directa de Mussolini presionaron a Franco para que actuase con más energía. Fue entonces, entre el 3 y el 6 de enero de 1939, cuando, superados estos problemas, la ofensiva franquista se hizo incontenible.

La pregunta aquí sería: ¿qué podía haber sucedido si en este marco de vacilaciones y aplazamientos la Unión Soviética hubiese procedido con celeridad enviando las armas un mes antes de cuando de todas formas lo hizo y Francia hubiese abierto la frontera también un mes antes de cuando efectivamente lo hizo?

Un ejército republicano bien armado habría presentado una mayor resistencia al ataque inicial y, aunque la táctica de guerra *celere* de los italianos podía haber permitido una penetración como la que tuvo lugar, la mayor resistencia republicana habría forzado una ralentización de la ofensiva y la pérdida de las ventajas estratégicas que aquella avanzada italiana había propiciado. En suma, podría no haberse hundido el frente republicano y la Batalla de Cataluña podría haberse traducido en un empantanamiento de los ejércitos franquistas, similar al que experimentaron reiteradamente en sus intentos por tomar Madrid.

Naturalmente, un cambio de tal magnitud habría de tener grandes repercusiones sobre el modo en que los distintos actores, españoles e internacionales, afrontaban el conflicto. El fracaso de la ofensiva de Cataluña parecía dibujar uno de los peores escenarios para el ejército de los sublevados, ya que, en el mejor de los casos, podría haber confirmado su incapacidad para alcanzar sus grandes objetivos estratégicos: frenado reiteradamente en Madrid, frenado en su ofensiva sobre Valencia, frenado ahora en Cataluña. Sobre todo, el frenazo en esta última zona constituiría todo un anuncio de que la guerra amenazaba con prolongarse una vez más y por un período no muy breve. Y si en algo habían estado de acuerdo

franceses y británicos, alemanes e italianos era en que el embrollo español tenía que terminar cuanto antes. Los primeros, desde la percepción entre contradictoria e impotente de que ese fin significaba la victoria franquista; los segundos, desde la convicción de que esta última era la mejor de las soluciones; los aliados de Franco haciendo todo lo posible por propiciarla.

La perspectiva de la prolongación más o menos indefinida del conflicto, admitía únicamente dos posibilidades. O una apertura a la idea de la negociación o un mayor compromiso en armas y hombres de Italia y Alemania. Pero la resistencia republicana habría servido entre otras cosas para endurecer las presiones de la izquierda francesa en el sentido de no admitir una mayor presencia italiana en la fronteriza Cataluña. Para Neville Chamberlain, una mayor intervención italiana podría poner definitivamente en aprietos toda su política de apaciguamiento y hasta hacer peligrar la propia continuidad del gobierno, tal y como se había llegado a temer, por los italianos especialmente, unos meses antes. No quedaba, pues, para británicos y franceses, más alternativa que una actuación enérgica ante Franco y las potencias del Eje en el sentido de una solución negociada del conflicto. Para Alemania la perspectiva de una prolongación de la guerra no era tampoco en absoluto halagüeña. Tenía sus propios planes en lo que respecta a la liquidación de Checoslovaquia y la activación de sus reivindicaciones sobre Polonia. La guerra de España podía haber servido hasta entonces incluso para desviar la atención mundial respecto de sus propios planes en Europa central y oriental; pero ahora podría convertirse en un obstáculo. La idea de un final rápido aunque negociado del conflicto español podría resultarle ahora atractiva, máxime si esto podía traducirse en una victoria de facto de Franco, aunque en una situación que le obligase a hacer concesiones y ofrecer todas las garantías a los republicanos.

Más difícil era la situación italiana. Mussolini había experimentado la guerra como una empresa propia, también italiana y fascista. Y se había opuesto siempre a toda salida negociada del conflicto. Sin embargo, toda su actuación había descansado siempre en dos coordenadas básicas: la tolerancia británica y la convergencia con Alemania. Ahora que la primera se mostraba enérgica en la apuesta por la salida negociada y que la segunda se mostraba dispuesta a aceptarla, la posición italiana había de variar

necesariamente. En fin, si ya durante la Batalla del Ebro Mussolini había llegado a «pronosticar» la derrota de Franco, cuánto menos optimista debería haberse mostrado ante un nuevo fracaso y una nueva dilación. En este contexto, y como decíamos a propósito de Alemania, una negociación que supusiera el reconocimiento de facto de una victoria, aunque no absoluta, de los franquistas podría resultar aceptable. De cara al interior, podría plantearse, en cualquier caso, también como una victoria propia de hecho, acompañada además de una demostración de la magnanimidad de la Italia fascista, tanto como de su contribución a la paz europea.

El mayor obstáculo habría venido, como tantas otras veces en el pasado, de un Franco incapaz de concebir otra cosa que no fuera una victoria total y absoluta, que le dejase además las manos absolutamente libres para su política revanchista y de erradicación absoluta de cuanto tuviera que ver con una España liberal, democrática, socialista o autonómica. Pero su posición no habría sido ahora tan fuerte. El fracaso de la ofensiva de Cataluña habría avivado extraordinariamente el descontento de sus propios subordinados ante el modo en que conducía la guerra. Los rumores y murmuraciones que se habían producido ya durante la Batalla del Ebro habrían crecido en intensidad y amplitud. Las concesiones hechas a los alemanes en materia de minerales, que algunos habrían considerado excesivas, parecerían ahora, además, casi gratuitas. Algunos de los subordinados de Franco no compartían necesariamente el afán revanchista de este último, por lo que la perspectiva de una negociación que pusiera fin al conflicto con una victoria de hecho podía resultar también atractiva. La alternativa, un mayor aislamiento en el terreno internacional, aparecía, desde luego, como mucho menos halagüeña.

Sin embargo, como habría sucedido en tantas otras ocasiones, el descontento no pasó inicialmente del terreno de los rumores y observaciones más o menos discretas o directas al Generalísimo por parte de sus subordinados. Algo muy lejano, desde luego, de una especie de ultimátum. Se habría mantenido por tanto la absoluta cerrazón de Franco a toda salida negociada. Pero también una situación de relativa parálisis: se seguiría la ofensiva sobre Cataluña, aunque ya con las características propias de una guerra de desgaste y se concebirían, con las dudas y

dilaciones de siempre, otras variables estratégicas. Las vacilaciones de Franco al respecto estarían provocando, más que nunca, la exasperación de sus subordinados.

Era una situación que, por supuesto, no podía durar mucho tiempo. Sobre todo porque el bando republicano, ahora con mucha mayor moral, podía jugar también sus cartas políticas y estratégicas. Abierto a la vía de la negociación, su causa volvería a verse reforzada desde esta perspectiva en la arena internacional. Pero, también, al modo que lo había hecho en otras ocasiones, como en Teruel o el Ebro, podía lanzar una ofensiva al objeto de aligerar la presión sobre Cataluña. De hecho sólo tendría que activar un plan preexistente, el «Plan P», cuya ejecución había sido suspendida el día 11 de diciembre ante la falta de armamento y la oposición del general Miaja. Estaba concebido como una maniobra diversiva, pero de gran calado, frente a la inminente ofensiva franquista en Cataluña. Preveía un ataque combinado del ejército y la flota sobre Motril, para amenazar desde ahí Málaga y el sur de Granada, seguido de un ataque posterior en la zona de Córdoba y otro ulterior en la zona de Madrid.

Un plan ciertamente ambicioso que ahora, tras la llegada de material soviético y con el aumento de la moral derivada de la exitosa resistencia en Cataluña, podría llevarse a cabo. Y con consecuencias demoledoras para las armas franquistas. Cogidas por sorpresa hubieron de compro bar que, como en anteriores ocasiones, el Ejército Popular aún era capaz de conseguir algunos de sus objetivos iniciales. Conquistado Motril, la amenaza se cernía directamente sobre Málaga y Granada. La penetración en Córdoba podía prolongarse hacia Badajoz y la frontera portuguesa; y los avances en la zona de Madrid amenazaban con cortar las comunicaciones entre la zona de Madrid y la de Extremadura.

Paralizado en Cataluña y sufriendo el acoso republicano en toda la zona central, el ejército nacionalista se habría enfrentado a una situación de difícil solución. Por primera vez, era él mismo el que se veía forzado a situarse a la defensiva. Por otra parte, a diferencia de momentos anteriores y con una presión internacional en beneficio de la negociación, no era concebible que envíos masivos de material alemán e italiano pudieran revertir la situación en poco tiempo. Y, ahora sí, la combinación entre la

cerrazón de Franco y lo que ya muchos consideraban como pura incapacidad militar, determinó un movimiento de sus subordinados que le forzaron a retirarse. U na nueva junta militar se habría hecho cargo de la dirección política y militar de la España sublevada para anunciar inmediatamente su voluntad de negociar.

Pero, para entonces, las condiciones habrían cambiado radicalmente. La destitución de Franco constituyó un auténtico mazazo para la moral en la zona que controlaba. La desorientación general afectó también decisivamente al partido único, la mayoría de cuyos militantes cayó en el desánimo, mientras que la minoría que intentó protestar era enérgicamente reprimida por los militares. En consecuencia, los sublevados eran ahora más débiles y la República más fuerte. No tanto desde luego como para alcanzar una victoria total y absoluta, pero sí para imponer unas condiciones que no eran en cualquier caso excesivas. En este sentido, plantear una salida del conflicto basada en la idea de la «paz, piedad, perdón» de Azaña, podía constituir un buen punto de arranque. Es decir, una paz sin vencedores ni vencidos absolutos, sin represalias de ningún tipo para los unos ni para los otros. Con un gobierno provisional de amplia representación y el compromiso de proceder a una consulta libre y abierta a los españoles.

Esa paz sin venganza, habría sido con todo una victoria de hecho, la única a la que la República podía aspirar. Porque, aunque fuese negociada y no absoluta, el hecho de que se mantuviese el principio del derecho a la existencia política de todos, tanto como el de la consulta democrática a la población, no suponía ni podía suponer otra cosa que la victoria de la democracia. Una «victoria» que se habría reafirmado con el triunfo de la opción republicana en el plebiscito celebrado al efecto y la más que previsible victoria de unos partidos republicanos y obreros dispuestos a moverse dentro de las líneas del Frente Popular Y alejados ya de toda tentación revolucionaria en las elecciones que no tardarían en convocarse.

Y LA EUROPA DE 1939

La victoria de hecho de la República en España fue también la primera del antifascismo. O, lo que es lo mismo, la primera derrota importante del

fascismo desde su misma aparición. Lo cual no es baladí. En primer lugar, porque aquella victoria constituía el primer caso en la Europa de entreguerras en el que la democracia había sobrevivido al asalto combinado de todas las fuerzas de la reacción y el fascismo. Pero, sobre todo, porque las victorias sucesivas y continuas constituían un componente esencial del fascismo. En ellas encontraban los regímenes fascistas sus fuentes de legitimación. En ellas encontraban la confirmación de que el futuro de Europa sería fascista, como gustaba decir Mussolini, o que el Reich de Hitler duraría los soñados mil años.

Así pues, la victoria republicana parecía abrir una nueva era de esperanza e ilusión para sectores amplísimos de la población mundial. Se podía soñar ahora con un mundo en paz, con el triunfo de la seguridad colectiva, con la caída en cadena de las dictaduras de derecha, con la afirmación de unas democracias parlamentarias de amplia base social siguiendo un modelo que bien podría hallarse en las experiencias suecas, la norteamericana del *New Deal,* la Francia del Frente Popular o la propia República española. U na suerte, en fin, de democracias avanzadas en las que ciudadanía política y ciudadanía social se enlazarían en una forma similar a cuanto sucedería después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero la esperanza y la ilusión de muchos se trocaron en pesadilla para otros. Por supuesto y en primer lugar, para la Italia fascista. Ésta, como decíamos, había hecho de la Guerra de España una guerra propia con todas las dimensiones que ello comportaba desde la perspectiva fascista. Debía haber sido otra victoria de la Italia fascista. Con la conquista de un aliado subordinado, la España de Franco, habría fortalecido su posición en el Mediterráneo, en detrimento de Francia y, también, del Reino U nido. Habría abierto las puertas del océano al Imperio italiano. Habría consolidado igualmente al régimen fascista desde dos perspectivas diferentes. Desde la primera, con los efectos de reforzamiento del régimen en el poder que comporta toda victoria. Desde la segunda, en la mejor lógica fascista de la guerra como revolución y como impulso para reasegurar la hegemonía fascista frente a sus aliados conservadores. En la medida en que todo esto se vino abajo, el fascismo italiano vino a encontrarse en la peor de las posiciones. El antifascismo cobró nuevo vigor,

como pudo apreciarse enseguida con la multiplicación de pequeños actos de protesta y manifestaciones crecientes de la disidencia. Muchos de los aliados conservadores del fascismo empezaron a pensar en la conveniencia de un progresivo distanciamiento del mismo. Tan pronto, sin embargo, cuando las fuerzas del antifascismo, comunistas, radicales y socialistas empezaran a mostrar capacidad de movilización y de protesta, aquellos sectores conservadores podían volver sobre sus pasos, dejarse llevar por el miedo a una revolución y cerrar filas con el régimen. Lo habían hecho una vez, en 1924, cuando tras el atentado Matteotti el régimen fascista estuvo contra las cuerdas, Y podrían hacerlo de nuevo en esta hipotética situación.

También en Francia la victoria de la República habría tenido importantes repercusiones. Habría dado un nuevo impulso a las fuerzas de izquierda y favorecido la recomposición del Frente Popular. Lo que habría permitido a su vez un avance en algunos de los aspectos más innovadores Y hasta entonces postergados del programa de 1936. Pero esto habría de suponer necesariamente una reactivación de los sectores más conservadores de la derecha francesa. Los cuales, viendo reabrirse los fantasmas de 1936, no tardarían en desempolvar los viejos discursos apocalípticos sobre las amenazas de la revolución y el comunismo.

Los cambios en Francia e Italia habrían resultado sumamente alarmantes para los conservadores británicos. Es verdad que el gobierno de Chamberlain había contribuido indirectamente a la victoria republicana sólo con apostar decididamente por la vía de la negociación. Pero lo había hecho con la esperanza de que ello supusiera el fin de la guerra a partir de la previsible victoria, eso sí magnánima y no absoluta, de los franquistas. Pero había sucedido lo contrario, y esto había desatado también aquí los viejos temores a la revolución y al comunismo. El hecho de que Stalin siguiese mostrando su moderación, apostando por la seguridad colectiva y ejerciendo toda su presión en ese sentido sobre los comunistas de todos los países europeos, no constituía —no lo había constituido nunca— una garantía para los conservadores británicos. Moderada o no, la URSS podía ser considerada como una vencedora indirecta de la Guerra de España. Su posición se habría visto igualmente mejorada con el fortalecimiento del Frente Popular francés. Y nadie podía descartar que una eventual caída del

fascismo italiano se resolviese en una situación revolucionaria que pudiera derivar en un ulterior reforzamiento de la URSS. Un giro a la izquierda en Europa podía suponer también un cambio en la misma dirección en el mundo; y los conservadores británicos eran muy conscientes de que ésa no era una perspectiva muy feliz desde el punto de vista del mantenimiento del Imperio.

En suma, para la clase dirigente conservadora británica, la victoria republicana y sus consecuencias internacionales habrían venido a confirmar que la política de apaciguamiento había sido sustancialmente correcta, que la relativa rectificación de la misma estaba teniendo efectos perversos y que de algún modo había que intentar limitarlos.

Y no había otra forma de hacerlo que intentar la estabilización europea reabriendo la línea de cierta tolerancia hacia las iniciativas de los dictadores.

Naturalmente, estos últimos habrían hecho lo necesario para resarcirse del fracaso en España, prosiguiendo al mismo tiempo con sus objetivos de largo alcance. Para quien esto resultaba más sencillo era para Alemania. A diferencia de Italia nunca se había comprometido de forma absolutamente abierta en la Guerra de España. Su «discreción» en este terreno, hacía más fácil limitar el impacto de la derrota franquista en el plano de la opinión interior. Y tenía, además, sus objetivos bien trazados y definidos. El primero de ellos, la desmembración de Checoslovaquia, podía ser una forma de resarcirse del asunto español *—Praga por Madrid,* podría decirse— al tiempo que suponía el cumplimiento de un objetivo esencial de la política exterior de Hitler.

No en marzo de 1939 —como sucedió realmente—, pero sí unos meses más tarde, Hitler procedió a la desmembración de Checoslovaquia. Sólo había tenido que esperar a que el impacto inicial de la victoria republicana hubiese encendido las alarmas de todas las derechas europeas, por el giro a la izquierda en los distintos países y por el fortalecimiento soviético. No se equivocó en exceso. Aunque fueron grandes y generalizadas las protestas a lo largo y ancho de Europa, ello no hizo sino reforzar la determinación británica de mantenerse en esa línea: si los dictadores estaban heridos, podían tornarse más peligrosos. Era mejor, por tanto, no inferirles nuevos

agravios, confiar en «moderarlos» de nuevo con ciertas concesiones y proseguir entretanto con activas políticas de rearme en previsión de un futuro enfrentamiento. La creciente radicalización de la política interior francesa, que reabrió las contradicciones internas, y la determinación británica en retomar la política de apaciguamiento, volvió a situar a Francia en la estela de los ingleses. No hubo reacción en suma por la ocupación de Praga; y la hubo menos aún cuando la Italia fascista, mucho más débil y «herida» por lo sucedido en España, se tomó la pequeña revancha de anexionarse Albania.

Fiel a sus objetivos, Hitler presentó sus reivindicaciones sobre Polonia: la recuperación de Dantzig y un corredor —una autovía de seis carriles— que atravesara el «corredor polaco», aquel que a resultas de la Primera Guerra Mundial había garantizado la salida de Polonia al mar a costa de Alemania. Era una reivindicación que Hitler se esforzó en presentar de la forma más amable: como una forma de evitar contenciosos con el país vecino, abriendo de paso la posibilidad de ofrecer una alianza con él en clave absolutamente antisoviética.

Nada de esto difería en exceso del modo en que Hitler presentó «realmente» las cosas en la primavera de 1939. Tampoco habría diferido mucho la cerrada reacción polaca, bien consciente de que la propuesta no suponía otra cosa que su propia satelización por Alemania. Lo que sí varió fue la reacción británica. Aunque se dieron las pertinentes garantías a la amenazada Polonia, las presiones de ingleses y franceses sobre su «protegido» polaco, se hicieron mucho más duras y apremiantes de lo que lo fueron en la realidad —donde, aunque menores, también las hubo—. En suma, no hubo una «carta blanca» para que la resistencia polaca llegase hasta el final. Y, desde luego, a nadie se le ocurrió en la nueva situación ni siquiera negociar con la ahora más temida URSS para frenar a Hitler.

En definitiva, la «primavera» que había seguido al triunfo de la República empezó a extinguirse muy pronto.

El giro a la izquierda en muchos países, los temores más o menos paranoicos a la revolución, el miedo a la fortalecida URSS, habían determinado que en muchos medios conservadores el paradigma anticomunista volviera a tomar la delantera sobre el antifascista. En

consecuencia, se aplicó respecto de Polonia lo que se había hecho con Checoslovaquia: permitir a Hitler que obtuviese su reivindicación «menor» sobre Polonia, con la esperanza de que renunciase a la mayor, esto es a la desmembración del vecino. Y, desde luego, sin traer a la escena al siempre molesto y ahora más poderoso país de los soviets.

Pero esto no suponía sino que, una vez más, las democracias occidentales habían minusvalorado la dinámica de los fascismos y, más en particular, lo férreo de la determinación de Hitler. A éste le bastó utilizar las tensiones y violencias que en la Polonia humillada se producían entre las diversas minorías para exigir garantías imposibles de cumplir respecto de la población alemana. Pudo lanzar así un ultimátum en toda regla que Polonia no podía aceptar, y las potencias occidentales tampoco. Tomó la precaución, eso sí, de buscar un acuerdo previo de no agresión con una URSS que había experimentado la «repetición de Múnich» como un acto de manifiesta hostilidad por parte de las potencias occidentales.

Como sucedió en el terreno de la realidad, Hitler atacó finalmente Polonia, los soviéticos tomaron su parte del botín, se adjudicaron los países bálticos y atacaron a Finlandia al negarse ésta a acceder a ciertas rectificaciones estratégicas. De este modo, la guerra europea iba a empezar más o menos como lo hizo, tal vez con la única diferencia del semestre que va de septiembre de 1939 a marzo de 1940.

Pensar lo que pudiera haber hecho España en relación con esa guerra merecería otro capítulo. Pero dos cosas podrían prácticamente asegurarse. Primera, que la causa de la democracia habría sido más fuerte desde el principio de la Segunda Guerra Mundial. Segunda, que España y los españoles se habrían ahorrado cuarenta años de la más ominosa de las dictaduras.

Para saber más

PAUL PRESTON (ed.): *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil,* Península, Barcelona, 1999.

RAANAN REIN (ed.): *Spain and the Mediterranean since 1898,* Frank Cass, Londres, 1999.

ISMAEL SAZ: «La Segunda República en la arena internacional» en Sebastián Balfour y Paul Prestan (eds.): *España y las Grandes Potencias en el Siglo xx,* Crítica, Barcelona, 2002.

6 Una hipótesis: la entrada de España en la Segunda Guerra Mundial junto a Hitler y Mussolini en 1940.

NORMAN J.W. GODA — (Ohio University)

El 19 de julio de 1940, con las tropas alemanas abriendo una brecha en el norte de Francia, el ministro de Asuntos Exteriores de España, coronel Juan Beigbeder y Atienza, informó al gobierno de Adolf Hitler de que España estaba dispuesta a entrar en la guerra europea del lado de la Alemania nazi. En septiembre, Francisco Franco, jefe del Estado español, tenía aún esperanzas de meter a España en la guerra. Aceptaba incluso la posibilidad de una guerra larga, pues dijo a sus representantes en Berlín que la alianza de España con Alemania sería tanto más valiosa cuanto más durara el conflicto. Pero España no tomó parte en la guerra. La entrada, el 10 de junio de 1940, de la Italia fascista fue aleccionadora. Los italianos sufrieron derrota tras derrota en tierra y en mar a lo largo de 1940 y 1941; la invasión por los Aliados y por los alemanes en 1943; hambre, guerra de guerrillas y, finalmente, el desplome. ¿Qué habría ocurrido de haberse unido Franco al Eje?¿Qué habría su puesto para los Aliados y para el curso de la guerra? ¿Qué habría supuesto para España? Los historiadores

coinciden en que la decisión de Franco, en diciembre de 1940, de permanecer al margen de la guerra ayudó a los Aliados en un momento crítico, al tiempo que salvó a su Régimen, que duraría hasta su muerte en 1975. Pero ¿cómo habrían acabado las cosas de haberse incorporado España al Eje?

La oferta de Franco de junio de 1940 no se basaba tanto en afinidades ideológicas con los nazis como en sus ambiciones imperiales. España esperaba reclamar Gibraltar a Gran Bretaña, pero sus objetivos se concentraban en las colonias francesas del África noroccidental. Las exigencias que Beigbeder presentó a los alemanes incluían el distrito argelino de Orán, la ampliación del Sahara español hasta el paralelo 20 y una ampliación de la Guinea española. Pero el plato fuerte era el Marruecos francés, que tenía que unirse al Marruecos español y ponerse bajo la protección de Madrid.[1]. La partición final en 1912 de Marruecos en protectorados entre Francia y España había humillado a esta última. La debilidad militar había dejado a España con lo que el rey Víctor Manuel III de Italia llamaba *el hueso de la chuletilla marroquí— que* ni siquiera incluía la ciudad portuaria de Tánger, puesta bajo administración internacional en 1923—. Y los franceses aún ocuparon una parte adicional del Marruecos español en 1925, durante la Guerra del Rif. Franco y muchos de sus oficiales habían hecho sus carreras en Marruecos durante el levantamiento del Rif.

Eran sensibles a las ofensas francesas y a lo que ellos veían como el destino imperial de España en Marruecos.[2]

La alianza con Alemania e Italia no fue la primera opción de Franco. Las potencias del Eje ayudaron al general español a obtener la victoria en la Guerra Civil de 1936, pero exigieron importantes contraprestaciones. Los alemanes le arrancaron derechos mineros y los italianos esperaban conseguir una base permanente en Mallorca.[3] Además, la economía española había quedado maltrecha a consecuencia de la guerra. En junio de 1939, Franco comunicó al ministro italiano de Exteriores, Galeazzo Ciano, que a España le harían falta al menos cinco años para recuperarse —una estimación optimista a la vista de su política económica—.[4] El 4 de septiembre de 1939, un día después de que Gran Bretaña y Francia

declararan la guerra a Alemania, España declaró su estricta neutralidad, pero el 12 de junio de 1940, a los dos días de la entrada de Italia en la guerra, Madrid se declaró no beligerante, suponiendo que ambas democracias occidentales estaban a punto de caer.[5] Sin embargo, el 14 de junio de 1940, con los franceses al borde de la derrota, tropas españolas ocuparon Tánger sin consultar ni a Berlín ni a Roma. Durante un tiempo, Franco consideró la posibilidad de invadir también el Marruecos francés. Observadores alemanes en Tetuán, capital del Marruecos español, predijeron, basándose en fuentes del ejército español, que habría un importante avance español.[6] Al mismo tiempo, Madrid presionó al nuevo gobierno francés para que hiciera concesiones territoriales menores en Marruecos y Argelia. El gobierno español sólo se dirigió a los alemanes cuando los franceses se negaron y se mostraron dispuestos a luchar.

¿Y si los españoles hubieran atacado el Marruecos francés en junio de 1940? ¿Habrían unificado Marruecos bajo la égida española? Probablemente no. Los españoles tenían siete divisiones del ejército en el Marruecos español, que tal vez sumaban en conjunto 140.000 efectivos, pero estaban mal equipadas.[7] Fue el desplazamiento de aviones de guerra franceses al norte de África lo que detuvo definitivamente a los españoles, según admitió Beigbeder ante alemanes e italianos. Meses después de que Francia firmara un alto el fuego con Alemania e Italia, Beigbeder se quejó repetidamente de que los franceses no estaban desarmando a sus tropas de Marruecos conforme a los términos del armisticio.[8] Los italianos, que eran responsables de hacer cumplir estos términos de alto el fuego en los territorios franceses del norte de África, nunca forzaron en la práctica su cumplimiento. No fue hasta que los alemanes se hicieron cargo de las tareas de inspección, en marzo de 1941, que los franceses se vieron sometidos a una vigilancia estricta.

Aun entonces, los franceses tenían ventaja sobre los españoles en el noroeste de África. Se autorizó a los franceses a tener 120.000 efectivos en el conjunto de sus territorios norteafricanos. En 1941, el ejército regular francés en Marruecos tenía unos 47.000 hombres repartidos en cuatro divisiones y en un momento tan tardío como 1942, las fuerzas aéreas francesas tenían 52 cazas, 52 bombarderos y 26 aviones de reconocimiento.

Estaban dispuestos para el combate desde la ocupación española de Tánger. El general Charles-Auguste Nogues, comandante titular francés en Marruecos, pretendía expulsar a los españoles del Marruecos español desde 1939, y tenía dispuestos planes en ese sentido. La idea seguía siendo tentadora en 1941. Aunque la ofensiva francesa no llegaría a producirse, la casi totalidad de la artillería francesa estuvo concentrada en la zona fronteriza entre 1940 y 1942.[9]

Pero volviendo a junio de 1940, cuando Madrid renunció a la invasión, los alemanes de Tetuán respiraron aliviados. Como informó a Berlín Herbert-Georg Richter, cónsul general alemán en el Marruecos español: «No se puede describir la organización militar española aquí en términos lo bastante calamitosos.»[10]

Y no cabía esperar el visto bueno alemán a una ofensiva española. Al negociar con los alemanes en septiembre de 1940, Franco tuvo noticia, para decepción suya, de que Alemania tenía sus propios objetivos en Marruecos. Aun en el caso de que España consiguiera el Marruecos francés como recompensa por participar en la guerra, Hitler quería una base aérea permanente en Casablanca y bases navales en Agadir y Mogador para alojar los nuevos buques de combate de 56.000 toneladas que se estaban construyendo en los astilleros alemanes con el fin de consolidar la hegemonía en el Atlántico frente a Gran Bretaña y Estados Unidos. Hitler quería además que España cediese a Alemania una de las islas Canarias, para poder establecer allí modernas instalaciones navales. El emisario y cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, que había viajado a Berlín en 1940 para negociar la entrada de España, quedó atónito al escuchar estos requerimientos, al igual que después el propio Franco. Las cosas empeoraron el 23 de septiembre de 1940, cuando las tropas de Vichy se desplegaron en Dakar para protegerla de las fuerzas leales a Charles de Gaulle. A partir de aquel momento, Hitler tuvo la esperanza de que Vichy pudiera ejercer de guardián de su imperio en África hasta el fin de la guerra. Una guerra franco-española en Marruecos habría desestabilizado la región e incluso alentado la presencia británica o estadounidense. Hitler comentó a Mussolini el 4 de octubre de 1940 que si España entraba en guerra su

recompensa no sería sino una pequeña ampliación de las fronteras del Marruecos español, y que Alemania tendría sus bases.[11]

Franco intentó convencer a Hitler de que España podía defender los intereses del Eje en el noroeste de África. No estaba dispuesto a ceder territorios españoles presentes o futuros a Hitler para sus bases, pero sí a permitir a los alemanes su uso, como demostró el reabastecimiento de los submarinos alemanes en la costa atlántica de España y las islas Canarias durante la primera mitad de la guerra.[12] Hitler no se dejó convencer. El famoso encuentro entre Hitler y Franco en Hendaya, el 23 de octubre de 1940, trajo agrias discusiones en torno al futuro de Marruecos, y el llamado Protocolo de Hendaya, que debía establecer los términos de la entrada de España en la guerra no contenía promesas relativas a recompensa territorial alguna. El citado protocolo no hizo sino enfadar a Franco y a Serrano Suñer, que había sustituido a Beigbeder como ministro de Exteriores poco antes del encuentro. [13]

El entusiasmo de Franco por entrar en la guerra se enfriaría más adelante, en noviembre. El plan alemán de conquistar Gibraltar no contó en ningún momento con elementos españoles. La inteligencia militar alemana tenía en muy bajo concepto al ejército español y afirmaba que sus tropas y mandos tenían una instrucción deficiente y que, debido a sus carencias en equipamiento, no podría ni defender sus propias posesiones por mucho tiempo, ni mucho menos conquistar las de otro. La operación contra Gibraltar, Operación Félix en su nombre en clave, preveía ataques de la aviación alemana sobre Gibraltar, tras los cuales un cuerpo de ejército también alemán y reunido previamente en Burdeos, avanzaría desde Burgos a Valladolid, Salamanca, Sevilla y hasta el Peñón. Las tropas estuvieron preparadas hacia mediados de noviembre de 1940, y sin duda hubieran logrado sus objetivos, gracias a la expuesta situación de Gibraltar.[14] Hitler daba por sentado que España se quedaría con el Peñón. La mayoría de las tropas implicadas en el asalto deberían ser retiradas una vez logrados sus objetivos para participar en la guerra contra la URSS, que se preveía comenzar en la primavera siguiente.[15] La difundida idea de que los alemanes habrían debido enfrentarse a una guerra de guerrillas en España

como la que hubo de afrontar Napoleón en 1808 se basa en el supuesto de una ocupación completa de España, que nunca estuvo prevista.

Marruecos ya habría sido harina de otro costal. Hitler esperaba transportar tropas a Marruecos desde Gibraltar, tras la conquista del Peñón. Los alemanes ocultaron esto a sus contactos militares españoles, pero Hitler, en un momento de despecho, se lo mencionó sin querer a Serrano Suñer cuando éste visitó Alemania el 18 de noviembre de 1940.[16] Una semana más tarde, Hitler comunicó a su Estado Mayor que tras la conquista de Gibraltar, dos divisiones (una motorizada y otra acorazada) se trasladarían al Marruecos español. Se establecieron planes para transportar a las tropas en barco por el Estrecho.[17] Este movimiento habría acarreado un conflicto político. De hecho, la administración española en Marruecos estaba ya celosa de los muchos funcionarios políticos y de inteligencia allí presentes. Las autoridades españolas interceptaban propaganda alemana cuando podían y protestaron airadamente a Berlín por los contactos de los alemanes con nacionalistas marroquíes. Herbert Georg Richter, cónsul general de Alemania en Tetuán, advirtió a sus superiores que, aun en el caso de que España consiguiera finalmente quedarse el Marruecos francés, «no descansaría hasta que hubiera abandonado el país el último alemán».[18]. Los españoles desconfiaban también de las actividades de la inteligencia alemana en Tánger. Madrid postergó la devolución del edificio del consulado alemán en dicha ciudad (que había sido confiscado a los alemanes durante la Primera Guerra Mundial) hasta marzo de 1941, cuando Franco ya se había negado definitivamente a entrar en guerra.[19]

Si España hubiera llegado a un acuerdo con Alemania en aquel momento para participar en la guerra no habría alcanzado sus aspiraciones territoriales en el noroeste de África. Franco habría conseguido Gibraltar, Tánger y acaso una pequeña ampliación del Marruecos español a costa de la zona francesa. Pero incluso la ampliación de la Guinea española era una propuesta dudosa, dado que el territorio en cuestión habría tenido que salir de la antigua colonia alemana de Camerún. Y estas modestas ganancias las habría conservado España únicamente en caso de ganar la guerra el Eje; un supuesto dudoso, teniendo en cuenta el subsiguiente ataque de Alemania a la URSS y la declaración de guerra por parte de Estados Unidos. Pero ¿y si

Franco hubiera prescindido de toda prudencia y hubiera entrado en guerra a pesar de todo, con la esperanza de que sus ambiciones territoriales pudieran colmarse en el curso del conflicto?¿Y si en el último momento hubiera cooperado España para arrebatar Gibraltar a los británicos?

La base británica de Gibraltar fue el objetivo estratégico más inmediato del Eje en el Mediterráneo occidental en la segunda mitad de 1940. Debido a la presencia de la marina de guerra italiana en el Mediterráneo central en 1940, la mayor parte del tráfico marítimo británico entre la metrópoli y sus territorios de Oriente Próximo y el sur de Asia rodeaba el cabo de Buena Esperanza. Gibraltar era esencial para la posición de Gran Bretaña en el Atlántico central. Sin Gibraltar, los británicos no tendrían ninguna base entre Plymouth y Freetown, y tendrían que dar rodeos enormes y sortear grandes riesgos en buena parte de sus transportes marítimos. Los submarinos alemanes habrían hecho la ruta aún más azarosa en caso de disponer libremente de los puertos atlánticos de España, como Vigo, Cádiz y la misma Gibraltar. El primer ministro británico, Winston Churchill, señalaba también en una carta al presidente Franklin Roosevelt que la pérdida de Gibraltar abriría asimismo el noroeste de África a los alemanes, de modo que sus submarinos y aviones podrían operar libremente, primero desde Casablanca, y luego desde Dakar. «No es necesario, señor Presidente, extenderme en los problemas que esto nos ocasionaría o los que se avecinarían para el hemisferio occidental [América].»[20]. La pérdida de Gibraltar acabaría además por poner en peligro la base británica de Malta, alterando la naturaleza del bloqueo británico a los suministros italianos y alemanes a sus tropas del norte de África en 1941 y 1942. El cierre del Estrecho habría imposibilitado asimismo las operaciones de los Aliados contra el noroeste de África de 1942 por no mencionar la invasión de Sicilia e Italia en 1943. Tal pérdida habría sido un desastre que no habría cambiado el desenlace de la guerra, pero probablemente habría modificado su curso.

De haber entrado España en guerra en 1940, los británicos habrían abandonado rápidamente Gibraltar. Churchill apuntaba en sus memorias que el simple hecho de tener cañones españoles disparando desde Algeciras habría tornado inútil la posición de Gran Bretaña en Gibraltar. «El Peñón —escribió más tarde— podría aguantar un asedio prolongado, pero no sería

más que un peñón.» [21]. Sin embargo, por más que España hubiera puesto fin a dos siglos de humillación recuperando Gibraltar, su dominio de cuatro siglos sobre las islas Canarias habría acabado, a causa de la necesidad permanente de Gran Bretaña de una base en el Atlántico central. Churchill escribió después de la guerra lo siguiente: «Durante dos años, mantuvimos permanentemente a pocos días de distancia una expedición de más de cinco mil hombres con sus barcos preparada para tomar las islas Canarias, con lo cual habríamos mantenido el control aéreo y marítimo frente a los submarinos alemanes y el contacto con Australia a través del cabo de Buena Esperanza, aunque los españoles nos negasen el puerto de Gibraltar.» [22].

¿Podrían las tropas españolas haber conservado las Canarias frente a un asalto británico? Una de las condiciones iniciales de Franco para entrar en guerra en junio de 1940 había sido la ayuda alemana en la defensa de las Canarias contra una contraofensiva británica. Hitler ofreció emplazar allí bombarderos en picado alemanes, oferta que Franco se inclinaba a aceptar. [23]. Sin embargo, debido a la insistencia de Berlín en mantener allí una base alemana permanente, Madrid declinó la ayuda alemana en la defensa de las islas. El 24 de septiembre, Serrano Suñer comunicó a Von Ribbentrop que España defendería sus propias bases con ametralladoras y artillería trasladadas mediante buques de la Armada española. [24]. En el encuentro de Hendaya del 23 de octubre de 1940, Franco rechazó la oferta de Hitler de apoyo militar en las Canarias, y en noviembre Serrano Suñer rechazó igualmente la instalación de fuerzas aéreas o marítimas alemanas en las islas, argumentando a Hitler que España defendería cada una de ellas como si fuera el Alcázar. [25].

Esto habría resultado difícil. Una misión de la inteligencia alemana en las Canarias observó a últimos de noviembre que las fuerzas españolas allí emplazadas no tenían más que veinte cañones de 15 centímetros. La marina de guerra alemana elaboró planes en noviembre de 1940 para trasladar cuatro baterías de artillería fija y cuatro motorizadas de Hamburgo a Gran Canaria y Tenerife, así como personal y suministros, para tenerlas dispuestas justo antes del asalto alemán a Gibraltar. No obstante, Madrid se negó a aceptar los cañones si venían acompañados de tropas. En fecha tan tardía como el 3 de diciembre de 1940, seguía negociándose la fortificación

de las islas. Los españoles sólo estaban dispuestos a aceptar las armas si podían comprárselas a los alemanes y trasladar las baterías ellos mismos.[26]. Aun en el caso de que hubiera sido posible transportar las baterías sin que fueran interceptadas, es improbable que las tropas españolas de las Canarias hubieran resistido el bloqueo, los bombardeos y el asalto británicos. No es de extrañar que Franco rechazara el requerimiento alemán para que entrara en la guerra el 7 de diciembre. De haber entrado, hubiera ganado bien poco a costa de mucho.

Y los Aliados habrían acabado por atacar la zona contigua al estrecho de Gibraltar como forma de recuperar la entrada al teatro de operaciones europeo a través del Mediterráneo. Después de que Estados Unidos entrara en guerra, la estrategia británica fue atacar a los alemanes allí donde su posición fuera más débil, y ese punto habría sido el flanco suroeste de la Europa de Hitler. Tal ataque no se habría producido en 1942. Las fuerzas angloamericanas apenas tenían los buques dispuestos para el desembarco en el norte de África que lanzaron a finales de ese año con una mínima resistencia.[27]. Pero al final se habría producido. Y se habría hecho además precedido por un esfuerzo por debilitar al régimen de Franco económica y políticamente, cortándole el suministro de alimentos y combustible y brindando ayuda a los enemigos potenciales de Franco, más o menos al igual que prepararon los Aliados el terreno para la Operación Antorcha en el noroeste de África, atrayendo a los miembros clave de la oficialidad de las tropas de Vichy. Muchos oficiales españoles habrían estado dispuestos a ayudar a los Aliados después de vivir entre dos y tres años bajo la bota de los alemanes.

Los conservadores ingleses habían aceptado la victoria de Franco en la Guerra Civil como preferible a la de los partidarios españoles de la Unión Soviética. Mientras España permaneciera al margen de la guerra de Hitler, el gabinete de Churchill ayudaría a estabilizar el Régimen franquista. Sir Samuel Hoare, que llegó a Madrid en calidad de nuevo embajador de Gran Bretaña en mayo de 1940, repetía a los funcionarios españoles que Londres no se entrometería en la política interna de España. En Londres, el Foreign Office presionaba a la prensa británica para que no lanzara críticas abiertas al gobierno de España, y emplazó a Juan Negrín, el último presidente del

Gobierno de la República Española, que llevaba en Londres desde junio de 1939, para que se marchara a Estados Unidos.[28] Los servicios secretos británicos, y más adelante los norteamericanos, proporcionaban ayuda a cualquiera que pudiera ayudar desde el continente a desestabilizar la Europa de Hitler. Así, la recibieron los comunistas franceses y yugoslavos para fines de sabotaje y espionaje. Sin embargo, el respaldo político se reservaba a gobiernos menos radicales en el exilio, como el de la Francia libre de Charles de Gaulle o los monárquicos de Draza Mihailovic.

Lo mismo podía haber ocurrido en España. Los opositores a Franco de izquierda o nacionalistas ya habían sido derrotados con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial. En 1939, había 270.000 recluidos en las prisiones españolas. Aproximadamente medio millón estaban diseminados por el extranjero, de Méjico a Francia o la Unión Soviética. Tras la caída de Francia, miles de comunistas españoles que habían buscado refugio allí fueron arrestados y trasladados a campos de concentración como Mauthausen. Los dirigentes de la oposición entregados al Régimen de Franco por franceses o alemanes, como el presidente catalán Lluís Companys, fueron ejecutados expeditivamente. Otros se hallaban enzarzados en agrias disputas políticas o nacionalistas. Británicos y norteamericanos habían apoyado la creación de redes de agentes vascos, uno de los cuales se las arregló para ayudar a huir clandestinamente a unos cuantos judíos y a cientos de aviadores aliados entre 1940 y 1944, pero esto fue después de que otras redes vascas fueran desbaratadas. Siete mil izquierdistas regresaron a España para integrarse en unas guerrillas pobremente armadas en 1944, pero sólo tras la liberación de Francia, y con escaso o nulo apoyo local. Los comunistas hacían planes para una insurgencia factible desde el exterior, pero en España, que había sufrido ya una guerra civil, pocos habrían estado dispuestos a apoyarles.[29].

Los Aliados iban a necesitar un nuevo gobierno español que inspirara respeto a los militares si precisaban reabrir el Mediterráneo occidental. En 1942, el embajador Samuel Hoare informaba de que el desencanto con la Falange, y especialmente con su líder Serrano Suñer, había desembocado en un sentimiento, bastante extendido, favorable a la restauración de la monarquía en la persona del pretendiente don Juan de Borbón. Don Juan se

había convertido en el depositario del sentimiento monárquico en febrero de 1941, tras la muerte de su padre, el exiliado rey Alfonso XIII. Los británicos habían reducido al mínimo sus contactos con los monárquicos españoles, pero en octubre de 1942 Hoare dijo a José María Gil Robles, el líder conservador y monárquico español exiliado en Portugal, que los monárquicos deberían declarar una *España libre* en Marruecos o Canarias caso de que se produjera la invasión alemana. Londres habría sido menos cauto si Franco hubiera entrado en guerra. Estando las cosas como estaban, lo que hizo fue hacer llegar millones de dólares en efectivo a oficiales españoles próximos a Franco para animarles a promover la neutralidad de España. Dado que la mayoría de los oficiales con rango superior al de coronel simpatizaban con la monarquía, y puesto que el ejército era la única organización española capaz de desalojar a Franco, Gran Bretaña no habría perdido nada por apoyarles a la vez que promovía un ataque. Generales monárquicos como Antonio Aranda, que ya estaban en la nómina de los británicos, habrían asumido la dirección.[30].

El desencanto al que aludía Hoare en 1942 habría sido mucho mayor de haberse convertido España en beligerante. Como ya he observado, la decisión de entrar en guerra habría aportado poco en materia de recompensas territoriales y mucho en cuestión de aumento de la influencia alemana. Ya estando las cosas como estaban había, a finales de 1941, 7.500 agentes alemanes en España y Marruecos, muchos de los cuales pertenecían a la *Sicherheitsdienst,* el servicio de inteligencia de las SS.[31]. Los alemanes preferían dejar en el poder a los gobiernos conservadores mientras sirvieran a los intereses estratégicos de Alemania. Así, en Rumania o Hungría, mantuvieron a grupos de extrema derecha como la Guardia de Hierro o la Cruz de Flecha a distancia de los gobiernos monárquicos. Sin embargo, esas condiciones podían cambiar, como sucedió en Hungría en marzo de 1944, cuando se instaló en el poder a un gobierno cuidadosamente seleccionado por la *SD* tras la ocupación del país por Alemania. El líder de las SS, Heinrich Himmler, que había visitado España en octubre de 1940, apoyaba a la Falange, de carácter más fascista, que tenía su propia milicia, y a uno de sus miembros, José Finat, conde de Mayalde, situado al frente de la Dirección General de Seguridad. Y la guerra se tornó más ideológica con

el ataque alemán a la Unión Soviética en junio de 1941. La División Azul, enviada a combatir en el frente del Este, podría haber sido no una, sino varias divisiones de haber sido España un aliado. Como mínimo, Franco habría tenido más dificultades para reemplazar al impopular líder falangista Serrano Suñer como ministro de Asuntos Exteriores por el monárquico conde Francisco Gómez de Jordana en septiembre de 1942.

Y si los monárquicos estaban alarmados por el creciente peso de la Falange, el inevitable empeoramiento de la situación económica, que podía conducir a un renovado malestar tanto en las ciudades como en el campo, les habría alarmado todavía más. La economía española estaba bajo mínimos, en parte como consecuencia de la Guerra Civil y en parte por las desacertadas decisiones económicas posteriores de Franco, que se decantaron a destiempo por la autarquía y el corporativismo, lo que frenó la recuperación. El consumo de trigo a mediados de 1940 era la mitad de lo que había sido antes de la Guerra Civil, y los fertilizantes disponibles, la mitad de los que había en 1929.[32]**.** Las infraestructuras españolas estaban también en un estado desastroso, debido a la escasez de camiones, vagones de ferrocarril y barcos. Las reservas de oro se habían volatilizado por completo con el pago por parte de la República de la ayuda militar soviética durante la Guerra Civil. El ministro de Agricultura, Joaquín Benjumea, preveía en noviembre de 1939 que España necesitaría diez años para recuperarse, y su predicción se basaba en que la guerra de Hitler fuera corta y en un aumento paulatino de la producción en España. No llegó a darse ninguna de ambas condiciones. Las malas cosechas se hicieron endémicas, a consecuencia de lo cual miles de españoles murieron de hambre durante la Segunda Guerra Mundial, pese a permanecer España al margen del conflicto.[33].

El bloqueo británico concebido para privar a Alemania de material estratégico incluyó a España, dado que ésta tenía tráfico comercial con los alemanes. Pero Londres y Washington, esta última gracias a la insistencia de Churchill, estaban dispuestas a suministrar ayuda racionada a España, especialmente en artículos de primera necesidad, como grano y combustible. La idea era prevenir la desnutrición generalizada pero sin permitir que los españoles hicieran acopio de suministros que pudieran

después hacer llegar a las potencias del Eje. Londres llegó a acuerdos crediticios con Madrid a partir de marzo de 1940, para permitir al gobierno español comprar lo que necesitara, especialmente durante las desastrosas cosechas del otoño-invierno de aquel año. El gobierno de Franco solicitó a Estados Unidos un préstamo por valor de 100 millones de dólares en septiembre de 1940, en los mismos días en que se hallaba inmerso en intensas negociaciones con Berlín para entrar en guerra. [34]. Ayudar al régimen de Franco no contribuía en mucho a complacer a los sectores de la población británica o estadounidense, que contemplaban la guerra en términos ideológicos, pero, como apuntaba Churchill, la geopolítica debía guiar la política si quería impedirse que Franco cayera en brazos de los alemanes.[35].

A partir de 1942, los Aliados compraron a España miles de toneladas de mineral de tungsteno, o wolframio. Este mineral, muy resistente al calor, era empleado por los alemanes para fabricar desde cañones a proyectiles antitanque, pasando por motores de avión, y se convirtió en la exportación más valiosa de España durante la guerra. Los Aliados tenían sus propios suministros de wolframio; compraban el de España para evitar que llegara a los alemanes, pero al hacerlo provocaron su aumento de precio, de modo que Alemania tuvo que pagar precios muy inflados. Mientras que los Aliados podían adquirir el wolframio con crédito en efectivo por un valor de 60 millones de dólares anuales, en 1943 los alemanes sufrían un déficit comercial que les obligó a suministrar a España otros bienes que Franco quería: material bélico como ametralladoras, artillería y aviones de combate que, de otro modo, podrían haberse destinado al esfuerzo bélico alemán. [36].

De haber entrado España en la guerra en aquel momento, las consecuencias económicas hubieran sido nefas tas. El suministro de alimentos y combustible por parte de los Aliados habría sido cortado de inmediato, y el precio del wolframio no habría alcanzado las cotas que alcanzó en 1943. Es improbable que los alemanes hubiesen compensado las pérdidas que ello habría supuesto para la economía española. Las necesidades materiales españolas en otoño de 1940, según se informó a los alemanes, eran de 300.000 toneladas de grano, 400.000 toneladas de

gasolina, 200.000 toneladas de carbón; aparte de gasóleo, hierro, algodón, cáñamo y otros artículos. [37]. Estas necesidades estaban infladas en parte por las expectativas de Madrid de que su ejército habría de combatir en Marruecos, pero gran parte de las necesidades de grano y combustible estaban relacionadas con las carencias ordinarias en infraestructuras y alimentos dentro de la propia España.

Hermann Goering, responsable del Plan Cuatrienal, argumentó que Alemania no podía prescindir sino de una fracción de lo enumerado en la lista presentada por España, y el coronel general Franz Halder, jefe del Estado Mayor del ejército de tierra de Hitler, comentó: «Tendremos un aliado que nos saldrá muy caro.» [38]. Y eso que entonces a Alemania le iba bien en la guerra.

En un principio, Hitler confió en dar con la manera de poder atender las necesidades españolas más urgentes, pero Alemania no pudo o no quiso atender las peticiones más cruciales referidas a alimentos. [39]. En noviembre de 1940, Hitler trató de convencer a Franco de que participase en la guerra sin hacerle promesas en firme, manifestando que la ayuda económica no llegaría hasta que hubiera entrado en la guerra. En aquel momento, se estaban dejando sentir las consecuencias de las malas cosechas, y se esperaba que hubiera hambruna en algunas zonas de España. Se esperaban cargamentos de trigo procedentes de Argentina y Canadá, que en ninguno de los dos casos podían ser entregados sin la aquiescencia de Londres. Serrano Suñer intentó que los alemanes ayudaran a suministrar a España 100.000 toneladas de trigo con que compensar una parte de la diferencia, pero topó de nuevo con la negativa de Berlín a tomar en consideración tales medidas antes de que España accediera a entrar en guerra. [40]**.** Fuera cuanto fuese lo que los alemanes estaban en condiciones de suministrar, habría disminuido a medida que la guerra hubiera avanzado, con todas sus cargas. Alemania habría seguido comprando wolframio, pero a precios que no habrían estado inflados a consecuencia de las adquisiciones aliadas. Al no contar Franco con esa ventaja, las exportaciones de wolframio habrían servido básicamente para pagar los 373 millones de marcos de la deuda contraída con Alemania durante la Guerra Civil. Alemania habría exigido además que la titularidad de los derechos

mineros británicos y franceses le fuese transferida. Tampoco el material bélico alemán, en la medida en que fuera utilizado para comprar wolframio, hubiera aliviado la situación española en lo referente a alimentos y combustible. La economía española habría entrado sin duda en barrena y en la medida en que se hubieran transferido más derechos mineros a los alemanes, los conservadores españoles no habrían perdonado a Franco ni a la Falange. Se suele condenar a Franco por haber suministrado wolframio a Alemania a lo largo de toda la guerra, prolongando así el conflicto. Es posible que si España hubiera entrado en guerra, hubiera llegado a Alemania mucho más wolframio, y a un precio menos ventajoso para España. Es posible también que una relación comercial menos favorable con los alemanes, unida a la enemistad de los Aliados, hubiera desembocado en un golpe de Estado contra Franco, lo cual habría conseguido poner fin a los envíos de wolframio a Alemania.

Y ¿qué hay del enemigo número uno de Hitler, los judíos europeos? En 1940 y 1941, huyeron de Francia a España con visados de tránsito decenas de miles de judíos, algunos de los cuales dejaron el país y otros fueron instalados en campos de refugiados. Tras la ocupación alemana del sur de Francia en noviembre de 1942, unos 6.000 judíos más cruzaron los Pirineos. Madrid se ocupó con lentitud de los 53.000 judíos sefardíes de Grecia, la mayor parte de los cuales podían solicitar la nacionalidad española, de forma que sólo se salvaron unos pocos cientos, pese a las protestas de la embajada en Madrid en 1943. De haber entrado España en la guerra en 1 940, el Holocausto habría sido aún peor. Se habrían concedido menos visados de tránsito, puesto que España habría estado en guerra y su economía habría sido más débil. Lo que es más importante, la guerra se habría prolongado otro año o más a consecuencia de la pérdida de Gibraltar por los británicos. La liberación de Auschwitz por el Ejército Rojo en enero de 1944 se habría retrasado, al igual que la invasión de Francia por los Aliados. Tal y como fueron las cosas, las deportaciones desde Francia finalizaron en agosto de 1944, con el balance de que se salvaron dos tercios de los 350.000 judíos que vivían allí en 1940. De haberse postergado la invasión de Francia por los Aliados, sin duda habrían sido más los que habrían sido enviados a la muerte. [41]

En suma, la entrada de Franco en la guerra en 1940 habría hecho de ésta un desastre aún mayor de lo que fue. España no habría obtenido ganancias territoriales y habría perdido las pocas posesiones de ultramar que aún conservaba, y al precio de la pérdida de miles de vidas españolas, en combate en varios frentes y de hambre en la Península. El control del Estrecho por parte del Eje y una circulación más fluida de wolframio de España a Alemania habría ayudado a la Alemania nazi a dominar el continente durante otro año o más de lo que lo hizo, y en consecuencia se habrían prolongado por el mismo tiempo las políticas criminales de la Alemania nazi en relación con los judíos, los trabajadores en régimen de esclavitud y otros. Tal vez Franco habría sido depuesto por una camarilla de generales conservadores en el caso de que los Aliados hubieran abierto un teatro de operaciones contra el Mediterráneo occidental, y acaso esto hubiera desembocado en una evolución democrática en España, con más prosperidad y menor aislamiento en el mundo en la inmediata posguerra. Pero el precio habría sido sin duda altísimo.

Para saber más.

NORMAN J.W. GODA: *Y mañana... el mundo: Hitler, África noroccidental y el camino hacia América,* Alianza, Editorial, Madrid, 2002.

CHRISTIAN LEITE: «La Alemania nazi y la España franquista, 1936-1945», en Sebastián Balfour y Paul Preston:

España y las Grandes Potencias en el siglo xx, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 198-216.

JAVIER TUSELL: *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial. Entre el Eje y la neutralidad,* Temas de Hoy, Madrid, 1995.

7 El triunfo de la División Azul

XAVIER MORENO JULIÁ (Universidad Rovira i Virgili)

El lunes 7 de mayo de 1945 la guerra, en Europa, había terminado. Unos ochenta millones de muertos, varios millones de heridos y desplazados, así como las cicatrices incurables del arma atómica, configuraban una amalgama difícilmente soslayable. La bomba atómica: arma que la Alemania de Hitler lanzó sobre las tres ciudades clave del bando enemigo —Londres, Washington (tras seguir la ruta Berlín-Barcelona-Canarias, Argentina) y Moscú— el viernes 6 de octubre de 1944, día aciago para millones de personas. De ahí que, ese otoño, la guerra cambiara de signo; *in extremis,* cuando todo, absolutamente todo, parecía que iba a perderse para el Tercer Reich.

Por aquel entonces, los Aliados occidentales habían desembarcado ya en el continente por dos puntos de Francia (Normandía, en junio, y la costa mediterránea, en agosto), y, a pesar de la resistencia encontrada, tras dura lucha habían cruzado el río Masa y liberado Bruselas, Amberes y Lieja en septiembre. A la vez, el Ejército Rojo, en imparable avance desde la ya lejana victoria de Kursk —jamás tantos tanques habían luchado en espacio tan pequeño—, logró la defección de Rumania en agosto, y la de Finlandia —a la par que la ocupación de Estonia y Bulgaria—, en septiembre. Pero, a pesar de todo ello, finalmente la guerra la perdieron los Aliados.

Berlín, de luto por miles de sus hijos, estaba de enhorabuena. La victoria se celebraba con un inconmensurable desfile militar presidido por

Hitler, el mariscal Keitel y una pléyade de altos mandos militares y civiles. La radio retransmitía para toda la Europa amiga y también para la vencida. Parecía que ya nadie de los allí presentes pensara que se había logrado a partir de un hecho brutal. La brutalidad, ese aspecto que no constituía un problema moral para Hitler y los suyos, que había segado millones de vidas judías, se había materializado al máximo por obra de los científicos del arma atómica. Ellos, a pesar de que durante meses se habían visto obligados a trabajar a muchos metros bajo tierra, lograron finalmente resultados definitivos.

Hitler, ese maniático vegetariano de sexualidad extraña, ese orador apocalíptico, ese mimoso «tío» de tantos niños, había tenido razón: la *fe en la victoria* finalmente había prevalecido. Primero, los Aliados, desconcertados ante el hecho de que Londres y Washington agonizaran bajo el fuego atómico, fueron expulsados de Europa (cayeron miles de alemanes, pero *los* echaron). Casi al unísono, los soviéticos, tan abrumadoramente superiores, recibieron el embate alemán en el momento clave, cuando Moscú se quemaba entre alaridos radioactivos (cayeron también miles de hombres del Reich; pero el Ejército Rojo regresó al este). Jósiv Vissariónovich Dzhugashvili, alias *Stalin,* el ex seminarista georgiano y dictador sanguinario de todas las Rusias, había muerto abrasado por el arma atómica**,** tras dos meses de agonía. Quizá, después de todo (¡de todo...!) —pensaron en Moscú— las cosas cambiarían; quizá llegaría un día en que el hambre... Bien, todo iba a depender de los alemanes, esos *elegidos* que se habían mostrado tan amigos de la sangre, del odio...

Mal, mal se presentaba el futuro para la Rusia desteñida de rojo en la bandera pero teñida de dicho color en los campos, las ciudades (¡Kiev!, con sus bombas en explosión mientras los alemanes entraban... ; Leningrado, la mártir, la de los muertos por hambre y frío... ; Moscú, la que esperó y a punto estuvo de volcar el resultado de la conflagración...); pero —y ése era el sentir general— no había lugar ya para continuar la lucha. La guerra había acabado para el infante ruso, harto de ver morir y de soñar con entrar en Berlín; harto también del vodka previo al asesinato. Moscú hundido era el final de su dura apertura hacia el oeste y de sus ansias de revancha.

Contrariamente, la Alemania de Hitler, la *Gran Alemania* de los mapas y pizarras de las escuelas, era un clamor: Gran Bretaña y Rusia habían quedado finalmente fracturadas tras tantos años de muerte, y los Estados Unidos de América, con la capital rota, pidieron la paz y se retiraron del conflicto. Aquella misma tarde, aquella tarde de lunes, el petulante ministro Joachim von Ribbentrop y el burdo mariscal Wilhelm Keitel (Hitler había dicho que no lo sustituía por no tener a nadie mejor) acudieron a la firma del armisticio. Berlín, engalanado, recibió a los generales Bernard Montgomery (Gran Bretaña), George Patton (Estados Unidos de América) y Grigori Zhukov (Rusia). Acto seguido, también en Berlín, el ministro de Prensa y Propaganda, el sagaz y poco proclive a la verdad doctor —en filología— Joseph Goebbels dio la palabra a Adolf Hitler; un Führer maltrecho por años de angustia y también por los efectos físicos (tímpanos afectados, temblores parkinsonianos en el brazo) —y psíquicos— del atentado del 1 O de julio, en Rastenburg, con la explosión de la bomba colocada por el conde —y teniente coronel— Klaus von Stauffenberg (un solo ojo, una mano con sólo tres dedos... un héroe para la vieja Alemania, pero un héroe muerto, ejecutado junto con otros cinco mil jefes y oficiales alemanes).

El avejentado Führer se irguió con dificultad y se dirigió a la nación y a Europa entera: «¡Alemania, la Gran Alemania ha vencido! ¡Europa, desde los Pirineos hasta los Urales, es dominio alemán! ¡Las plutocracias han sido humilladas y el comunismo borrado de la faz de la Tierra! ¡La Providencia ha oído el clamor de nuestro pueblo, y ha hecho justicia a la lucha sin par que la Wehrmacht ha desarrollado a lo largo de estos seis años! ¡Seis años de privaciones, seis años de esfuerzo, seis años de fe...! ¡Gloria al Pueblo alemán! ¡Gloria a nuestros muertos! ¡Gloria también a nuestros aliados, la Italia del Norte —Italia del Duce— y el glorioso Japón! ¡Gloria a nuestros fieles amigos españoles de la División Azul, que tanto dieron en Rusia!...»

Los aplausos retumbaron en un *Sportpalast* lleno a rebosar: mariscales, generales, jefes, oficiales, soldados, civiles..., la mayoría con algún o algunos muertos entre sus seres más queridos, se levantaron, y con gritos de *¡Heil! ¡Heil!* aclamaron a su Führer, al igual que lo hicieron millones de alemanes ante sus receptores de radio. Gloria, efectivamente, al vencedor de

los campos de batalla de Europa; y horrible miseria para muchos de los cientos de millones de vencidos, varios millones de los cuales, los más desgraciados, restaban esparcidos por los campos de concentración que poblaban todavía el continente, la vieja y desquiciada Europa (hoy, ya sin un solo judío ni un solo miembro de la etnia gitana en libertad).

Efectivamente, los fieles amigos españoles, habían dado mucho en Rusia; tanto, que cinco mil de ellos yacían en la estepa y unos veinte mil padecían alguna secuela de guerra, fuese enfermedad, herida o mutilación: prácticamente la mitad de los que fueron. Hitler lo sabía (no en vano había dicho de ellos, en enero de 1942, que eran «hombres que desafiaban a la muerte, duros para las privaciones»), y Goebbels también. Como lo sabían los generales en jefe del Este, fundamentalmente, el recién ascendido mariscal Georg Lindemann, que los había dirigido en tanto que División Azul y como Legión Azul, y que acabó por tener un especial apego hacia ellos; y también, el mariscal Georg von Küchler y tantos otros.

Pero Francisco Franco Bahamonde, tan renuente hacia Alemania desde la entrevista de Henda ya, celebrada el 23 octubre de 1940, cuando las cosas no iban bien por los cielos de Inglaterra para Hitler, quien no pudo prometerle la entrega del Marruecos francés (la obsesión de Franco) por temor a su desenganche de la metrópoli y su posterior pase a la órbita británica, cometió el error de no entrar en la guerra en enero de 1941, tal como las autoridades del Tercer Reich le solicitaron reiteradamente. Ello, a la postre, impidió la toma del Peñón de Gibraltar (para lo que los alemanes estaban cuidadosamente preparados), y, con ello, el cierre del Mediterráneo a la *Royal Navy* por el oeste. De hecho, la carta que le escribió el 26 de febrero de 1941 a Hitler, en respuesta a la que éste le envió el 6 con todo tipo de recriminaciones por su falta de entrega al Eje, no fue más que una burla comedida, tras haber obtenido el apoyo moral de Benito Mussolini y de Phillippe Pétain. En todo caso, Alemania había estado a punto de caer derrotada por aquella actitud de Franco (al menos, eso era lo que Hitler había creído firmemente durante varios años.) A partir de aquí, y a instancias de Serrano Suñer, Franco se limitó a una interesada ayuda en Rusia, por medio de la División Española de Voluntarios (División Azul); de la que, al menos en un principio, esperó mucho; y que, finalmente, ya

retornada a España, en 1944 se convirtió en punto fundamental de su hundimiento político.

Francisco Franco había pagado su falta de confianza y deslealtad hacia Hitler. Y el 7 de mayo de 1945, hacía ocho meses ya que había sido apartado del verdadero poder, el que daba la Jefatura del Gobierno, para quedar relegado a una honorífica Jefatura de Estado. El general Agustín Muñoz Grandes, ex jefe de la División Azul y jefe de Gobierno de España, había sido así, generoso en el fondo, pensó Hitler, a quien Franco no le importaba demasiado, aunque hubiera preferido verlo colgado de un árbol a tener que saludarlo algún día en un hipotético viaje a España.

Agustín Muñoz Grandes, ¡ése sí que era un verdadero amigo!, pensó Hitler. Hizo lo que prometió el día en que se despidieron, en el ya lejano diciembre de 1942, cuando las cosas marchaban mal en Stalingrado. Llegó a España, y ante la falta de decisión de Franco, se puso en contacto con su buen amigo y ministro del Ejército, general Carlos Asensio, y ambos contactaron con el ansioso Yagüe, el general Juan Yagüe, que lo había pasado bastante mal hasta entonces, por culpa de los recelos de Franco, siempre tan suyo..., tan perspicaz en el fondo. Pero Muñoz Grandes hubo de esperar, pues las cosas en el frente iban de mal en peor. Tras unos primeros informes esperanzadores, pareció que tomaba la carta de Franco —de hecho, la tomó—. En los informes que la *diplomacia paralela* (Hans Hoffmann, Robert Likus... y otros, que trabajaban directamente para Von Ribbentrop sin poseer la obligada carrera diplomática) y la verdadera (embajador Eberhard von Stohrer) remitieron a Berlín a finales de 1942 y principios de 1943, Muñoz Grandes hasta cierto punto se lamentaba del control que ejercía sobre él. Y también se quejaba de cómo, al llegar repatriado, tras hacerle entrega de la Palma de Plata —la condecoración falangista tan deseada— y comunicarle su ascenso al empleo de teniente general (que le inhabilitaba para el mando de una división), lo había dejado sin puesto ni mando alguno.

Hitler no había entendido aquello: el nuevo embajador español en Berlín, el perspicaz Ginés Vidal y Saura, en el día de su entrega de credenciales (miércoles 2 de diciembre de 1942) le había dicho que, en España, el general debía realizar un importante cometido... Pero le mintió.

En el fondo, Franco acababa de dar gato por liebre al Führer: su estimado general (venerado por muchos de sus hombres y altamente respetado por los alemanes), con quien había compartido charlas poco propicias para aquél, de claro calado conspirativo (entrevista del 12 de julio de 1942), fue sustituido el domingo 13 de diciembre de 1942 por un homólogo de segunda fila, Emilio Esteban Infantes Martín, hombre de Estado Mayor que no supo conectar con la tropa.

Por suerte, tras haber sufrido no pocas desazones en España, en su intento de canalizar las cosas en favor de Alemania (Franco llegó a prometerle que escribiría a Hitler y no lo hizo), Muñoz Grandes pasó, finalmente, a ocupar la Jefatura de la Casa Militar de Franco (3 de marzo de 1943), burocracia en el fondo. Y Hitler, tras no pocas presiones diplomáticas por parte del nuevo embajador alemán, el culto y eficaz Hans Adolf von Moltke (muerto a los dos meses de llegar a España), para entonces había logrado, al menos, la firma de un Protocolo Secreto Germano-Español (12 de febrero de 1943), que, de entrada, sellaba el destino del armamento que entregara.

Pero de todo aquello hacía ya más de un año y medio en octubre de 1944, cuando estallaron las tres bombas atómicas y todo, absolutamente todo, cambió. ¡Qué felicidad sintió el general Agustín Muñoz Grandes en el momento en que entró en El Pardo (el domingo 8, tras recibir varias llamadas de la embajada alemana y una del propio Hitler) y le dijo a Franco: «¡Caudillo, por voluntad del sacrificado pueblo español, desde este momento ocupo la jefatura del Gobierno!» Detrás de él había una cohorte armada de falangistas y no pocos militares que, a diferencia de otros, supieron cambiar de chaqueta en el momento oportuno. Los había también sinceros, pero la mayoría había hablado demasiado en contra de Alemania hasta entonces. (Franco lo sabía, pues su servicio de Información, con esa *rara avis* llamada Luis Carrero Blanco en la Subsecretaría de la Presidencia del Gobierno, raramente fallaba en sus informes.) El Caudillo le miró a los ojos durante unos segundos y se limitó a estrecharle la mano. Entonces, Muñoz Grandes, bajó algo la cabeza y en tono un tanto apagado dijo: «Paco... tú... estarás a mi lado... como Jefe del Estado.» Franco volvió a

mirarlo, y tras un brevísimo paréntesis, aceptó. Nadie supo interpretar el porqué de su ligera sonrisa.

La División Azul..., sí, la *Blaue Division.* ¡Cuánta lucha la de aquellos desastrados españoles, tan insignificantemente equipados cuando llegaron a Alemania, al campamento militar de Grafenwohr, en la meridional Baviera, allá por el mes de julio de 1941! Pero antes, hubo que materializar la Unidad, y eso ocurrió a partir del ataque alemán a Rusia, aquel ya lejano domingo 22 de junio de 1941, a partir de las tres y media de la madrugada, cuando más de tres millones de soldados embistieron, casi al unísono, los tres frentes en los que había sido estructurado el plan de ataque: el Norte, el Central y el Sur. Fueron cinco días de infarto, en los que quizá destacó la trifulca que montaron el ministro del Ejército, José Enrique Varela, y el de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, en el Consejo de Ministros, con Franco en medio. Concretamente, Serrano Suñer llamó tonto (¡tonto!) al bilaureado Varela, por pretender enviar a Rusia una unidad regular del Ejército. En el fondo, lo que allí se debatía era si la exclusiva falangista finalmente podría materializarse; lo que, obviamente, no fue así, pues el Ejército —y Franco era militar...—impuso su participación, finalmente compartida con Falange (básicamente, los mandos, del Ejército, y la tropa, del Partido).

Y llegó el reclutamiento: fueron seis días también de infarto, hasta el miércoles 2 de julio. Los militares, a partir de la publicación de una *Directriz* del Estado Mayor Central, impusieron su propia recluta, al margen de los banderines de enganche falangista. Y aunque algún que otro militar se dejó caer por allí, lo único que logró fue una amonestación por parte de sus superiores. Fue especialmente emocionante leer el décimo primer comunicado del OKW (Alto Mando de la Werhmacht): parecía que Rusia iba a caer en pocos días. Había que darse prisa. En cuanto a la entrevista que Serrano Suñer ofreció al corresponsal en Madrid del *Deutsche Allgemeine Zeiiung,* no pudo ser más controlada, sobre todo cuando se inventó aquello de la *guerra moral* española al lado de Alemania. Pero a Franco nadie lo veía, nadie de la calle sabía de él. Supo, una vez más (como tantas), hacer ver que se mantenía al margen.

Luego vino el acuartelamiento de los voluntarios, que se alargó hasta el 16 de julio; de hecho, muchos estuvieron por el monte, como los barceloneses, a quienes llevaron a un lodazal (había llovido, y mucho) en Gerona, con tiendas de campaña. Aunque ya el 13 comenzó el transporte escalonado de fuerzas hacia Baviera, en diecinueve expediciones que tuvieron diferentes despedidas, según la localidad, desde las que desbordaron entusiasmo hasta las que no ofrecieron más que algunas manos alzadas en actitud de adiós. El transporte, con no pocos incidentes en la *marxista* Francia (que si puños alzados, que si improperios mil, que si divisionarios saltando del tren para darse de tortas con los gritones...). Y ya el 17 llegaron los primeros trenes al campamento de Grafenwohr, y el 23, los últimos.

En Grafenwohr las cosas no fueron mal del todo. De hecho, Muñoz Grandes obligó a una instrucción acelerada, que provocó algún que otro desmayo bajo un sol veraniego. Fastidió bastante la llamada «Orden General de Operaciones número l», por la cual... [se suprimía un regimiento entero!, cuyos hombres fueron repartidos entre los tres restantes; que, además, cambiaron de nombre: ya no eran el Pimentel, el Vierna y el Esparza, pues así se llamaban sus jefes, sino el 262, 263 y 269. Bastante lío causó todo aquello, pues, además, hubo que organizar catorce servicios. Pero, bueno, al final, el 31 de julio hubo juramento de fidelidad a Hitler —aunque sólo en la lucha contra el bolchevismo—, con lo que la División Azul pasó a ser la 250.ª *División* de Infantería de la Wehrmacht. Siguieron dos semanas de instrucción intensiva. Por suerte, los alemanes fueron bastante comprensivos, y permitieron a la unidad —como favor especial— mantener su propio régimen disciplinario. Hubo, eso sí, puñetazos, botellazos, algún que otro robo, y mil historias más, algunas —bastantes— con mujeres alemanas de por medio, entre españoles y tudescos, que, al final, empañaron bastante el nombre de la División Azul.

Y llegó la marcha. ¡Menuda marcha! Duró 53 días, de los cuales, los 9 primeros en tren, los 31 siguientes ¡a pie!, y los últimos 13, por suerte, también en tren. Bueno..., lo de suerte es un decir, porque precisamente sirvieron para llevar a la División Azul al frente del Norte, hacia Leningrado. La gente se deprimió: Hitler había suprimido, así, de golpe, la

marcha contra Moscú cuando la División Azul ya había sobrepasado Smolensko (dicen que tenía un montón de malos informes sobre la mesa, aunque tampoco le faltaban problemas allí, en el norte, y necesitaba soldados). La orden de variación de marcha llegó el viernes 26 de septiembre, y obligó a desandar unos cien kilómetros. Hacía frío, mucho frío ya.

Finalmente, todo el mundo llegó a Novgorod, la milenaria capital departamental e importante núcleo de comunicaciones. Y en Grigorovo, un pequeño poblado situado a menos de un kilómetro, se instaló el puesto de mando, con Muñoz Grandes al frente. Cerca pasaba un río, el Voljov, que unía dos importantes lagos: el Ladoga, al norte, y el Ilmen, más pequeño, al sur. Era una zona pobre, en parte lacustre; hasta cierto punto deprimente. En Grigorovo, el puesto de mando; y frente a la Tercera División Acorazada, la 305.ª División de Fusileros y el Regimiento 848, fuerzas soviéticas hasta entonces un tanto apagadas, se apuntaló la División Azul.

El 12 de octubre de 1941, primer día de estancia en el frente, la caída de varios obuses y la pertinente respuesta señaló el bautismo de fuego para los españoles. Iban a seguir dos largos años, en el que raro sería el día en que no registrasen bajas, entre ellas, obviamente, muertos (una media de ocho diarios). Dos días después, hubo un intento fracasado de cruce del río Voljov. Lo logró, finalmente, el teniente José Escobedo, con su sección de 36 hombres del Segundo Batallón del Regimiento 269. Al día siguiente, cruzó el río el batallón al completo.

Allí, al otro lado del Voljov, transcurrieron casi dos meses, que, tras un corto período de avance se convirtieron en agónica resistencia. ¡Possad, Otenski, Posselok... fueron cementerio español! Allí llegó el general José Moscardó, el *héroe* del Alcázar de Toledo en nuestra ya lejanísima Guerra Civil. Y a Grigorovo llegó también el embajador José Finat (conde de Mayalde) y José Roca de Togores, el agregado militar, aunque sólo por cuatro horas, y, a diferencia de Moscardó, sin cruzar el Voljov. E hicieron bien; porque Possad y Otenski estaban al límite, continuamente bombardeadas, fugazmente atacadas y muchas horas incomunicadas de Russa y Smeisko, los poblados más cercanos al río.

Finalmente, el domingo 7 de diciembre, Muñoz Grandes se adelantó al mando alemán y ordenó la retirada. El termómetro marcaba menos de treinta grados centígrados bajo cero, y, por fin, los supervivientes volvieron a las posiciones de la División Azul, con el Voljov como siniestro límite oriental. El mando alemán, y concretamente, el teniente general Friedrich-Wilhem von Chappuis, sondeó la moral de combate del general español y concluyó que debía ser relevado, en tanto que la División Azul, retirada del frente. Pero su jefe, el capitán general Ernst Busch ni podía ni quería desprenderse de su división española ni tampoco de su jefe.

Ése fue un invierno duro, extremadamente frío, como ningún otro en lo que iba de siglo. Pero Hitler sabía del valor de los españoles, y en la noche del 4 al 5 de enero de 1942 tajantemente los calificó de «banda de andrajosos que desafiaban a la muerte». Era cierto, pero hasta cierto punto, pues los andrajos no eran voluntarios, aunque el valor, quizá sí. Y pronto quedaron abiertos los dos frentes de lucha invernal para aquellos hombres del sur. El primero, contra el frente Voljov, de Meretskov, a cargo del batallón del comandante José Román (segundo del Regimiento 269) en las batallas por Teremets (14 y 15 de enero) y de Bol y Mal Samoschje (13, 14 y 15 de febrero), una sonada acción de rescate, del *mismo* batallón, para romper el cerco a 140 hombres de la 126.ª División alemana de Infantería. Y el segundo frente español de combate se materializó contra el frente Noroeste, de Kurotschkin, en el intento de socorrer a 543 alemanes cercados en Vsvad (10 a 21 de enero), al sur del lago Ilmen, lo que comportó la gesta suicida de la recién creada Compañía de esquiadores, al mando del capitán José Ordás. Para llegar al cerco, los españoles debieron enfrentarse a los elementos geográficos y climáticos durante el necesario cruce del helado lago Ilmen (temperaturas atroces, por debajo de los cincuenta grados centígrados bajo cero, ventiscas que clavaban en la cara, como imperdibles, las cristalizaciones del hielo...), penalidades que dejaron a 228 muertos o congelados y que mantuvieron sólo a 12 hombres ilesos. Pero, finalmente, llegaron a enlazar con aquellos alemanes.

Ya en marzo, pasada al 18.º Ejército del capitán general Lindemann, la División Azul participó en la Operación Predador, junto a la División Polizei, de las SS, que cerró a los ejércitos soviéticos de la Bolsa del Voljov:

130.000 hombres, mandados, poco después, por el carismático general Andreyevich Vlasov. El 13 de marzo de 1942, el general Agustín Muñoz Grandes recibió, de Hitler, la Cruz de Caballero de la Orden de la Cruz de Hierro, distinción de importancia en tanto que muy pocos la tenían, y que fue acogida con gran alegría y admiración (y quizás algo de envidia) por el ejército y parte de la opinión pública española. Y ya en abril, las fuerzas de Vlasov se precipitaron con varios tanques T-34 sobre las fuerzas del comandante Román en Krutik, que pudieron ser neutralizados con ayuda de fuerzas alemanas de socorro. Pero los efectivos de Román quedaron tan maltrechos que, por tercera vez, hubo que cubrir sus bajas. En todo caso, el batallón español y su comandante fueron objeto del elogio también alemán.

El 2 de mayo (fecha casual), la inexorable disminución del volumen del Ejército alemán de Tierra *(Heer)* obligó a una reducción de batallones por regimiento, y, por tanto, de las divisiones, que quedaron con sólo seis de los nueve batallones que inicialmente tenían. Pero la División Azul se mantuvo íntegra. Y pronto comenzaron los relevos: batallones de repatriación marchaban y batallones de relevo llegaban, acompasadamente, pero con muchos hombres no aptos para la lucha, demasiados. Ello, a pesar de las quejas de Muñoz Grandes, que los devolvía a España, donde cada vez era más difícil encontrar voluntarios para la tropa (los mandos, iban obligados). Finalmente, llegó la victoria: Vlasov y miles de sus hombres fueron hechos prisioneros. Y el 28 de junio Radio Berlín emitió *el* anuncio del Alto Mando del triunfo en el Voljov; y, en Rastenburg, Hitler ascendió al jefe del frente del Norte, capitán general Von Küchler, a mariscal de campo.

Poco después, el 12 de julio, en Rastenburg, Muñoz Grandes se reunió con Hitler. Al parecer, hablaron de política, tan a fondo que muy probablemente proyectaron ya el descabezamiento de Franco en favor del general. Pero las noticias llegaban de alguna manera a Madrid, y empezó a cundir el nerviosismo. Ante ello, Von Ribbentrop desmintió cualquier veleidad golpista, al manifestar a la embajada en Madrid que la reunión *sólo* había tratado temas militares.

A principios de agosto llegó el cambio de frente para la División Azul. Hitler necesitaba tropas en el norte, para acabar con Leningrado, y hacia allí fue. El traslado duró casi todo el mes, y una vez allí, los españoles quedaron

instalados en el flanco sureste de la ciudad, frente al barrio industrial de Kolpino, atravesado por el río Ishora, un afluente meridional del Neva. En cuanto al puesto de mando, fue ubicado en el palacete que los zares habían tenido en Pokrovskaja, un punto al suroeste. La División Azul y Muñoz Grandes quedaron así bajo el mando del teniente general Erik Hansen, en el LIV Cuerpo de Ejército. Pero Kolpino, a pesar de todo (hacía menos frío que en Novgorod por acción de las corrientes marinas), era una mala posición: 53 baterías soviéticas lo amenazaban directamente, y sólo en tres semanas de septiembre efectuaron 4.000 disparos sobre las posiciones españolas, con artillería de menor alcance. Aquél, sin duda, fue un otoño difícil para los españoles, que vieron, con pena, cómo en la segunda quincena de octubre quedaba en nada, anulada, la Operación Luz del Norte (toma de Leningrado), dadas las dificultades alemanas en el sur. A partir de entonces, la División Azul limitó sus acciones ofensivas a breves incursiones de patrulla en territorio enemigo.

En diciembre se despidió Agustín Muñoz Grandes de su sucesor, el afectado general Emilio Esteban-Infantes. Y el domingo 13 se reunió con Hitler, por última vez, de quien recibió las Hojas de Roble para su Cruz de Caballero de la Orden de la Cruz de Hierro, y a quien dio su palabra de que su país entraría en la guerra. Pero una vez en España, tras haber sido objeto de una gran bienvenida (hija de Franco incluida) y haber recibido del Caudillo los honores ya mentados, el 18, Muñoz Grandes quedó en situación de disponibilidad forzosa durante más de dos meses. Quedaba claro que Franco no confiaba en él.

El año 1943 fue malo, desastroso para las armas del Eje, que comenzaron a temer lo peor. Y en Rusia, hubo la masacre de Krasny-Bor, el «bosque rojo», posición sobre la que se abalanzaron miles de rusos y un montón de tanques, que mataron a 1.125 españoles e hicieron retroceder el frente entre tres y seis kilómetros. Era febrero, el miércoles 10 de febrero, fecha aciaga para la División Azul. Unos días antes, aún en enero, los hombres del incansable Román lucharon al sur del lago Ladoga, en los bosques de Posselok, donde ayudaron a los alemanes, desbordados por la Operación Iskra, destinada a liberar Leningrado, y pagaron con 124 vidas y casi 300 heridos. Y, cuando llegó julio, concretamente el 18 de julio, hubo

fiesta en el Cuartel General, y a los rusos no se les ocurrió nada mejor (fue una buena idea, de hecho) que atacar con artillería y acabar, de golpe, con la celebración de confraternización hispano-germana: de allí salieron todos corriendo, Esteban— Infantes incluido, y 38 españoles resultaron heridos, uno de los cuales, el comandante José Alemany Vich, murió.

El 5 de octubre, el capitán general Lindemann, acompañado del teniente general Wilhelm Wegener (reciente en el puesto), impuso una alta condecoración a Esteban-Infantes, y le dijo que la División Azul sería trasladada del frente para descansar: era mentira, iba a ser retirada. El 12 de octubre de 1943 era martes, hacía dos años que la *Blaue* había entrado en combate: fuerzas soviéticas atacaron al Segundo Batallón del Regimiento 262, pero fueron rechazadas. Fue el último acto de guerra de la División Azul, concluido satisfactoriamente. El Alto Mando de la Wehrmacht publicó su disolución. Allí, en Rusia, quedaron dos mil y pico de hombres, que configuraron la llamada Legión Azul, pero aquello fue otra historia, marcada por la amargura de la derrota. Regresaron en marzo de 1944, y unos cuantos se hicieron los sordos, y se quedaron, para continuar el combate. Ciertamente, las cosas iban muy mal, y dicho final se adivinaba ya en la mente de la mayoría.

Pero... en octubre, el viernes 6 de octubre de 1944, todo cambió de golpe... ¡Una, dos y tres bombas atómicas... arrojadas por aviones alemanes! Nadie daba crédito a lo que escuchó por la radio o leyó en el periódico. Londres, Washington, Moscú... fuera de juego, abrasadas. Cientos de miles, quizá millones, de muertos, y el curso de la guerra alterado. En España, el falangismo salió a la calle, voz en grito, saltando, aullando... era la victoria; más de un transeúnte recibió su merecido por mirar con sorpresa o hacer algún que otro comentario.

La guerra se alargó unos meses, pues las fuerzas coaligadas eran fuertes. Pero tanta destrucción acabó imponiéndose, y llegó el día de la expulsión anglosajona y el de la deserción rusa, con la consiguiente rendición. Los rusos, sin Stalin y con Moscú destrozado, eran otra cosa, luchaban sin ganas; los ingleses y los norteamericanos estaban, también, a nivel militar, muy por debajo de lo que hasta entonces habían sido; tanta muerte los

torturaba, y ya fuera del continente, poco hicieron. Además, Hitler había amenazado con lanzar más bombas atómicas (nadie sabe por qué no cumplió su bravata). Finalmente, como ya hemos dicho, el 7 de mayo de 1945 vino la firma de la rendición, y Hitler habló por la radio, con la voz afectada. Casi nadie daba nada por él desde el atentado de Stauffenberg, pero allí estaba, hablando con dificultad pero con inenarrable satisfacción: que si las bombas atómicas, que si la resistencia fanática, que si... la rendición. Fue un largo, abrumador discurso, del que ofreció, de inmediato, una traducción Radio Nacional, tras la interpretación de los himnos español y alemán: a muchos se les saltaron las lágrimas, de rabia. Todo estaba decidido, fatalmente decidido. Y España... Bueno, España, pues sobrevivió con el general (ya no Generalísimo) Francisco Franco como jefe del Estado —que era lo mismo que decir sin Franco—, en el Palacio Real; y con el general Agustín Muñoz Grandes, con sus dos Cruces de Hierro y su Cruz de Caballero de la Orden de la Cruz de Hierro, con Hojas de Roble, en El Pardo, de jefe de Gobierno. Rodeado de sus allegados, entre los que no faltaron destacados miembros de la División Azul, como Dionisia Ridruejo (definitivamente, el Goebbels español), Agustín Aznar y otros, Muñoz Grandes trabajó febrilmente en la reconstrucción del país, un hasta cierto punto nuevo país, fundamentalmente bajo los criterios del falangismo y desde una óptica indiscutiblemente militar.

Aún hoy vivimos las secuelas de la inmensa derrota de la democracia. La Falange (Falange Española y de las JONS, sin lo de Tradicionalista) sigue dando la lata con sus cánticos y pasacalles marciales, día tras día, en liza con el Partido Nazi español, algo más peligroso —dinero de Alemania —, que tampoco descansa ni un momento. El ejército, por su parte, irrumpe en nuestras vidas con desfiles, discursos y charlas por televisión... En cuanto al capitán general Agustín Muñoz Grandes, murió en julio de 1970, pero dejó a un Triunvirato militar relativamente joven que, aunque ya envejecido, gobierna el país a toque de corneta (Franco siguió en la poltrona hasta noviembre de 1975, año en el que también falleció).

En cuanto al conjunto de Europa, es una realidad enteramente *parda,* unificada desde Francia hasta los Urales, con la Gran Alemania gobernada por el hijo de un sobrino de Hitler (murió muy viejo, a mediados de 1980)

en el centro; y con una Gran Bretaña nazificada (con *gauleiters* incluidos), rotos o casi rotos todos los vínculos con Norteamérica, que pasó treinta años pagando reparaciones de guerra, hasta 1975.

Por suerte, a España los nazis alemanes la han dejado sobrevivir en calidad de *Estado amigo,* pero estamos lastrados por la sobrevaloración de la agricultura (y, en menor medida, de la ganadería); que, de hecho, es lo que siempre han querido los alemanes de nosotros, además del sol. País marcadamente agrario, y entre marcial y bullanguero, eso es hoy en día España. En las escuelas —donde obviamente impera la separación de sexos — sobresalen los retratos de Muñoz Grandes, Hitler y José Antonio, el *triunvirato,* obligatorios en todas las clases. Se fomenta particularmente el deporte, pero no los estudios; y después de unos años, pocos, de escolarización, los muchachos son mayoritariamente instruidos en las labores agrarias y las muchachas en el cuidado de la familia. Sólo los hijos de los miembros del Partido tienen abiertas las puertas de los Institutos de enseñanza media (realmente duros para el alumnado, a pesar de estar a cargo de profesores adictos al sistema) y de la Universidad (otro tanto).

Miles de españoles yacen bajo tierra, tras haber sido fusilados, nadie sabe cuántos (¿uno, dos millones?...); y cientos de miles están en América, algunos a la espera de un soñado final, pero la mayoría ya plenamente integrados, pues han nacido allí. Y nosotros, resignados, aspiramos en silencio a la caída de un sistema totalitario, brutal, que hace ya más de sesenta años que dura y que no presenta visos de acabar.

Para saber más

CARLOS MARÍA IDÍGORAS: *Algunos no hemos muerto,* Noguer y Caralt, Barcelona, 2002.

XAVIER MORENO JULIÁ: *La División Azul: sangre española en Rusia (1941-1945),* Crítica, Barcelona, 2005.

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS: « ¿Eran los rusos culpables? Imagen del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el Frente del Este, 1941-1944», *Hispania,* 2006, vol. LXVI, núm. 223, mayo-agosto, pp. 695-750.

8 De españoles a alemanes: Himmler, la Falange y el ideal visigótico

WAYNE H. BOWEN — (Ouachita Baptist University)

Aunque el Tercer Reich y los países de habla alemana que ocupó durante la Segunda Guerra Mundial tenían una población de más de ochenta millones de personas, el gobierno de Hitler comprendió que no había alemanes suficientes para gobernar toda Europa. En consecuencia, el régimen tomó medidas para incrementar el número de alemanes y «arios»: incentivos económicos para las madres, leyes antiabortistas y restricciones al control de natalidad.[1] Los nazis intentaron asimismo «arianizar» a gran número de niños de la Europa del Este mediante su secuestro y adopción por parte de familias alemanas sin hijos. Un último esfuerzo consistió en reivindicar la herencia aria de poblaciones enteras. Esta táctica se basaba en las pruebas arqueológicas, aunque exageradas, relativas a las tribus germánicas que habían barrido Europa durante el ocaso del Imperio romano. España fue una de las naciones en que esta idea —la de que subsistía suficiente sangre goda como para considerar aria a la nación— recibió el apoyo entusiasta de los dirigentes políticos y los más influyentes intelectuales pro nazis, especialmente en el seno de la Falange, el partido fascista español. El *ideal visigótico* —que los españoles eran germanos—

establecía el escenario ideológico y racial para la colaboración entre España y Alemania, y podía haber transformado una nación formada en parte por árabes, bereberes, judíos, celtíberos e hispanorromanos en un digno aliado del Tercer Reich. El *ideal visigótico,* sin embargo, no era sólo una reivindicación ideológica basada en la supuesta «ciencia racial», sino también una táctica pragmática por parte de los nazis para incrementar el número de sus aliados potenciales.

En el otoño de 1940, el Tercer Reich estaba en pleno auge en la Europa continental y parecía imparable. Pese a que la Batalla de Inglaterra había supuesto un fracaso para la Luftwaffe y que el norte de África se resistía a la conquista, estas pequeñas dificultades parecían tan sólo ligeros retrasos en el camino de la victoria final nazi. En este entorno, las naciones independientes que subsistían en Europa buscaban la forma de acomodarse al Nuevo Orden, el término que utilizaban los nazis para describir su reorganización de Europa. La Unión Soviética, que se había repartido Europa del Este con Alemania, enviaba toneladas de grano, combustible y otros suministros para aplacar al Tercer Reich. La Francia de Vichy promovía la colaboración y aceptaba la dominación alemana como un hecho establecido. Los estados neutrales de Suecia, Suiza, Portugal y Turquía hacían cuanto podían para mantener relaciones amistosas con Alemania, y sólo Grecia ofrecía una resistencia feroz al Eje, y eso debido a la insensata decisión italiana de invadir la nación balcánica en octubre de 1940.

No debía suponer sorpresa alguna, por tanto, que el general Francisco Franco y otros dirigentes españoles hablaran abiertamente durante este período de colaboración y alianza con el Tercer Reich. Después de todo, la Alemania nazi había prestado un sustancial apoyo material al bando nacional durante la Guerra Civil española (1936— 1939), y había servido de modelo inspirador al Régimen de Franco tras el final de ese conflicto. En España, por lo demás, había algo más que simple entusiasmo por Alemania como gran potencia; los líderes políticos e intelectuales españoles más influyentes empezaron en 1940 a promover la idea, basada en la herencia visigótica, de que los españoles eran racial y étnicamente arios. Esta noción contó con un respaldo importante: el del experto en política racial de

Alemania, Heinrich Himmler, líder de las Schutzstaffel (SS) nazis. De haber proseguido los éxitos de Alemania, este ideal visigótico podría haber ganado mayor difusión tanto en España como en el Tercer Reich. A pesar de la ausencia de una base científica o histórica que la sostuviera, tal teoría podía haber transformado a la población de España, mediterránea, norteafricana y sureuropea, en aria oficial u honoraria: en aliada aceptable del *Volk* de Hitler.

No era extraño el interés del líder de las SS por la composición racial de los españoles. Himmler estaba obsesionado por las raíces de los grupos étnicos y raciales de Europa y del resto del mundo**.** Dedicaba recursos y grupos de estudiosos a investigar los orígenes de su raza aria y a rastrear las raíces de los pueblos nórdicos.[2]. Sus esfuerzos estaban dirigidos a determinar qué naciones y grupos étnicos de Europa se habían mezclado lo suficiente con aquellos de origen ario como para alzarse por encima de su condición secundaria. En Polonia, por ejemplo, el líder de las SS ordenó el secuestro de los niños que tuvieran un aspecto germánico desde el punto de vista étnico, en la esperanza de que pudieran ser criados por parejas alemanas sin hijos e integrarse en el Tercer Reich. Creó asimismo la organización Lebensborn, un programa destinado a alentar y cuidar a los hijos de oficiales solteros de las SS y muchachas arias en Alemania, Noruega y otros territorios ocupados. De forma parecida, Himmler confiaba en identificar aquellas razas que tuvieran antecedentes germánicos en proporción suficiente para ser consideradas socios idóneos del Estado nazi y el *Volk* alemán. Fue con ese ánimo que el líder de las SS abordó España y su herencia visigoda, del mismo modo que cierto número de españoles abrazaron la idea de que eran germanos.[3].

Los españoles no fueron los únicos no-germanos que pretendieron ser arios durante aquellos años. La dirección del partido Ustasá del Estado colaboracionista croata hizo también esfuerzos oportunistas para transformar a su país en un aliado germánico aceptable para los nazis. Antes y después de la Segunda Guerra Mundial, historiadores, lingüistas y demógrafos han comprendido que, a pesar de su longeva asociación con Hungría y la monarquía austriaca, los croatas eran eslavos. Aunque católicos y prooccidentales, los croatas seguían siendo una nación eslava

del sur, íntimamente emparentada con serbios, eslovenos, búlgaros y otras nacionalidades balcánicas. A Ante Pavelié, el *Poglavnik* (líder) del movimiento Ustasá y del Estado croata durante la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, y en el contexto del Nuevo Orden, le parecía más prudente y prometedor que los croatas fueran germánicos que no eslavos: un grupo racial destinado por los nazis a ser inferior a la suprema raza aria, aunque digno de ser aliados subordinados.[4].

Intelectuales asociados al gobierno croata reivindicaban que su nación era germana, descendiente de los invasores godos cuyos parientes, los ostrogodos, habían saqueado y conquistado Roma en el año 476. En lugar de considerarse hermanos tribales de los serbios, se identificaban con sus camaradas raciales del norte de los Alpes. No sólo era Croacia una nación germánica, argumentaban, sino que necesitaba proteger su sangre de los mismos enemigos raciales del Tercer Reich. El 30 de abril de 1941, se promulgó uno de los primeros decretos del gobierno Ustasá de Ante Pavelié. Para proteger la *sangre aria,* el gobierno prohibió los matrimonios entre croatas y judíos.[5]. Aceptando este autootorgado ascenso racial, los nazis aceptaron esta ficción en su consideración de los croatas, pese a las dudas relativas a la calidad y cantidad de auténtica sangre aria de sus hermanos germánicos de los Balcanes. Dada la escasa población germana de los Balcanes, añadir cuatro millones de croatas a la lista de arios parecía una solución pragmática.

En Italia, asimismo, los investigadores nazis defendieron que los italianos eran arios. Siegfried Fuchs, que poseía un doctorado en Arqueología por la Universidad de Heidelberg, era subdirector del Instituto Arqueológico de Alemania (Deutsches Archaologisches Institute) en Roma, además de un destacado defensor de la teoría de la persistencia aria. Como estudiante de posgrado, Fuchs había publicado trabajos sobre la «indogermanización» de Grecia. Era miembro de las SS en la Italia fascista de finales de la década de 1930 y líder nazi delegado para la península, y continuó desarrollando sus teorías. Argumentaba que los lombardos y los ostrogodos, tribus germánicas de las postrimerías de la Antigüedad, habían dejado huellas suficientes para hacer de Italia una digna aspirante al estatus ario. Himmler se interesó personalmente por la obra de Fuchs, y le obsequió

con premios por sus hallazgos. El gran interés del gobierno nazi por revivir la herencia aria de Italia se manifestó también en el nombre elegido para el cinturón defensivo de la Italia central: la «Línea Gótica». [6].

La posible arianización de Europa llegó a ser en algún momento una idea integradora. Antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes nazis promovieron la idea de que incluso «griegos, eslavos, persas e indios arios» habían estado unidos originalmente a la raza nórdica. Incluso los rusos podían tener cierto valor germánico. Algunos documentos nazis afirmaban que el régimen zarista había estado formado por dirigentes mayoritariamente arios. Tan sólo la llegada de los comunistas había traído la destrucción final de la élite racial de Rusia y su sustitución por una *raza judeobolchevique.* Pero si el punto de vista nazi sobre rusos y polacos se tornó mucho más áspero durante la guerra, Hitler consideró cada vez más a algunos grupos eslavos, sobre todo a checos y croatas, e incluso a algunos ucranianos, como *totalmente asimilables* [7].

La idea de una fermentación germánica, de que los lugares donde los godos y otras tribus arias se habían establecido en Europa eran un territorio privilegiado de reserva racial, era antigua en el pensamiento racista europeo. U no de los padres de la ideología adoptada por los nazis fue el conde Joseph Arthur de Gobineau, escritor decimonónico que argumentaba que mientras que los campesinos corrientes descendían de los galos, la nobleza francesa y las casas reales seguían siendo francogermánicos desde un punto de vista racial. Así como el argumento de Gobineau se utilizó para sustentar la monarquía en términos racistas, se adoptó más tarde para justificar la superioridad general de otras naciones supuestamente enriquecidas con elementos germánicos. [8]

El más influyente defensor de la expansión del concepto de *germanidad* en los años treinta y cuarenta fue Heinrich Himmler, líder de las temidas SS. A finales de octubre de 1940, el Reichsführer-SS Himmler visitó España con el objetivo de mejorar las relaciones de Alemania con el régimen de Franco. Pese a que ambos Estados seguían siendo amigos, las relaciones diplomáticas entre ellos estaban en tensión en ese 1940 a causa de las difíciles negociaciones sobre la posible entrada en guerra de España, además de por la resolución del tema de la deuda española derivada de la

Guerra Civil. Aunque los biógrafos de Himmler no consideraron este viaje lo suficientemente significativo como para merecer mucha mención, desempeñó un papel importante a la hora de conformar el desarrollo intelectual español, y llevaba semanas siendo anunciado por la germanófila prensa falangista.[9]. La misión de Himmler en España, invitado por el conde de Mayalde, director general de Seguridad de Franco, tenía varios propósitos: fortalecer los lazos entre ambas naciones en lo relativo a la seguridad del Estado, asesorar a los españoles acerca de modernos métodos policiales y añadir un poco de presión sobre el Régimen de Franco para que se aliara con Alemania. También figuraban en el programa los propósitos de Himmler de disfrutar de la caza en España y visitar sus monumentos históricos.[10].

El sábado 19 de octubre, Himmler cruzaba la frontera hispano-francesa. Entre los dignatarios que le recibieron se contaban el general José López Pinto, capitán general de la VI Región Militar, el conde de Mayalde, director español de Seguridad, y el embajador alemán en España, Eberhard von Stohrer. La recepción fue deslucida por la llegada simultánea de lluvias torrenciales, que causaron inundaciones generalizadas y treinta y cinco muertos en Cataluña.[11] Tras pasar revista a las guardias de honor de Falange y de la agrupación nazi local en San Sebastián y Burgos, el jefe de las SS visitó la famosa catedral de esta última ciudad. Aquella noche, Himmler compartió una cena con Francisco Franco en Burgos, la ciudad que había sido la capital del dictador español durante la Guerra Civil. Ninguno de los dos dirigentes pronunció largos discursos, aunque sí brindaron escuetamente por el otro y las naciones de ambos. Justo antes de la medianoche, Himmler partió hacia Madrid en un tren especial.[12]

A la mañana siguiente, Himmler llegó a la capital donde fue recibido por el ministro de Asuntos Exteriores (y concuñado de Franco) Ramón Serrano Suñer, la dirigente de la Sección Femenina de la Falange Pilar Primo de Rivera, el líder sindicalista falangista Gerardo Salvador Merino y otros ministros del gabinete, dirigentes de la Falange y representantes de la colonia alemana. La mayor parte de los españoles que recibieron a Himmler eran viejos entusiastas de la Alemania nazi, y muchos de ellos habían visitado el Tercer Reich durante la Guerra Civil o la inmediata posguerra.

Después de un encuentro en el Ministerio de Exteriores con Serrano Suñer, Himmler volvió a reunirse con Franco, esta vez en El Pardo, la residencia oficial del dictador en las afueras de Madrid. Aunque no nos ha llegado registro alguno de esta reunión, lo más probable es que discutieran la posible entrada de España en la guerra y la inminente cumbre entre Hitler y Franco, prevista para el 23 de octubre en Hendaya, ciudad situada en la frontera hispano-francesa.[13]

El 21 de octubre de 1940, Himmler fue el invitado de honor de un banquete en el exclusivo Hotel Ritz de Madrid. Su anfitrión fue José Finat, el conde de Mayalde y agasajaron al jefe de las SS los dirigentes de la Falange y del Estado español.[14]. El brindis de Mayalde, comentando el gran número de asistentes al evento, resultó indicativo del ánimo de la clase política dominante del país: «Nuestros enemigos comunes no podrán decir que la amistad hispano-alemana no es popular y sincera, ni podrán negar tampoco que nuestra política internacional es profundamente popular.»[15]. Si bien es posible que el nazismo fuera popular en el seno de la Falange, Mayalde sabía, como director general de Seguridad de España, que este entusiasmo no estaba muy extendido fuera del partido.

La totalidad de los simpatizantes más relevantes del nazismo del gobierno español y la Falange asistieron a la gala, a la que siguió una elegante recepción en casa del embajador Von Stohrer. A lo largo de los días que siguieron, Himmler se reunió asimismo con la colonia alemana, depositó una corona de flores sobre la tumba de José Antonio Primo de Rivera, fundador-mártir de Falange Española, y visitó el Alcázar de Toledo, escenario de la más famosa batalla de los primeros tiempos de la Guerra Civil. De regreso a Madrid, el líder de las SS se reunió con la Asociación Española de Ingenieros Agrónomos.[16]. Este último acto se produjo a consecuencia de los intereses e historia personales de Himmler; había poseído una granja avícola antes de convertirse en oficial de las SS a tiempo completo, y conservaba un vivo interés por la agricultura.

Durante su estancia, el Reichsführer-SS visitó también tanto el Museo del Prado como el Arqueológico Nacional. Su guía en estas visitas fue Julio Martínez Santa Olalla, comisario general de Excavaciones Arqueológicas, que hablaba alemán con fluidez y había viajado al Tercer Reich. [17]. En el

Prado, Himmler prestó especial atención al retrato de Carlos V de Tiziano y los cuadros de artistas flamencos, tal vez una prueba tácita de la influencia *aria* moderna sobre España. Durante su visita al Museo Arqueológico, el líder de las SS comentó lo ario que era el aspecto de algunas piezas, y cómo España mostraba aún las huellas de su herencia visigoda, para su mayor mérito racial. Aflojó el ritmo de su visita para demorarse en las salas celtíberas y visigóticas, y se entretuvo observando un mapa descriptivo de la dispersión de los invasores germánicos a través de Europa. Como muestra final de su interés, Himmler arrancó de Martínez Santa Olalla el compromiso de que se permitiría a las SS enviar a un técnico para hacer reproducciones de las piezas más significativas del museo. [18]. Un viaje efectuado ese mismo día a la antigua capital visigótica de Toledo había consolidado la atención de Himmler hacia la composición racial de España, llevándole tal vez a considerar un ascenso de su posición en la jerarquía europea de las naciones, basado en este legado germánico.

Arriba, el principal periódico oficial del partido único del Régimen Falange Española Tradicionalista y de las JONS saludó la visita de Himmler a los dos museos como la inauguración de una nueva relación entre el Tercer Reich y España. En un editorial titulado «Entendimiento entre dos pueblos», los editorialistas del órgano subrayaban «el entendimiento de sangre» entre alemanes y españoles aunque insistiendo en que «nosotros [los españoles] no somos racistas». El diario daba a continuación una versión romántica de la gira museística de Himmler.

En el museo Arqueológico, el representante del Partido Nacional Socialista [Himmler] ha hallado motivos ancestrales y puros para el entendimiento entre España y Alemania. Incluso con anterioridad a la unión traída por César —siglos antes de Carlos I de España (el emperador Carlos V de Alemania)—, las sangres visigótica e íbera se habían mezclado por amor. [19].

Como postura oficial del principal periódico de los falangistas, este editorial representaba la vanguardia de la opinión pro nazi en la política española.

Pero, pese a la imagen que la prensa dio de la visita, el viaje de Himmler estuvo aguado por la cuantiosa lluvia que inundó España. A causa del mal tiempo, el jefe de las SS no pudo incluir ninguna jornada de caza en el viaje. [20].

Mayalde, director general de Seguridad de Franco, elogió a Himmler y expresó públicamente su esperanza de que el eficiente Reichsführer sería capaz de brindar su experto consejo para mejorar la seguridad y los servicios de Inteligencia españoles.[21]. El viaje, que había incluido una apresurada gira por los museos de Madrid, sus monumentos históricos y sus instituciones políticas, finalizó tras una breve parada en Barcelona.

En la capital catalana, el jefe de las SS se reunió con la colonia alemana y los elementos pro nazis de la dirección falangista regional, y viajó asimismo a las ruinas del monasterio de Montserrat. Este monumento, ubicación, de acuerdo con la leyenda, del Santo Grial, era también el escenario de la ópera de Richard Wagner Parsifal, y debía de ejercer una atracción irresistible sobre el dirigente nazi. El 24 de octubre, Himmler partió hacia Alemania desde Barcelona en un vuelo de Lufthansa, al tiempo que Hitler y Franco ponían fin a su propio encuentro cerca de la frontera española. La esperada consumación de la relación hispano-germana, sin embargo, no llegó a concretarse. El encuentro entre Hitler y Franco fue mal, sin que ninguna de las partes se mostrara dispuesta a hacer promesas concretas a la otra. Con todo, la visita de Himmler se produjo en un momento en que la entrada de España parecía probable y, para algunos, deseable.[22].

El intento de transformar a los españoles en alemanes no pasó desapercibido fuera de España. Los británicos se tomaron la visita de Himmler en serio, ya que creían que era una señal más de que España se aproximaba a la órbita nazi. Estando el mismo Himmler de camino a España, el embajador británico Samuel Hoare solicitó una reunión con Franco para discutir «asuntos que afectan a las relaciones hispano-británicas».[23]. Como si tratara de distraer la atención despertada por la presencia del líder de las SS, el gobierno británico hizo además entrega de «ornamentos eclesiales de elevado valor» a la diócesis de Valladolid. Las piezas habían sido originalmente un obsequio de la Iglesia católica al duque

de Wellington tras sus victorias ante Napoleón en las campañas peninsulares de entre 1808 y 1813. En 1940, fueron un presente del gobierno británico y del entonces duque de Wellington calculado para ganarse el favor de la aristocracia española y la jerarquía católica. [24]. La visita de Himmler, no obstante, oscureció en gran medida este regalo, y hasta el *New York Times* subrayó la significación de su viaje a España y la insistencia del líder nazi en que los españoles eran básicamente germánicos, no latinos. [25].

El mismo Hitler daría crédito a la idea de que el legado racial visigótico seguía siendo importante en las líneas de sangre españolas, el resto de cuyos matices serían igualmente encomiables:

En el pueblo español se da una mezcla de sangre goda, franca y mora. Se puede hablar del español como hablaría uno de un bravo anarquista. La época árabe... fue la más culta, la más intelectual y en todos los sentido la mejor y más feliz de la Historia de España. [26].

El líder de Alemania, de todas formas, no compartía el estrecho enfoque de Himmler sobre la herencia visigótica de España. Pese a ser consciente de la herencia árabe y bereber de España, Hitler alabó también el valor la nobleza y el carácter racial de los españoles, halagos que raramente hacía a aquellas naciones que consideraba racialmente inferiores o degeneradas. [27].

Franco, por su parte, no tuvo mucha confianza en la proximidad de los vínculos raciales entre España y Alemania. Tal vez por alguna sospecha de que su propia familia tenía antepasados judíos, Franco centraba su interés en el Tercer Reich en términos de la relación entre naciones en el equilibrio de poder y la lucha ideológica contra el comunismo. Significativamente, al día siguiente de que los periódicos españoles ensalzaran la sangre común compartida con Alemania, en la amplia cobertura de la reunión de Franco con Hitler en Hendaya, no se recogía mención alguna de tales cuestiones raciales por parte de ninguno de los dirigentes implicados. [28].

La posibilidad de que los españoles fueran aún arios, o de que al menos hubiera en ellos una parte sustancial de material germánico, fue aceptada

por intelectuales pro nazis en el seno de la Falange y el gobierno. Aunque no eran en modo alguno mayoritarios en el régimen de Franco, estos escritores y activistas comenzaron a promover la idea de que los españoles no eran mediterráneos, sino germánicos. Aun admitiendo la importancia de la aportación de romanos e incluso árabes a su pasado, afirmaban que el legado visigótico y sus rasgos biológicos seguían siendo dominantes. Por añadidura reescribieron parte de la historia de los reinos ibéricos medievales y de la temprana Edad Moderna para excluir a los judíos de la corriente principal de la sociedad, la cultura y, sobre todo de la sangre españolas. La expulsión de los judíos de España en 1492 era también un componente importante de la idea de que la sangre española estaba limpia de influencias corruptas.[29].

Ya a finales del siglo XIX, algunos antropólogos españoles, tales como Federico Olóriz y Aguilera, habían argumentado que las regiones más fuertes y exitosas de España, como Castilla, eran aquellas con mayor porcentaje de ascendencia germánica. Olóriz, en las dos últimas décadas del siglo XIX, estudió la morfología de cráneos y esqueletos y desarrolló su índice cefálico para probar que los españoles pertenecían a una reserva racial superior. Olóriz, que compartía con numerosos antropólogos alemanes de entonces la idea de que la proximidad a los tamaños y formas craneales arios o nórdicos indicaba superioridad, demostró la creciente semejanza de los cráneos españoles y alemanes.[30].

Entre los estudiosos que en la década de 1940 abrazaron la germanización de los españoles se contaba Antonio Tovar, un lingüista y experto en estudios clásicos. Experto internacionalmente reconocido y posteriormente titular de la cátedra de Latín de la Universidad de Salamanca, había estudiado además en Alemania a principios de la década de 1930, y conservó las inclinaciones germanófilas que desarrolló durante aquel período. Fue un temprano y entusiasta funcionario de propaganda de Franco durante la Guerra Civil que ocupó cargos políticos importantes en la Falange, y su trabajo añadió credibilidad intelectual a los esfuerzos por germanizar a los españoles. En su obra política más conocida, *El Imperio de España,* Tovar afirmaba que la explicación de la grandeza de España estribaba en su excelente combinación de las herencias visigótica y romana,

sin hacer mención de otros grupos, árabes, africanos, bereberes o judíos, que podrían haber contribuido también al banco genético español. [31]. En la misma obra, comentando la noble herencia de su nación, observó: «Los españoles tenemos la fortuna de pertenecer a un pueblo hecho para mandar [...] Y nuestro deber es, pues, potenciar en lo actual toda nuestra historia, actualizarla, movilizarla agresivamente, con estilo ofensivo y de acción directa.» Veía a España como una nación preparada para mandar, capaz de administrar las colonias y territorios que Tovar creía que ganaría como aliado de Alemania. [32].

Tovar continuó desarrollando su interés por los visigodos en su actividad académica, completando y publicando justo cuando la guerra mundial tocaba a su fin un tratado de gramática del idioma de los godos. Consciente de cómo habían cambiado las circunstancias desde que empezara el libro, se sintió obligado a añadir en el prólogo: «Esta obra tiene un objetivo puramente académico.» [33]. Otros escritores, entre ellos Juan Beneyto Pérez y Vicente Gay, promovieron igualmente la idea de que los españoles no se habían mezclado nunca con sangre judía, sino que eran una orgullosa combinación de godos y romanos, con tan sólo una pequeña aportación de los árabes. [34].

Pero no todos los escritores estaban de acuerdo con que los visigodos habían aportado únicamente cualidades positivas a España. El filósofo José Ortega y Gasset había argumentado en los años veinte que la suya era una nación más débil que Francia a causa de la herencia visigótica de España. Conforme a su concepción de la Historia, las tribus germánicas habían aportado el *ingrediente decisivo* en la fuerza nacional de las naciones europeas. [35]. Pero, según Ortega, este ingrediente había quedado diluido al sur de los Pirineos, y en todo caso los visigodos eran la más débil de las naciones germánicas. Por su parte, el publicista militar Ricardo Burguete había argumentado durante la Primera Guerra Mundial el impacto negativo de la sangre visigótica en la herencia de España, y creía que los bereberes habían fortalecido a España más que los bárbaros germánicos. [36].

También el fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), había alentado la idea de la importancia de los visigodos, pero era más positivo que Ortega o Burguete. En uno de los últimos ensayos que

escribió, tres meses antes de ser ejecutado por republicanos españoles, defendió que había sido la *minoría aria* el grupo étnico que había dirigido la Reconquista de España frente a la ocupación musulmana en la época medieval. Argumentó también Primo de Rivera que este elemento germánico había sido el que había suministrado las estructuras clave en la creación de la España moderna: Monarquía, Iglesia y Aristocracia. [37]. Al abrazar las ideas de Tovar, Gasset y Primo de Rivera, los simpatizantes españoles de los nazis intentaban transformar a los españoles en alemanes, o al menos en una nación germánica.

La verdadera historia de los visigodos en España fue más complicada, y mucho más limitada, de lo que Himmler o esos intelectuales creían. Dada la extensión de la historia de España, y en comparación con otros invasores e inmigrantes, el período visigótico fue breve y tuvo escaso impacto a largo plazo, especialmente en los aspectos que más interesaban a Himmler. De 409 a 711, guerreros y reyes germánicos gobernaron esporádicamente gran parte de España, en un principio como *federati* de Roma y posteriormente en su propio nombre. Más o menos aislados, cultural y demográficamente, de sus súbditos *hispani,* la población común, en su mayoría romana y celtíbera, los pocos miles de visigodos constituían poco más que una clase militar y terrateniente superpuesta a la sociedad tradicional. [38].

Durante el período de su ocupación de España, eran pocos los visigodos que hablaban latín, y sus súbditos romanos no se molestaron en aprender la lengua de los bárbaros. [39]. Las poblaciones no se mezclaron mucho más allá de las relaciones de negocios y gobierno. La mayor parte de los obispos y nobles visigodos continuaron fieles a la herejía cristiano-arriana (que no debe confundirse con aria) hasta finales del siglo VI, distanciándose así de los hispanorromanos y celtíberos, cristianos. En una fecha tan avanzada como 568 estaba prohibido el matrimonio entre visigodos y romanos, aunque esta prohibición no solía imponerse coercitivamente. [40]. Había, en cualquier caso, muy pocos visigodos para mezclarse con romanos y celtíberos. De una población total de tal vez siete millones en la península Ibérica, había aproximadamente 100.000 visigodos en España en los siglos VI y VII. No eran sólo guerreros; como la mayor parte de las tribus nómadas germánicas, llevaban consigo a sus mujeres y sus niños. Con la

conversión de la mayor parte de los visigodos al catolicismo a finales del siglo VI, comenzaron a desaparecer como grupo étnico diferenciado en España, absorbidos en el seno de una población no germánica mucho más numerosa.[41].

A medida que la dominación visigótica y la estricta separación se fueron debilitando, para ser finalmente eliminada por el asalto islámico del siglo VIII, los visigodos desaparecieron como pueblo. La mayoría fue asimilada por las comunidades de *hispani,* especialmente en la zona noroccidental de la actual Galicia y en los pequeños Estados que sobrevivieron a la conquista islámica. [42]. Eran escasas las palabras procedentes de la lengua germánica de los visigodos en el español moderno, y tampoco había muchos españoles que se parecieran a los invasores de pelo rubio del siglo V.[43]. Uno de los desafortunados legados de la dominación visigoda, que Himmler habría abrazado, fue la introducción por su parte de leyes contra los judíos, ordenando la conversión y vedando la práctica pública del judaísmo.[44]. Los visigodos sí causaron un impacto en la historia de España, muy señaladamente en lo que se refiere a la idea de un Estado español unificado, y su sangre se mezcló con la del resto de los españoles, aunque probablemente menos que la de árabes y bereberes islámicos o de judíos, que llegaron en su mayoría con posterioridad al año 711.

La visita de Himmler tuvo como consecuencia una serie de expediciones arqueológicas en busca de pruebas, con las SS enviando científicos a España en pos de más piezas germánicas.[45]. Una muestra de este esfuerzo para vincular la sangre española y la alemana fue una excavación patrocinada y subvencionada por la Falange en Castiltierra. La excavación proporcionó supuestamente pruebas de que: «La llamada edad bárbara fue una época de reunificación europea y de establecimiento de voluntades nacionales. Europa se unificó, como continente y unidad de destino en raza, cultura, política y credo. Cada Estado hubo de hallar su camino, y en España fue posible crear una nación gracias al componente final de lo que significa ser hispano, el elemento germánico, que nos recuerda nuestro destino europeo.»[46].

Pero por más que defendieran que sus puntos de vista raciales se basaban en la ciencia pura y fría, el intento de convertir a los españoles en

alemanes ilustra que el racismo nazi era una construcción ideológica, no científica. Por supuesto, los visigodos que sobrevivieron al 711 se mezclaron con la población general. Por supuesto también, algunas partes de España tenían poblaciones que parecían incluir un número mayor de lo que cabría esperar de personas de piel clara y cabello rubio. Sin embargo, Polonia tenía muchos más ciudadanos de pelo rubio y ojos azules, y mucho más derecho al estatus germánico gracias a los matrimonios y a la mezcla con su vecino occidental. Incluso los rusos y lo ucranianos, simplemente por su aspecto, parecían candidatos posibles a la arianización. También eran numerosos los judíos alemanes que podrían haber encajado en la descripción física de los arios que hacían los nazis. La jerarquía nazi de naciones racialmente aceptables, al menos tal y como se desarrolló durante la Segunda Guerra Mundial, estuvo tan condicionada por el interés nacional como por su invocación de una pseudociencia racial. En España, el pragmatismo pudo también reemplazar a la ideología.

Para los españoles atraídos por el nazismo, el origen racial no motivaba su política. Al contrario, era la política la que motivaba su interés en el origen racial. Los españoles pretendían ser germánicos porque apoyaban el Nuevo Orden, y no al revés. De la misma manera, aunque Himmler creyera tal vez que los españoles eran, al menos en parte, germánicos, fue buscando poblaciones germánicas por una Europa que en su práctica totalidad había sido invadida por los pueblos germánicos en siglos pasados, quizá para justificar el Nuevo Orden que, de nuevo, presentaba a los bárbaros germanos derrocando y desestabilizando los Estados y reinos establecidos de Europa. Pese a que a menudo fueron escasas en número y estaban muy dispersas, las antiguas tribus germánicas dejaron suficientes rastros de su presencia como para suministrar munición a quienes quisieron reivindicar esta herencia para propósitos modernos y más terribles.

Ciertamente, la ciencia racial nazi era bastante flexible, e incluso en Europa oriental, donde Hitler esperaba hallar el Lebensraum (espacio vital) para colonos germánicos, los eslavos podían ser dignos aliados o encarnizados enemigos, en función de su resistencia a los objetivos territoriales y políticos alemanes. Los nazis toleraron una Eslovaquia semiindependiente tras la desmembración de Checoslovaquia, pero la

resistencia de Polonia a las exigencias nazis en 1939 condujo a una campaña de destrucción total contra aquella nación eslava. Otras naciones eslavas, incluidas Bulgaria y Rumania, colaboraron con el Tercer Reich y recibieron trato de aliados, en tanto que millones de rusos eslavos fueron masacrados en la Unión Soviética. La ciencia racial nazi, fueran cuales fuesen las aspiraciones de sus defensores, compartía en gran medida el oportunismo del resto de la ideología nazi.[47].

Los españoles de 1940 no eran étnicamente germánicos, una tribu de visigodos perdida al sur de los Pirineos, sino más bien una nación en la que algunos de sus intelectuales más influyentes estaban deseosos de renunciar a la verdadera herencia de su nación, de mezcla de culturas, de una historia demográfica variada, a cambio de ventajas inmediatas y adoptando una concepción de la raza marcadamente ideológica y poco basada en la ciencia. Por supuesto que, en este sentido, estos escritores y dirigentes españoles se hacían eco de Heinrich Himmler en formas que les hacían parecer más nazis que los nazis. Y si bien esto habría hecho las delicias de Berlín, también habría violentado la verdad, la historia de España. Y, de haber recibido una acogida más amplia, el curso de la Segunda Guerra Mundial.

Para saber más

WAYNE H. BOWEN: *Spain during World War u,* University of Missouri Press, Columbia, 2006.

—: *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order,* University of Missouri Press, Columbia 2000.

FERRÁN GALLEGO: *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsindicalismo (1919-1945),* Debate, Madrid, 2006.

9 ¿Qué habría sido del Régimen si Franco hubiera muerto como consecuencia del accidente de caza que sufrió en 1961?

PERE YSAS — (Universidad Autónoma de Barcelona)

La víspera del día de Navidad de 1961, Francisco Franco resultó herido cuando le estalló una escopeta mientras estaba practicando una de sus actividades favoritas, la caza, en las colinas cercanas al Palacio de El Pardo. El Caudillo fue trasladado urgentemente a un hospital militar donde fue intervenido de las heridas ocasionadas en la mano izquierda. En los meses siguientes sufrió dolorosas molestias y no recuperó la movilidad casi normal hasta pasado un cierto tiempo. Todos los datos disponibles apuntan a que la explosión de la escopeta Purdey fue accidental, aunque no faltaron quienes consideraron que pudo tratarse de un accidente provocado.[1] En cualquier caso, el accidente y la necesidad de intervenir quirúrgicamente a Franco aplicándole anestesia general puso nuevamente sobre la mesa la grave cuestión de la sucesión y del futuro del Régimen más allá de la vida del dictador. Éste no fue ajeno a la preocupación desatada; en conversación con su primo y ayudante, el teniente general Francisco Franco Salgado-Araujo, el 8 de enero de 1962, estuvieron comentando «el nerviosismo que

se había apoderado de mucha gente», e incluso «que había familias que estaban preparadas para salir inmediatamente de España, e incluso la de algún ministro».[2]. ¿Qué habría sucedido si el accidente hubiera sido mortal o si la intervención quirúrgica hubiera tenido graves complicaciones que incapacitaran a Franco?

ESPAÑA EN 1961

Para intentar responder a esta pregunta con una hipótesis plausible es imprescindible situarse en la España del inicio de la década de 1960. Pocos años antes, en 1956, habían convergido en la situación general española una serie de factores que dibujaron con claridad un escenario de crisis tanto a nivel político como social y económico. En efecto, las correcciones introducidas en la política económica autárquica e intervencionista a partir de 1951 hicieron posible un crecimiento de la economía, que finalmente logró la recuperación de la actividad productiva y alcanzar el nivel de los años anteriores a la Guerra Civil, pero al precio de causar graves desequilibrios; desequilibrios que acabaron provocando una situación insostenible. Paralelamente, el malestar obrero por unas condiciones generales de vida extremadamente duras, y por unos salarios reales que no habían recuperado el nivel de preguerra, se manifestó a través de una serie de huelgas y protestas obreras en la primavera de 1956, en especial en las concentraciones industriales y urbanas más importantes del país.[3]. En febrero del mismo año, los incidentes universitarios de Madrid, producto de la reacción falangista frente a la tentativa promovida por estudiantes antifranquistas de organizar un Congreso Nacional de Estudiantes al margen del Sindicato Español Universitario (SEU), causaron una notable convulsión en el seno del Régimen y comportaron el cese de los dos ministros, el de Educación, el católico Joaquín Ruiz-Giménez, y el secretario general del Movimiento, el falangista de primera hora Raimundo Fernández-Cuesta.[4].

Precisamente el acceso a la Secretaría General del Movimiento de otro veterano de Falange, José Luis de Arrese, agravaría las tensiones internas derivadas de las divergencias que se estaban manifestando entre el personal

franquista respecto a cómo hacer frente a los problemas económicos, sociales y políticos. El nuevo secretario general presentó un proyecto de institucionalización que contemplaba el reforzamiento del papel político del partido único por la triple vía de una Ley de Principios del Movimiento, de una Ley Orgánica del Movimiento, que fijaría sus funciones en el marco de las instituciones del Estado, y de una Ley de Ordenación de la Jefatura del Estado que contemplaría la separación de las funciones de jefe del Estado y de jefe del Gobierno. El proyecto institucionalizador de Arrese, inicialmente aceptado por Franco, fue rechazado por los sectores no falangistas de la clase política —monárquicos, católicos, tradicionalistas— y por la jerarquía eclesiástica, y finalmente sólo dio lugar a la ley de 1958 que sintetizaba los doce principios fundamentales del Régimen y los declaraba *permanentes e inalterables*.[5].

Para hacer frente a los desafíos acumulados, el 25 de febrero de 1957, Franco nombró a un nuevo gabinete con una muy notable renovación de sus miembros y con la llegada al Consejo de Ministros de los denominados «tecnócratas» en carteras clave como Hacienda, a cargo de Mariano Navarro Rubio, y Comercio, confiada a Alberto Ullastres. Bajo el amparo de Luis Carrero Blanco, ministro subsecretario de la Presidencia, y el impulso del secretario general técnico de tal ministerio, Laureano López Rodó, los tecnócratas, muchos de ellos miembros o simpatizantes de la organización católica Opus Dei, sostenían un programa que combinaba integrismo religioso, autoritarismo político y modernización económica que resultaba particularmente oportuno y útil para el franquismo en aquellas circunstancias. Naturalmente Arrese dejó la Secretaría General del Movimiento aunque no el gobierno, puesto que fue nombrado ministro de la Vivienda, cargo al que renunció en marzo de 1960. Franco confió la Secretaría General a José Solís Ruiz, que conservó al mismo tiempo la dirección de la Organización Sindical, lo que puso en sus manos un notable poder. Del nuevo gabinete desaparecieron ministros con una muy larga trayectoria gubernamental, como el falangista José Antonio Girón de Velasco, que ocupaba la cartera de Trabajo desde 1941, sustituido por el también falangista Fermín Sanz Orrio, el jurídico militar y falangista Blas Pérez, ministro de la Gobernación desde 1942, relevado por el teniente

general Camilo Alonso Vega, y el dirigente católico Alberto Martín Artajo, al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores desde 1945, que dejó paso al también destacado propagandista católico —y además ex miembro de la División Azul— Fernando María Castiella. Éste habría sido el gobierno que debería haber hecho frente a la situación de la muerte de Franco si el accidente de diciembre de 1961 hubiera tenido tal resultado.

El nuevo gabinete pilotó el gran viraje de la política económica española, cuya principal expresión fue el decreto-ley de Nueva Ordenación Económica, conocido como Plan de Estabilización, aprobado el 21 de julio de 1959 tras la incorporación española, a lo largo de 1958, a la Organización Europea de Cooperación Económica, al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial. Con la nueva política económica gubernamental quedaba definitivamente cancelada la opción autárquica, que en la década de los años cuarenta había intentado alcanzar una economía autosuficiente, así como el intervencionismo extremo, producto de aquel proyecto y de la propia concepción nacionalsindicalista sobre el papel del estado como intérprete exclusivo del interés nacional y ejecutor de las políticas para servirlo. La nueva política económica adoptada logró la estabilización de la economía a corto plazo. Y, a partir del comienzo de la década de 1960, la liberalización económica y fundamentalmente la eliminación de los obstáculos que habían aislado la economía española, como las restricciones en el comercio exterior o a la inversión de capitales extranjeros, en un contexto de crecimiento sostenido de la economía internacional, posibilitó el inicio de una etapa de intenso crecimiento y transformación de la economía española.[6].

El gobierno de febrero de 1957 impulsó también una importante reforma administrativa que se materializó en la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado, aprobada en julio de aquel mismo año, y en la Ley de Procedimiento Administrativo de julio de 1958, ambas normas dirigidas a modernizar la administración y a reforzar la Presidencia del Gobierno. En julio de 1959 fue aprobada una Ley de Orden Público que intentaba adecuar los instrumentos represivos al carácter de los nuevos conflictos estudiantiles y obreros y al perfil de algunos de los nuevos opositores, que no podían ser calificados sin más de *subversivos*. El artículo

segundo de la ley declaraba actos contrarios al orden público «los que atenten a la unidad espiritual, nacional, política y social de España», así como las huelgas, manifestaciones y reuniones ilegales, y regulaba la figura del *estado de excepción.* La nueva ley apuntaba a una pérdida de funciones de la jurisdicción militar a favor de la ordinaria, aunque una disposición transitoria establecía que aquélla seguiría entendiendo de los «delitos que, afectando al Orden Público, le estén atribuidos con arreglo a lo establecido en leyes especiales». [7]. La reducción del papel de la jurisdicción militar no tuvo lugar hasta diciembre de 1963 con la creación del Tribunal de Orden Público. [8].

..En mayo de. 1958 se aprobó la antes citada Ley de Principios del Movimiento Nacional con rango de ley fundamental. Se trataba de una actualización de los Veintiséis puntos de FET y de las JONS, modificando el lenguaje más nítidamente fascista y haciendo más generales y vagas muchas formulaciones. Se reafirmaba el nacionalismo esencialista y la negación de las libertades individuales básicas: «España es una unidad de destino en lo universal. El servicio a la unidad, grandeza y libertad de la Patria es deber sagrado y tarea colectiva de todos los españoles [Principio I]; La unidad entre los hombres y las tierras de España es intangible [IV]; La comunidad nacional se funda en el hombre, como portador de valores eternos, y en la familia, como base de la vida social; pero los intereses individuales y colectivos han de estar subordinados siempre al bien común de la Nación, constituida por las generaciones pasadas, presentes y futuras [V]. También se reafirmaba el rechazo a la democracia liberal y se confirmaban las características del Régimen político español: «La participación en las tareas legislativas y en las demás funciones de interés general se llevará a cabo a través de la familia, el municipio y el sindicato y demás entidades con representación orgánica [...]. Toda organización política de cualquier índole al margen de este sistema representativo será considerada ilegal [VIII].» Y también se proclamaba la vigencia de un orden superador del capitalismo liberal y del marxismo, mediante el «ideal cristiano de justicia social, reflejado en el Fuero del Trabajo» que inspiraba la política y las leyes. El articulado de la ley establecía que los principios enunciados eran, «por su propia naturaleza, permanentes e inalterables» y

que serían nulas «las Leyes y disposiciones de cualquier clase que vulneren o menoscaben los Principios proclamados en la presente Ley fundamental del Reino».[9]. Se trataba, por tanto, de «blindar» el Régimen ante futuras tentativas de cambio que comportaran el mínimo peligro de desnaturalización.

¿UNA REGENCIA?

La muerte de Franco en diciembre de 1961 habría abierto una muy difícil y compleja situación política. El Caudillo concentraba en sus manos poderes formalmente ilimitados: jefe del Estado y jefe del Gobierno, con potestad, además para *dictar normas jurídicas de carácter general* conforme a la ley de 8 de agosto de 1939 que confirmaba disposiciones de enero de 1938, generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y jefe nacional de FET y de las JONS. Estos poderes excepcionales de Franco permitían además salvar las lagunas e insuficiencias del edificio institucional construido. Justamente algunos años después, la Ley Orgánica del Estado, promulgada el 10 de enero de 1967, tuvo entre sus objetivos más importantes completar la arquitectura del Régimen, regulando las funciones de las distintas instituciones y de los órganos del Estado y estableciendo procedimientos, algunos elaborados precisamente para cuando se produjera el eufemísticamente denominado *hecho sucesorio.* Pero en 1961 faltaban seis años para la promulgación de la Ley Orgánica y, además, Franco no había designado sucesor, a pesar de la ley aprobada hacía ya casi quince años.

En efecto, el 31 de mayo de 1947 las Cortes aprobaron la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, sometida previamente a un referéndum que fue presentado, tanto exteriormente como interiormente, como un masivo plebiscito a favor de Franco y del Régimen, en un escenario internacional caracterizado por la sucesión de condenas y exclusiones contra la dictadura española por sus orígenes y características y por su colaboración con las vencidas potencias del Eje. Ello comportó, en aquel momento, la exclusión de las Naciones Unidas y de las demás organizaciones internacionales, el cierre de la frontera francesa y el boicot diplomático contra el Régimen aprobado por la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1946.[10].

La Ley de Sucesión contenía una nueva definición del sistema político español, un «Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino», y establecía que la «Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos D. Francisco Franco Bahamonde». [11]. A éste se atribuía la potestad de proponer a las Cortes, cuando lo considerara oportuno, a su sucesor a título de rey o de regente, así como la revocación del designado si más adelante lo estimaba conveniente. Como es bien conocido, hasta julio de 1969 Franco no ejerció tal potestad, proponiendo a Juan Carlos de Borbón, educado en. España tras los acuerdos alcanzados entre el Caudillo y Juan de Borbón en agosto de 1948. La ley contemplaba también la eventual muerte o incapacidad de Franco sin haber designado sucesor; en tal caso asumiría sus poderes un Consejo de Regencia, que la misma ley creaba, formado por el presidente de las Cortes, el prelado de mayor jerarquía miembro del Consejo del Reino y el capitán general o el teniente general del Ejército de Tierra, Mar o Aire en activo de mayor antigüedad. La ley también creaba un Consejo del Reino para asistir al jefe del Estado, formado por las más altas jerarquías del Estado: el presidente de las Cortes, que presidiría también este consejo así como el de Regencia, el del Consejo de Estado, el del Tribunal Supremo, junto con siete procuradores en Cortes, el prelado de mayor jerarquía y antigüedad procurador en Cortes, el capitán o teniente general más antiguo y el general jefe del Alto Estado Mayor. Este Consejo del Reino junto con el Gobierno sería el encargado de proponer el sucesor de Franco, a título de rey o regente, a las Cortes, que deberían aprobarlo con los votos favorables de al menos las dos terceras partes de sus miembros.

Así pues, la muerte de Franco en diciembre de 1961 habría comportado la aplicación de la Ley de Sucesión de 1947. No parece razonable la hipótesis de una solución al margen de la legalidad y de las instituciones existentes, porque su quiebra habría comportado una confrontación interna de resultado imprevisible. Desde luego la decisión del Gobierno y del Consejo del Reino, presidido en aquel momento por el tradicionalista Esteban Bilbao en tanto que presidente de las Cortes, no habría sido fácil, y además los miembros de ambas instituciones se habrían visto sometidos a

una fuerte presión. En primer lugar, por la necesidad de contener la incertidumbre que se habría extendido por toda la sociedad española, pero también por los plazos fijados en la ley, ya que Gobierno y Consejo debían reunirse en el plazo de tres días en sesión ininterrumpida y secreta para aprobar la propuesta, y el Pleno de las Cortes debía celebrarse en un plazo máximo de ocho días. Por otra parte, los distintos sectores de la clase política franquista habrían estado representados de forma bastante equilibrada en la reunión conjunta de Gobierno-Consejo del Reino. En el Gobierno los denominados tecnócratas habían logrado una notable influencia, aunque todavía no consolidada, y además dependiente fundamentalmente del apoyo de Carrero Blanco, que, a su vez, debía su decisiva posición a la confianza de Franco. La desaparición del Caudillo habría privado a Carrero Blanco de su principal fuente de poder, con lo que los tecnócratas podrían haber visto reducida su capacidad de influencia. De hecho, la muerte de Carrero en diciembre de 1973 comportó la expulsión de los tecnócratas del Gobierno presidido por Carlos Arias Navarro. Por otra parte, en las otras instituciones, en particular en las Cortes, el peso de los falangistas era muy apreciable. En cualquier caso habría sido indispensable un compromiso con apoyos muy amplios.

En estas condiciones es relativamente fácil apuntar lo que con seguridad no habría pasado. Desde luego la desaparición de Franco no habría comportado el desmantelamiento del Régimen franquista, porque éste no era sólo Franco por fundamental que fuera su papel, y mucho menos el inicio de un proceso democratizador, porque la democracia era absolutamente rechazada por la práctica totalidad del personal político, por las Fuerzas Armadas y por sectores todavía muy mayoritarios de la Iglesia católica. Describiendo las actitudes de la clase política franquista en los años sesenta, Javier Tusell destacó que todos sus miembros eran aperturistas e inmovilistas a la vez; todos querían una institucionalización pero «nadie quería sustituir al Régimen vigente por otro».[12]. Por otra parte, la dictadura no estaba sometida en ese momento a una presión internacional democratizadora, al contrario, en 1955 había culminado su progresiva aceptación con la admisión en la ONU y desde 1953 España se había convertido en un país aliado de Estados Unidos, la primera potencia

mundial, cuyo presidente Dwight Eisenhower había realizado una apoteósica visita a Madrid en diciembre de 1959. Tampoco en 1961 existía una importante conflictividad social, aunque en el trienio 1956-1958 las protestas obreras y la aparición de una importante disidencia estudiantil habían inquietado muy seriamente a los dirigentes franquista; además la oposición política era muy débil. Por lo tanto, puede afirmarse con casi completa seguridad que se habría impuesto una forma de continuismo, manteniendo íntegramente la legalidad y las instituciones franquistas. Pero ¿qué habría pasado con la Jefatura del Estado?

Parece muy poco probable que la decisión sucesoria se hubiera inclinado a favor de la opción preferente contemplada por la Ley de Sucesión, es decir, por la propuesta a favor de una persona de «estirpe regia» que fuera designada para la Jefatura del Estado a título de rey. El pretendiente Juan de Borbón tenía algunos apoyos relevantes en las instituciones franquistas, pero era rechazado frontalmente por sectores muy extensos del personal político, en especial por los falangistas, un rechazo desde luego también claro por parte de Franco, que jamás olvidó el Manifiesto de Lausana con su condena al «Régimen implantado por el General Franco, inspirado desde el principio en los sistemas totalitarios de las potencias del Eje, tan contrario al carácter y a la tradición de nuestro pueblo».[13] En cuanto a Juan Carlos de Borbón, con veintitrés años de edad, le faltaban siete años para alcanzar los treinta años preceptivos para poder acceder a la Jefatura del Estado. No había otros candidatos de «estirpe regia» con posibilidades. Por tanto, la decisión se habría inclinado a favor de un candidato que asumiera la Jefatura del Estado a título de regente, tal vez, como contemplaba la Ley de Sucesión, con un mandato temporal delimitado.¿Un militar? Muy probablemente.

El Ejército de la «Victoria» continuaba siendo la garantía última del Régimen y la identificación con Franco y el franquismo era abrumadora, a pesar de la adscripción monárquica de algunos altos oficiales que simpatizaban con Juan de Borbón, como el teniente general Rafael García-Valiño, antiguo Alto Comisario en Marruecos y posteriormente capitán general de la I Región Militar, con sede en Madrid. Hay que tener en cuenta, además, que el número de «generales monárquicos» había quedado

ya muy mermado por muerte o por desaparición de la escena pública (por ejemplo, Juan Bautista Sánchez, capitán general de la IV Región Militar con sede en Barcelona había fallecido en enero de 1957). Todos los mandos superiores de las Fuerzas Armadas habían participado activamente en la Guerra Civil *y* habían hecho su carrera en la institución hasta alcanzar la cima en las dos primeras décadas de vida de la dictadura; por su parte, la oficialidad más joven había sido adoctrinada en la identificación de España con el Régimen. Para unos y otros el franquismo era «SU» Régimen. Además, los militares continuaban muy presentes en la vida pública, ocupando numerosos cargos políticos y administrativos, las fuerzas de orden público estaban dirigidas por militares y la jurisdicción militar continuaba ocupándose de la represión política. Por último pero no menos importante, un militar podía ejercer un papel arbitral entre los distintos sectores de la clase política.

Uno de los militares más populares, en especial en las denominadas «bases militantes» del Régimen, fundamentalmente formadas por falangistas, ex combatientes, ex cautivos y militantes del Frente de Juventudes, era Agustín Muñoz Grandes, desde 1957 el único capitán general del Ejército, además del propio Franco. Comandante en jefe de la División Azul en 1941, en agosto de 1939 había sido designado secretario general de FET y de las JONS y miembro del Gobierno. En 1945 ocupó la capitanía general de la I Región Militar, y en 1951 fue nombrado ministro del Ejército. Tras el cambio gubernamental de febrero de 1957 fue designado jefe del Alto Estado Mayor, lo que comportaba formar parte del Consejo del Reino. En 1962 Franco lo nombró vicepresidente del Gobierno. Sin embargo, su trayectoria en los años sesenta estuvo en parte condicionada por graves problemas de salud. ¿Podría haber sido Muñoz Grandes el regente? Su proximidad al falangismo podría haberle privado de algunos apoyos, pero sin duda habría sido uno de los candidatos más sólidos; el propio Franco contempló esta posibilidad en alguna ocasión. Según Franco Salgado-Araujo, en mayo de 1959 el Caudillo le dijo que «si Muñoz Grandes viviera para cuando yo falte, tiene suficiente talla para ser nombrado regente».[14].

FRANQUISMO SIN FRANCO

Independientemente de quién hubiera ocupado la Jefatura del Estado a título de regente, es poco probable que se hubiera modificado significativamente la composición del Gobierno así como que las líneas maestras de la política económica, que contaban con el claro apoyo de los más influyentes sectores del empresariado, hubieran sido sustancialmente distintas de las que efectivamente se siguieron. Es decir, se habría mantenido la política de liberalización y de integración en la economía internacional ya emprendida, con lo que, aprovechando el ciclo de intenso crecimiento general, la sociedad española hubiera vivido igualmente las profundas transformaciones económicas y sociales que en poco más de una década cambiaron profundamente al país. Por lo tanto, la industrialización y la terciarización de la economía, la urbanización y los movimientos migratorios interiores y exteriores de gran magnitud habrían sido en cualquier caso los principales fenómenos socio-económicos de la España de los años sesenta. Y junto a tales fenómenos, y dada su dependencia de factores socio-económicos exteriores, España se habría convertido igualmente en un país visitado por millones de turistas —más de 34 millones en 1973— con todas las consecuencias no sólo económicas sino sociales y culturales de tal fenómeno. En tal contexto, con la mayor comunicación con el mundo exterior, en especial con las democracias europeas —de donde procedían los turistas y a donde se dirigían los emigrantes españoles—, facilitada además por los nuevos medios de comunicación, en particular la televisión, hubieran penetrado cada vez más fácilmente, como ocurrió realmente, las corrientes culturales y las pautas de vida predominantes en el mundo europeo y occidental.[15].

Naturalmente, al margen de quién ocupara la Jefatura del Estado, la sociedad española habría experimentado el cambio generacional que comportaba que desde 1960 los jóvenes que alcanzaban la mayoría de edad eran ya nacidos después de la Guerra Civil. Y en la segunda mitad de la década, buena parte de los jóvenes españoles partíciparían del fenómeno occidental de rebelión juvenil contra la familia tradicional y autoritaria, la moral cristiana tradicional, los roles de género y, en general, el orden

establecido. Tampoco estaba al alcance del Régimen franquista influir sobre un acontecimiento que tendría consecuencias importantísimas para la sociedad española y para la dictadura: el Concilio Vaticano II y la nueva doctrina católica sobre la libertad religiosa, los derechos humanos y la democracia.

Los cambios socio-económicos y culturales que experimentó la sociedad española en esos años facilitaron la aparición o la extensión de una conflictividad social y de una oposición política que, alimentándose mutuamente, provocaron una continuada y cada vez mayor erosión al franquismo, en parte por su propia incapacidad para adaptarse a una sociedad inmersa en un profundo cambio.

¿La ausencia de Franco, el primer inmovilista del Régimen, habría facilitado algunos cambios políticos a lo largo de la década de 1960? No parece probable, al menos en cuanto a cambios de cierta importancia que pudieran ser considerados como desnaturalizadores del Régimen. Para profundizar en esta cuestión es conveniente acercarse a las actitudes y a las propuestas de la clase política franquista ante el futuro del Régimen en esos años.[16]. Porque desde el inicio de la década de los sesenta la respuesta a la pregunta ¿después de Franco qué? impulsó el debate interno. Para el sector de la clase política franquista más identificado con el falangismo e instalado en las organizaciones del Movimiento, la respuesta era: después de Franco, las instituciones; las instituciones franquistas obviamente. Ahora bien, para asegurar el futuro del Régimen más allá de la vida del Caudillo era necesario modernizarlas y flexibilizarlas; para ello era necesario un «desarrollo político» paralelo al económico que comportara potenciar la representación orgánica en las instituciones —incluso algunos dirigentes defendieron que debía dárseles «autenticidad»— y crear unas «asociaciones políticas» dentro del Movimiento que canalizaran el inevitable y evidente pluralismo de la sociedad española. También debía potenciarse la Organización Sindical, con nuevas estructuras horizontales para agrupar a empresarios y trabajadores, potenciando su participación. El máximo defensor de estas propuestas fue el ministro secretario general del Movimiento, José Solís Ruiz, que pretendía así alcanzar un doble objetivo: una mayor legitimación del Régimen que asegurara su futuro y un mayor

papel del Movimiento en su seno. Coincidiendo con muchos de estos planteamientos, Manuel Fraga, incorporado al Gobierno en 1962 al frente del Ministerio de Información y Turismo, defendió una política informativa y cultural más flexible, que tuvo finalmente su traducción en la Ley de Prensa e Imprenta promulgada en mayo de 1966. Sin embargo, hay que añadir que en el falangismo nostálgico de los primeros años de la dictadura tanto la propuesta asociacionista como la ley de prensa tuvieron claros rechazos.

Por su parte, para los tecnócratas lo fundamental era asegurar el crecimiento económico, que debía permitir la extensión del bienestar y éste a su vez favorecer la consolidación y la extensión del consentimiento, lo que aseguraría la estabilidad política que debería consagrarse con la designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor de Franco. Los tecnócratas rechazaban el fortalecimiento del papel político del Movimiento, aunque algunos no se oponían a la potenciación de la participación popular en las instituciones y a la mejora de su representatividad; en todo caso querían asegurar la primacía absoluta del Gobierno.

La dinámica política de los años sesenta se caracterizó por las tensiones internas crecientes pero también por los compromisos necesarios. La ausencia de Franco habría modificado sin duda algunos planteamientos pero no las posiciones básicas. Desde el Movimiento se habrían impulsado las propuestas anteriormente descritas y es posible que algunas se hubieran abierto camino antes o más fácilmente sin el freno del tándem Franco-Carrero. Pero resultados como los de las elecciones sindicales de 1966, con el triunfo en muchas empresas de las principales concentraciones industriales de las candidaturas impulsadas por las Comisiones Obreras, habrían encendido igualmente todas las alarmas. Por su parte, los tecnócratas habrían defendido igualmente sus posiciones, compensando su menor fortaleza política con el apoyo de importantes sectores de las élites socio-económicas y, junto con otros sectores franquistas, habrían promovido la designación de Juan Carlos como rey en cuanto alcanzara la edad estipulada, es decir, en enero de 1968, propuesta que los falangistas podrían haber intentado retrasar pero ante la que carecían de una auténtica

alternativa. Un escenario distinto al hasta aquí descrito, por ejemplo porque desde la Jefatura del Estado se rompiera el equilibrio mínimo entre los distintos sectores de la clase política franquista, habría comportado tensiones internas que podrían amenazar seriamente la estabilidad del Régimen. Sí que parece probable que el proceso de institucionalización, tal como finalmente se completó mediante la Ley Orgánica del Estado, no se hubiera demorado tanto, precisamente para dar respuesta a los problemas político-institucionales que solamente los poderes excepcionales de Franco permitían resolver.

No parece probable, en cambio, que la política adoptada frente a la conflictividad social y frente a la oposición hubiera sido sustancialmente distinta, considerando las actitudes y las posiciones de la inmensa mayoría del personal político franquista. Y tal como experimentó realmente el franquismo, si se hubieran adoptado actitudes más tolerantes ello hubiera comportado un incremento del disentimiento activo, pero si se hubiera optado por una mayor represión la pérdida de apoyos probablemente se habría acelerado sin lograr con ello contener, más que sólo temporalmente, tal fenómeno, excepto si se hubiera optado por una violencia extrema difícil de mantener a medio plazo y de imprevisibles consecuencias.

La designación de Juan Carlos como jefe del Estado en una fecha próxima a julio de 1969 sí que habría cambiado sustancialmente la trayectoria política de la España de los años setenta. En esta fecha el Régimen estaba entrando en una crisis que no pararía de agudizarse, pero no estaba en la situación de agotamiento que presentaba en 1975. De hecho, la conmutación de las nueve penas de muerte impuestas en el proceso de Burgos contra militantes de ETA frente a las cinco ejecuciones de septiembre de 1975 ha sido interpretada como un signo de fortaleza de un Régimen que todavía podía mostrarse magnánimo, en tanto que cinco años más tarde debía mostrarse inmisericorde para ocultar su debilidad. Por otra parte, la división interna de la clase política hasta extremos de fractura no se había producido todavía, al menos hasta el cambio gubernamental de octubre de 1969, que significó un claro triunfo de Carrero y los tecnócratas pero que tuvo gravísimas consecuencias.

En 1968 o 1969 no era factible el inicio de un proceso reformista como el impulsado desde la Corona —independientemente de las convicciones íntimas de su titular— y desde el primer Gobierno de la Monarquía en 1976, dadas las actitudes de la mayor parte de la clase política y de las Fuerzas Armadas; a lo sumo podrían haberse adoptado propuestas como la regulación del asociacionismo político en el marco del Movimiento, una política informativa y cultural más tolerante y una política de orden público más flexible que evitara el incremento de la violencia policial frente a la creciente conflictividad social. Ello, sin embargo, no habría aportado apoyos relevantes al Régimen —Monarquía incluida— sino que habría acelerado el crecimiento de las demandas de democracia. Si la respuesta desde las instituciones hubiera sido el incremento de la represión, el escenario resultante habría sido parecido al realmente existente con una diferencia fundamental: la contaminación irreversible de la Monarquía y su probable incompatibilidad con un futuro régimen democrático.

En definitiva, la desaparición del Caudillo en 1961 habría comportado probablemente una etapa de franquismo sin Franco, con limitados cambios en el plano político-institucional. Sin embargo, los años setenta habrían sido muy distintos. Previsiblemente, España habría alcanzado finalmente un régimen democrático, pero con un proceso distinto al de la transición realmente desarrollada y con una configuración institucional que tal vez hubiera sido sensiblemente diferente.

Para saber más

CARME MOLINERO y PERE YSAS: «La dictadura de Franco», en José M.ª Marín, Carme Molinero y Pere Ysas: *Historia política de España, 1939-2000,* Istmo, Madrid, 2001

JAVIER TUSELL: *Carrero. La eminencia gris del Régimen de Franco,* Temas de Hoy, Madrid, 1993.

PERE YsAs: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975,* Crítica,
Barcelona, 2004.

10 Mucho más probable de lo que se ha creído: Alfonso de Borbón Dampierre y María del Carmen Martínez-Bordiú Franco, reyes de España

XAVIER CASALS MESEGUER — (Autor de Franco y los Barbones)

Así LLEGÓ AL TRONO ALFONSO 199

La mañana del 22 de noviembre de 1975 don Alfonso de Borbón Dampierre —el nieto de más edad de Alfonso XIII— fue proclamado rey de España por las Cortes como Alfonso XIV. Su esposa, María del Carmen Martínez-Bordiú, la nieta mayor de Francisco Franco, se convirtió así en reina. Los designios póstumos del dictador, pues, se vieron cumplidos.

Un año antes, el 20 de junio de 1974, Franco había revocado al sucesor que designó en 1969, el príncipe Juan Carlos de Borbón, reemplazándole por su primo hermano don Alfonso.

Esta decisión empezó a madurar en el ánimo del autócrata en marzo de 1972, al celebrarse la boda de su nieta Carmen con Alfonso. Entonces

despertaron los sueños de realeza en doña Carmen Polo y su yerno, el marqués de Villaverde, y la influencia de ambos sería fundamental en el cambio de opinión de Franco.

¿Sorprendió este viraje de Franco al príncipe Juan Carlos? No mucho, pues este último era consciente de que podía darse tal situación. En diciembre de 1971, al hacerse público el anuncio del compromiso de su primo Alfonso con María del Carmen, hizo un gráfico comentario a personas de su confianza: «Si dos tetas valen más que una carreta, imagínate seis tetas a la vez... Vamos a ver qué pasa», [1] aludiendo a la eventual influencia de doña Carmen Polo, su hija «Nenuca» y su nieta en Franco. Su prevención estaba muy fundada, pues el poderoso matriarcado de El Pardo, con sus presiones, logró cambiar el criterio del dictador. Ello fue posible porque el sucesor de Franco *a título de Rey* era un candidato de «quita y pon» al trono, sujeto al albur del Caudillo gracias a que en 1947 éste instauró una suerte de «Monarquía electiva». ¿Por qué lo hizo?

FRANCO, EL REGENTE VITALICIO

Durante la Guerra Civil el padre del príncipe Juan Carlos, don Juan de Borbón —que usaba el título de conde de Barcelona—, fue el único candidato que Franco consideró realmente para ocupar el trono. [2] Pero durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra don Juan buscó atajos para ceñir la corona sin esperar a que el Caudillo le entronizara. Así, don Juan se aproximó primero a los nazis, después pactó con los Aliados y finalmente conspiró con la oposición antifranquista. Irritado con tales maniobras, el dictador decidió excluirle como posible rey y exploró para articular una institución monárquica a su medida.

Ésta quedó plasmada en la Ley de Sucesión, aprobada por las Cortes en 1947 y cuyo primer artículo afirmaba que España era un Estado «constituido en Reino». El sexto estableció el carácter electivo del monarca, pues Franco podía designar como sucesor «a título de Rey o de Regente» a un varón mayor de treinta años, que profesara la religión católica, fuese de estirpe regia y jurase las Leyes Fundamentales. Además podía revocar su decisión *en cualquier momento* [3].

Como era previsible ante el marco legal creado, desde inicios de los años cuarenta se inició un «baile de pretendientes» al trono. Si tras la muerte de Alfonso XIII en 1941 sólo quedaron dos claros aspirantes al mismo, don Juan por la línea alfonsina y el príncipe regente don Javier de Borbón Parma por la carlista, desde medios oficiales se promocionó desde 1943 a otro candidato carlista, el archiduque Carlos de Habsburgo-Lorena, *Carlos VIII,* activo hasta su muerte en 1953. Y a inicios de los años cincuenta la pugna por la corona conoció otro pretendiente, el hermano mayor sordomudo de don Juan, don Jaime de Borbón y Battenberg, que reclamó sus derechos al trono, a los que había renunciado en 1935 forzado por su padre Alfonso XIII.

En ese contexto, Franco hizo venir a España en 1948 al segundogénito de don Juan, «Juanito» (el futuro Juan Carlos I), con apenas diez años, al valorar un eventual «salto dinástico» que hiciera recaer el trono en el príncipe niño y no en el padre de éste. En los años cincuenta, Franco —cada vez más inclinado por Juan Carlos como su sucesor y en previsión de las presiones que don Juan pudiese ejercer sobre su hijo para que no aceptara la corona— decidió preparar un eventual recambio a «Juanito» en la persona de Alfonso de Barbón Dampierre, el primogénito de don Jaime de Borbón.

Así las cosas, a inicios de los años sesenta tuvo lugar un relevo generacional entre los pretendientes al trono y éstos adquirieron progresivamente una «coloración» ideológica: a don Jaime le sucedió su primogénito Alfonso, que se alineó con los ámbitos más «azules» del Régimen (Falange, sindicatos); Juan Carlos se emancipó progresivamente de la tutela de don Juan y contó con el apoyo de los ministros opusdeístas; finalmente, Carlos Hugo de Barbón Parma tomó el relevo a su padre, don Javier, y con su liderazgo el carlismo evolucionó hacia el socialismo autogestionario.

Pero en 1969 dos hechos favorecieron el nombramiento de Juan Carlos como sucesor: el nacimiento de su hijo Felipe y la muerte de la reina Victoria Eugenia —viuda de Alfonso XIII—, única voz de peso que podía desautorizar el «salto dinástico» que tramaba el Caudillo. Finalmente, el 22 de julio de aquel año Juan Carlos aceptó oficialmente suceder a Franco

como monarca y pareció haber ganado la partida. Pero su primo Alfonso, aún soltero, disponía de una gran baza para jugar: su boda.

LA «BODA DE LOS NIETÍSIMOS»: RENACE LA PUGNA POR LA CORONA

Alfonso de Barbón se enamoró de su futura esposa cuando era embajador en Estocolmo y viajó allí el marqués de Villaverde con su hija en septiembre de 1971. La guapa veinteañera impactó al futuro Alfonso XIV: «Y de pronto, en la noche polar, la vi aparecer como un rayo de sol español», explicó. [4]. El 20 de diciembre se anunció su enlace, que tuvo lugar en marzo del año siguiente, 1972.

Desde el entorno dampierrista se laboró con ahínco por lanzar su candidatura al trono aprovechando la boda. El ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, difundió un sondeo elaborado por el Instituto de la Opinión Pública semanas antes del enlace.[5]. El cuestionario invitaba a com parar al príncipe y a su primo como candidatos al trono; recordaba que Alfonso de Borbón era nieto de Alfonso XIII e inquiría si éste reunía las condiciones formales para suceder a Franco a título de rey (un 69% de los encuestados respondió afirmativamente y sólo le cuestionó un 15%).[6]. El marqués de Villaverde se libró a otras pesquisas complementarias: «¿Cuándo se venden más revistas, cuando en la portada sale mi hija o salen los príncipes?», preguntó la víspera de la boda a Jaime Peñafiel, el redactor jefe de *¡Hola!* [7] .

Alfonso de Borbón y sus valedores intentaron sin éxito que su matrimonio fuera regido por las disposiciones de la Ley de Sucesión, lo que haría que fuera reconocido oficialmente como «candidato» al trono. Finalmente, la boda se celebró en El Pardo con más de dos mil invitados y congregó al «todo Madrid» para desazón de don Juan Carlos y doña Sofía. Con aquellos esponsales, la familia de Franco pareció enloquecer y Carmen Polo comentó que se habían apresurado demasiado en nombrar al príncipe Juan Carlos como sucesor.[8].

Los recién casados conocieron un desmedido protagonismo mediático que eclipsó al de los príncipes de España, Juan Carlos y Sofía, y empezaron a crearse equívocos. El entorno de Franco llamó «príncipe» a don Alfonso y

en los círculos de El Pardo se le consideró como tal: hasta doña Carmen le hacía la genuflexión.[9]. Por su parte, la nieta del dictador aceptó su nuevo estatus, según advirtió gráficamente a sus amigas: «Desde ahora en adelante, deseo que en público me llaméis Alteza Real o Señora. En privado podéis llamarme Carmen, aunque es mejor que os acostumbréis a utilizar siempre el tratamiento para dirigiros a mí.»[10].

Franco se mostró conforme en conceder los máximos honores y reconocimientos a su nieta y a su esposo. Este último —apoyado por el entorno familiar del dictador manifestó sus ambiciones sin cortapisas y buscó con ahínco el título de príncipe.

CARRERO, EL ÚLTIMO DIQUE DE CONTENCIÓN

Así las cosas, en octubre de 1972 algún recelo sobre Juan Carlos surcó el ánimo del dictador: « ¿Cómo crees que os tratará don Juan Carlos cuando yo muera?», preguntó a su hermana Pilar,[11].Cuando nació el primer hijo de su nieta, Francisco («Fran»), el 22 de noviembre de ese mismo año, Franco ennobleció a los padres por decreto.[12]. En diciembre de ese año don Alfonso cesó como embajador y regresó a España, mientras su primo Juan Carlos estaba cada vez más irritado con la familia de Franco: «El Caudillo ya no puede con la edad. Esa familia que tiene...», se sinceró al historiador Ricardo de la Cierva.[13].

En 1973 don Alfonso fue nombrado presidente del Instituto de Cultura Hispánica y continuó laborando por su candidatura al trono. Exigió entonces ser reconocido como segundo en el orden sucesorio español, pues no estaba definida la eventual sucesión de Juan Carlos en su hijo. Paralelamente, Franco, receloso de don Juan Carlos, empezó a establecer un mecanismo defensivo en vistas al futuro a través del Consejo del Reino. Según las Leyes Fundamentales, el monarca estaría sometido al control de esta institución y Franco le dio nueva vida con el fin de hacerlo funcionar una vez que hubiera fallecido.[14]. Igualmente, a finales de año pidió al ministro de Obras Públicas —Gonzalo Fernández de la Mora— que no invitara al príncipe a varias inauguraciones.[15].

El Generalísimo había empezado a madurar la decisión de cambiar a Juan Carlos como sucesor, mientras Alfonso de Borbón insistía en ser designado como segundo en la línea de sucesión. El día 19 de diciembre volvió a visitar a Carrero, presidente de Gobierno y gran valedor del príncipe Juan Carlos, para tratar la cuestión. [16]. El almirante capeó el temporal, pero fue la última tempestad política que afrontó. Al día siguiente un brutal atentado acabó con su vida en pleno corazón de Madrid. Aunque el crimen fue reivindicado por la banda terrorista Euskadi Ta Askatasuna [ETA], varios flecos del asesinato dieron pábulo a todo tipo de especulaciones; algunas de ellas —fantasiosas— vinculaban la impunidad de la que gozaron los autores del magnicidio con las presiones para cambiar al sucesor de Franco. La princesa Sofía interrogó al ministro Laureano López Rodó sobre las extrañas circunstancias que rodearon el crimen y obtuvo una respuesta críptica: «Todo es posible en Granada.» [17].

Franco pareció asumir que la desaparición de su fiel colaborador le permitía rectificar un período de gobierno que consideraba extraviado y el 30 de diciembre aludió al atentado con el aforismo: «No hay mal que por bien no venga.» [18]. Tales palabras —a tenor de significados políticos del régimen— seguramente manifestaron que el dictador veía como un error la etapa de Carrero y ahora podía dar marcha atrás a su política e imprimir a ésta un nuevo rumbo. [19]. Pero ¿cuál? La respuesta no tardó en llegar.

LA HORA DE DON ALFONSO

Con la muerte de Carrero la candidatura de don Alfonso cobró nuevos bríos. Este último no disponía de una plataforma política concreta, pero tenía un valedor incansable en Mariano Calviño (uno de los «cuarenta de Ayete», los consejeros vitalicios del Régimen) y contaba con apoyos sobre todo del ámbito de la Secretaría General del Movimiento y del aparato sindical (losé Solís Ruiz), así como de figuras del deporte y de distintas personalidades (como el director del diario *Pueblo,* Emilio Romero).

A este conglomerado se unieron los sectores más antimonárquicos y «ultras» del Régimen, por lo que Alfonso de Borbón se convirtió verdaderamente en un «príncipe azul» por su significación política. Si todo

ello no dejaba muchas dudas sobre el talante político continuista de don Alfonso, no debe olvidarse que éste contaba además con un activo entorno de legitimistas de ideario contrarrevolucionario que apoyaba sus derechos al trono de Francia.[20].

Mientras nuevos partidarios se arremolinaban en torno a la figura del «príncipe» don Alfonso, la familia de Franco presionó al Generalísimo para que el nuevo presidente de Gobierno fuera Carlos Arias Navarro, quien —paradójicamente— como ministro de Gobernación de Carrero había sido incapaz de prever su asesinato por ETA. Finalmente, Arias fue nombrado presidente en enero de 1974 y el príncipe Juan Carlos entró en una era de incertidumbre, pues el primero no le consultó a él la composición de su ejecutivo, sino a su primo Alfonso. Algo se movía en la cúpula del poder.

En despachos oficiales cobraron fuerza distintos rumores: se afirmaba que Franco, senil, estaba dominado por su mujer y su ambicioso yerno, que era quien mandaba de facto; que los días de Juan Carlos como sucesor estaban contados... Esta confusa situación se veía acompañada por una movilización de los «duros» del Régimen, el llamado búnker, un término que designaba a los sectores políticamente más inmovilistas que ahora se aglutinaron en torno a don Alfonso. En marzo fueron ejecutados el anarquista Salvador Puig Antich y un supuesto polaco, Hein Chez, que en realidad era un alemán llamado Georg Welzel. En abril la situación se tensó más: el destacado falangista y ex ministro José Antonio Girón publicó un artículo en *Arriba* contra «los falsos liberales» y expresó sus deseos de que España culminase «Su proceso de vertebración bajo la tutela de las Fuerzas Armadas».[21]. Incluso sonó ruido de sables contra Arias.[22].

Entonces Franco tomó la decisión. La noche del 20 de junio se dirigió al país por televisión y su voz atiplada anunció el gran cambio: revocaba a Juan Carlos como sucesor para nombrar a su primo Alfonso.

EL DAMPIERRISMO, HEREDERO DEL FRANQUISMO

Desde entonces, el tiempo conspiró en favor de don Alfonso, pues al mes siguiente, julio, Franco sufrió una flebitis en la pierna derecha y tuvo

que ser hospitalizado, por lo que el nuevo sucesor actuó como jefe de Estado interino y ganó importante protagonismo en medios oficiales. Al restablecerse Franco un mes después y volver a asumir sus funciones, unas fotografías de él junto a su sucesor tomadas en el Pazo de Meirás testimoniaban la proximidad entre el Caudillo y don Alfonso: mientras Franco proyectaba la imagen de venerable patriarca, don Alfonso parecía confiado y seguro de sí mismo.

Paralelamente se había iniciado un soterrado «navajeo» político, pues los hombres del *búnker* actuaban ya sin complejos: había llegado su hora, pues don Alfonso era su príncipe. Y es que la candidatura dampierrista contó con el aval del llamado «clan Girón»: un grupo de rabiosos y significados falangistas agrupados en torno a Girón, como Vicente Gil («Vicentón», médico personal del Caudillo) o el joven ministro secretario general del Movimiento, José Utrera Molina; su concurso resultaría decisivo durante los últimos meses de vida de Franco para que don Alfonso adquiriese un control creciente de los resortes del poder. Los miembros de este «clan» fueron cada vez más influyentes en el entorno del dictador a medida que su vida se apagaba y cargaron contra Arias y su política limitadamente aperturista. El presidente de Gobierno, desesperado, intentó jugar sus bazas y sustituyó a Utrera como ministro secretario general del Movimiento en marzo de 1975 por Fernando Herrero Tejedor, una figura emergente del ámbito tecnocrático. Pero la inesperada muerte de este último en un accidente de tráfico en junio minó este nuevo apoyo.

Así las cosas, el colapso del Régimen era paralelo al que experimentaba la vida del dictador. El 26 de septiembre Franco firmó cinco sentencias de muerte de miembros del Frente de Resistencia Antifascista y Patriótico [FRAP] y ETA, ejecutados al día siguiente, pese a recibir numerosas peticiones de indulto de estamentos internacionales. El 12 de octubre cayó enfermo de nuevo y el día 16 Hassán II de Marruecos impulsó la «Marcha Verde» (una invasión pacífica del Sahara español protagonizada por miles de civiles desarmados). Así las cosas, el Caudillo presidió su último Consejo de Ministros bajo supervisión médica el día siguiente, 17, y el 18 redactó su testamento político. El 21 lo dio a su hija para que a su muerte lo entregara al jefe del Gobierno. Ésta lo mecanografió y le pidió que aclarara

alguna palabra. Franco lo supervisó y añadió el nombre de Alfonso al aludir «al futuro rey de España».[23].Todo estaba —ahora sí— atado *y bien atado*. El día 25 recibió la extremaunción y el 30 Alfonso de Borbón fue nombrado de nuevo jefe de Estado.

Don Alfonso visitó entonces a las tropas españolas en El Aaiún, adonde llegó el 2 de noviembre. Su gesto cautivó a los oficiales, pese a su mensaje poco placentero: «Vamos a retirarnos del Sahara», les comunicó. Pero la fugaz visita proyectó la imagen de don Alfonso como nuevo «rey soldado» que sintonizaba con sus Fuerzas Armadas.

UN NUEVO FIRMAMENTO POLÍTICO

El 20 de noviembre de 1975 Franco dejó de existir y, finalmente, la mañana del 22, don Alfonso fue proclamado rey de España. Intervino en las Cortes con aplomo. Su esposa estaba sentada a su lado, mientras su primogénito, Francisco —que aquel día cumplía dos años—, se movía inquieto en su silla, junto a su padre. Como su sucesor y futuro heredero del trono debía adoptar un empaque solemne, pero su corta edad se lo impidió y cuando se levantó por tercera vez de su asiento unas manos discretas le apartaron del escenario.

Durante su discurso, Alfonso XIV recordó su condición de nieto mayor de Alfonso XIII e hizo un panegírico de su fallecido padre, don Jaime. En el elogioso retrato que trazó del mismo apenas se reconocía al infortunado infante sordomudo, cuya vida había discurrido entre un matrimonio desgraciado, difíciles relaciones con sus hijos, una relación tormentosa con una cantante austriaca —Carlota Tiedemann— y el alterne continuado con prostitutas dado el problema de priapismo que padecía.[24]. Días antes don Alfonso justificó la enfermiza adicción al sexo de su padre diciendo que un sordo necesitaba ver y tocar a una mujer.[25]. Emergía así una imagen idealizada de don Jaime.

La intervención de Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, concluyó la ceremonia de coronación, vinculando al monarca con el dictador: «Señores procuradores, señores consejeros: desde la emoción del recuerdo de Franco, ¡Viva el Rey! ¡Viva

España!»[26]. A sus palabras siguió una gran ovación y un mar de voces de los presentes coreó la consigna: «Franco, Franco, Franco.»[27]. Doña Carmen Polo y su hija Carmen observaron emocionadas el acto, mientras el marqués de Villaverde reflejó un alborozo mal contenido. Su jovialidad contrastaba con el semblante sombrío que aquel día mostraban tres figuras que habían apostado por el descabalgado príncipe Juan Carlos: Laureano López Rodó, Torcuato Fernández-Miranda y Adolfo Suárez González.

El primero había sido el decisivo valedor del príncipe y la mano derecha del difunto Carrero. Incansable, López Rodó había movido pacientemente los hilos del poder durante más de una década para que Franco nombrara como su sucesor a don Juan Carlos en junio de 1969 y había sido el rostro visible de los miembros del Opus Dei en el gobierno —los llamados *tecnócratas—,* que configuraron un «partido juancarlista». Pero al revocar Franco al príncipe como sucesor, se había destruido su laborioso encaje de bolillos. La caída de Juan Carlos, además, arrastró a la de los opusdeístas, pues los falangistas procedieron a ajustar cuentas con ellos, pendientes desde el llamado «caso MATESA», que estalló en agosto de 1969 y les enfrentó saldándose entonces con la derrota falangista. Ahora López Rodó fue excluido del Gobierno y nombrado embajador en París. Ese 22 de noviembre había venido ex profeso desde allí para asistir al acto de coronación, que le parecía irreal: España había concluido la «larga marcha» hacia la monarquía en la que él había tenido un innegable protagonismo, pero paradójicamente no se habían instituido ni «su» rey ni «su» monarquía.

Fernández-Miranda era otro gran perdedor de la jornada. Político brillante y frío, inteligente y críptico en sus intervenciones públicas, como preceptor del príncipe Juan Carlos transmitió a éste seguridad, aconsejándole tomar decisiones «sin red» y a arrostrar sus consecuencias. También le garantizó que era posible destruir el entramado franquista mediante las Leyes Fundamentales. Dada la larga relación de Fernández-Miranda con don Juan Carlos, cuando éste fue nombrado sucesor oficial de Franco en 1969, en el entorno de La Zarzuela fue un secreto a voces que don Torcuato sería un hombre decisivo de la futura monarquía. Pero la revocación del príncipe dio al traste con sus proyectos y Fernández-

Miranda se sumergió en el ostracismo al concluir su labor como presidente interino de Gobierno tras el asesinato de Carrero. En su despedida del cargo en enero de 1974 empleó metáforas anunciando negros presagios: «Hay quien dice que entre la densa niebla cabalgan las brujas. Sólo los altos picachos cubiertos de nieve, erguidos, logran librarse de las nieblas, y no siempre.»[28]. Franco le contestó secamente cinco días después: «No, Miranda, no me he equivocado; y los montes están despejados»[29]. Ahora, de pie en el hemiciclo de las Cortes «orgánicas» mientras don Alfonso pronunciaba su discursos don Torcuato era profundamente pesimista ante el futuro.

Adolfo Suárez, el tercer gran perdedor, vio el acto de coronación del nuevo monarca en la televisión. Lo miró también con semblante preocupado, pues el giro que experimentó la sucesión de Franco dinamitó un porvenir político que parecía muy prometedor. Suárez, amigo de don Juan Carlos desde finales de los años sesenta, tuvo ocasión de demostrarle su lealtad cuando don Alfonso se casó con la nieta del Caudillo en un incidente que casi le costó el cargo. El ministro Sánchez Bella le ordenó —al ser Suárez director general de Radiotelevisión— que retransmitiera el enlace de los «nietísimos» en directo, a lo que Suárez se negó. Finalmente, medió Carrero y la cobertura televisiva de la boda fue menor que la deseada por los «dampierristas».[30]. Cuando Alfonso de Borbón se convirtió en sucesor de Franco dejó claro a través de comentarios privados que no olvidaba la actuación del político abulense, que había llegado a sus oídos gracias a las habituales indiscreciones de terceros. Así las cosas, mientras escuchaba las palabras de don Alfonso, los más negros presagios políticos y personales pasaban por la mente de Suárez.

Arias estaba igualmente inquieto por su futuro, pues en el firmamento del régimen antiguas estrellas adquirían súbito fulgor. Una de ellas era Mariano Calviño, el más destacado promotor de la candidatura de don Alfonso como sucesor de Franco. Así, a medida que se acercaba el día de la coronación, los principales periódicos y la revista que auscultaba el pálpito político del Régimen, *La Actualidad Española*, le dedicaron generosa atención. A la vez, Emilio Romero le hizo objeto de toda suerte de elogios en *Pueblo*. El ministro José Solís también conocía ahora nuevo

protagonismo, a la par que se especulaba con las favorables expectativas de figuras de la esfera del deporte que se habían movido en el entorno de don Alfonso, como Juan Antonio Samaranch.

EL FUTURO: ¿UNA «PINOCHETIZACIÓN» DE ESPAÑA?

En el seno del Estado habían empezado a evidenciarse tensiones larvadas por el control de ámbitos de poder relevantes durante la agonía de Franco. Los *ultras* habían movido sus piezas en el seno de las Fuerzas Armadas y existía igualmente una lucha por el dominio de los servicios de inteligencia. Así, las directrices políticas del Servicio Central de Documentación [SECED], dependiente de la presidencia del Gobierno, habían sido cambiadas en sentido inverso: de laborar hacia una moderada apertura del sistema ahora debía hacerlo en pro de una cerrazón intransigente. A la par, se promovía que este organismo colaborase más estrechamente con la Dirección General de Seguridad [DGS], con el fin de acumular la máxima información sobre la oposición. Los presagios pesimistas de futuro de esta última se manifestaban en las alusiones que hacían sus figuras más prominentes a una aparente «pinochetización» que experimentaba el Régimen, al parecer encarrilarse España por una vía decididamente contrarrevolucionaria.

Con semejante marco, no fue extraño que en Washington cundiera en partes iguales la satisfacción por las garantías anticomunistas que ofrecía el futuro monarca con la inquietud que suscitaba su falta de flexibilidad, que podía comportar un peligro de «ruptura» política. Para complicar las cosas, en los despachos de la Casa Blanca existía desconcierto ante los posibles «recambios» del monarca en caso de optar por desbancar a don Alfonso del poder.

Por una parte, la alternativa al trono con más solidez la encarnaba don Juan, que residía en la localidad portuguesa de Estoril. Éste se había acercado nuevamente a su hijo Juan Carlos desde que había sido revocado como sucesor en 1974 y se había mudado a Lisboa con doña Sofía y sus hijos, evitando cualquier manifestación política. Si tal situación recompuso la maltrecha unidad familiar entre padre e hijo, la opción que encarnaba don

Juan como instaurador de una monarquía liberal tenía plomo en las alas. En primer lugar, sus partidarios en España eran escasos y no tenía simpatías entre el Ejército. Además, se planteaba una pregunta clave: ¿una eventual alianza entre el conde de Barcelona y la oposición podría ser liderada con garantías por el primero? Ello era dudoso y en Washington no estaban para aventuras. Además, la «solución juanista» tenía aún otra limitación: Juan Carlos. Éste había sido nombrado sucesor de Franco, lo que haría difícil que fuera aceptable para los demócratas como sucesor de su padre en el caso de que éste lograra instaurar una monarquía parlamentaria. Por otra parte, aún estaba activo el príncipe carlista Carlos Hugo, convertido en líder de un Partido Carlista socialista alineado con la oposición izquierdista.

Existían, pues, dos problemáticos candidatos al trono, con dudosos apoyos en el interior del país y, por consiguiente, en Washington, tocaba limitarse a observar el desarrollo de los acontecimientos y a mover piezas en función del mismo. Era una curiosa situación de inestabilidad política que facilitaba la estabilidad: los sectores más *ultras* del Régimen campaban por La Zarzuela y hacían y deshacían a sus anchas; el Ejército, fiel a Franco, permanecía expectante y leal al nuevo rey; la oposición estaba dividida entre dos entidades (la Plataforma de Convergencia Democrática y la Junta Democrática), a la par que los monárquicos «oficiales» —siempre poco amigos de aventuras políticas inciertas— carecían de sólidos candidatos.

Pero aquel mediodía del día 22 de noviembre el flamante Alfonso XIV parecía ajeno a todo ello. Era su jornada de gloria: después de vivir numerosos sinsabores y humillaciones por parte de su tío Juan y su primo Juan Carlos por fin era rey. Terminada la ceremonia en las Cortes, recorría emocionado las calles de Madrid en compañía de su esposa en un coche descubierto. Una multitud observaba a la regia pareja y emitía tímidos vítores;« ¡Viva el rey!; ¡Viva la reina!» El monarca estaba conmovido y su mujer deslumbrada. De repente, los ojos de ambos se posaron en un grupo de ex combatientes uniformados acompañados por jóvenes con atuendo falangista que levantaban el brazo efectuando el saludo romano. Cuando el vehículo oficial pasó ante ellos lanzaron un grito estentóreo: «¡Viva el rey! ¡Viva Franco!» Alfonso XIV fue entonces plenamente consciente por vez

primera de que se disponía a emprender una proeza de ingeniería política: insuflar vida a un franquismo sin Franco.

Para saber más

J. BALANSÓ: *Los Barbones incómodos,* Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

XAVIER CASALS MESEGER: *Franco y los Borbones,* Planeta, Barcelona, 2005.

11 ¿Cuánto habría durado el franquismo tras la muerte de Franco si el almirante Carrero Blanco no hubiera sido asesinado por ETA en 1973?

MARTÍ MARÍN CORBERA (Universidad Autónoma de Barcelona)

Ante cualquier pregunta del tipo de las que se plantean en este volumen, a saber, contrafactuales del tipo de qué hubiera sucedido con *b* en caso de no suceder previamente *a,* la respuesta a la que suelo acogerme —defendiendo con ello que los historiadores nos ocupamos del pasado pero no de ficciones en su sentido más popular— es que «lo que pudo haber sido y no fue» no es historia: es un bolero. Pero el reto que a nuestro discernimiento plantean este tipo de cuestiones no puede zanjarse simplemente con este tipo de *boutade.* Sabemos, incluso por nuestra experiencia cotidiana, que lo que sucede no es lo único que puede llegar a ocurrir —ni probablemente *lo mejor*— y ésa es la esencia del mencionado reto. Plantearse otros mundos posibles hacia el pasado es un tipo de ejercicio que nos puede permitir comprenderlo mejor, dado que hay que

poner en funcionamiento todas las variables posibles tal y como efectivamente se dieron —lo que nos aleja, desde luego, de la ficción— y modificar sólo una, como en el caso que nos ocupa, para poder contemplar lo que sucede.

A la pregunta de si el régimen franquista hubiera podido durar más en caso de no haber muerto el presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, en el atentado del 20 diciembre de 1973 —dado que si hubiera durado menos no parece una pregunta de la misma relevancia, conocido el proceso relativamente rápido de destrucción del mismo que finalmente se verificó —, cabe empezar a contestarla estableciendo qué papel cumplía el personaje para la estabilidad y la perdurabilidad del mismo y, por lo tanto, con otras preguntas.

¿QUIÉN HABÍA SIDO LUIS CARRERO BLANCO Y QUIÉN ERA EN EL MOMENTO DE SU MUERTE?

Luis Carrero Blanco (Santoña, 1903-Madrid, 1973) fue en palabras de Javier Tusell —quien ha escrito la mejor biografía sobre *el* personaje hasta la fecha—, *la eminencia gris del Régimen de Franco,* [1] y no han sido pocos los que han aprovechado esta expresión, subtítulo de su obra para resaltar el hecho de que, una vez vistos los escritos del personaje, se trató de un individuo que tuvo mucho más de gris que de eminente. Desde luego que su papel dentro del Régimen franquista y, especialmente, en el entorno inmediato del dictador fue el de cabeza pensante, infatigable autor de informes y valoraciones de la situación política, consejero cercano y hombre confianza, con el tiempo de quien poca confianza personal tuvo en nadie. Desde su ascenso a la Subsecretaría de la Presidencia del Gobierno el 7 de mayo de 1941 hasta su muerte en el atentado de la calle Claudio Coello, en Madrid, la figura política de Luis Carrero Blanco no dejó de crecer y su peso en las decisiones del dictador fue siempre en aumento, en paralelo a la creciente importancia de sus cargos (ministro subsecretario de la Presidencia en 1951, vicepresidente del Gobierno en 1967 y presidente en 1973) y a sus ascensos en un escalafón de la Armada, a la que, en la práctica, había dejado de pertenecer. Pero jamás se distinguió por tener un

arsenal ideológico o una capacidad de imaginación política práctica que puedan alzarle a la categoría de *eminencia* salvo con esa coletilla de tan fácil doble sentido a que hemos aludido. Por poner sólo un ejemplo, una frase suya de 1957 nos advierte de su escasa sutileza a la hora de tratar el tema de la oposición al Régimen: «Si en España se sienta como precedente que todo el que sale a la calle a alborotar va a ser recibido a tiros por la fuerza pública, se acabarán los alborotos.» [2]. No fue en sus más altas jerarquías donde el franquismo ubicó a sus personajes de mayor enjundia intelectual, como no suele suceder en las dictaduras y tampoco necesariamente en las democracias, dado que la capacidad para el pensamiento político y para la práctica política no son cualidades fáciles de encontrar en un mismo individuo.

A la Subsecretaría de la Presidencia del Gobierno le llevó el propio Franco, como no podía ser de otro modo tratándose de un cargo de confianza personal, bajo consejo del almirante Salvador Moreno, ferrolano como el dictador, a la sazón ministro de Marina, [3] aunque parece que al menos hasta la antesala de ese mismo cargo fue su padrino el falangista Pedro Gamero del Castillo, al cual a su vez había solicitado intervención Ramón Serrano Suñer en materia de promoción de jóvenes oficiales eficientes e incontestablemente adictos. [4].

Defenestrado Serrano Suñer y más tarde también Gamero del Castillo, Carrero se mantuvo en su puesto dado que se había ganado ya la plena confianza del dictador como su verdadero jefe de Estado Mayor, habida cuenta de la tendencia del mismo a dirigir el país como si de un Ejército se tratase. Su base política, por lo tanto, fue inexistente: independientemente de que haya podido ser ubicado dentro del grupo militar, del católico integrista o incluso del opusdeísta (ya hablaremos del tema de los grupos políticos dentro del franquismo más adelante) por parte de los aficionados a clasificar en «familias» a los personajes destacados del Régimen. Carrero no representaba a ningún grupo político de una forma orgánica, si era ello posible en algún caso, en un sistema político tan volcado a la cooptación desde arriba de élites políticas, como lo era el franquismo. Su fortuna política, en cambio, fue su fidelidad personal. Fue Franco quien le dio su papel, no su representatividad política: de ahí la tendencia de algunos de sus

adversarios dentro del Régimen a menospreciarle hasta su «triunfo» de 1969, cuando pudo encabezar el llamado *Gobierno monocolor:* como vicepresidente.

Naturalmente que ese papel político era, en diciembre de 1973, el de mayor calado que podía existir en el aparato dictatorial por debajo del propio dictador. Además Carrero no era simplemente el primer subordinado. La degeneración física de Franco le había convertido incluso en algo más: el Caudillo ya no intervenía prácticamente en los consejos de ministros, por pura incapacidad, y Carrero solía despachar además, una vez por semana, con el futuro rey, entonces príncipe de España, Juan Carlos de Borbón. [5]. Se había convertido verdaderamente en el valido de Franco en el sentido clásico del término. [6]. Pero dado que su posición le venía dada al almirante por la confianza directa del dictador y no por su representatividad, la mera existencia física del Caudillo era condición necesaria para su preeminencia. La muerte de Franco podía dejarle en cualquier momento sin ese papel. Además, la Ley Orgánica del Estado limitaba su permanencia en el cargo de presidente del Gobierno a cinco años.

Con o sin Franco (aunque con Franco todo podía modificarse de forma arbitraria), Carrero debía cesar, normativamente, en 1978. Fecha en la cual, además, habría cumplido ya setenta y cinco años, lo que nos introduce al hecho de su avanzada edad en el momento de su asesinato. Su hombre de confianza, Laureano López Rodó, escribió en sus memorias que hacia 1972 al almirante le pesaban ya los años, según propia confesión. [7].

¿EN QUÉ CIRCUNSTANCIAS SE HALLABA SUMIDO EL PAÍS EN ESE MOMENTO?

Una oposición en pleno auge estaba desestabilizando al Régimen de forma creciente, desde mediados de los años sesenta, de forma que, si bien ni se planteaba el derribo violento del mismo, dada su explícita renuncia a la lucha armada después de 1948, se estaba generando un contexto político en el cual la supervivencia del franquismo sólo era posible, a largo plazo, con una imposición sangrienta como la que le había dado origen en 1936-1939. Imposición que se hubiera presentado, de haberse producido, por supuesto, convenientemente adaptada a las circunstancias del momento, en

la línea de lo acontecido en Chile en 1973 o en Argentina en 1976: como una gigantesca purga de opositores socio-políticos que incluyera su asesinato más o menos masivo. No se trataba únicamente de la existencia de una cada vez más visible oposición política, cuyo partido mejor organizado era, sin duda, el Partido Comunista de España, sino de ámbitos sociales muy diversos ante los que el Régimen se reconocía falto del necesario control —de las imprescindibles ideas para invertir la marcha de los acontecimientos, en su documentación interna hoy ya conocida y analizada.[8]. El choque con sectores de la Iglesia, especialmente después del Concilio Vaticano II, era una fuente constante de problemas porque ponía en cuestión el carácter monolíticamente católico de la dictadura, en un momento de revisión del propio concepto de catolicismo.

El sindicalismo antifranquista liderado por el movimiento de las Comisiones Obreras era ya difícilmente calificable como clandestino pese a su ilegalización en firme por el Tribunal Supremo en 1967. El frente estudiantil, nunca completamente desaparecido desde 1956, sólo había cedido protagonismo, a causa de la dura represión, a un más complejo «frente de la enseñanza», donde a los profesores directamente comprometidos con la oposición se añadía un incipiente movimiento profesional de profesores con contrato precario (los profesores no numerarios de primaria, secundaria y universidad, conocidos como *pe nenes*). Y, finalmente, pero no por ello menos importante, despertaba a la acción colectiva —y conflictiva— el movimiento vecinal nacido en los barrios de las grandes ciudades. Eran demasiados obstáculos públicos para un Régimen que se había esforzado en demostrar que la oposición era apenas un puñado de individuos malvados, una amalgama de enfermizos descontentos, desalmados traidores a su patria e ingenuos engañados al servicio de los intereses de una conspiración internacional de comunistas, masones, liberales y demás. En vida de Carrero la oposición había empezado a manifestarse públicamente cada vez con mayor osadía. Y precisamente lo había conseguido coincidiendo con los años de mayor éxito del almirante en el interior del Régimen: no en vano en la crisis de Gobierno de 1969 había conseguido eliminar del mismo a sus rivales Manuel Fraga Iribarne, José Salís Ruiz y otros para dejar en pie un

Gobierno de su plena confianza personal. Y no sólo eso: su *Gobierno monocolor* (1969— 1973) había entrado en crisis precisamente por el cuestionamiento hecho en su interior a la política de su máximo representante en materia de orden público, el ministro de la Gobernación Tomás Garicano Goñi, dimitido en mayo de 1973 y reemplazado efectivamente en la crisis de Gobierno de junio que dio la presidencia al almirante.

Cuando Carrero consiguió que Franco diera a luz al que iba a ser su primer Gobierno como presidente de pleno derecho, el relevo de Garicano Goñi —apreciado por su mano izquierda y su buen hacer en un puesto tan difícil y conflictivo como el Gobierno Civil de Barcelona—[9] por el *duro* Carlos Arias Navarro —ex alcalde de Madrid, pero fundamentalmente recordado por su etapa como director general de Seguridad— dejó claro que los asuntos del orden público, en su vertiente de lucha contra la oposición no iban precisamente por buen camino.

Otra cosa sería decir que, indudablemente, Carrero hubiera persistido en esa lucha sin regatear esfuerzos. Pero inferir de ahí que hubiera tenido más éxito con posterioridad a la fecha de su muerte del que tuvo realmente en vida, media un abismo. En el momento de su asesinato Carrero se encontraba muy lejos de haber encontrado solución al problema de una oposición cada vez más osada en sus manifestaciones públicas, al amparo de una sociedad que se identificaba de forma creciente con sus postulados y no con los que el Régimen había impuesto y pretendía preservar. La España que Carrero defendía —come puede apreciarse en sus escritos y discursos —[10] estaba muy lejos de la España real, de la España que se reflejaba en las actitudes de la mayoría de sus habitantes y, especialmente, para desgracia del Régimen, de sus generaciones más jóvenes. Desde luego que no era la España de 1973 el remanso de paz que el Régimen había publicitado con su campaña de 1964 (los *25 años de paz)* y tampoco parecía que fuera camino de volver a serlo a corto plazo por la acción unilateral —y lógicamente, represiva— de su Gobierno.[11]

¿QUÉ CONSECUENCIAS A CORTO Y MEDIO PLAZO TUVO SU MUERTE?

Nada cambió después del atentado de Claudio Coello en un principio, salvo el necesario relevo del almirante y, como consecuencia, la recomposición de los fieles alrededor del Consejo de Ministros en función del nuevo liderazgo de Carlos Arias Navarro, tan determinado por la voluntad de Franco como el de su antecesor. Otra cosa fue la evidente aceleración del pulso de un entramado político que seguía desconociendo la forma adecuada de autoperpetuarse, más allá del recurso a la represión. Las primeras declaraciones de Arias Navarro en su discurso a las Cortes del 12 de febrero de 1974 —que dio pie a que la prensa (controlada, claro) se diera en hablar de un *espíritu del 12 de febrero*— no pasaron de ser una declaración genérica de intenciones dirigida a reconciliar a los sectores del Régimen derrotados por Carrero en 1969 y no a tender puentes con ninguna oposición, por moderada que ésta fuera. Salvo si por oposición se entiende sectores fieles al Régimen que se hubieran alejado de él en algún momento, sin por ello cruzar ningún Rubicón. Puede decirse que, salvo el galimatías organizado de la discusión sobre si había que permitir o no la existencia de asociaciones políticas —nunca partidos—, el Régimen había perdido completamente su hasta la fecha reconocida capacidad para seguir adaptándose a un entorno interior e internacional extraordinariamente cambiante. Ese galimatías era reconocible en la críptica frase pronunciada en 1972 por Torcuato Fernández-Miranda, en su época como ministro secretario general del Movimiento, en un discurso a las Cortes donde afirmó que «decir sí o no a las asociaciones es una trampa saducea» porque el tema estaba «en ver si diciendo sí al asociacionismo político, se dice también sí o no, o no se dice sí sino no, a los partidos políticos». [12]. La claridad que sobre este mismo tema ofrecieron sus sucesores en el Gobierno tras la muerte de Carrero no fue mucho mayor...

La continuidad, pues, estuvo garantizada en todo momento en el paso de Carrero a Arias —dentro de lo que podían ser garantías en unos momentos de crecimiento d la oposición socio-política como eran aquéllos— sin que pueda hacerse otra cosa que suscribir lo que en su momento se escribió sobre el tema: «Quienes sustituyeron a Carrero eran tan franquistas como él [...]. De diciembre d 1973 a diciembre de 1975 no hubo ningún cambio de verdadera sustancia en lo que respecta a la organización institucional y

política española. [...] en ese período de dos años experimentó una brusca aceleración el distanciamiento entre aquel régimen y la realidad social española [...]. El asesinato de Carrero no tuvo influencia sobre esta realidad que el entonces presidente del Gobierno ni comprendía ni, hubiera podido controlar.[13].

Otra cosa sería plantearse las consecuencias psicológicas que, efectivamente, tuvo el asesinato de Claudio Coello en el entorno inmediato de Franco. Porque han quedado pruebas suficientes de hasta qué punto ese hecho aceleró la conversión del círculo íntimo de El Pardo en una especie de «corte de los milagros» como las que aparecen en momentos de postración de no pocos sistemas políticos. Desde el incomprensible «no hay mal que por bien no venga» pronunciado por Franco al saber de la muerte de su más cercano colaborador —sólo interpretable a partir de una combinación del síndrome de Parkinson, que el dictador padecía desde 1967, junto con el hecho conocido de que se trataba de una de sus habituales muletillas—, hasta el histerismo de Carmen Polo y su «nos van a matar a todos como a Carrero. Hace falta un presidente duro. Tiene que ser Arias. No hay otro»,[14] pasando por las expectativas despertadas por la boda el año anterior de Carmencita —Carmen Martínez-Bordiú Franco— con Alfonso de Borbón Dampierre, primo de don Juan Carlos y titulado duque de Cádiz, como alternativa para la restauración monárquica, todo pareció teñirse de vodevil en su versión más siniestra. Aunque nada de ello pareció contribuir a la transformación del Régimen sino a su más estricta y defensiva continuidad. Una mayor calma, que sin duda Carrero hubiera podido aportar con su presencia, no parece ser condición suficiente para la perpetuación del franquismo.

¿HUBIERA AFECTADO A LA DURACIÓN DEL RÉGIMEN DE FRANCO?

La serie documental *La Transición,* emitida por TVE entre los meses de julio y octubre de 1995 y dirigida por Victoria Prego, daba comienzo con un capítulo titulado «El asesinato de Carrero Blanco». No podía caber la menor duda de cuál era la tesis de la autora: el principio del fin del Régimen franquista empezaba con la muerte del almirante, a la sazón presidente del

Gobierno. A pesar de ello afirmó Prego en la versión literaria de ese mismo documental, publicada en noviembre del mismo año: «Una posterior consideración política de lo sucedido aquel 20 de diciembre, con un más sosegado análisis de la realidad del régimen y del papel que Carrero hubiera podido jugar en una España sin Franco, permite ahora afirmar que Carrero no habría sido un obstáculo serio para la transición democrática del país, un proceso con el que, por otra parte, habría estado en radical desacuerdo. Carrero no contaba con grandes apoyos entre las familias del régimen y poseía un carácter poco rotundo, pero mantuvo en los últimos años contra todas las presiones la clara decisión de apoyar la solución monárquica que encarnaba don Juan Carlos de Borbón.» [15]. Todo parece indicar que la autora quiso hacer una aclaración que permitiera descartar que la fecha escogida como inicio de la Transición, por su parte, significaba que atribuía a Carrero el hecho de constituir la baza fundamental para la continuidad del Régimen. Especialmente porque ello significaba que ETA habría sido entonces una pieza fundamental en la Transición a la democracia —aunque lo hubiera sido sin pretenderlo— y ello le había valido ya no pocas críticas a la serie documental. Al fin y al cabo poco antes Javier Tusell se había pronunciado de forma tajantemente contraria a tal idea: «ETA no mató al franquismo en la persona del almirante Carrero; menos aún contribuyó a la democracia con su asesinato.» [16]

Al margen de las reflexiones morales que pueden inducir a este tipo de paradojas —si un *mal* puede traer un *bien* como consecuencia, en la línea de la frase que hemos visto que le gustaba repetir a Franco—, lo que cabe plantearse es lo que puede deducirse de lo argumentado hasta aquí. Es decir, muerto Franco, ¿con qué contaba Carrero para erigirse, en mejores condiciones que quienes finalmente lo hicieron, en el garante de la continuidad del Régimen? Cuando Victoria Prego nos dice que Carrero no disfrutaba de apoyos entre las familias del Régimen y que había apostado por la monarquía *encarnada* en Juan Carlos de Borbón, está entrando por la vía marcada por el repetidamente citado Javier Tusell, a saber: que Carrero no se hubiera resistido al curso de los acontecimientos marcado por el nuevo monarca, en coherencia con su apuesta política anterior y que, de haberlo hecho, tampoco contaba con los instrumentos necesarios para

triunfar en la empresa. Todo ello está en la línea de lo que el autor de estas páginas se dispone a exponer, pero con algunos matices importantes.

Desde luego que Carrero no gozaba de apoyos que le hicieran representativo de sectores —que no familias— del Régimen. Pero esas circunstancias eran generalizables a cualquier otro personaje porque el franquismo nunca reclutó sus altos cargos —ni a los de ningún nivel— en función de representatividad alguna. Franco jamás pactó con grupo ninguno la composición de sus gobiernos: se limitó a designar a sus miembros en función de sus opiniones —puesto que, con todo, las tenía— y de los consejos que escuchaba y consideraba que debía aceptar. Tampoco hubiera podido negociar con grupo alguno porque éstos no existían de forma organizada. Es decir, ¿con qué Falange hubiera podido negociar la incorporación de ministros falangistas «representativos» si todos los cargos de FET y de las JONS le debían su nombramiento y algunos de ellos incluso llegaron a jactarse en algún momento de no ser «auténticamente» falangistas? Nadie negocia con sus subordinados salvo que éstos dispongan de una organización autónoma, ya que nadie puede negociar nada seriamente si su interlocutor puede eliminarle del proceso a voluntad y en cualquier momento. La «otra Falange» había desaparecido irremediablemente en 1937 con el Decreto de Unificación.[17].

Si esto cabe decirse del único de los grupos integrado en el Régimen que adoptó la forma «partido», ¿qué no decir de todos los demás? Ni los militares fueron un partido —desde luego— ni nada parecido a una «familia unida» dadas las diferencias evidentes entre militares falangistas como por ejemplo lo fueron Yagüe o Muñoz Grandes y los que fueron monárquicos «juanistas» como Kindelán, Sánchez González o «carlistas» como Varela, sin ánimo de ser exhaustivo; ni lo fueron los católicos con sus divisiones múltiples y sus no menos múltiples solapamientos en cuanto a la pertenencia a asociaciones diversas del entramado social de la Iglesia. Si Carrero hubiese intentado construirse una base política propia, desaparecido ya quien le encumbró, hubiera tenido que enfrentarse a esa realidad, como lo hicieron en la Transición todos los que provenían del Régimen con el resultado tan conocido de no dar lugar a una Falange sino a varias, ni a un

partido católico (ni *nacionalcatólico,* ni *opusdeísta),* ni a un partido monárquico, ni siquiera a un único partido posfranquista más allá de lo que pudieran compartir de ello Alianza Popular y la Unión de Centro Democrático.

Establecido que Carrero hubiera tenido que construir entonces su propio partido y —como Franco hizo en su momento— destruir a todos los demás para garantizar la dictadura tal y como la concebía el Régimen, es el momento de ver con que contaba. Desde luego le faltaba el elemento fundamental sobre el que Franco inició la conquista del poder, esto es, un Ejército alzado en armas (aunque sólo una parte de él en 1936) y dispuesto a ir hasta el final en la lucha con sus enemigos, fueran éstos declarados o potenciales. Carrero era un militar, por supuesto, pero no había tenido una vida verdaderamente castrense desde, al menos, 1941. Se había convertido en un hombre de despacho que había ido subiendo en el escalafón de la Armada por sus méritos políticos y sin volver a subir a un barco, salvo para pasar unos días de descanso. Así difícilmente se consigue un liderazgo en las salas de banderas. Disponía, con todo, de la posibilidad de apelar a un sector del Ejército compuesto fundamentalmente de *ultras* jóvenes, de baja graduación —aunque tampoco faltaran otros de más alto rango y edad como el general Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil—, parecidos a los que en su momento integraron la Unión Militar Española (UME) y colaboraron decisivamente a la conspiración que el general Mola puso en marcha contra la II República, culminada el 18 de julio de 1936. Pero había tenido con algunos de ellos algún que otro choque por su posición como gobernante cuando éstos pretendían (o aseguraban pretender) realizar operaciones de escarmiento típicas del *escuadrismo* de entreguerras y mantenía también relaciones equívocas con su rama civil, el grupo Fuerza Nueva, liderado por Blas Piñar, con quien Carrero había estado tendiendo puentes, aunque sin resultados concretos conocidos.

Al lado de ellos disponía del control de los servicios secretos que él mismo había construido desde la Presidencia del Gobierno, el llamado Servicio Central de Documentación (SECED), cuyo origen había sido una comisión delegada del Gobierno para tratar de asuntos de orden público, especialmente en el ámbito universitario. De este proceso nació una unidad

especial —financiada desde Gobernación y la Secretaría General del Movimiento (es decir, por Garicano y Fernández-Miranda como responsables de esas carteras)— que finalmente fue asumida como competencia de Presidencia. Su mando le correspondió al coronel José Ignacio San Martín —condenado más tarde a diez años de cárcel y expulsión del Ejército en la causa del 23-F— [18] y uno de sus cometidos fue, precisamente, el apoyo a grupos terroristas como los Guerrilleros de Cristo Rey. [19]. Con estas fuerzas, y con los antecedentes hasta ahora examinados, contaba Carrero para oponerse a los cambios que se empezaron a producir a finales de 1976 y principios de 1977: es decir, prácticamente idénticos elementos a los que apelar que Arias Navarro en su momento y hasta su cese en junio de 1976. ¿Podía con ellos intentar Carrero un golpe de Estado, pues tal hubiera sido contravenir la voluntad del rey? Desde luego, podía intentarlo, aunque nada le garantizaba un éxito mayor que el que tuvieron los autores del 23-F, si bien haberlo hecho antes tal vez le hubiera dado algunas oportunidades más. Además, ni siquiera está claro cuánto tiempo hubiese podido sostenerse la situación del Régimen en medio de la crisis económica de finales de los setenta y principios de los ochenta, a pesar de la destrucción violenta de sus enemigos. La comparación con Chile y Argentina es indicativa: la dureza de la Junta Militar argentina no le permitió sobrevivir más que la relativa —¡y tan relativa!— menor dureza de Pinochet, a pesar de contar con el apoyo evidente de Estados Unidos, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial y la nula intervención de la llamada «comunidad internacional», que incluso bendijo a la Junta argentina con la organización de un Mundial de Fútbol en 1978.

Con todo, otros factores deberían de ponerse en juego. Especialmente la edad del almirante, que, como ya hemos anticipado, a la muerte de Franco hubiera tenido setenta y dos años cumplidos, lo cual podía desincentivar cualquier pensamiento de protagonizar empresa tan ambiciosa. En segundo lugar debemos poner en Juego su apuesta por la monarquía. ¿Se hubiera opuesto un monárquico a la voluntad de su rey?. Javier Tusell aseguró que no, en su momento: «El propio Rey, en sus conversaciones con José Luis de Villalonga, transmite la convicción de que Carrero hubiera ofrecido la

dimisión; idéntica impresión se obtiene leyendo las memorias de López Rodó.»[20]. Pero ni López Rodó resulta fiable, ni por su implicación política y emocional con el que fue su mentor, ni por la lectura contrastada de sus memorias en otros apartados; ni tampoco basta con la palabra del rey a Villalonga, sin duda mediatizada por el papel moderador que todavía juega en la escena política española, corno es muy comprensible. Al fin y al cabo el monarquismo de Carrero resultó durante toda su vida francamente *sui generis;* el propio Tusell en la exhumación de sus documentos nos dejó numerosas pruebas, y baste una para confirmarlo. Según el historiador, para Carrero el «Príncipe de mejor derecho» era don Juan, siempre que aceptase los Principios Fundamentales del Movimiento: «Si acepta, problema resuelto; si no acepta se explicaría al país que queda descartado [...] y se declara sucesor al hijo, que ya es mayor de edad; si éste no aceptase tampoco, habría que pensar en otra persona o en un regente.»[21]. Este cuestionamiento de quién debe tener mayor o menor derecho al trono en función de su acatamiento del Régimen, hecho en un memorándum entregado a Franco en 1959, no corresponde al de un monárquico verdadero (en el sentido de fiel a una dinastía) si no a quien tiene la convicción de que debe defender la obra de Franco, que ya había decidido en 1947 que su sucesor iba a serlo a título de rey. Con todo, los argumentos sugeridos antes tampoco nos garantizan un Carrero «insumiso» superados de largo los setenta años. Nunca sabremos si lo hubiera intentado, y sería injusto atribuirle esa intención de forma retrospectiva y, encima, *postmortem.* Pero era su única oportunidad real de alargarle la vida al franquismo. Es preferible para cualquier demócrata que no dispusiera de esa oportunidad, aunque no tuviera garantizado el éxito, ni mucho menos.

PRINCIPALES PERSONAJES CITADOS

ARIAS NAVARRO, Carlos. Sus inicios dentro del Régimen fueron relativamente modestos, como uno de los responsables de la represión en Málaga al final de la Guerra Civil. A partir de ahí toda su carrera política estuvo centrada en la acción gubernativo-policial como gobernador civil de León (1942-1945), Tenerife (1945-1951) y Navarra (1951-1957) y director

general de Seguridad (1957— 1965) hasta su salto a la alcaldía de Madrid (1965). En 1973 fue nombrado por Carrero ministro de la Gobernación, en un momento en que se le contaba —junto con su es~ posa— en el círculo reducido de amistades del Palacio del Pardo, con acceso privilegiado a Carmen Polo.

FERNÁNDEZ-MIRANDA HEVÍA, Torcuato. Falangista.

Fue uno de los profesores que intervinieron en la formación del futuro rey Juan Carlos I. Después de su carrera dentro del partido único, accedió al Ministerio de la Secretaría General del Movimiento (1969-1973), alcanzando la Vicepresidencia del Gobierno en la efímera presidencia de Carrero (1973). Su nombre se barajó como sustituto del presidente, dada su actuación durante unos días como presidente en funciones, pero fue ninguneado por el nuevo presidente Arias. Como consejero oficioso del nuevo rey accedió en 1976 a la Presidencia de las Cortes y del Consejo del Reino, desde donde aupó a la presidencia a Adolfo Suárez y consiguió la aprobación de la Ley de Reforma Política, desapareciendo después del primer plano de la política al carecer de partido de referencia.

FRAGA IRIBARNE, Manuel. De larga trayectoria dentro del Régimen desde su incorporación al equipo del Ministerio de Educación en la etapa de ministro de Joaquín Ruiz-Giménez (1951-1956). Accedió al Ministerio de Información y Turismo (1962-1969), desde el cual intentó encabezar una alternativa al liderazgo de Carrero. Derrotado por el almirante dejó la vida pública para volver a ella poco después como embajador en el Reino Unido y más tarde como ministro de la Gobernación del primer gobierno de la monarquía (1976) y, aún, como fundador del partido Alianza Popular, origen del actual Partido Popular.

GAMERO DEL CASTILLO, Pedro. Afiliado a FE-JONS durante la Guerra Civil. Partidario de la unificación en FET-JONS en 1937 y consejero nacional del partido desde ese mismo año. Se convirtió en uno de los hombres de confianza de Ramón Serrano Suñer, En agosto de 1939 accedió a la Vicesecretaría General del Movimiento siendo secretario general Agustín Muñoz Grandes. A la dimisión de éste, controló la Secretaría General hasta su propia dimisión en abril de 1941. Procurador en Cortes en

1942, perdió su cargo por firmar un manifiesto a favor de la restauración monárquica en 1943.

GARICANO GOÑI, Tomás. Militar del cuerpo jurídico. Desde el final de la Guerra Civil ejerció cargos políticos, especialmente como gobernador civil (Guipúzcoa. 1951-1956 y Barcelona, l 966-1969), culminando su carrera como ministro de la Gobernación (1969-1973) dentro del llamado gobierno *monocolor,* hasta su cese por haberse producido un incremento de la presencia pública de la oposición.

LÓPEZ RODÓ, Laureano. Hombre de confianza del almirante Carrero Blanco en asuntos económicos y, con el tiempo, en materia política general. Fue secretario general de la Presidencia del Gobierno (1956-1962), comisario del Plan de Desarrollo (1962-1965), ministro comisario del Plan de Desarrollo (1965-1973) y de Asuntos Exteriores (1973). A la muerte del almirante sufrió una cierta postergación política como embajador en Austria y reapareció en la Transición como único diputado en Cataluña de Alianza Popular, en 1977.

MORENO FERNÁNDEZ, Salvador. Capitán de corbeta al iniciarse la Guerra Civil. Ganó la Cruz Laureada de San Fernando en 1939 por su participación en la toma del crucero *Almirante Cervera* para los insurrectos en 1936. Fueron, por lo tanto, sus «arrestos» *(sic,* Equipo Mundo, 1970: 85) junto con —probablemente— su origen ferrolano y su fidelidad al Régimen que había contribuido a levantar militarmente los que le valieron para alcanzar el Ministerio de Marina al final del conflicto (1939-1945) y repetir en el cargo en puertas de su pase a la reserva (1951-1957).

SERRANO SUÑER, Ramón. Diputado de la CEDA por Zaragoza (1933-1936). Cuñado de Franco por su boda con Zita Polo, hermana de la esposa del dictador. A su llegada a Salamanca en 1937 se convirtió en el hombre de confianza de su cuñado, al que proporcionó una base política con el proceso de creación de FET-JONS. Ministro de, Interior (1938-1940) y de Asuntos Exteriores (1940-1942, ministerio del cual fue cesado durante un complejo enfrentamiento interno dentro del gobierno y en sus aledaños. dejando desde entonces el primer plano de la política.

SOLÍS RUIZ, José. Falangista, representativo de su sector más inclinado al sindicalismo. Tras varios destinos corno gobernador civil

(Pontevedra, 1948-1951; Guipúzcoa, 1951) se convirtió en delegado nacional de Sindicatos (1951-1969), cargo que conservó al acceder a secretario general del Movimiento (1957-1969). Intentó convertirse también en alternativa al poder de Carrero, aliándose de forma equívoca con Fraga Iribarne y fracasando a su, vez. Reapareció corno ministro de Trabajo en el breve primer gobierno de la monarquía (1976), para desaparecer después de la primera línea de la política.

Para saber más

JAVIER TUSELL: *Carrero. La eminencia gris del Régimen —Franco,* Ternas de Hoy, Madrid, 1993.

PERE YSAS: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1915,* Crítica, Barcelona, 2004.

12 España después del triunfo de Tejero y los golpistas del 23-F

FERRÁN GALLEGO (Universidad Autónoma de Barcelona)

José María de Areilza, conde de Motrico, bajó la ventanilla cuando el automóvil giró hacia Navarradedonda, a pesar de que la temperatura exterior era escasa. Quería notar lo que esperaba como la respiración profunda de la naturaleza, pero el aire transportaba una humedad que le aturdió un momento, por su impresión de descuido, de podredumbre del paisaje, de olor a enfermedad o a vejez. Había observado la magnitud inhumana de la sierra de Gredos con la misma actitud con que contemplaba en su tierra natal la envergadura de los montes y el aspecto compacto y musculoso del Cantábrico: como una cura de humildad placentera, una experiencia que parecía poner la laboriosidad de los hombres a su pequeña escala. Curiosamente, la perpetuidad y la arrogancia de la tierra le habían permitido ir haciéndose más tolerante, aunque él sabía la cantidad de escepticismo y desengaño que se ocultaba tras su afirmación de virtud cívica, alcanzada solamente tras el abandono de sus sueños despóticos de mocedad y primera madurez. Por lo menos, el paisaje de la costa cántabra le devolvía los recuerdos agazapados, le permitía cierta complicidad con un lugar identificado con el tiempo personal. La sierra de Gredos era menos favorable, más altiva. Las carreteras de Cantabria o Vizcaya no tenían secretos, pero aquéllas aún podían sorprenderle. Por ello, cuando bajó la

ventanilla al dejar atrás la carretera hacia Arenas de San Pedro y girar a la derecha, hacia el emplazamiento del Parador Nacional, le sobrecogió el hedor a cansancio que emanaba de la tierra mojada, que brotaba de la frondosidad endurecida de aquellos parajes, tan distintos a las montañas amortiguadas por la tenacidad y la espesura de la vegetación del norte. Se sintió algo defraudado, porque necesitaba que la tierra le transmitiera voluntad y resolución, y la sintió tan vacilante, tan equívoca, tan insegura y agotada como él mismo. Volvió a subir la ventanilla enseguida, incapaz de soportar la mediocridad de aquel olor mezquino, mediocre, y la mirada del escolta a través del retrovisor le hizo comprender que el chófer y él lo habían interpretado de la forma más obvia e interesada: una protección contra el frío que les había flagelado cuando aquel ministro de circunstancias cometió la insensatez de abrir el confortable recinto caldeado, permitiendo aquella intromisión colérica del aire de la sierra.

Quedaban doce kilómetros de camino secundario, y trató de engañar al tiempo volviendo a hojear la prensa que ya había leído, con una extraña mezcla de ansiedad y melancolía, antes de tocar el desayuno. Le conmovieron los esfuerzos realizados por los responsables de los medios para tranquilizar a los ciudadanos de la única forma posible: mintiéndoles, como se les había pedido desde el nuevo Gobierno y desde la misma Corona. Escorándose hacia las zonas ideológicas que les resultaban afines, todos los comentaristas auguraban sensatez, buenas intenciones y mejor final a aquel «golpe de timón». Areilza se preguntó sobre la incompetencia metafórica de los cronistas, que repetían aquella imagen marinera como si carecieran de mayores recursos, o como si fuera la única forma posible de hablar de un *golpe* dándole ese toque literario que atenuaba el sustantivo. Así parecían amortajar la herencia de lo sucedido el 23 de febrero, tratando de indicar que lo más grave y decisivo había sido un hecho insignificante, que se había resuelto cuando se supo considerar la gravedad de la situación. Sólo eso había permitido librarse de los sectores más radicales, arrinconando sus deseos de imponer una dictadura, y permitiendo que los mismos diputados se liberaran mediante una gran transacción institucional. Era como si el asalto al Congreso de los Diputados hubiera sido un desagradable incidente secundario, un acaloramiento de minoría

rápidamente controlado por la moderación de los representantes del pueblo español y por la mayoría de los mandos de las Fuerzas Armadas. Los periódicos llevaban esas tres semanas refiriéndose con un lánguido entusiasmo a la necesidad de hacer frente al estado de crisis en que se hallaba el país, al vacío de poder real en que se encontraba la nación por el desguace de la UCD, a la desmoralización popular por la crisis económica infranqueable, a la indignación de la oficialidad por la verdadera matanza sufrida a manos de ETA en los últimos tres años, a la legítima inquietud entre amplios sectores de opinión por el proceso autonómico. Reiteraban la necesidad de aprovechar aquella «interrupción provisional» para plantear la convivencia de los españoles con «mayores dosis de realismo», comentaba ABC aquella mañana, sin que Areilza quisiera considerar a cuál de las dos acepciones de la palabra «realismo» se refería el diario de la calle Serrano. El editorial de *El País* tenía una tendencia a la severidad tajante y pedagógica que siempre le había incomodado, pero el toque de arrogancia intelectual que lo caracterizaba desde su aparición se había sustituido por un tufo de vacuidad, de falta de franqueza, de prudencia que silenciaba y amagaba con la ostentosa grandilocuencia de un tongo pugilístico. Aquella mañana, el editor había retorcido a Baroja hasta conseguir encorsetárselo: *Las inquietudes de José María de Areilza.* El conde se había guardado las espaldas con unas confidencias hechas con aparente ligereza y discreción en un entreacto de *Tannhäuser,* asegurándose de que las escuchara aquel par de termitas de UCD, diputados de tercera línea que habían iniciado su actividad política en su querida Alianza Popular, hasta que Pío Cabanillas le comunicó la decisión de Suárez de hacerse con su proyecto. Los dos antiguos procuradores se habían apresurado a acudir a la sombra de aquel nuevo caudillo en flor, y habían participado con idéntico entusiasmo en su vejatorio declive, cuando el águila de Cebreros había tratado de caminar con pie firme en aquel asfalto de retribuciones ministeriales convertido en una ciénaga de perspectivas de desempleo. Areilza les vio sin mirarles, les presintió uniéndose desvergonzadamente al selecto grupo de quienes habían ido realmente a escuchar a Wagner, y casi vociferó a un atónito Leopoldo Calvo Sotelo que las cosas tenían que ir camino de la normalización, y que le inquietaba la impresión de algunos dirigentes políticos y representantes

de poderes sociales, creyendo que podía volverse a situaciones preconstitucionales. Las termitas a la escucha devoraron aquellas palabras como si fuera madera de armario y corrieron en busca de los periodistas. Aquellos miserables tenían mejor oído para las conspiraciones que para la ópera, y las palabras de Areilza pasaron a fijarse en letras de molde casi literalmente. *La Vanguardia* las recogía con cautela, en el arcén de una de las páginas de la izquierda, junto a unas declaraciones del ministro de Hacienda, informando sobre la inflación en los últimos seis meses del año 1980. Areilza había llevado también *El Alcázar,* pero ni siquiera lo abrió. Aún le escocía la crónica de Ismael Medina el mismo día del asalto al Congreso. Aquel maldito había aprovechado un artículo imprudente publicado el domingo anterior para realizar una conexión argumental tan hábil que ni siquiera podía ser objeto de denuncia:

Los partidos, según Areilza, están convencidos de una abstención masiva que dejaría el sistema en evidencia. Me parece evidente que la calma de los españoles ante un acontecimiento de tan extrema importancia como la ocupación del Congreso de los Diputados por Fuerzas de Orden Público expresa un dato político de gran alcance: el desentendimiento público respecto a la suerte de una clase política en la que parece haber perdido su confianza.

El recuerdo de su propia estupidez y del oportunismo del periodista le agrió el aliento como si hubiera bebido toda la noche. Aunque, quizá, gracias a afirmaciones como aquélla, unidas al papel que había desempeñado en el primer momento de la Transición, le hicieron el hombre ideal para que Su Majestad, a través de Fraga, de Javier Solana, de Martín Villa, de Gabriel Cisneros, de Miquel Roca y del propio Calvo-Sotelo, le solicitara que formara parte destacada del Gobierno de «emergencia nacional» que iba a formarse, y él pudo aceptar inmediatamente. Supo, sin querer evitarlo, que el orgullo le había jugado una mala pasada: era la revancha tan esperada por el trato recibido en 1976. Sin embargo, en cuanto suprimió aquel sentimiento de euforia vengativa contra Adolfo Suárez y los barones gubernamentales que le habían arrebatado su proyecto de Unión del Centro, supo que la historia volvía a burlarse de él, entregándole un sacrificio de sangre con la apariencia de una consagración. En el salón

reservado del Parador de Gredos, había respondido al dirigente de Alianza Popular:

—Quienes han hecho esto no me tragan. Me lo demostraron antes de la muerte de Franco, en la agonía de Franco y durante todo el primer Gobierno de la Monarquía. Y tú deberías ser el primero en saberlo. O el segundo. —Areilza fijó un momento la mirada en los cuernos disecados de un rebeco cazado muchos años atrás en la sierra, que blasonaban el salón.

—Precisamente de eso se trata, hombre, por Dios.

Areilza se deleitó un momento imaginándose al lado de Fraga. La costumbre de escribir retratos de amigos muertos o amigos vivos, la costumbre de leer la literatura más cruel. Se vio en la edad apacible que le mantenía en esa tranquilidad que él sabía farsante, pensó en su elegancia natural, el cabello blanco alisado con una precisión obsesiva, las manos depositadas sobre el muslo enfundado en un traje oscuro, la mirada penetrante y desapasionada. Manolo Fraga, el tenaz opositor, el número uno perenne, el acumulador de cátedras y libro anual de sintaxis atropellada, el hiperactivo que confundía publicar sus memorias con editar su agenda, parecía en estado de ebullición permanente. Después de tantos años, a Areilza aún le sorprendía que hubiera conseguido decir ocho palabras, de las que por lo menos sobraban cuatro, como si fueran un monosílabo. Esa exuberancia verbal acompañada luego de un ajuste para reducir el tiempo de pronunciación le parecía tan desatinada como la costumbre de editar a Proust en letra pequeña y en papel de Biblia. Areilza nunca comprendería a una España que había preferido a aquel hombre y a Adolfo Suárez, mientras dejaba en expectativa de destino a personas como él. Como siempre le ocurría cuando insultaba, la boca se le encogió al pronunciar el nombre detestado.

—Sin Adolfo Suárez no estaríamos aquí.

—De eso puedes estar seguro —saltó Gabriel Cisneros, y la voz alterada contrastó con su expresión plácida, casi indolente, empequeñecido en el fondo de uno de los sofás de cuero del salón.

El bueno de Gabriel. Aún no había podido perdonarle su *Diario de un ministro de la Monarquía,* cuando recordaba a un Suárez ministro secretario general del Movimiento, indagando por la suerte de sus «caciques»

mientras Manuel Fraga y él planteaban los caminos de la reforma política a comienzos de 1976.

—Tú tienes tus lealtades, yo las mías. —Areilza no se conformó con señalar a Cisneros. Dirigió su índice delgado, macilento, que le temblaba un poco, a Manuel Fraga, a Miquel Roca, a Rodolfo Martín Villa y a Javier Solana—. Y él, y él, y él, y él... —fue repitiendo como si disparara un venablo de nostalgia sobre cada uno de los aludidos.

La voz se le había encabritado: parecía mentira, después de cinco años. No podía soportar perder las formas, pero el rencor y la violencia que había quedado flotando se lo salvó Fraga, que había contemplado con creciente hostilidad aquel dedo apuntándole, tan elegantemente autoritario como el de un director de orquesta señalando el momento preciso de la entrada de un solista.

—A mí nadie me recuerda las mías —soltó Fraga. Le revolvía el vientre recordar los esfuerzos que había tenido que hacer en el III Congreso de Alianza Popular para salvar la cara de Areilza ante sus bases, cuando todo el mundo daba por muerta a su coalición y el conde se dejaba querer por sus antiguos condiscípulos del centrismo—. Y, menos aún, esa pandilla de imbéciles que nos han puesto en esta situación de ridículo. Todos hemos servido lealmente a un Régimen, de eso no van a darme lecciones quienes querían momificarlo y llevarnos tarde o temprano a una ruptura revolucionaria. Por eso tendimos la mano a quienes estaban fuera y deseaban la reforma —añadió, mirando a Miguel Roca, que había empezado a negar con el dedo alzado en cuanto Fraga habló de lealtad al Régimen. A Fraga, que creía que las exigencias nacionalistas eran responsables del golpe, y así se lo había comunicado al monarca en la recepción que le concedió Juan Carlos el 24 de noviembre, aquella calma de Miquel Roca negando con el índice le sublevó, como siempre le irritaba la placidez de los demás en los momentos de tensión, tomándosela como una lección de modos. Se le incendió la expresión mientras separaba las posaderas de su asiento unos centímetros—. ¡Ya está bien! ¡Aquí todos tenemos un par de dedos, señores Areilza y Roca!

—Vamos a calmarnos, ¿no? —La voz de Martín Villa restalló con una suavidad atronadora que desactivó el rugido de Fraga. Aquella voz le

sonaba a Areilza siempre como la del narrador de un documental, alguien que analiza con la pulcritud de un taxidermista la cacería brutal de un depredador—. Porque supongo que se trata de ver cómo resolvemos nuestro pequeño problema. A saber: nos han reventado todas las cañerías que montamos en el 76 y nos ha entrado tanta mierda en el piso que no podemos ni movernos. A lo mejor a alguien le interesa saber quién montó las cañerías. —Martín Villa había visto, regocijado, cómo se levantaba el dedo índice de Javier Solana y los ojos entornados de Fraga, a pocos centímetros de aquella temeraria extremidad—. Pero lo que debería interesarnos a todos es que están rotas.

Hizo el gesto que sus contertulios parecían estar anhelando: apoyó el índice y el corazón sobre el puente de sus gafas de concha, que habían resbalado por la nariz, y las volvió a ajustar. Aquel gesto era el que siempre precedía a las declaraciones solemnes, como si pusiera su voz en cursiva.

—Sólo podemos considerar si hay reparación posible.

Si no, cada mochuelo a su olivo, sacamos a Tejero del arresto domiciliario y le damos la presidencia del Gobierno.

—Pues sí, así están las cosas... —musitó Cisneros, al que la brutalidad de la metáfora de las cañerías y la mierda le había inculcado una expresión de pánico y de vergüenza que le tiraba de las ojeras hacia la boca triste.

Areilza mantuvo la expresión tensa y lanzó una ojeada circular al salón rústico, un pabellón de caza protegido de la temperatura exterior por los muros anchos y la tranquilizadora sensación de los edificios acostumbrados al paisaje.

—Así que aquí empezó todo... —murmuró el conde procurando que aquello sonara al desprecio por quienes le habían apartado de la política en el proceso constituyente, y su resentimiento pudiera reposar en la atmósfera algo raída del viejo Parador.

—Aquí acabó. O eso creíamos algunos —cortó con sequedad Miquel Roca, inclinando el cuerpo hacia delante y dispuesto a acabar con aquel juego de reproches—. Estoy con lo que ha dicho Rodolfo. En lo que a nosotros respecta, no vamos a empezar a preguntar ahora lo que no preguntamos hace cinco años. Vamos a dar por supuesto que todos estamos a favor de salvar lo que salió de aquí. Y lo que salió de aquí vamos a

defenderlo incluso quienes menos claro lo tenían entonces. Entre otras cosas, porque como bien sabe Manuel Fraga, a quienes se mostraron más críticos, la extrema derecha los trató peor que a los más convencidos.

—A quién se lo vas a decir, Miguel... —atestiguó un Fraga de pronto humilde y sonriente, que tomó aquella acusación como un elogio.

Se vio a sí mismo sólo unas semanas antes, el 12 de enero, dictando una de sus incansables conferencias en el Club Siglo XXI. Aquel día, se sentía más seguro después de pasar el peor bache de AP, tras haber afirmado su proyecto en el IV Congreso y asistir con deleite al proceso de descomposición en que se encontraba la UCD. Había aceptado la necesidad de mantener la Constitución, pero emplazó su posición en la necesidad de reformarla, modificando el Título VIII y el artículo 2.º, siempre de acuerdo con los procedimientos marcados en el propio texto. Desde que había sufrido la escisión de la coalición en 1978, cuando Fernández de la Mora y Silva Muñoz se negaron a votar el texto constitucional y crearon Derecha Democrática; desde que había logrado sobrevivir al fuego cruzado de Unión Nacional y de la UCD, que estuvieron a punto de liquidar su representación parlamentaria, Fraga se había esforzado por encontrar un espacio propio que le permitiera conectar con quienes él consideraba una mayoría obvia: la de aquellos españoles que se sentían vinculados afectivamente al franquismo, que deseaban una evolución que partiera de su propia experiencia de adhesión a aquel régimen y que respetara algunos equilibrios que el desordenado partido de Suárez había puesto en peligro. Nunca había podido comprender su fracaso inicial, incluso cuando fuera capaz de analizarlo como el resultado de una serie de deslealtades que se habían ido encadenando para apartarle de su herencia natural: liderar el proyecto del centro reformista en España. Aún podía recordar la virulencia con la que le había atacado *Fuerza Nueva* como «inventor el centro», la forma en que aquel semanario obturado por la nostalgia le acusaba de haberse deshonrado, mancillando su servicio al Estado y llevando a millón y medio de españoles, mediante solemnes promesas de respeto a Franco, por el camino de la voladura del antiguo régimen. Ni siquiera Suárez había recibido salvas tan ostentosas como las que los colaboradores de Blas Piñar le habían dedicado, responsabilizándole a él, a él precisamente, de las

condiciones en que se encontraba España. Sin embargo, no era eso lo que más le preocupaba: se había desgañitado en todos los mítines realizados desde las primeras elecciones para tratar de corregir el rumbo político seguido por el gobierno de Suárez. Había sido ridiculizado por todos los sectores aperturistas del país cuando presentó a Alianza Popular en 1976 y las candidaturas de la coalición en 1977 como una garantía de preservación de la herencia del franquismo, que para él siempre había significado evolución. Le habían fotografiado con los tirantes reiterando los colores de la bandera española, enfrentándose con quienes le reventaban los mítines, y había conseguido labrarse una reputación en la derecha, a costa de perder cualquier credibilidad en los ámbitos moderados. Promovió la reforma como el único medio para evitar la ruptura, y solicitó que los votantes de la UCD y de AP llegaran a exigir de sus representantes la formación del Gobierno de la mayoría natural de los españoles. Protestó por el desaire a esa masa social, cuando la ponencia constitucional no formó una mayoría simple de AP y de UCD, prefiriéndose el consenso con nacionalistas, socialistas y comunistas.

De aquel polvo venía el lodo en que ahora se encontraban: con otro texto constitucional, nunca se habrían dado las excusas para romper un proceso político que nunca debía haber sido constituyente y rupturista. Pero Suárez estaba decidido a arrinconarlo en aquel espacio al que le había conducido su propia vanidad, cuando quiso ser la proa del primer Gobierno de la Monarquía y chocó contra una oposición movilizada, ganándose una imagen de represor que nunca le había abandonado, que arruinó los esfuerzos por presentarle como el reformista del exilio londinense que se negaba a jugar a las reformas a medias, en la etapa de Arias Navarro. Tras la crisis de julio, cuando su proyecto quedó roto tras la ofensiva de la oposición y el rey pudo echar a Arias e inclinarse por Suárez, sólo le habían quedado dos opciones: marcharse a casa o bien olvidarse del proyecto de centro y tratar de dar representación política a la derecha española, para establecer un espacio liberal-conservador que no cayera en manos de la extrema derecha. Todos podían reconocerle ahora el valor de aquel esfuerzo, pero había sido en vano. El espacio de centro, inventado y cocinado por él, tan ridiculizado por los ultras y antifranquistas, a sabiendas

de que podía conectar con las aspiraciones de un sector amplio y moderado de la ciudadanía, había sido capitalizado por aquel engendro gubernamental ucedista. A él sólo le había quedado esa honorable función histórica de proteger el flanco más conservador del nuevo régimen, quedando reducido a una anécdota parlamentaria. Nunca había creído en el futuro de aquel pesebre que negaba tres veces cada día sus orígenes franquistas para que la oposición le perdonara. Pero no le podía satisfacer que aquel partido hubiera acabado en el marasmo de Palma de Mallorca, a la deriva y con la tripulación amotinada. Sus previsiones sobre lo innecesario de aquel rumbo apresurado se habían cumplido, pero no le habían entregado los beneficios invertidos en sus advertencias públicas. No sabía lo que ocurriría en un futuro que no podía ser demasiado largo, pero, de momento, carecía de crédito, perdido ante los reformistas más audaces y los ultras más agresivos. La primavera cruel de 1976 le había cerrado las puertas de la historia en la cara, mientras se las abría a quienes ni siquiera habían considerado un proyecto y se limitaban a ajustarse a la correlación de fuerzas en presencia, evitando ser desbordados por una opinión pública que él mismo había contribuido a animar a la realización de la reforma política. Había tratado de hacer un discurso españolista radical, conservador, liberal y exigente de una ratificación constitucional, para indicar que había soluciones al margen de aquel camino que parecía entregar el país al viejo antifranquismo, y también a espaldas de quienes no habían comprendido el resultado de todos y cada uno de los procesos electorales que se habían dado desde el referéndum de 1976. Su formación política lo había pagado muy caro, antes de empezar a despegar sobre las cenizas de UCD, pero le preocupaba aún más que el golpe pudiera llegar a dar la razón a quienes, desde Fuerza Nueva y desde *El Alcázar* le reprocharon su tolerancia y pusieron en duda su honorabilidad. La culpa no era de ellos, sino de quienes, sin tener en el corazón ni en la cabeza un concepto de Estado, habían podido arrebatarle la dirección política del país, entregando a los consumidores una idea de centro que él había inventado en el ostracismo político a comienzos de los setenta, cuando los exaltados conversos de 1976 aún deambulaban sumisamente por las oficinas del Movimiento.

Su mirada, algo aturdida por el rencor, se detuvo en el impasible Martín Villa, que le miraba como a sabiendas de lo que estaba pensando tras aquel comentario en voz alta. A Fraga no le engañaban los ojos tímidos de Martín Villa, unos ojos sin audacia, sin la opulencia de la voluntad, sin el brillo travieso y astuto de ladrón de Bagdad que siempre le había molestado en la mirada jovial de Suárez. Aquellos ojos miopes ordenaban una información a clasificar, diseñaban con agilidad un campo de fuerzas, tenían la pericia minuciosa del ingeniero, aunque carecieran de las ensoñaciones abstractas y exhibicionistas del catedrático. De hecho, Martín Villa no sabía lo que pensaba Fraga en aquel momento, sino lo que pensaba *siempre.* Sabía lo que le había obsesionado desde que los jóvenes cachorros del aparato franquista le derrotaron, conscientes de que aquella política de represión y los límites de la apertura acabarían por bloquear el proceso de reforma. Conocía los comentarios despreciativos que Fraga les dedicaba a él y a Adolfo Suárez, pero sabía que sólo eran el resultado del desconcierto que los ideólogos derrotados padecen ante los pragmáticos ganadores. Como le ocurría a Blas Piñar con Fraga, Fraga sólo podía comprender la actitud de los suaristas como una carencia de escrúpulos morales, un crimen de lesa majestad perpetrado por gentes sin principios contra los intereses supremos de España. Martín Villa conocía bien la fragilidad del Régimen anterior y los recursos de la oposición, insuficientes para provocar la ruptura, pero bastante fuertes como para hacer de la reforma una pesadilla sin fondo, en caso de que el antifranquismo realmente existente fuera ignorado. Pero también había hecho su propia lectura de los resultados del referéndum constitucional. Observó con preocupación cómo crecía un área de desconfianza popular en su propia clientela potencial, que confirmaron aquellos trescientos mil votos madrileños que llevaron a Blas Piñar a las Cortes en 1979. Ni siquiera se hacía ilusiones sobre el sentido profundo de muchos votantes que, más que al centro, apoyaban a un Gobierno nacido del pacto entre el franquismo moderado y la oposición más suave. No le habían engañado los éxitos de la UCD, como si el país avanzara con una convicción de masas hacia la democracia, sino que comprendía que buena parte de los españoles no hacía más que imitar a sus representantes: realizar la elección que les presentaba menos riesgos, en una apertura política que

parecía rodar sobre una vía de continuidad y generar mayor capacidad de consenso.

Para el antiguo ministro de Gobernación, el deterioro de las condiciones del país —era tan obvio desde— el mismo triunfo electoral de UCD en 1979, que sólo una mezquina conjura de los necios podía tomar aquello por normalidad. Desde la muerte del general Ortín, gobernador militar de Madrid, ETA no había hecho más que engrosar su estrategia de la tensión, consiguiendo que se produjeran dos fenómenos paradójicamente simultáneos: una parte del país tenía la impresión de que debían darse más opciones al nacionalismo constitucional, y otra parte consideraba que la misma Constitución había engendrado las condiciones de permanencia del terrorismo, dando una cierta calidad de denominación de origen a quienes deseaban romper la idea de España que tenía la mayoría de los ciudadanos. Era consciente de que el texto contenía algunas bombas de relojería que la extrema derecha pondría en hora, pero también era consciente de que no habría texto constitucional sin lo que Fraga denunciaba como intolerable, a no ser que se deseara dejar fuera de la Carta Magna a la mitad de los españoles, entre ellos a la mayoría de vascos y catalanes. Ya se lo explicaría Fraga, si algún día llegaba a gobernar una comunidad autónoma. Conocía perfectamente el estado de desaliento que había ido prendiendo en una oficialidad diversa, menos dispuesta a la intervención política de lo que desearían los sectores ultras, pero nada insensible a la ofensiva terrorista y al alarmismo que eran capaz de crear la prensa de extrema derecha. Aún podía recordar el impacto que le produjeron los comentarios de *El Alcázar* refiriéndose a los estatutos vasco y catalán: «Hemos dejado de ser una Nación para ser simplemente un Estado», se decía el 26 de octubre de 1979. Como podía recordar la agresión inaudita del primer número de aquella pintoresca publicación, *Heraldo Español,* el 1 de abril de 1980: «El Ejército está donde tiene que estar, y el Gobierno Suárez, donde le dejan.» Ese mismo día, el semanario había denunciado las elecciones autonómicas que «abrían el paso a la autodeterminación» y que, en el País Vasco, se habían celebrado «bajo la amenaza de las metralletas». Un diputado de su misma región leonesa le había hecho llegar en el hemiciclo la fotocopia de una portada de *El Alcázar* en la que, bajo la fotografía de Telesforo Monzón, se

leía: «UCD, dispuesta a entregar las vascongadas.» Debía ser en el verano de 1979. Martín Villa no había tenido humor para sonreír a su compañero, que se tapaba la nariz señalándole el periódico. Sabía del peso de aquella prensa en los cuarteles y en núcleos nada despreciables de la población, incluso a la que votaba resignadamente a partidos constitucionales. Y sabía hasta qué punto las maniobras realizadas por el equipo de Gutiérrez Mellado había irritado a sectores de altos jefes militares muy respetados y poco sospechosos de deslealtad a la Corona, la única institución que vinculaba políticamente, más allá de lo que dijera la ley, con el nuevo orden institucional. No le preocupaba Blas Piñar, que acabaría hundiéndose en su propio proyecto integrista y conmemorativo de acontecimientos que los españoles deseaban olvidar, sino la forma en que tantos ciudadanos, y muchos de quienes estaban en posiciones de poder, llegaban a creer que se avanzaba hacia una catástrofe. Sabía mucho más que eso. Su olfato le había advertido la infección de las heridas de UCD, la gangrena de aquella coordinadora de partidos que, erróneamente, habían querido convertir en uno solo, sometiendo a una disciplina que se combinaba de forma suicida con los pactos de barones ideológicos. Frente a todos los factores de escasa legitimidad, no había partido ni gobierno visible, sentido por los ciudadanos y por los poderes fácticos como un activo representativo y con capacidad de gestión. Tras no haber aceptado el debate de investidura en 1979, la situación había sido incómoda, de victoria temerosa que carecía de argumentos y sólo disponía de votos. Y la oposición no dejó de advertir la pestilencia de la herida. Cuando, a comienzos de 1980, atemorizado por la ofensiva ultraderechista, quiso poner algo de orden en el proceso autonómico, el PSOE y las aspiraciones de identidad andaluza alentadas en el proceso de la Transición acabaron el trabajo. Provocaron una estrepitosa derrota de la propuesta de abstención de UCD en el referéndum autonómico del 28 de febrero de 1980, a la que siguió una resonante moción de censura en mayo que dejó moribundo al ejecutivo, presentando ante las cámaras de televisión la potencia dialéctica de González y de Fraga. A partir de ese momento, la prensa había de encontrar en UCD un solo motivo de noticia: su perpetuo estado de crispación interna. La conspiración de los barones en la llamada «casa de la pradera», la elección de Herrero de Miñón como

presidente del grupo parlamentario centrista, contra el propio candidato de Suárez, Rodríguez Miranda, la formación de una tendencia claramente orientada a desplazar al jefe de Gobierno de la presidencia de la UCD en el II Congreso... En el otoño y el invierno, mientras le llegaban las noticias de la redoblada ofensiva del terrorismo y las claras «llamadas al deber» de las Fuerzas Armadas en la prensa de extrema derecha, mientras la economía era incapaz de estabilizar sus constantes vitales tras la nueva crisis de precios del petróleo, Martín Villa estaba convencido de que los españoles sólo veían en la UCD una perpetua agitación de corrientes que sólo se explicaban por la ocupación de recintos de· poder, mientras el PSOE parecía haber resuelto sus debates internos, renovado su liderazgo y estar listo para hacerse cargo del Gobierno. La situación idónea para que, sin haber entregado la más mínima representación política a los ultras, los espacios que habían aceptado la Constitución a regañadientes pudieran contemplar la caída del partido centrista, que la había hecho posible.

Javier Solana apenas conseguía concentrarse en las palabras de Roca. Desde el asalto al Congreso, se había adueñado de su estado de ánimo un inesperado pesimismo, que le hizo rogar a Felipe González que enviara a otra persona a la reunión. No iba a decirlo, pero Felipe le había soltado, ante sus excusas, algo muy parecido a lo que Fraga le soltó a Areilza: «Precisamente por eso.» O sea, que iba a ser una reunión taciturna, a pesar del aire de confianza que emanaba de personas como Roca o de la energía de Fraga. La serenidad majestuosa de Areilza, la altiva solemnidad de Calvo-Sotelo, la agudeza prosaica de Martín Villa o la dialogante timidez de Cisneros no iban a dejarse matizar por ellas. Javier Solana aportaba aquel aspecto juvenil que siempre depositaban los socialistas, una falta de temporalidad que les permitía ser portadores del futuro y hablar constantemente de una innumerable tradición. Solana tenía ese aspecto reciente que Felipe González había inculcado a los cuadros de su partido, un aire de empatía con la época de cambio que le había tocado vivir al país, un aspecto de moda política, dirían unos, o de congruencia con la imagen de la historia, dirían los más benévolos. No era un socialista de última generación, de quienes habían llegado a la política como si la agonía de Franco hubiera tenido la capacidad de convocar apariciones de un conjuro

mágico. Era de la vieja guardia, de la ASU madrileña, y de una endiablada habilidad agazapada tras un farsante gesto de frivolidad inofensiva. Pero, aun cuando no abandonara su actitud afable —y seguramente por ello Felipe le había enviado, prefiriéndole a cualquiera de los «duros» que se habían destacado en el desguace de UCD—, el abatimiento le pesaba como nunca lo había hecho hasta entonces. Estaba seguro de que el PSOE había cumplido con su obligación de crear una alternativa de poder de centro-izquierda, y de la necesidad de clarificar el paisaje político, eliminando la extrema ambigüedad de UCD para que los españoles pudieran elegir entre las verdaderas opciones que se movían en Europa. Pero, ahora, cuando la historia había puesto en su secuencia irremediable los acontecimientos, no estaba tan seguro de que las cosas se hubieran hecho con la *finezza* que Andreotti echaba en falta en la política española. El asedio a Suárez no podía reprochárseles sólo a los socialistas: ahí estaban los mismos diputados de UCD tratándole con la misma ternura con la que los senadores habían tratado a César. Pero la desmesura de Felipe dirigiéndose a Fraga como si fuera su auténtico competidor en la moción de censura... Desde luego, a Fraga el Estado podía encajarle en la cabeza —Solana no pudo evitar observar con sus ojos calculadores de físico las dimensiones del cráneo del dirigente conservador, sentado justo a su lado y escuchando con hosca atención lo que decía Roca—, pero sabía que Felipe no estaba hablando de Fraga, sino de Suárez. En aquellos momentos, a Suárez no le cabía en la cabeza ni el Gobierno. Los socialistas habían decidido que el liderazgo de Suárez bloqueaba la realización de la democracia: nunca le perdonaron el discurso ultramontano con que cerró las elecciones de 1979, que presentaba una victoria del PSOE como una revolución bolchevique. El acoso a aquella manera patrimonial de comprender el Gobierno había sido en legítima defensa, tras la forma en que se habían tragado todas las chapuzas realizadas por el Ejecutivo desde antes de las elecciones del 77. No le cabía duda de la responsabilidad de Suárez, que llegó a señalar que saldría muerto de La Moncloa antes que aceptar un Gobierno de coalición con el PSOE propiciado por las presiones de la Corona y de las Fuerzas Armadas. Pero eso no le tranquilizaba: él debía responder de la responsabilidad de su partido. Su responsabilidad cuando, a la ofensiva

legítima popular y parlamentaria, unió los cantos de sirena de una intervención de Juan Carlos para echar a Suárez, y cuando llegó a aceptarse algún sondeo en sectores del Ejército para considerar aquel relevo. No era del tipo de políticos que se atormenta mirando atrás, y por eso le sorprendía aquel sentimiento que era menos de culpa que de observación crítica del recuerdo. Su carácter le impedía preguntarse dónde estaríamos si se hubiera actuado de forma distinta. Esa realidad no existía y, por tanto, no le interesaba. Pero lo que sí existía era aquella reunión, después del asalto al Congreso el 23-F, no el encuentro de quienes debían haber abordado la sucesión de Suárez como un acto de soberanía de los representantes del pueblo en 1981.

Leopoldo Calvo-Sotelo empezó a escuchar a Miquel Roca, pero pronto le venció la sensación de hastío por lo previsible que nunca podía evitar en política y que, sin embargo, aguardaba con impaciencia en la música o en la literatura. Apenas soportaba un discurso cuando había captado la esencia de un argumento y sabía la forma en que acabaría, mientras que en sus aficiones selectas sólo buscaba la reiteración, como una forma extraviada e inteligente de novedad. Lo que pasaba, en realidad, es que le cansaba la gente: quizás había domesticado un poco su sentimiento de superioridad, pero nunca había logrado vencer su transparencia. Nadie podía dejar de notar esa actitud que le acorazaba la expresión, alejándole de los demás como si lo transportaran en una vitrina a prueba de gestos de confianza. Además, sospechaba que los de CiU eran quienes habían hecho correr aquel espantoso chiste que lo retrató, cuando presentó su candidatura a presidente de Gobierno: «Calvo-Sotelo es del tipo de personas que se pone a hacer "footing" y llega segundo.» No podía aceptar que aquella maldad había brotado de su propio grupo parlamentario, lleno de personas que padecían de lo que Azaña achacaba a Ortega: confundir las ideas con las ocurrencias.

De todos los presentes, nadie podía sentirse tan humillado como él. Había soportado las comparaciones con Suárez, como la que hizo *El País,* después de aquella dimisión que el rey le había arrancado a Adolfo, temiendo que la crisis de liderazgo acabara por contaminar a la propia Corona y aconsejado por todos los partidos políticos para que echara a quien era incapaz de gobernar en las condiciones dramáticas en las que

vivía la nación. Todos lo habían pedido, todos tenían sus razones y ninguno tenía la razón. Ningún dirigente sensato de la UCD podía pensar que Suárez podía sobrevivir a aquel cúmulo de circunstancias adversas: la muerte de cien personas en 1980 a manos de ETA, las conspiraciones de distinto nivel en los cuarteles, la descomposición parlamentaria del partido, la sangría de votos en Andalucía, la imagen patética de un presidente esquivando los debates públicos, la crisis de la economía, de la que él mismo era tan consciente porque era su responsabilidad en el Ejecutivo, una vez que los barones habían destronado al *zarevitch* Abril Martorell... A él mismo le había sorprendido que Suárez aguantara aquello, pero le había sorprendido más su falta de cintura para sortearlo. No podía perdonarle que estuviera entregando a una base social tan abundante sin saber protegerla desde las almenas gubernamentales, cuando en toda su vida no había hecho otra cosa que vivir del Gobierno. No podía perdonarle lo que todo el mundo podía entender: que el último gabinete de Suárez iba a dar entrada a un largo período del PSOE en el poder, y que la UCD no lo soportaría. No podía perdonarle haber sido él, precisamente él, a quien se había designado para la sucesión, quemándole cualquier posibilidad de futuro, convirtiéndole en un presidente que sólo sería recordado por el golpe de Estado que se produjo al presentar su candidatura. Debía haber sido Adolfo quien lo hubiera sufrido, en lugar de quedar fijado para la historia en aquella posición heroica, ante los guardias de Tejero, protegiendo el coraje de Gutiérrez Mellado y sentado tranquilamente en su puesto de presidente, inmortalizado en esa actitud, mientras él permanecía de bruces, oculto ante la historia. No podía perdonarle su incapacidad: ahí asomaba el verdadero «chusquero» de la política, su carencia de calidad, su escasez ideológica, su falla espiritual... A Calvo-Sotelo se le amontonaban las descalificaciones como en un día de rebajas políticas. Se sintió vejado por conceder a las circunstancias aquella capacidad de llenarle de amargura. Pero las circunstancias se lo merecían: el barón rampante sólo llegaba a vizconde demediado. Había tenido que aceptar una presidencia del Gobierno que le —suplicaba el rey, para dar una farsante sensación de continuidad, pero ni siquiera había sido votado por las Cortes, sino que deberían aclamarle en un

acto que culminaría la humillación que ya aceptaba porque no podía bajarse de su velocidad de caída.

El Ministerio de Defensa había advertido de la elaboración de tramas de diversa naturaleza en las Fuerzas Armadas. No existía un movimiento de oposición a la reforma en sentido genérico, pero no habían dejado de gotear las resistencias a cada paso concreto que se daba. Como Martín Villa, él estaba convencido de que las Fuerzas Armadas guardaban más lealtad al jefe del Estado por haber sido nombrado por Franco que por tener una autoridad que procedía de la Constitución. El Gobierno había logrado evitar ser desbordado por las reivindicaciones más radicales de la oposición democrática: había ganado las elecciones desde el poder, había fijado los límites aceptables de la Constitución proyectada y había evitado que se planteara la cuestión de la forma de Estado. Sin embargo, en lugar de reconocer este mérito, los sectores ultras, incluyendo a algunos diputados de la primera Alianza Popular, se habían comportado con la insensatez que les correspondía: en lugar de agradecérselo a la UCD, que había sido capaz de evitar una confrontación social en el país incluyendo a los sectores del antifranquismo militante en un pacto de reforma constitucional, reprochaban a Suárez y a sus equipos cada una de las medidas que había tomado, desde la legalización del PCE —sin la que las elecciones habrían quedado deslegitimadas y los comunistas convertidos en una oposición incalculable, enigmática, en lugar de ser una escueta minoría parlamentaria — hasta los acuerdos con los sindicatos de clase, sin los que la crisis económica habría llevado a la devastación social del país, o hasta los acuerdos con el nacionalismo en la comisión constitucional, que había permitido resolver prudentemente el contencioso catalán y vasco, rompiendo un bloque unitario de oposición al Gobierno de Madrid que habría resultado letal. En los cuarteles se veían las fotos de la manifestación de Barcelona el 11 de septiembre de 1977 de forma totalmente contraria a como debía observarse: como una amenaza, en lugar de como una realidad a encauzar a través de la negociación. Por su edad, los altos mandos no podían tener una visión del mundo que alterara las fidelidades en las que habían ido formándose desde la misma Guerra Civil. Muy pocos creían que podía preservarse un orden político vinculado a Franco e irrepetible, pero

tampoco estaban preparados para asumir indefinidamente noticias que fueran informándoles de su desmantelamiento. Había llegado a creerse en la impunidad del terrorismo y en el peligro de la unidad de España, sin que pudiera convencerse a estos mandos de que lo que se buscaba precisamente cuando se atentaba contra un jefe militar era provocar la desestabilización del régimen. Pero ¿quién le ponía el cascabel de esta reflexión política al gato del sufrimiento moral de los compañeros de las víctimas, que se veían a sí mismos como dianas del terrorismo que, además, lo era en nombre de la ruptura de España?

En 1977, la XXXV Promoción de la Academia General Militar celebró un acto en el Valle de los Caídos en que se vitoreó a Franco y se abucheó a Gutiérrez Mellado. Las escenas fueron tan violentas que el ministro se vio obligado a rechazar la entrega del «Libro de la Promoción», indicándole al general Rodríguez Ventosa que sólo lo aceptaría con la adhesión de los mandos. Las reformas que culminaron con la Ley Orgánica de diciembre de 1978 habían sido consideradas un atentado a la autonomía relativa de las Fuerzas Armadas, un golpe destinado a su completa subordinación al poder civil, destinado a impedir que pudieran tomar la decisión de actuar cuando los mandos considerasen que principios determinantes para la salud pública estaban en peligro. Los ascensos de Ibáñez y Gabeiras se contemplaron como una afrenta, destinada a colocar a quienes contaban con la confianza del ministro y no con quienes merecían su puesto por la antigüedad y los servicios prestados. Las visitas de Gutiérrez Mellado habían acabado a veces en incidentes tan graves como el que enfrentó al ministro con el general Atarés en Cartagena. El propio ministro había tenido que confesar a Juli Busquets que resultaría del todo imposible el reingreso de los miembros de la Unión Militar Democrática en las Fuerzas Armadas, pero la simple posibilidad de que se produjera el retorno de aquellos mandos ya fue considerada un indicio de una conducta intolerable del poder político. Desde el golpe de 1980, los ambientes que deseaban una intervención militar contemplaban el ejemplo del golpe de Estado turco como una vía a seguir, que mostraba el deber de las Fuerzas Armadas de respetar el orden institucional, pero también el de interrumpirlo cuando el poder político manifestaba su ineficacia para defender derechos sagrados, como la unidad

de la patria y la lucha contra el terrorismo. La infiltración de los servicios de inteligencia había permitido desmantelar operaciones como · la más célebre «Galaxia». Sin embargo, no era la actitud de mandos tan radicales como Ynestrillas o Tejero lo que preocupaba a Calvo-Sotelo: se trataba de neofascistas antimonárquicos, cuya oposición a Juan Carlos les impediría contar con la mayoría de los mandos, incluyendo a Miláns del Bosch. Le preocupaban las reuniones de mandos como las dos docenas de generales reunidos en un chalet cerca de Madrid en 1980, poco propicios a destruir la Constitución, pero inclinados a reconducirla, manteniendo esa concepción de la vigilancia de las Fuerzas Armadas sobre las decisiones que se tomaran en el Parlamento o dispuestas a señalarle al Ejecutivo cómo se debían afrontar los problemas del paro, del terrorismo o de la estructura política del Estado. Le preocupaba, sobre todo, el estado de desconcierto que había ido prendiendo en la sociedad, la normalidad con la que se llamaba al Ejército a que cumpliera con su deber, e incluso lo que parecía la disposición de algunos sectores de la oposición para aceptar que las presiones de estos sectores favorecieran una intervención del monarca para exigir un cambio de Gobierno. Lo que se vivía era una amalgama de reproches, algunos corporativos por la colocación del poder militar en las nuevas condiciones de la democracia, otros capaces de mezclar un factor profesional con una posición política, como la que se evidenciaba en los homenajes a los militares asesinados por ETA, en los que se evidenciaba la sospecha de que aquella situación era un resultado directo de la debilidad del Gobierno o del carácter del nuevo régimen constitucional. Incluso se hallaban los que pasaban a ser directamente políticos, al referirse a las graves condiciones económicas que atravesaba el país, golpeado de nuevo por la crisis energética, para plantear la incapacidad de los gobernantes para resolver cualquiera de los temas que afectaban al bienestar de los españoles. ¿No se había acogido todo ello como un viaje hacia el fondo de la noche española, cuando caía como una lluvia fina en un terreno caracterizado por la sensación de desgobierno? ¿No era evidente el desasosiego del monarca, y que ello pudiera interpretarse en algunos medios como una autorización para la interrupción del proceso político, en especial cuando Juan Carlos fue abucheado en la Casa de Juntas de Guernica?

Los servicios de información del Ministerio de Defensa habían permitido ir controlando algunas zonas de incertidumbre, como la separación del general Torres Rojas del mando de la División Acorazada Brunete, una pieza clave en cualquier operación que deseara lanzarse sobre Madrid. Los servicios policiales habían actuado con eficacia para controlar las acciones violentas de la extrema derecha, y se había procedido a la desarticulación del Frente de la Juventud, un pequeño pero decidido grupo de jóvenes radicales que podían servir como fuerza de choque, y que fue desmantelado sólo dos meses antes del golpe del 23-F, en una turbia serie de circunstancias que incluyó el misterioso asesinato de un joven dirigente del grupo. Calvo Sotelo no creía que quienes habían posibilitado el éxito del golpe estuvieran dispuestos a ceder la dirección del país a grupos de exaltados de este calibre, y se habían limitado a tolerar su compañía incluso para poder despistar con sus posiciones ultras al CESID y al Ministerio del Interior. Lo que preocupó a Calvo-Sotelo, como les preocupó a los mejor informados, fue el nombramiento de Armada como segundo jefe de Estado Mayor del Ejército, a sabiendas de que este factor había sido uno de los elementos decisivos en uno de los últimos choques entre Juan Carlos y Suárez. Se conocían las reuniones de Armada con dirigentes socialistas, los sondeos realizados para hallar una salida a la crisis mediante un Gobierno de concentración alentado desde la propia Jefatura del Estado y aceptado por el principal partido de la oposición, el que ganaría las elecciones en cuanto se convocaran. A Calvo-Sotelo le desconcertaba que la UCD hubiera llegado a ser más despreciada, para estos sectores, que el propio Partido Socialista, y por ello sentía especial rencor por Suárez, que no había sabido separar a tiempo su persona del partido. Ya le habían contado lo que Adolfo respondió a quienes señalaron el escaso carisma de su sucesor: que era una solución provisional, a la espera de que las cosas se calmaran, para propiciar un retorno glorioso. Es decir, Suárez utilizaba una retirada grandiosa, llena de generosidad y de veladas alusiones a una conspiración militar, para poner a un sucesor que sabía que no habría de evitar su regreso. La rabia se volcó en la cabeza erguida de Calvo-Sotelo, que miraba desde aquella permanente expresión de condescendencia a Miquel Roca, y le desencajó un momento la expresión, aunque todos estaban siguiendo la

brillantez expositiva del diputado de CiU y nadie reparó en aquel desastre. «Si me hubieran dado un par de años... En un par de años habría refundado el partido y puesto de rodillas al PSOE.»

Pero no se los dieron. Durante todo el otoño y el invierno de 1980 y 1981, el general Armada y el teniente general Miláns del Bosch pudieron urdir su pequeña trama dispuesta a lanzar un golpe al plexo solar de las instituciones, reuniéndose en la Capitanía General de Valencia el 10 de enero y disponiendo reuniones posteriores en la capital, en las que Armada disponía del margen de ambigüedad que le concedía el apoyo del rey a sus aspiraciones de ser segundo jefe de Estado Mayor, una de las últimas trifulcas de Juan Carlos y Suárez. Quizá confiaban en que Adolfo no dimitiría y, de hecho, la renuncia del presidente, que podía haber sido utilizada como demostración de una corrección de rumbo, llegó demasiado tarde. Su estupidez fue aceptar un cargo que no tenía futuro. Las cámaras pudieron filmar la grotesca irrupción de aquel teniente coronel de la Guardia Civil, en una secuencia que habría de avergonzarnos en lo que quedara de historia nacional. La votación que había de darle el acceso a la presidencia y poner fin al catastrófico final de mandato de Suárez se interrumpió para siempre aquel 23 de febrero. Luego, ante la ausencia del general Juste, que había marchado a un ejercicio de maniobras, Torres Rojas pudo hacer creer a los mandos de la DAC Brunete que el jefe del Estado apoyaba la operación que se había iniciado en Valencia y en Madrid. El nombre de Milánsdel Bosch y el reconocimiento de su lealtad al rey fueron suficientes, depositándose sobre una oficialidad cuidadosamente trabajada por una campaña constante de descrédito de las instituciones, de anuncio de la marcha de España hacia su disgregación, de desgobierno que llegaba a tolerar ultrajes a los símbolos de la patria y al propio monarca. Cuando llegó la noticia de que fuerzas de la II Región Militar, mandadas por Pedro Merry Gordon, se habían unido al movimiento con las fuerzas de misiles antiaéreos de la Brigada de Artillería del Estrecho; cuando las regiones militares de Burgos y de Valladolid —la VI y VII Regiones— realizaron ejercicios de tanteo sacando tropas a la calle para mantener el orden, la situación se hizo irreversible. Suárez se quedó en su asiento de presidente del Gobierno en funciones, con la mirada sólida, como la de un

cadáver, ajeno a todo lo que sucediera a su alrededor. Pero los portavoces de los partidos políticos fueron sacados del recinto uno a uno, por un oficial que les indicó que traía noticias del Palacio de la Zarzuela. Aún podía notar la fuerza con la que, a pesar de sus intentos de zafarse, el oficial le condujo por los pasillos del Congreso hacia el despacho del presidente de la cámara. Sólo pudo percibir el alcance de su humillación cuando vio el rostro de Felipe González, desajustado y cabizbajo, que levantó un momento los ojos para mirar quién había entrado y los apartó enseguida, abrumado por la compasión.

Miquel Roca había acabado de hablar. Aunque siempre parecía improvisar sus intervenciones, las llevaba planificadas al detalle, aunque conseguía dar la impresión de espontaneidad. Sabía manejar el lenguaje corporal, y no había dejado de mirar a los ojos a cada uno de sus compañeros, aunque le dio la impresión de que Javier Solana tenía una seriedad opaca, sorprendente, algo que en cualquier otra persona identificaría con la desesperación. Sabía que Calvo-Sotelo no le escuchaba, pero le traía sin cuidado. Aún le sorprendía que alguien que se las daba de tener cultura y experiencia de gobierno, cosas de las que no hacía más que alardear aquel hombre, hubiera podido caer en una situación tan lamentable. Prefería no preguntarse por qué ningún servicio de información le había advertido; cómo podían justificarse quienes se habían enfrentado a conspiradores aficionados. No podía creer que ni siquiera hubiera podido esquivar la concesión de un día de gloria para Suárez, mientras a él le sofocaba aquella vida de entreacto que le había correspondido, entre la primera y la segunda votación de investidura, como un reloj varado entre dos segundos. Como era imposible añadir mayores indicios de perplejidad en su rostro habitual, Calvo-Sotelo lo había solucionado arrebatándole la elegancia, sumiéndola en una arrugada interrogación: en las horas que siguieron al golpe, a Roca le pareció uno de esos personajes que son detenidos en un país extranjero, donde la policía le grita en un idioma salvaje y enigmático.

Había hablado para indicar cómo podían concretarse las condiciones que la Corona les había sugerido, tras aceptar que, en caso de que no se produjera algún gesto de modificación de la situación política, el país podía

encararse a un enfrentamiento incontrolable, que podía acabar con la propia institución monárquica, pero también con todos los partidos e instaurar una situación extremadamente provisional, pero destructiva. Para evitarlo, sólo podía dividirse el movimiento que se había producido, aprovechando la obediencia que la inmensa mayoría de los mandos estaba testimoniando al rey, aunque recordándole respetuosamente que se había alcanzado una situación límite. Lo más fácil era la eliminación de Tejero, que, según aceptaban algunos altos mandos, había ido más allá de lo necesario y había manifestado en diversas ocasiones que sólo estaba por una salida anticonstitucional, una posición que ellos no compartían. Por tanto, se procedería al arresto del teniente coronel por fuerzas enviadas por Quintana Lacaci, convenciéndose a los mandos de la Brunete de que las actitudes políticas de Tejero iban en contra de la voluntad de la Corona. A Milánsdel Bosch, por el prestigio que tenía en la Brunete, en la III Región y en el conjunto del generalato, ya se le había ordenado retirar sus tropas, con la promesa de que se procedería a una rectificación gubernamental. Bastó con recordarle que la Corona estaba en juego para que se mostrara dispuesto no sólo a obedecer, sino a ponerse en contacto con los mandos de la DAC. El desalojo del Congreso iría seguido de una interrupción de las sesiones y la oferta de un Gobierno de emergencia nacional al rey, que procediera a algunos gestos que tranquilizaran a la opinión conservadora: el asalto al Congreso tenía que presentarse como un acto imprevisto, fruto de la impaciencia de un sector ultra de quienes llevaban tiempo presionando al monarca y a los partidos para salir de la situación de crisis en que se encontraba el país por medio de la formación de un nuevo Gobierno de consenso, la interrupción del proceso autonómico, la voluntad de corregir algunos aspectos del texto constitucional, enmendar algunas de las reformas militares emprendidas hasta poder obtener un mayor grado de consenso y convocar elecciones, pasados unos seis u ocho meses. Todo debía presentarse como un conflicto institucional que en ningún momento suponía romper con los derechos adquiridos, sino asentarlos más cuidadosamente mejorando las condiciones de apoyo social y de las distintas instituciones del Estado a los mismos. Ésas habían sido las condiciones que habían permitido que los partidos de izquierda controlaran a sus bases, que los

sindicatos evitaran una huelga general, una movilización que habría confirmado los augurios de los sectores más radicales del golpe y habría desplazado a los constitucionalistas para siempre. La falta de resistencia, a pesar de algunas salidas espontáneas a la calle de los sectores que ni siquiera podían ser controlados por los representantes políticos del PSOE y del PCE, obedecía a que la población había logrado ser convencida de que las cosas podían reconducirse, que cualquier enfrentamiento conduciría a la fractura que se había evitado en 1976 o 1977, y que quienes más tenían que ganar en un proceso de defensa integral de las instituciones serían los propios ciudadanos. Lo responsable era evitar que los que habían sido desplazados del protagonismo del golpe acabaran por hacerse con su dirección y, por muy escaso que fuera el tiempo de implantación de una dictadura, ésta acabara produciéndose. Eso exigía la responsabilidad de los dirigentes políticos y una visión a medio plazo. El triunfalismo pensando que, a aquellas alturas, al margen de la propia visión de sus dirigentes políticos, las masas podían ocupar la calle y hacer lo que no se podía haber hecho cinco años atrás, llevaba al desastre. Era un cambio de ritmo, no una pérdida de objetivos.

—Nadie nos va a pedir que se renuncie a los Estatutos aprobados —terminó Roca—, ha sido una demanda ultra y su revisión haría aparecer el golpe de Tejero corno el verdadero protagonista. Por el contrario, creo que quienes votaron en contra deberían reconsiderar su posición a la luz de lo ocurrido. —Dejó la mirada en los ojos de Fraga hasta que éste asintió, resoplando: a fin de cuentas, había sido el partido el que le había llevado a oponerse al Estatuto vasco—. Creo que podernos salvar el Título VIII y la referencia a las nacionalidades con la promesa de una reforma que insista en la unidad de los españoles, aunque lo situaría fuera de los Derechos y Deberes Fundamentales. Y, corno siempre en política, lo más importante: lo que debe parecer que hacernos. El Gobierno que sale de esta crisis debe aceptar las condiciones de tensión que está viviendo el país, acentuar la condena del terrorismo y la prioridad de combatirlo de una forma enérgica, si me permitís la expresión, hasta pomposa: ya sabéis a quién nos dirigirnos. Yo dejaría esta parte a Areilza.

—¿Qué significa eso? —El conde de Motrico hizo algo tan impropio corno descruzar las piernas.

—Que has aceptado ser ministro de Asuntos Exteriores y, además, eres vasco —respondió el rostro intacto de Miquel Roca—. Porque tienes una edad y una trayectoria política que te permite llegar a los sectores de la población más reacios. Porque eres, a ojos de ese público, el más monárquico de todos nosotros, menos Calvo-Sotelo, y porque formaste parte del primer Gobierno de la Corona.

Gabriel Cisneros interrumpió a Areilza, que parecía empeñado en protestar su idoneidad.

—¿Y con eso nos quitamos la mierda de las cañerías? Miquel Roca se dejó caer en el fondo del sofá nuevamente y, como si su cuerpo estuviera conectado por la energía de su intervención a todos los contertulios, los demás fueron hundiéndose en el cuero marrón oscuro, igual que si los diez minutos de Roca les hubieran agotado. Ni siquiera el infatigable Fraga pudo evitar descargar la cabeza sobre el pecho, con una apreciable forma de saber mezclar la violencia y la resignación. De esta manera, nadie podía decir si estaba realmente satisfecho o no le quedaba más remedio que estarlo.

—No. —La voz de Martín Villa se apropió inmediatamente de la interpretación de su propia metáfora—. Nos han dicho que aún mandan ellos. Hasta cierto punto, claro. Nada de volver atrás del todo: ¿veis a Blas Piñar por aquí? ¿O a José Antonio Girón? Tienen que tragarse la Constitución porque el rey la ha jurado, además del escándalo que sería destruir un régimen por el que ha votado el país en un referéndum. Pero nos han dicho que están ahí y que no podemos actuar como si no estuvieran. Nos han dicho que aceptan lo que hay, pero que tendremos que leer cada gramo de ambigüedad del texto constitucional de acuerdo con lo que se ha puesto de manifiesto durante estos últimos meses. Han fijado los límites con claridad. En esto, no estoy muy de acuerdo con Roca en lo que podemos llegar a salvar del proceso autonómico, incluso en el Título VIII, pero no voy a jurarlo. Es posible que dentro de seis meses las cosas sean distintas. No nos han dicho que pueden hacernos volver atrás, pero sí que pueden detenernos. Ya que te ha gustado, Gabriel: vamos a quitar la mierda,

pero no estoy seguro de que podamos volver a instalar las cañerías. Aquí no está Blas Piñar. Pero tampoco Santiago Carrillo.

—Ha delegado en nosotros... —sugirió un hilo de voz de Calvo-Sotelo.

—Carrillo no delega en nadie. Sabe lo que hay —terminó Martín Villa, ajustándose las gafas que habían vuelto a resbalarle hasta la punta de la nariz.

Areilza bajó del automóvil y contempló aquel primer Parador Nacional, inaugurado hacía más de cincuenta años por Alfonso XIII, como residencia de cazadores de la sierra. En el espacio abierto contra el bosque, tenía un aspecto sólido, una impresionante perpetuidad, aunque otros lo consideraran una arquitectura anticuada, con su techo de pizarra, sus mansardas, sus columnatas y su aspecto de un pabellón de caza versallesco. Dejó los periódicos en el coche y sacó una carpeta de piel. Entró en el parador y se dirigió al bar, mientras la recepcionista salía como despedida por una explosión, para avisar al director.

—Póngame un café, hágame el favor.

Notó, con disgusto, que la voz se le había encasquillado un poco y le temblaban las manos. No esperó el café, sino que salió a la terraza a la que cercaba la inmediatez del bosque. Se sentó fuera, a pesar del frío, y abrió la carpeta para sacar las cuatro hojas de papel que contenía. El original a mano de la declaración gubernamental del 1 de marzo de 1981. Como se la habían pedido: untuosa, ambigua, retórica, con la insolente cobardía de quienes vociferan en la soledad de los callejones amenazadores. La fue rompiendo en pedazos cada vez más pequeños, hasta que tuvo que hacer un esfuerzo indigno para conseguir reducirlo a un archipiélago indescifrable.

—Así está mejor —dijo. Y le pareció un comentario estúpido y avergonzado. Se acercó a la orilla del bosque y dejó que el aire se llevara aquel documento crucial, ya impreso en toda la prensa del mundo. La gran declaración que había puesto las cosas en su sitio en España, cuando la democracia parecía perdida. Observó el vuelo reticente de los fragmentos de papel un momento, y volvió a entrar en el edificio. El director ya le aguardaba junto a su café, con las manos entrelazadas, aunque la derecha le apuntó casi a la cara.

—Pero señor ministro, podía haber avisado usted... Había pocas cosas en el mundo que gustaran tanto al conde como cortar una frase a quien la empezaba con un «pero». Apretó con firmeza la mano que se le ofrecía, y se excusó diciendo que había sido un capricho, algo que estaba lo bastante lejos de la verdad como para ser casi una blasfemia. La verdad le parecía algo que ya no tenía nada que ver con la vida que le quedaba por vivir, con aquel lugar, con aquel tiempo. Se apresuró en volver al coche oficial acompañado por la voz del director, que le decía algo sobre «aquella época del año». Cuando el vehículo abandonó la explanada y tomó el camino hacia Madrid, le invadió una sensación tan extraña que apenas pudo identificarla. No la había sentido nunca, salvo en algunos momentos muy intensos de su juventud, cuando estaba equivocado en casi todo y lo creía completamente. Le pareció que no podía ocurrir nada más en su vida, que había llegado al fondo. Se preguntó si, tres semanas después de aquel golpe de Estado, camuflado de rectificación y toma de conciencia, toda España sentiría lo mismo sin saberlo.

Para saber más

JOSÉ MARÍA DE AREILZA: *Diario de un ministro de la monarquía,* Planeta, Barcelona, 1977.

JAVIER FERNÁNDEZ LÓPEZ: *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982),* Trotta, Madrid, 1998.

MANUEL FRAGA: *En busca del tiempo servido,* Planeta, Barcelona, 1987.

FERRÁN GALLEGO: *Una patria imaginaria. La extrema derecha española, 1973-2005,* Síntesis, Madrid, 2006.

RODOLFO MARTÍN VILLA: *Al servicio del Estado,* Planeta, Barcelona, 1984.

PILAR URBANO: *Con la venia... Yo investigué el 23-F,* Plaza y Janés, Barcelona, 1982.

Sobre los autores

STANLEY G. PAYNE. Es uno de los hispanistas estadounidenses más reconocidos así como un experto mundial en el estudio del fascismo. Es Hilldale-Jaume Vicens Vives Profes sor en la Universidad de Wisconsin en Madison, miembro de la American Academy of Arts and Sciences, codirector *del Journal of Contemporary History* y Doctor Honoris Causa por la Universidad CEU Cardenal Herrera. De entre sus obras destacan: *Falange. Historia del Fascismo español* (Ruedo Ibérico, París, 1961), *Historia del Fascismo* (Planeta, Barcelona, 1995) y *El Régimen de Franco (1936-1975)* (Alianza, Madrid, 1987). Recientemente ha publicado, *La Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)* (Plaza y Janés, Barcelona, 2003), *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2005) y *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2006).

DANIEL KOWALSKY. Es Lecturer de Historia Contemporánea en la Queen's University de Belfast y uno de los más reputados especialistas en las relaciones hispanosoviéticas durante la Guerra Civil. Es autor de *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica* (Crítica, Barcelona, 2003) y de los artículos «Los rusos en España», publicado en la obra de Ricardo Miralles (ed.): *Juan Negrín, Médico, Socialista y Jefe de Gobierno: 1892— 1956* (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006); y de «La Unión Soviética y las Brigadas Internacionales», publicado en la obra de Manuel Requena Gallego (ed.): *Las Brigadas*

Internacionales (Colección Estudios/Revista *Ayer,* Universidad de Castilla-La Mancha, 2005), entre otros.

JORGE M. REVERTE. Periodista y escritor, desde el año 2002 investiga y escribe sobre Historia Militar de la Guerra Civil Española, habiendo alcanzado a través de sus tres obras publicadas el elogio de la crítica y de los especialistas. Es autor de *La Batalla del Ebro* (Crítica, Barcelona, 2003), *La Batalla de Madrid* (Crítica, Barcelona, 2004) y *La caída de Cataluña* (Crítica, Barcelona, 2006).

JOAN MARÍA THOMAS. Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad Rovira i Virgili en Tarragona, se especializó en el estudio del fascismo español, escribiendo libros como *Falange, Guerra Civil, franquismo. FET y de las JONS de Barcelona en els primers anys del regim franquista* (Abadía de Montserrat, Barcelona, 1992) —que recibió los premios Ciudad de Barcelona de Historia y de la Crítica Serra d'Or—, *Lo que fue la Falange* (Plaza y Janés, Barcelona, 1999) y *La Falange de Franco* (Plaza y Janés, Barcelona, 2001), entre otros. Desde 2002 investiga las relaciones entre Estados Unidos y el Régimen de Franco y es autor de *Roosevelt y Franco durante la Segunda Guerra Mundial* (Edhasa, Barcelona, 2007, en prensa).

ISMAEL SAZ. Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia, Ismael Saz es uno de los principales especialistas españoles en el estudio del fascismo comparado. Es autor, entre otros, de *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención, 1931-1936* (Alfons El Magnanim, Valencia, 1986), *España contra España: los nacionalismos franquistas* (Marcial Pons, Madrid, 2003) y *Fascismo y franquismo* (Universitat de Valencia, Valencia, 2004).

NORMAN J. W. GODA. Associate Profes sor y director del Departamento de Historia de la Ohio University en Athens, Goda es uno de los más importantes jóvenes historiadores germanistas de Estados Unidos. Aparte de su labor docente e investigadora, ejerce corno consultor del Congreso para la desclasificación de documentos sobre los crímenes de

guerra nazis. Ha publicado *Y mañana... el mundo: Hitler, África noroccidental y el camino hacia América* (Alianza Editorial, Madrid, 2002), *US Intelligence and the Nazis* (con Timothy Naftali y Robert Wolfe, Cambridge University Press, Londres, 2005) y *Tales from Spandau: The Nuremberg Criminals and the Cold War* (Cambridge University Press, Londres, 2006).

XAVIER MORENO JULIÁ. Es profesor de Historia Contemporánea en la Escuela Universitaria de Relaciones Laborales Santa María Maris de El Vendrell (adscrita a la Universidad Rovira i Virgili). En 1991 fue galardonado con el I Premio Nacional de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia por el *Atlas de la evolución del analfabetismo en España,* del que es coautor. Es autor de *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945* (Crítica, Barcelona, 2005).

WAYNE H. BOWEN. Associate Professor en la Ouachita Baptist University en Arkadelphia, Waync Bowen es especialista en Historia de España y en Historia Militar. Ha publicado *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order* (University of Missouri Press, Columbia, 2000), *Spain during World War II* (University of Missouri Press, Columbia, 2006) y *Undoing Saddam:*

From Occupation to Sovereignty in Northern Iraq (Potomac Books, 2006).

PERE YSAS. Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona y uno de los más reconocidos especialistas en el Régimen de Franco, ha publicado, junto a Carme Molinero, entre otros, *El regim franquista. Feixisme, modernització i consens* (Eumo, Vic, 2003) y *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista* (Siglo XXI, Madrid, 1998). Su obra más reciente es *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975* (Crítica, Barcelona, 2004).

XAVIER CASALS MESEGUER. Doctor en Historia, ha sido profe sor de la Universidad Ramón Llull de Barcelona y actualmente es asesor de la revista de historia *Clío*. Recientemente ha analizado las relaciones entre monarquía y dictadura en la España del siglo xx en *Miguel Primo de Rivera* (Ediciones B, Barcelona, 2004) y, sobre todo, *Franco y los Barbones* (Planeta, Barcelona, 2005). Asimismo, ha centrado su actividad investigadora en el estudio de la ultraderecha, publicando diversas obras: *Neonazis en España* (Grijalbo, Barcelona, 1995), *La tentación neofascista en España* (Plaza y Janés, Barcelona, 1998) y *Ultrapatriotas* (Crítica, Barcelona, 2003).

MARTÍ MARÍN CORBERA. Profesor Lector de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, Marín es autor de la obra de referencia fundamental sobre el poder local durante el Régimen franquista, *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979* (Pages Editors, Lleida, 2000), así como de una biografía de uno de los alcaldes franquistas de Barcelona más importantes, en *Catalanisme, clientelisme i franquisme. Josep María de Porcioles* (Edición revisada, Editorial Base, Barcelona, 2005). Es autor también, entre otros, de *Historia del Franquisme a Catalunya,* (Eumo/Pages Editors, Vic/Lleida, 2006). Actualmente investiga sobre la inmigración en Cataluña durante el franquismo y ha publicado *D'immigrants a ciutadans. La immigració a Catalunya del franquisme a la recuperació de la democracia* (Diputació de Barcelona/ Ajuntament de Sant Adriá de Besos/Museu d'História de la Immigració a Catalunya/Cajamadrid, Barcelona, 2004).

FERRÁN GALLEGO. Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona, Ferrán Gallego es especialista en Historia Contemporánea de América Latina y uno de los más reconocidos expertos españoles en la historia del fascismo y de la extrema derecha. Es autor, entre otros, de *Reformismo militar en América Latina* (Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991) y *De Múnich a Auschwitz* (Plaza y Janés, Barcelona, 2002). Obtuvo el Premio Así Fue ex aequo 2004 por *Neofascistas, Democracia y extrema derecha en Francia e Italia* (Plaza y

Janés, Barcelona, 2004). Recientemente ha publicado, entre otros, *Ramiro Ledesma y el fascismo español* (Síntesis, Madrid, 2005) y *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo, 1919-194 5* (Debate, Madrid, 2006).

Índice onomástico

Índice

NOTAS

Capítulo 1

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

ANTI MOA

ALBERTO REIG

Irónico, mordaz y sin tapujos. Con este estilo directo, *Anti-Moa* combate la actual manipulación de la historia de España que venimos padeciendo desde determinados sectores ajenos a la historia misma, y que hundiendo sus raíces en el franquismo llega hasta la actualidad gracias a las obras de Pío Moa y otros, publicitados por los artículos y opiniones que toda una cohorte de autores y periodistas pone a su servicio.

Anti-Moa desvela el porqué de la manipulación y al servicio de quién está; y a las falsedades históricas contrapone los actuales conocimientos sobre la II República y la Guerra Civil española, datos resultantes de la investigación de los historiadores españoles y extranjeros más relevantes.

SEXO DE EMERGENCIA

KENNETH CAIN, HEIDI POSTLEWAIT Y ANDREW THOMSON

A principios de los noventa, tres jóvenes ven cómo sus caminos se cruzan en Camboya. La ONU ha organizado las primeras elecciones democráticas allí y, estimulada por el éxito obtenido, decide promover junto a Estados Unidos misiones de paz en otros países.

Heidi, una trabajadora social cuyo matrimonio hace aguas, busca una aventura; Andrew es un joven médico deseoso de salvar vidas, y Ken acaba de licenciarse en Derecho y cree fervorosamente en la justicia social.

En un tono personal y dinámico, se cuentan las experiencias e impresiones de cada uno de ellos acerca de las peligrosas situaciones de los países que visitan. Así, desde que deciden trabajar para las Fuerzas de Paz de la ONU y el panorama mundial cambia de forma sustancial, empieza a preocuparles seriamente aquello con lo que se encuentran: Andrew es enviado a Haití, a Bosnia y finalmente a Ruanda, donde encuentra a Ken investigando las fosas comunes fruto del genocidio producido en ese país contra un millón de tutsis, mientras Heidi cree que Haití puede ser su último destino...

Las voces de los tres se mezclan para ofrecernos un cuadro de vida, amor y muerte en los lugares más peligrosos del planeta: durante el día, luchan por poner orden en el caos; por la noche, se valen de las juergas y el sexo para establecer una relación humana en un mundo terrible.

AMÉRICA EN LA ENCRUCIJADA

FRANCIS FUKUYAMA

Las críticas de Francis Fukuyama a la guerra de Irak lo enfrentaron con sus amigos neoconservadores tanto dentro de la Administración Bush como fuera. En este libro, el autor de *El fin de la historia y el último hombre* explica cómo, con su decisión de invadir Irak, el Gobierno de Bush falló en su gestión de la política exterior estadounidense.

Tras ofrecer una fascinante historia de las diversas líneas del pensamiento neoconservador desde la década de 1930, Fukuyama sostiene que el legado del movimiento es complejo y susceptible de una interpretación muy distinta de la que se realizó tras el final de la guerra fría.

Después de analizar los errores de cálculo de la Administración Bush en su respuesta al desafío del 11 de septiembre, Fukuyama propone un nuevo enfoque de la política exterior estadounidense mediante el que revertir esos errores: un enfoque en el que los aspectos positivos de la herencia neoconservadora se combinan con una visión más realista del modo en que puede usarse el poder de Estados Unidos en todo el mundo.

Notas

1. El apoyo del liberal Cabanellas a la insurrección no pasó de tibio. Estuvo, no obstante, considerablemente influido, probablemente incluso intimidado, por la presión de jóvenes oficiales radicales de su propio cuartel general. En numerosas unidades militares, el proceso político activo se asemejó menos al clásico pronunciamiento que a la «revolución de los capitanes» portuguesa de 1974, o a lo que los japoneses llamaban *gekokujo:* la influencia sobre los oficiales de mayor graduación o su manipulación por parte de sus subordinados.

Capítulo 2<<

l. Daniel Kowalsky: *La Unión Soviética y la Guerra Civil española: una revisión crítica,* Crítica, Barcelona, 2003, pp. 13-17.<<

2. Sobre las campañas internas, véase Academia de Ciencias de la URSS: *International Solidarity with the Spanish Republic, 1936— 1939,* Progreso, Moscú, 1974 y Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* pp. 73-95.<<

3. Los tres reporteros de prensa rusos que viajaron a España dieron cuenta en memorias de sus experiencias. En español, véase Mijaíl Koltsov: *Diario de la guerra española,* Madrid, Akal, 1978; Ilya Ehrenburg: *Corresponsal en España,* Prensa Ibérica, Barcelona, 1998. En ruso exclusivamente, véase Ovadi Sávich: *Dva goda u Ispani, 1937— 1939,* Moscú, Sovietski Pisatel, 1981. Para una visión de conjunto de los reportajes cinematográficos de producción rusa en la Guerra Civil, véase Daniel Kowalsky: *La ofensiva cinematográfica soviética en la Guerra Civil Española,* de próxima aparición en Archivos de la Filmoteca.<<

4. También los cineastas dejaron testimonio en sus memorias, pero ninguno ha sido traducido del ruso: Reman Karmen: *¡No pasarán!,* Moscú, Sovietskaya Rossia, 1972; Borís Makaseev: «Iz jroniki gueroicheskoi respubliki», en *Mi internatsionalisti: Vospominaniya sovetski dobrovoltsev-uchastnikov natsionalno-revoliutsionnoi voini v Ispani,* Politicheskoi Literaturi, Moscú, 19862, pp. 158-164.<<

5. Los nombramientos diplomáticos soviéticos se comentan en Kowalsky: *La Unión Soviética.", op, cit.,* pp. 25-41.<<

6. Véase David CatteU: *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War,* University of California Press, Berkeley, 1957.<<

7. *Istoriya vtoroi mirovoi voini,* vol. II, Voennoe izdatelstvo, Moscú, 1974, pp. 54, 137.<<

8. La información más completa sobre la intervención militar se halla en Yuri E. Ribalkin: *Operatsia «X»: Sovetskaia voennaia pomoshch respublikanskoi lspani,* AIRO-XX, Moscú, 2000, y en Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* pp. 195-341.<<

9. Sobre el papel de la Unión Soviética en la organización y sostén de las Brigadas Internacionales, véase Rémi Skoutelsky: *L'espoir guidait leur pas: Les volontaires fran~ais dans les Brigades internationales, 1936-1939,* Bernard Grasset, París, 1998. Véase también Kowalsky: «La Unión Soviética y las Brigadas Internacionales», en Manuel Requena Gallego (ed.): *Las Brigadas Internacionales,* Colección Estudios/Revista *Ayer,* vol. 56, Universidad de Castilla-La Mancha, 2005.<<

10. Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* p. 296.<<

11. Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* p. 220. Véase también Steven J. Zaloga: «Soviet Tank Operations in the Spanish Civil *War», Journal of Slavic Military Studies,* 12, núm. 3 (septiembre de 1999).<<

12. Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* p. 233.<<

13. Véase Rémi Skoutelsky: «The Comintern and the International Brigadas», *The Volunteer* (revista del Abraham Lincoln Brigade Archive), 25, núm. 1 (marzo de 2002), pp. 9-13.<<

14. Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* pp. 292-293.<<

15. Richard Hallion: *Strike from the Sky: The History of BattlefieldAir Attack, 1911-1945,* Simthsonian Institution Prcss, Washington, 1989, pp. 97-102.<<

16. Archivo militar nacional ruso (RGVA), fondo 33987, inventario 3, asunto 870, documento 143.<<

17. M. T. Meshcheriakov: «Narodnaia armia lspanskoi respubliki», *Voprosi istori,* núm. 11 (1979), p. 48.<<

18. Para tratar el papel de Górev en la defensa de Madrid, véase Louis Fischer: *M en and Politics,* Cape, Londres, 1941, pp. 362 y 398; Burnett Bolloten: *Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution in Spain, 1936-1939,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991, pp. 489-491. Algo más hiperbólicas son las memorias de Starinov: *Over the Abyss,* lvy Books, Nueva York, 1995, pp. 74-75.<<

19. Sobre las actividades del asesor naval ruso, véase el relato personal de Kuznetsov de su servicio en España, «Con los marinos españoles en su guerra nacional-revolucionaria», en *Bajo la bandera de la España republicana,* Progreso, Moscú, 1967.<<

20. Ángel Viñas: «Gold, the Soviet Union and the Spanish Civil War», en Martin Blinkhorn (ed.): *Spain in Conflict,* Sage, Londres, 1986. Véase también Kowalsky: *La Unión Soviética..., op. cit.,* pp. 232— 240.<<

21. Paul Preston: «Italy and Spain in Civil War and World War, 1936-1943», en Sebastian Balfour y Paul Preston (eds.): *Spain and the Great Powers in the Twentieth Century,* Routledge, Londres, 1999, pp. 167-168. [Versión en castellano: *España y las grandes potencias en el siglo xx,* Crítica, Barcelona, 2002.)

Capítulo 6<<

1. Eberhard von Stohrer (embajador de Alemania en España) al Ministerio alemán de Asuntos Exteriores, n.º 1.971. Auswartiges Amt:

Akten zur deutschen auswdrtigen Politik [en lo sucesivo, *ADAP], 1918-1945 (Serie D: 1937-1941),* Imprimerie Nationale, Baden Baden, 1950-1964, vol. X, documento 3.<<

2. William A. Hoisington: *The Casablanca Connection: French Colonial Policy 1936-1943,* University of North Carolina Press, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1984, pp. 153 y ss.<<

3. Christian Leitz: *Economic Relations between Nazi Germany and Franco 's Spain 1936-194 5,* Oxf ord U niversiry Press, Nueva York, 1996; John F. Coverdale: *ltalian Interuention in the Spanish Civil War,* Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1975.<<

4. Acerca de la economía, véase Wayne H. Bowen: *Spain during World War 11,* Columbia (MI), University of Missouri Press, 2006, pp. 92-134.<<

5. Sobre Ciano, véase Víctor Morales Lezcano: *Historia de la no beligerancia española durante la segunda guerra mundial,* Plan Cultural, Las Palmas, 1989.<<

6. Herbert Georg Richter (cónsul alemán en Tetuán) al Ministerio de Exteriores, n.º 725/40 (20-6-1940), anexo a las comunicaciones del Ministerio de Exteriores a la embajada alemana en Roma, *Poi.!II 1734* (4-7-1940), *Politisches Archiv des auswdrtigcn Amtes* [en lo sucesivo, PA-AA], Deutsche Botschaft Rom, Lage an der Iranzosischspanischen Zonengrcnze, Berlín.<<

7. Los franceses calculaban en noviembre de 1940 que los españoles contaban con 140.000 efectivos en Marruecos. Véase «Schleicr to Abctz» (15-11-1940), *ADAP,* serie D, vol. XI, d. 343; Lequerica a Serrano Suñer, Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores [en lo sucesivo, AMAE]), legajo 2295, expediente 5.<<

8. Las protestas figuran en *PA-AA,* «Büro des Staatssekretars, Marokko», tomo 1; *PA-AA,* «Büro des Staatssekretars, Friedensverhandlungen mit Frankreich», tomo 1; Italia, Ministero degli Affari Esteri: *I Documenti Diplomatici!taliani, Nona Serie: 1939-1943,* lstituto Poligrafico dello Stato, Roma, 1954-1990, vol. 1, documentos 323, 394, 539, 566, 577, 591; AMAE, legajo 2295, expediente 4.<<

9. Martin Thomas: «French Morocco-Spanish Morocco: Vichy French Strategic Planning against rhe "Threeds.at from the N orth", 1940-1942», en Christian Leitz y David J. Dunthorn (eds.): *Spain in an lnternational Context, 1939-1959,* Berghahn, 'Nueva York, 1999, pp.149-169.<<

10. Richter al Ministerio de Exteriores, n.º 725/40, 20 de junio de 1940, anexo a las comunicaciones del Ministerio de Exteriores a la embajada alemana en Roma, *Pal. JI! 1734* (4-7-1940), PA-AA, Deutsche Botschaft Rom, Lage an der französisch-spanischen Zonengrenze.<<

11. *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 149.<<

12. Charles B. Burdick: «Moro: The Resupply of German Submarines in Spain, 1929-1942», *Central european History,* 3 (septiembre de 1970), pp. 256-284.<<

13. Sobre el encuentro de Hendaya, *véaseADAP,* serie D, vol. 11, d. 220, 221. Sobre el Protocolo de Hendaya, véase *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 224, n. 2.<<

14. Charles Burdick: *Germany's Military Strategy and Spain in World War JI,* Syracuse University Press, Siracuse (NY), 1968, pp. 70, 90-94, 105-106.<<

15. Hans-Adolf Jacobsen (ed.): *Generaloberst Halder: Kriegstagebuch* [en lo sucesivo, *Diario de Halder],* Kohlhammer, Stuttgart, 1962-1964, vol. 2 (5-12-1940); Percy Ernst Schramm: *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab)* [en lo sucesivo *KTBIOKWJ,* Bernard & Graefe, Frankfurt, 1961-1965, vol. 1 (5-12-1940); Burdick: *Germany's Military Strategy,* pp. 71-72.<<

16. ADAP, serie D, vol. XI, d. 352.<<

17. KTBIOKW, vol. I, 25 de noviembre de 194v.<<

18. Richter al Ministerio de Exteriores (26-12-1940), *ADAP,* serie D, vol. 11, d. 273; Richter al Ministerio de Exteriores, J. n.º 3 73/ 41 (5-3-1941), PA-AA, Deutsche Botschaft Madrid, 11arokko-Allgemein, tomo 5. <<

19. Norman J. W. Goda: *Y mañana... el mundo: Hitler, África rwroccidental y el camino hacia América,* Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 129-221.<<

20 Sir Llewelyn Woodward: *British Foering Policy and the Second World War,* vol. 1 HMSO, londres, 1970, pp, 441-442.<<

21. Winston Churchill: *Their Finest Hour,* Houghton Mifflin, Cambridge (MA), 1949, p. 519.<<

22. Churchill: *Finest Hour,* p. 519. Respecto a los planes britá*nicos* referidos a las islas Canarias así como a las islas atlánticas de Portugal, véanse también Denis Smyth: *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Franco's Spain, 1940-1941,* Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1986, pp. 66-70, 142— 147, 217-215, 231-233; Monika Siedentopf: *Die britische Pldne zur Besetzung der spanischen und portugiesischen Atlantikinseln wdhren des zweiten Weltkrieges,* Aschendorff, Münster, 1982.<<

23. Hitler a Franco (18-9-1940), *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 18; Franco a Hitler (22-9-1940), *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 88.<<

24. *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 97.<<

25 Respecto al último comentario, véase *ADAP,* serie D, vol. XI, documento 352.<<

26 Goda: *Y mañana... el mundo..., op. cit.,* pp. 213-217.<<

27. Arthur Layton Funk: *The Politics of Torch: The Allied Landings and the Algiers Putsch, 1942,* University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1974.<<

28. Glyn Stone: «The Degree of British Commitment to the Restoration of Democracy in Spain, 1939-1946», en Christian Leitz y David J. Dunthorn (eds.): *Spain in an I nternational Context..., op. cit.,* pp. 191-195. 

29. Bowen: *Spain during World War II, op. cit.,* pp. 228-256.<<

30. Sobre los pagos, véanse Smyth: *Diplomacy and Strategy, op. cit.,* p. 35; Javier Tusell: *Franco, España y la segunda guerra mundial,* Editorial Complutense, Madrid, 1996, pp. 21-22. Acerca de las tendencias monárquicas de los generales, Bowen: *Spain during World War JI, op. cit.,* pp. 73-75.<<

31. Carlos Collado Seidel: «Zufluchtsstarte für Nationalsozialisten? Spanien, die Alliierten und die Behandlung deutscher Agenten 1944-1947», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* 43 (1995), pp. 131-157.<<

32. Leitz: *Economic Relations,* pp. 117, 141.<<

33. Wayne H. Bowen: *Spain during World War II* pp. 92-107.<<

34. Smyth: *Diplomacy and Strategy,* pp. 115 y ss.<<

35. Sir Llewelyn Woodward: *British Foreign Policy and tbe Second World War, op. cit.,* pp. 441-443.<<

36. Leitz: *Economic Relations,* pp. 126-200.<<

37. *ADAP,* serie D; véase X, documentos 313, 329, 325.<<

38. Diario de Halder, véase 11, 21 de julio de 1940, 9 de agosto de 1940, 27 de agosto de 1940.<<

39. Christian Leitz: *Economic Relations,* pp. 132 y ss.<<

40. *ADAP,* serie D, vol. XI, documentos 335, 340, 352, 677.<<

41. Sobre España y el Holocausto, véase: Bernd Rother, *Spanien und der Holocaust,* Max Niemeyer Verlag, Tubinga, 2001.

Capítulo 8<<

1. Aunque carecen de base biológica o genética como categorías raciales o étnicas, en aras de la claridad y la facilidad de comprensión, utilizaré los términos «ario» y «nórdico» en el sentido en que los nazis los entendían. Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann: *The Racial State: Germany, 1933-1945,* Cambridge Univcrsity Press, Cambridge (UK), 1991, pp. 249-253.<<

2. Roger Manvell y Heinrich Fraenkel: *Himmler,* G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1965, p. 50.<<

3. Burleigh y Wippermann: *The Racial State..., op. cit.,* p. 252. *The Times* (Londres, 1-2-2003).<<

4. Stanley Payne: *A History of Fascism, 1914-1945,* Universidad de Wisconsin, Madison, 1995, p. 405.<<

5. Marcus Tanner: *Croatia: A Nation Forged in War,* Yale University Press, New Haven (Connecticut), 1997, p. 144.<<

6. Martín Maischberger: «German archaeology during the Third Reich, 1933-1945: a case srudy based on archiva! *evidence», Antiquity* 76 (2002), pp. 212-215.<<

7. John Connelly: «Nazis and Slavs: From Racial Theory to Racist Practico», *Central European History,* vol. 32, n.º 1 (1999), pp. 12-15.<<

8. Burleigh y Wippermann: *The Racial State..., op. cit.,* pp. 27-28.<<

9. El viaje no se menciona en absoluto en Peter Padfield: *Himmler,* MJF, Nueva York, 1990 ni en Richard Breitman: *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution,* Knopf, Nueva York, 1991, y mereció menos de una frase en Roger Manvell y Heinrich Fraenkel: *Himmler,* G.P. Putnam's Sons, Nueva York, 1965, p. 113. *Arriba* (8-10-1940).<<

10. Heleno Saña: *El franquismo sin mitos: conversaciones con Serrano Suñer,* Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 118. Fernando González: «El "Nuevo Orden" español», *Tiempo de Historia,* n.º 31 (1977).<<

11. Ricardo de la Cierva: *Francisco Franco: un siglo de España,* vol. 2, Editora Nacional, Madrid, 1973, p. 255.<<

12. *Arriba* (20-10-1940).<<

13. Pueblo (19/21-10-1940).<<

14. Fernando González: «1940: Himmler, en Madrid: El "Nuevo Orden" español», *Tiempo de Historia,* n.0 31 (1977), pp. 42-49. Se sentaron con Himmler en la mesa presidencial Serrano Suñer, Pilar y Miguel Primo de Rivera, Alfonso García Valdecasas, el director de la prensa falangista José Antonio Giménez-Arnau y otros.<<

15. *Arriba* (24-10-1940).<<

16. Arriba (22-10-1940).<<

17. Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla: *Imperio de Papel: Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo,* CSIC, Madrid, 1992, p. *200n.*<<

18. *Pueblo* (22-10-1940).<<

19. *Arriba* (23-10-1940).<<

20. En reconocimiento de los daños causados por estas lluvias, Himmler hizo una donación personal de 20.000 pesetas para contribuir a reparar los estragos sufridos en Cataluña, *Pueblo* (24-10-1940).<<

21. Mayalde incluso se dirigió a Himmler tuteándole.<<

22. *Pueblo* (22/24-10-1940), *Arriba* (25-1 0-1940).<<

23. *New York Times* (20/21-10-1940).<<

24. *New York Times* (22-10-1940).<<

25. *New York Times* (24-10-1940).<<

26. H. R. Trevor-Roper: *Hitler's Secret Conversations, 1941-1944,* Signet, Nueva York, p. 566.<<

27. *Ibid.,* pp. 188-189, 532-533, 641, 644.<<

28.*Pueblo* y *Arriba* (24/25-10-1940).<<

29. Joseph O'Callaghan: *A History of Medieval Spain,* Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 1976, pp. 670-671.<<

30. Joshua Goode: *The Racial Alloy: The Science, Politics and Culture of Race in Spain, 1875-1923* (UCLA, Pd.D. diss, 1999), pp. 70-71, 118-119.
<<

31. Antonio Tovar: *El Imperio de España,* Ediciones Afrodisio Aguado, Madrid, 1941.<<

32. *Ibid.,* pp. 106-107.<<

33.Antonio Tovar: *Lengua Gótica: paradigmas gramaticales, textos, léxico,* Ediciones Nueva Época, Madrid, 1946, p. ii.<<

34. Julio Rodríguez Puértolas: *Literatura fascista española,* vol. 1, Ediciones Akal, Madrid, 1986, pp. 41-44, 270-273, 343-345.<<

35. José Ortega y Gasset: *España invertebrada,* Revista de Occidente, Madrid, 1975, pp. 137-138.<<

36. Geoffrey Jensen: *lrrational Triumph: Cultural Despair, Military Nationalism, and the Ideological Origins of Franco's Spain,* University of Nevada Press, Reno y Las Vegas, 2002, p. 95.<<

37. José Antonio Primo de Rivera: «Germánicos contra bereberes: 15 siglos de historia de España», en Rafael Ibáñez Hernández: «La memoria escrita de José Antonio», *Aportes* (Madrid), n.º 50, pp. 146-161.<<

38. Jaime Vicens Vives: *Approaches to the History of Spain,* University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1967, pp. 22-27. Vicens estima que los visigodos no eran más de 80.000, mientras que otros creen que pudieron llegar a ser 300.000. En cualquier caso, esto suponía menos del 5% de la población total. O'Callaghan: *A History of Medieval Spain, op. cit.,* p. 37.<<

39. H. V. Livermore: *The Origins of Spain and Portugal,* George Allen and U nwin, Londres, 1971, pp. 115-116.<<

40. O'Callaghan: *A History of Medieval Spain, op. cit.,* pp. 43, 44, 46, 71.<<

41. Gisela Ripoll e Isabel Velázquez: *La Hispania visigoda: del rey Ataúlfo a Don Rodrigo,* Historia de España, vol. 6, *Historia 16,* Madrid, 1995, pp. 34-36, 84-85.<<

42. O'Callaghan: *A History of Medieval Spain, op. cit.,* pp. 98— 100, 104.<<

43. Livermore: *The Origins of Spain and Portugal, op. cit.,* pp. 126-127.
<<

44. O'Callaghan: *A History of Medieval Spain, op. cit.,* pp. 71-72.<<

45. *Ya* (23-10-1940), *Ya* (10/11-9-1941), *Arriba* (23-10-1940).<<

46. *Ya* (5-10-1941).<<

47. Connelly: «Nazis and Slavs: From Racial Theory to Racist Practice», *Central European History,* vol. 32, n.º 1 (1999), pp. 20-22.

Capítulo 9<<

l. Véanse Paul Preston: *Franco. Caudillo de España,* Grijalbo, Barcelona, 1994, pp. 865-866; Andrée Bachoud: *Franco,* Crítica, Barcelona, 2000, p. 393.<<

2. Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones privadas con Franco,* Planeta, Barcelona, 1976, p. 331.<<

3. Carme Molinero y Pere Ysas: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista,* Siglo XXI, Madrid, 1998, pp. 40-41.<<

4. Sobre la contestación universitaria de 1956 véanse Pablo Lizcano: *La generación del 56. La Universidad contra Franco,* Grijalbo, Barcelona, 1981; Roberto Mesa: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid,* Universidad Complutense, Madrid, 1982; José Alvarez Cobelas: *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria alfranquismo en Madrid (1939-1970),* Siglo XXI, Madrid, 2004. Sobre los posteriores acontecimientos de Barcelona, Josep M. Colomer: *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme,* Curial, Barcelona, 1978.<<

5. La explicación del propio secretario general del Movimiento en José Luis de Arrese: *Una etapa constituyente,* Planeta, Barcelona, 1982.<<

6. Una visión general en Carlos Barciela *et al.: La España de Franco (1939-1975). Economía,* Síntesis, Madrid, 2001.<<

7. Ley 45/1959 de 30 de julio de Orden Público. Véase, Manuel Ballbé: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983),* Alianza Editorial, Madrid, 1983.<<

8. Véase Juan José del Águila: *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977),* Planeta, Barcelona, 2001.<<

9. Ley-de-Principios del Movimiento Nacion-ª1, 17 de mayo de 1958. <<

10. Véase, especialmente, Florentino Portero: *Franco aislado. La cuestión española 1945-1950,* Aguilar, Madrid, 1989.<<

11. Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, 31 de mayo de 1947. La primera definición del Régimen franquista, efectuada en el Fuero del Trabajo, promulgado el 9 de marzo de 1938, lo proclamaba nacional-sindicalista, nacional, «en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad de la Patria», y «sindicalista», «en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y contra el materialismo marxista».<<

12. Javier Tusell: *Carrero. La eminencia gris del Régimen de Franco,* Temas de Hoy, Madrid, 1993, p. 294.<<

13. Manifiesto de Lausana, 19 de marzo de 1945, en Fernando Díaz-Plaja: *La España franquista en sus documentos,* Plaza y Janés, Barcelona, 1976, pp. 164-165.<<

14. Francisco Franco Salgado-Araujo: *Mis conversaciones privadas...*, p. 266. Con anterioridad, coincidiendo con el nombramiento de Muñoz Grandes como jefe del Alto Estado Mayor, Franco dijo que tal puesto aseguraba que «si me ocurre algo[...] estoy seguro que habría [Muñoz Grandes] de interpretar mi voluntad y se haría cargo del poder», p. 236.<<

15. Una visión de conjunto de los cambios sociales y culturales en la España de la década de 1960 en Jordi Gracia, Miguel Ángel Ruiz Carnicer: *La España de Franco (1939-1976). Cultura y vida cotidiana,* Síntesis, Madrid, 2001.<<

16. Para la trayectoria del franquismo en los años sesenta y setenta véanse, entre otros trabajos, Javier Tusell: *Carrero... ;* Carme Molinero y Pere Ysás: «La dictadura de Franco», en José M.' Marín, Carme Molinero y Pere Ysás: *Historia política de España, 1939-2000,* Istmo, Madrid, 2001; Alvaro Soto: *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo,* Biblioteca Nueva, Madrid, 2005.

Capítulo 10<<

1. Manifestaciones recogidas en L. M. Anson: *Donjuan,* Plaza y Janés, Barcelona, 1994 (13.ª ed.), p. 379. El historiador Francisco Torres ha señalado que desde La Zarzuela —temiendo por adelantado las implicaciones de este enlace— se intentó torpedear la relación entre don Alfonso de Borbón y la nieta de Franco. Así, afirma que quien fue secretario personal de don Juan Carlos, Jacobo Cano, «había intentado financiar a otro pretendiente de María del Carmen para evitar esa posibilidad». Jacobo Cano: *¿Por qué Juan Carlos? Franco y la Restauración de la Monarquía,* Fuerza Nueva, Madrid, 1999, p. 785. Pero la cronología no parece avalar esta posibilidad, pues Cano falleció en agosto de 1971 en un accidente de tránsito; es decir, antes de que tuviera lugar el enamoramiento entre don Alfonso y la nieta del Generalísimo. Cano, según Charles T. Powell, «era un destacado miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, había dirigido el Colegio Mayor San Pablo, y estaba excelentemente relacionado con las nuevas generaciones de técnicos y profesionales liberales» *Juan Carlos. Un rey para la democracia,* Ariel/Planeta, Barcelona, 1995, p. 86).<<

2. Véase una pormenorizada historia de las relaciones de Franco con los Barbones y la azarosa historia de la Corona de España en nuestro ensayo *Franco y los Barbones,* Planeta, Barcelona, 2005.<<

3. Véase al respecto A. Jiménez-Landi: *Una ley de sucesión y quince siglos de Historia,* Aguilar, Madrid, 1968, pp. 17-41.<<

4. Testimonio real recogido en M. Dern: *Las memorias de don Alfonso de Barbón,* Ediciones B, Barcelona, 1990, p. 116.<<

5. Véase sus 17 preguntas íntegras en J. Balansó: *La familia real y la familia irreal,* Planeta, Barcelona, 1992 (7.ª ed.), pp. 157-158.<<

6. Ch. *Powell:Juan Carlos, op. cit.,* p. 103.<<

7. J. Peñafiel: *¡Dios salve... también al Reyl,* Booket, Barcelona, 1997, p. 92.<<

8. R. de la Cierva, *Donjuan, op. cit.,* p. 929.<<

9. J. Peñafiel, *op. cit.,* p. 47. Véase también V Gil: *Cuarenta años junto a Franco,* Planeta, Barcelona, 1981, p. 52.<<

10. J. Peñafiel, *op. cit.,* p. 90.<<

11. Ch. Powell, *op. cit.,* p. 106.<<

12. Bardavío, *La rama trágica de los Barbones,* Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1989, p. 188.<<

13. Recogido en R. de la Cierva: *¿Dónde está el sumario de Carrero Blanco?,* Are Editores, Madrid, 1996, p. 131.<<

14. L. M. Anson, *op. cit.,* p. 383.<<

15. L. López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía,* Noguer, Barcelona, 1977, p. 426.<<

16. J. Tusell: *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco,* Temas de Hoy, Madrid, 1993, pp. 421-456.<<

17. P. Urbano: *La reina,* Debolsillo, Barcelona, 2004 (l.ª ed. 1996), p. 280. Véase también la opinión de López Rodó en C. Estévez y F. Mármol: *Carrero, las razones ocultas de un asesinato,* Temas de Hoy, Madrid, 1998 (3." ed.), p. 139.<<

18. Discurso reproducido en L. López Rodó, *op. cit.,* p. 459.<<

19. C. Estévez y F. Mármol: *op. cit.,* p. 207.<<

20. Sobre esta cuestión, véase sobre todo J. Balansó: *Los Barbones incómodos,* Plaza y Janés, Barcelona, 2000, pp. 92-93.<<

21. J. L. Rodríguez Jiménez: *Reaccionarios y golpistas. La extrema derecha en España: del tardofranquismo a la consolidación de la democracia (1967-1982),* CSIC, Madrid, 1994, p. 170.<<

22. P. *Preston:Juan Carlos. El rey de un pueblo,* Plaza y Janés, Barcelona, 2003, p. 326.<<

23. Así sucedió en realidad con respecto a Juan Carlos I. Véase J. Palacios: *Los papeles secretos de Franco. De las relaciones con Juan Carlos y donjuan al protagonismo del Opus,* Temas de Hoy, Madrid, 1996, PP· 568-569.<<

24. Véase P. Eyre: *Dos Barbones en la Corte de Franco,* La Esfera, Madrid, 2005, p. 22.<<

25. Manifestaciones reales efectuadas por don Alfonso y reco gidas en P. Eyre: op. cit., p. 23.<<

26. Estas palabras de Rodríguez Valcárcel fueron pronunciadas durante la proclamación de Juan Carlos como rey y se generó una controversia en torno a su significado: ¿quiso vincular con ellas a Franco y el rey para remarcar que el segundo debía permanecer fiel al legado del primero? Véase al respecto V Prego: Así se hizo la Transición, Plaza y Janés, Barcelona, 1995, p. 334; P. Cernuda: 30 días de noviembre, Planeta, Barcelona, 2000, p. 167; J. Tusell: Juan Carlos l. La restauración de la Monarquía, Temas de Hoy, Madrid, 1995, pp. 637-638.<<

27. Así sucedió realmente durante la proclamación de Juan Carlos I. Fue la última vez que se oyeron en las «Cortes orgánicas» (véase R. de la Cierva: *juan Carlos 1: misión imposible,* Are Editores, Madrid, 1996, p. 65).<<

28. C. Estévez y F. Mármol: *op. cit.,* p. 205.<<

29. *Ibid.*<<

30. Véase Ch. Powell: *op. cit.,* p. 103.
Capítulo 11<<

1. Javier Tusell: *Carrero. La eminencia gris del Régimen de Franco,* Temas de Hoy, Madrid, 1993.<<

2. *Ibid.,* p. 201<<

3. Ramón Garriga: *Los validos de Franco,* Planeta, Barcelona. 1981, pp. 230-231.<<

4. Tusell: *op. cit.,* pp. 34-41 y 46-51.<<

5. *Ibid.,* p. 367.<<

6. Garriga, *op. cit.*<<

7. Laureano López Rodó: *Memorias. III. El principio del fin,* Plaza y Janés/Cambio 16, Barcelona, 1992, p. 311.<<

8. Pere Ysás: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975,* Crítica, Barcelona, 2004.<<

9. Martí Marín Corbera: *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979,* Pages Eds., Lleid; 2000, pp. 356-393; y *Josep Maria de Parciales. Catalanisme, clientelisme, franquisme,* Editorial Base, Barcelona, 2005, pp. 145-170.<<

10. Tusell: *op. cit.*<<

11. Carme Molinero y Pere Ysás: «La dictadura de Franco, 1939—1975», en J. M. Marín, C. Molinero y P. Ysás: *Historia política, 1939-2000,* Istmo, Madrid, pp. 223-229; Tusell: *op. cit.,* p. 377.<<

12. Molinero y Ysás: *op. cit.,* p. 190.<<

13. Tusell: *op. cit.,* pp. 463-464.<<

14. Molinero y Ysas: *op. cit.,* p. 215.<<

15. Victoria Prego: *Así se hizo la Transición,* Plaza y Janés, Barcelona, 1995, p. 22.<<

16. Tusell: *op. cit.*<<

17. Sheelagh Ellwood: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983,* Crítica, Barcelona, 1984, pp. 72-110; Joan Man; Thomás: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de [os:*

Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española y de las JONS, Plaza y Janés, Barcelona, 1999, pp. 93-221.<<

18. Javier Fcrnández López: *Diecisiete horas y media. El enigma del 23-F,* Taurus, Madrid, 2000, pp. 285-287.,<<

19. José Ignacio San Martín: *Servicio especial. A las órdenes de Carrero Blanco,* Planeta, Barcelona, 1983, Tusell: *op. cit.,* pp. 378-38C: Molinero y Ysás: *op. cit.,* p. 196.<<

20. Tusell: *op. cit.,* p. 465.<<

21. *Ibid.,* pp. 252-253.<<